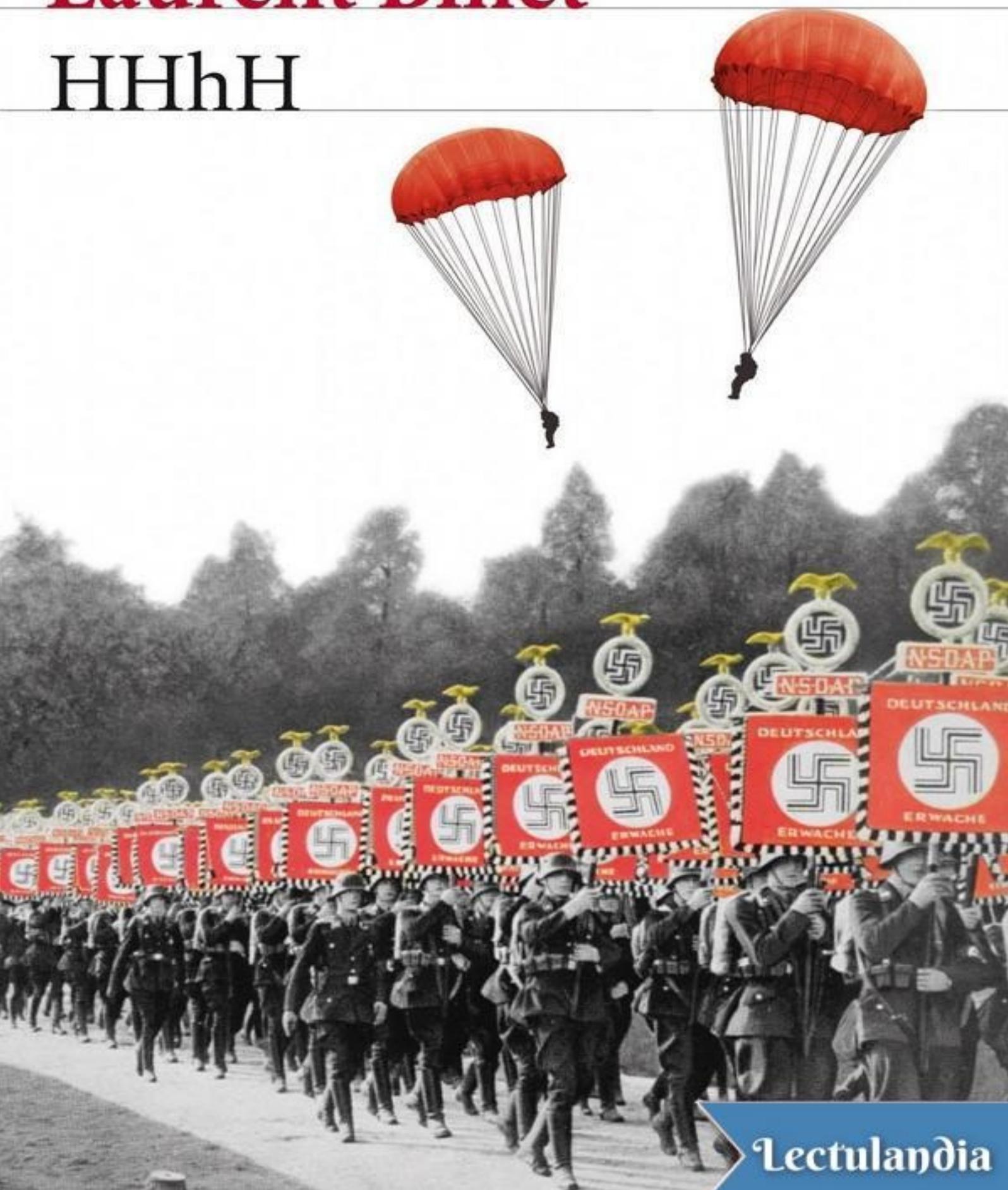


Laurent Binet

HHhH



Lectulandia

HHhH gira en torno a uno de los más bellos y emocionantes episodios de la Segunda Guerra Mundial, y, muy posiblemente, de la historia de la humanidad; dos miembros de la Resistencia aterrizan en paracaídas en Praga con la misión de asesinar a Reinhard Heydrich, jefe de la Gestapo y cerebro de la solución final. Delatados por un traidor y acorralados por setecientos hombres de la SS, se suicidan.

Lectulandia

Laurent Binet

HHhH

ePUB v3.2

chungalitos 23.09.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *HHhH*

Laurent Binet, 2010.

Traducción: Adolfo García Ortega

Editor original: chungalitos (v1.0 a v3.2)

Versión alternativa cortesía de GONZÁLEZ

Corrección de erratas: faro47 y sofiamarzo (3.2)

ePub base v2.0

PRIMERA PARTE

De nuevo el pensamiento del prosista deja marcas sobre el árbol de la Historia, pero no nos corresponde a nosotros dar con el ardid que obligue al animal a entrar otra vez en su pequeña jaula.

OSIP MANDELSTAM,
El fin de la novela

Gabčík, como se llama, es un personaje que ha existido de verdad. ¿Acaso ha oído de fuera, tras los postigos de un piso a oscuras, donde está solo y tumbado encima de un estrecho jergón, acaso ha escuchado el chirrido tan familiar de los tranvías de Praga? Quiero creer que sí. Como conozco bien Praga, no me es difícil imaginar el número del tranvía (aunque tal vez haya cambiado), ni su itinerario, ni siquiera el lugar desde el que, tras los postigos cerrados, Gabčík, en la cama, espera, piensa y escucha. Estamos en Praga, en la esquina de Vyšehradská con Trojička. El tranvía número 18 (o el 22) se ha detenido delante del Jardín Botánico. Estamos concretamente en 1942. En *El libro de la risa y el olvido*, Kundera deja entender que le da un poco de vergüenza tener que ponerle nombre a sus personajes, y aunque esa vergüenza apenas sea perceptible en sus novelas, en las que abundan los Tomas, las Tamina y muchas Tereza, es obvia la intuición de una evidencia: ¿hay algo más vulgar que atribuir de modo arbitrario, con la pueril intención de lograr un efecto de realidad o, en el mejor de los casos, sencillamente de comodidad, un nombre inventado a un personaje inventado? Aunque, en mi opinión, Kundera debería haber ido más lejos: ¿hay algo más vulgar, en realidad, que un personaje inventado?

Este Gabčík ha existido de verdad, y por difícil que parezca respondía a ese nombre (aunque no siempre). Su historia es igualmente tan verdadera como excepcional. Tanto él como sus camaradas son, a mi modo de ver, los autores de uno de los mayores actos de resistencia de la historia humana, e, incontestablemente, del mayor hecho de resistencia de la Segunda Guerra Mundial. Hace mucho tiempo que deseaba rendirle un homenaje. Hace mucho tiempo que lo veo a él, tumbado en esa pequeña habitación que tiene los postigos cerrados y la ventana abierta, atento al chirrido del tranvía que se detiene delante del Jardín Botánico (¿en qué sentido? No lo sé). Pero por mucho que lleve esta imagen al papel, como solapadamente estoy haciendo ahora, no estoy seguro de rendirle con ello un auténtico homenaje. Sé que reduzco a este hombre al vulgar rango de personaje, y sus actos al de la literatura: alquimia infame, pero, ¿acaso puedo hacer otra cosa? No quiero arrastrar esta visión durante toda mi vida sin al menos haber intentado restituirla. Lo único que espero es que detrás de la espesa capa reflectante de idealización que voy a aplicar a esta historia fabulosa, el espejo sin azogue de la realidad histórica se deje todavía atravesar.

No recuerdo exactamente cuándo me habló mi padre de esta historia por primera vez, pero vuelvo a verlo, en mi cuarto de HLM, pronunciando las palabras «partisanos», «checoslovacos», quizá la de «atentado», con toda certeza la de «liquidar», y a continuación esta fecha: «1942». Yo había encontrado en su biblioteca una *Historia de la Gestapo*, escrita por Jacques Delarue, y había empezado a leer algunas páginas. Mi padre, al verme con ese libro en las manos, me hizo algunos comentarios de pasada: mencionó a Himmler, el jefe de la SS, y luego a su brazo derecho, Heydrich, protector de Bohemia-Moravia. Me habló de un comando checoslovaco enviado por Londres y de ese atentado. Él no conocía los detalles (y yo carecía de motivos suficientes para preguntárselos, ya que en aquella época ese acontecimiento histórico no ocupaba todavía el sitio que ocupa ahora en mi imaginario), pero noté en él esa ligera excitación que le caracteriza siempre que cuenta (en general por enésima vez, pues, por deformación profesional o por simple tendencia natural, le gusta repetirse) algo que de un modo u otro le ha impresionado. No creo que en ningún momento él mismo fuera consciente de la importancia que concedía a esa anécdota, porque cuando le hablé recientemente de mi intención de escribir un libro sobre el asunto, sólo percibí por su parte una educada curiosidad, sin el menor indicio de especial emoción. Pero no me cabe duda de que esa historia siempre lo ha fascinado, aunque no haya producido en él una impresión tan fuerte como en mí. También emprendo este libro para devolverle algo de eso: el resultado de unas pocas palabras ofrecidas a un adolescente por ese padre que, en aquel entonces, no era todavía profesor de historia pero que, con unas cuantas frases imperfectas, sabía contarla muy bien.

La Historia.

3

Mucho antes de la separación de los dos países, cuando todavía era un niño, yo hacía ya la distinción entre checos y eslovacos gracias al tenis. Por ejemplo, sabía que Ivan Lendl era checo, mientras que Miroslav Mecir era eslovaco. Y si sabía que el eslovaco Mecir era un jugador más imaginativo, con mayor talento y más simpático que el checo Lendl, laborioso, frío, antipático (pero a pesar de ello número 1 mundial durante 270 semanas, récord batido únicamente por Pete Sampras con 286 semanas), también había aprendido de mi padre que durante la guerra los eslovacos habían colaborado y, en cambio, los checos habían resistido. En mi cabeza (cuya capacidad para percibir la asombrosa complejidad del mundo era entonces muy limitada), aquello significaba que, por naturaleza, todos los checos habían sido resistentes y

todos los eslovacos colaboracionistas. Ni por un segundo había pensado en el caso de Francia, donde se nos acusaba de un esquematismo semejante: ¿es que nosotros, los franceses, no habíamos resistido y colaborado a la vez? A decir verdad, hasta que no supe que Tito era croata (no todos los croatas habían colaborado, del mismo modo que no todos los serbios habían resistido), no empecé a tener una visión más clara de la situación en Checoslovaquia durante la guerra: por un lado estaba Bohemia-Moravia (como se conocía a la actual Chequia), ocupada por los alemanes y anexionada al Reich (es decir, en tanto que poseedora del poco envidiable estatus de *Protectorat*, considerada como parte integrante de la Gran Alemania); y por otro lado estaba el Estado eslovaco, teóricamente independiente pero satelizado por los nazis. Esto no prejuzgaba en nada, evidentemente, el comportamiento individual de cada quien.

4

Cuando en 1996 llegué a Bratislava antes de ir a ejercer como profe de francés en una academia militar de Eslovaquia oriental, una de las primeras cosas que le pregunté al secretario del agregado de defensa en la embajada (aparte de información sobre mi equipaje, que había sido extraviado en dirección a Estambul) tenía que ver con la historia de aquel atentado. Este buen hombre, suboficial antiguamente especializado en las escuchas telefónicas en Checoslovaquia y reconvertido a la diplomacia al término de la guerra fría, me dio los primeros detalles sobre el asunto. Para empezar, fueron dos los que asestaron el golpe: un checo y un eslovaco. Me alegró saber que un súbdito de mi país de acogida había participado en la operación (por tanto, no cabía duda de que había habido resistentes eslovacos). Sobre el desarrollo de la operación en sí, me dijo poca cosa, salvo, creo yo, que una de las armas se había encasquillado en el momento de disparar sobre el coche de Heydrich (y así supe, en esa misma ocasión, que Heydrich iba en coche cuando ocurrieron los hechos). Pero lo que agudizó mi curiosidad fue sobre todo lo que sucedió a continuación: cómo los dos partisanos se refugiaron con sus amigos en una iglesia, y cómo los alemanes trataron de ahogarlos allí... Extraña historia esta. Yo quería algo con más precisión. Pero el suboficial no sabía nada más.

5

Poco tiempo después de mi llegada a Eslovaquia, conocí a una joven eslovaca

muy bella de la que caí perdidamente enamorado y con la que iba a vivir una historia pasional que duraría casi cinco años. Gracias a ella pude obtener algunas informaciones suplementarias. Por de pronto, el nombre de los protagonistas: Jozef Gabčík y Jan Kubiš. Gabčík era el eslovaco y Kubiš el checo; al parecer, debido a la consonancia de sus patronímicos respectivos, es imposible confundirlos. En todo caso, aquellos dos hombres parecían ya formar parte integrante del paisaje histórico: de hecho, Aurelia, la joven en cuestión, había aprendido sus nombres en la escuela, como cualquier otro niño checo o eslovaco de su generación, creo yo. Por lo demás, ella conocía el episodio a grandes rasgos, pero apenas si sabía algo más que mi suboficial. Tuve que esperar dos o tres años para tomar conciencia de lo que siempre había sospechado realmente: que aquella historia sobrepasaba en intensidad novelesca las más improbables ficciones. Y esto lo descubrí casi por azar.

Había alquilado para Aurelia un piso situado en el centro de Praga, entre el castillo de Vyšehrad y Karlovo náměstí, la plaza Carlos. Pues bien, de esta plaza sale una calle, la *ulice* Resslova, que llega hasta el río, donde se encuentra ese extraño edificio de cristal que parece ondular en el aire y que los checos llaman «Tančící Dům», la casa que baila. En esa calle Resslova, en la acera de la derecha según se baja, hay una iglesia. En uno de los laterales de esa iglesia hay una claraboya en torno a la cual son bien visibles en la piedra numerosos impactos de bala, y una placa, que menciona entre otros los nombres de Gabčík y de Kubiš, así como el de Heydrich, cuyo destino está desde entonces ligado al de ellos para siempre. Yo había pasado decenas de veces por delante de aquella claraboya sin fijarme ni en los impactos de bala ni en la placa. Pero un día me detuve: había dado con la iglesia donde los paracaidistas se habían refugiado después del atentado.

Volví luego con Aurelia a una hora en que la iglesia estaba abierta y pudimos visitar la cripta.

Y en la cripta estaba todo.

6

Estaban las huellas, aún terriblemente frescas, del drama que se había consumado en aquella sala apenas sesenta años antes: el reverso de la claraboya que se ve desde el exterior, el túnel excavado unos pocos metros, los impactos de las balas en las paredes y en el techo abovedado, dos pequeñas puertas de madera. También había unas fotos con los rostros de los paracaidistas, estaba el nombre de un traidor en un texto redactado en checo y en inglés, había un impermeable vacío, un morral, una bici, todo ello reunido dentro de una vitrina, por supuesto había una metralleta Sten,

de esas que se encasquillan en el peor momento, había mujeres evocadas, había imprudencias mencionadas, estaba Londres, estaba Francia, había legionarios, había un gobierno en el exilio, había un pueblo con el nombre de Lidice, había un joven centinela que se llamaba Valčík, había un tranvía que pasa, también éste, en el peor momento, había una máscara mortuoria, había una recompensa de diez millones de coronas para el hombre o la mujer que delatase, había cápsulas de cianuro, había granadas y gente para lanzarlas, había emisoras de radio y mensajes codificados, había un esguince en el tobillo, estaba la penicilina que sólo se podía conseguir en Inglaterra, había una ciudad entera bajo el poder de aquel a quien apodaban «El Verdugo», había banderas con la cruz gamada e insignias con calaveras, había espías alemanes que trabajaban para Inglaterra, había un Mercedes negro con un neumático reventado, había un chófer, había un carnicero, había dignatarios alrededor de un ataúd, había policías inclinados sobre unos cadáveres, había represalias terribles, estaba la grandeza y la locura, la debilidad y la traición, el valor y el miedo, la esperanza y la pena, todas las pasiones humanas estaban reunidas en unos pocos metros cuadrados, estaba la guerra y estaba la muerte, había judíos deportados, familias masacradas, soldados sacrificados, había venganza y cálculo político, había un hombre que, entre otros, tocaba el violín y practicaba esgrima, había un cerrajero que nunca pudo ejercer su oficio, estaba el espíritu de la Resistencia que se quedó grabado para siempre en esos muros, estaban los rastros de la lucha entre las fuerzas de la vida y las de la muerte, estaban Bohemia, Moravia, Eslovaquia, estaba toda la historia del mundo contenida dentro de unas pocas piedras.

Fuera había setecientos SS.

7

Teclando en Internet descubrí la existencia de una película, titulada *Conspiracy*, en la que Kenneth Branagh hace el papel de Heydrich. Por cinco euros, gastos de envío incluidos, me apresuré a pedir el DVD, que me llegó al cabo de tres días.

Se trata de una recreación de la conferencia de Wannsee durante la cual, el 20 de enero de 1942, Heydrich, asistido por Eichmann, fijó en unas pocas horas el modo de aplicación de la Solución Final. En aquella fecha ya habían comenzado las ejecuciones masivas en Polonia y en la URSS, pero habían sido confiadas a los comandos de exterminio de la SS, los *Einsatzgruppen*, que se limitaban a concentrar a sus víctimas por centenas, incluso por millares, a menudo en un campo o en un bosque, antes de ametrallarlos. El problema de este método era que sometía los nervios de los verdugos a una dura prueba y dañaba la moral de las tropas, hasta de

las más curtidas, como la SD o la Gestapo; el propio Himmler llegó a desmayarse cuando asistió a una de esas ejecuciones en masa. A continuación, los SS se habituaron a asfixiar a sus víctimas en unos camiones repletos de gente en su interior, en donde habían conectado el tubo de escape, pero la técnica no pasaba de ser algo relativamente artesanal. Después de Wannsee, el exterminio de los judíos, confiado por Heydrich a los buenos cuidados de su fiel Eichmann, fue administrado como un proyecto logístico, social, económico, es decir, algo de una gran envergadura.

La interpretación de Kenneth Branagh es bastante fina: consigue conjugar una extrema afabilidad con un tajante autoritarismo, lo que vuelve muy inquietante su personaje. De todos modos, no he leído en ninguna parte que el verdadero Heydrich diera la menor muestra de afabilidad, real o fingida, en ninguna circunstancia. Sin embargo, en una corta escena de la película se recrea bien al personaje en su dimensión tanto psicológica como histórica. Dos personas discuten en un aparte. Una le confía a la otra que ha oído decir que Heydrich tenía orígenes judíos y le pregunta si cree posible que ese rumor sea fundado. El segundo le responde acerbamente: «¿Por qué no se lo preguntamos a él directamente?» Su interlocutor palideció con sólo pensarlo. Al parecer es cierto que un persistente rumor acerca de que su padre era un judío persiguió durante mucho tiempo a Heydrich y envenenó su juventud. No cabe duda de que este rumor era del todo infundado, ya que, a decir verdad, si ése hubiera sido el caso, Heydrich, en tanto que jefe de los servicios secretos del partido nazi y de la SS, habría podido hacer desaparecer sin el menor esfuerzo cualquier huella sospechosa en su genealogía.

Sea como fuere, aquélla no era la primera vez que el personaje de Heydrich fue llevado a la pantalla, ya que menos de un año después del atentado, en 1943, Fritz Lang rodaba una película de propaganda titulada *Los verdugos también mueren*, sobre un guion de Bertolt Brecht. Esta película reconstruía los hechos de una manera totalmente imaginaria (Fritz Lang ignoraba cómo habían ocurrido las cosas realmente, y de haberlo sabido no habría querido correr el riesgo de divulgarlo, naturalmente), pero bastante ingeniosa: Heydrich era asesinado por un médico checo, miembro de la Resistencia interior, que se refugiaba en casa de una muchacha cuyo padre, un profesor universitario, era llevado como rehén por el ocupante junto con otras personalidades locales y amenazado de muerte como represalia si el asesino no se entregaba. La crisis, tratada de manera extremadamente dramática (Brecht obliga, qué duda cabe), se desata cuando la Resistencia consigue endilgarle la responsabilidad a un traidor colaboracionista, con cuya muerte termina todo el asunto incluida la película. En la realidad, ni los partisanos ni los ciudadanos checos se libraron tan fácilmente.

Fritz Lang eligió representar a Heydrich, bastante groseramente, como un perverso afeminado, un completo degenerado que maneja una fusta para subrayar a la

vez su ferocidad y sus costumbres depravadas. Es cierto que el verdadero Heydrich pasaba por ser un desequilibrado sexual y que era dado a poner una voz de falsete que contrastaba con el resto del personaje, pero su altivez, su envaramiento, su perfil de ario absoluto no tenían nada que ver con la criatura que se contonea en la película. A decir verdad, si se quisiera buscar una representación un poco más verosímil, convendría volver a ver *El Gran Dictador*, de Chaplin: se ve ahí a Hinkel, el dictador, flanqueado por dos esbirros, uno es un gordo fatuo adiposo que claramente toma como modelo a Goering, el otro es un tipo escuálido mucho más astuto, frío y rígido: pero no es Himmler, con su pequeño bigote de zorro y mal perfilado, sino más bien Heydrich, su muy peligroso brazo derecho.

8

Por enésima vez volví a Praga. Acompañado por otra joven, la espléndida Natacha (francesa pese a su nombre: hija de comunistas, como todos nosotros), volví a pasar por la cripta. El primer día estaba cerrada por ser fiesta nacional, pero enfrente, algo de lo que nunca me había percatado hasta entonces, hay un bar que se llama «De los paracaidistas». Las paredes de su interior están cubiertas de fotos, documentos, frescos y carteles relativos al asunto. Al fondo, una gran pintura mural reproduce la Gran Bretaña, con puntos que señalan las diferentes bases militares donde los comandos del ejército checo en el exilio se preparaban para sus misiones. Bebí allí una cerveza con Natacha.

Al día siguiente fuimos a una hora laborable y le enseñé la cripta a Natacha, que tomó algunas fotos a petición mía. En el vestíbulo se proyectaba una película que reconstruía el atentado: traté de localizar los lugares del drama para luego ir a visitarlos, pero estaban lejos del centro de la ciudad, en el extrarradio. Los nombres de las calles habían cambiado, todavía me costaba situar con precisión el lugar exacto del ataque. A la salida de la cripta, me hice con un folleto bilingüe que anunciaba una exposición titulada «Atentát» en checo, «Asesinato» en inglés. Entre ambos títulos, una foto mostraba a Heydrich rodeado de oficiales alemanes y flanqueado por su brazo derecho local, el sudete Karl Hermann Frank, todos impecablemente uniformados, dispuestos a trepar por unas escaleras alfombradas. Sobre el rostro de Heydrich se había impreso una diana roja. La exposición tenía lugar en el museo del Ejército, cerca de Florenc, la estación de metro, pero no se indicaba ninguna fecha (sólo se mencionaban los horarios del museo). Acudimos allí ese mismo día.

En la entrada del museo, una señora bajita y de bastante edad nos recibió con mucha solicitud: parecía feliz de tener visitantes y nos invitó a recorrer las diferentes

galerías del edificio. Pero sólo me interesaba una, y así se lo indiqué: aquella cuya entrada estaba decorada con un enorme cartón piedra que anunciaba, como si fuera el cartel de una película de terror hollywoodiense, la exposición sobre Heydrich. Me pregunté si aquella exposición sería permanente. En todo caso, era gratuita, como el resto del museo, y la señora bajita, después de inquirir sobre nuestra nacionalidad, nos entregó un folleto informativo en inglés (sentía muchísimo no poder ofrecérselo más que en inglés o alemán).

La exposición sobrepasaba todas mis expectativas. Allí sí que estaba todo de verdad: además de fotos, cartas, afiches y documentos diversos, vi las armas y los efectos personales de los paracaidistas, la documentación suministrada por los servicios ingleses, con notas, estimaciones, evaluaciones de riesgos, el Mercedes de Heydrich, con su neumático reventado y su agujero en la portezuela trasera derecha, la carta fatal del amante a su querida, que fue la causa de la masacre de Lidice, al lado de sus respectivos pasaportes con su foto, y muchos más rastros de lo que había ocurrido, auténticos y turbadores. Tomé notas febrilmente, a sabiendas de que había demasiados nombres, fechas, detalles. Al salir, le pregunté a la señora bajita si me sería posible adquirir el folleto que me había entregado para la visita, en el que estaban reproducidos todos los textos y comentarios de la exposición: me dijo que no con aspecto desolado. El librito, muy bien hecho, estaba encuadernado a mano y era obvio que no estaba destinado a su comercialización. Al ver mi perplejidad, y sin duda conmovida por mis esfuerzos por chapurrear el checo, la señora bajita acabó por quitarme el folleto de las manos y meterlo en el bolso de Natacha con determinación. Nos hizo una seña para que nos calláramos y nos fuéramos. La despedimos efusivamente. La verdad era que, visto el número de visitantes del museo, seguramente nadie echaría en falta aquel folleto. Aun así, había sido extremadamente amable. Dos días después, una hora antes de la salida de nuestro autocar para París, regresé al museo para ofrecerle unos bombones a aquella señora bajita quien, muy confusa, se negaba a aceptarlos. La riqueza del folleto que ella me había dado era tal que sin él —y por tanto sin ella— este libro carecería de la forma que va a cobrar a partir de ahora. Lo que lamento es no haberme atrevido a preguntarle su nombre, para poder agradecerse aquí todavía con un poco más de solemnidad.

Cuando estaba en el instituto, Natacha participó dos años seguidos en un concurso sobre la Resistencia, y las dos veces acabó la primera, lo que, hasta donde yo sé, no se había producido nunca antes y tampoco se volvería a repetir después. Esa doble

victoria le dio la ocasión de ser una de las abanderadas en una ceremonia conmemorativa y de visitar un campo de concentración en Alsacia. Durante el trayecto, estuvo sentada al lado de un antiguo resistente que le tomó mucho cariño. Él le prestó libros, documentos, pero al poco tiempo se perdieron de vista. Diez años más tarde, cuando me contó esta historia con la culpabilidad que cualquiera puede imaginarse, ya que ella seguía en posesión de los documentos prestados sin saber siquiera si aquel resistente todavía vivía, la animé a recuperar de nuevo su contacto y, aunque el individuo acabó por irse a vivir al otro extremo de Francia, di con su rastro.

Fue así como acudimos a visitarlo donde vivía, en una hermosa casa completamente blanca, cerca de Perpiñán, en donde se había instalado con su mujer.

Entre sorbitos de moscatel escuchábamos su relato de cómo había entrado en la Resistencia, cómo se había pasado al maquis, en qué consistía su actividad. En 1943, él tenía diecinueve años y trabajaba en la lechería de su tío, quien, suizo de origen, hablaba alemán; lo hacía tan bien que los soldados que acudían a avituallarse habían tomado la costumbre de entretenerse allí un poco más para charlar con alguien que hablaba su lengua. Al principio, le preguntaron si podría entresacar alguna información interesante de las frases intercambiadas entre los soldados y su tío, algo sobre movimientos de tropas, por ejemplo. Luego le pidieron que hiciera acciones de paracaidismo, que consistían en ayudar a recuperar las cajas con material lanzadas en paracaídas por los aviones aliados durante la noche. Finalmente, cuando tuvo edad de ser reclutado por el STO y, en consecuencia, amenazado de ser enviado a Alemania, se pasó al maquis, donde sirvió en unidades de combate y participó en la liberación de Borgoña, por lo visto muy activamente, a juzgar por el número de alemanes que dijo haber matado.

Su historia me interesó de veras, pero esperaba también aprender algo que pudiera serme útil de cara a mi libro sobre Heydrich. Aunque no tenía ni idea de qué exactamente.

Le pregunté si había seguido una instrucción militar una vez que se había enrolado en el maquis. Ninguna, me dijo. Con el tiempo sí le enseñaron el manejo de una ametralladora pesada y tuvo algunas sesiones de entrenamiento para su montaje y desmontaje con los ojos vendados, así como prácticas de tiro. Pero el día que llegó le pusieron en las manos una metralleta y no le dijeron nada más. Una metralleta inglesa, una Sten. Un arma nada fiable, al parecer: bastaba con que la culata golpease el suelo para que se vaciase al aire todo el cargador. Una porquería. «La Sten era una pura mierda, no se puede decir más que eso.»

Una pura mierda, entonces...

He dicho antes que la eminencia gris de Hynkel-Hitler en *El Gran Dictador* de Chaplin se inspiraba en Heydrich, pero es falso. No me refiero al hecho de que en 1940 Heydrich fuera un hombre en la sombra absolutamente desconocido para la mayoría, *a fortiori* americana. El problema evidentemente no es éste: Chaplin habría podido *adivinar* su existencia y acertar de pleno. La verdad es que el esbirro del dictador en la película está presentado como una serpiente cuya inteligencia contrasta con la ridiculez de quien parodia al gordo Goering, pero el personaje está asimismo cargado de una dosis de bufonería y pusilanimidad en la que no es posible reconocer al futuro carnicero de Praga.

A propósito de recreaciones cinematográficas de Heydrich, acabo de ver en la tele una vieja película de Douglas Sirk (que era de origen checo) titulada *Hitler's Madman*. Se trata de un film de propaganda, americano, rodado en una semana, estrenado poco tiempo antes del de Fritz Lang, *Los verdugos también mueren*, en 1943. La historia, totalmente imaginaria (al igual que la de Lang), sitúa el corazón de la Resistencia en Lidice, el pueblo mártir que acabará como Oradour. El argumento consiste en el compromiso de los habitantes para proteger a un paracaidista llegado de Londres: ¿lo ayudarán, se mantendrán al margen, lo delatarán? El problema de la película es que reduce la organización del atentado a una iniciativa local, basada en una concatenación de casualidades y coincidencias (Heydrich atraviesa por azar el pueblo de Lidice, donde se esconde por azar un paracaidista, y también por azar se sabe la hora a la que pasa el coche del protector, etcétera). La intriga es mucho menos intensa que la del film de Lang, en la que, con Brecht al guion, la fuerza dramática se despliega para constituir una verdadera epopeya nacional.

Por el contrario, el actor que encarna a Heydrich en la película de Douglas Sirk es excelente. Por de pronto se le parece físicamente. Además, llega a reproducir la brutalidad del personaje sin recargarlo de tics demasiado exagerados, fácil recurso al que Lang había cedido so pretexto de subrayar su alma degenerada. Es cierto que Heydrich era un cerdo maléfico y despiadado, pero no era Ricardo III. El actor en cuestión es John Carradine, el padre de David Carradine, alias Bill con Tarantino. La escena más lograda de la película es la de la agonía: Heydrich en la cama, moribundo y roído por la fiebre, larga a Himmler un discurso cínico que, por primera vez, tiene resonancias shakespearianas, aunque no por eso ha dejado de parecerme bastante verosímil: ni cobarde ni heroico, el verdugo de Praga se extingue sin arrepentimiento ni fanatismo, sólo apenado por dejar la única vida a la que estaba en verdad unido, la suya.

«Verosímil», como he dicho.

Pasan los meses, se convierten en años, durante los cuales esa historia no deja de crecer en mí. Y mientras transcurre mi vida, hecha como la de todos a base de alegrías, de dramas, de decepciones y de esperanzas personales, los anaqueles de mi apartamento se cubren de libros sobre la Segunda Guerra Mundial. Devoro cuanto cae en mis manos en todas las lenguas posibles, voy a ver todas las películas que salen —*El pianista*, *El hundimiento*, *Los falsificadores*, *Te Black Book*, etcétera— y mi tele queda bloqueada en el canal Historia que dan por cable. Aprendo multitud de cosas, y aunque algunas no guardan más que una lejana relación con Heydrich, me digo que todo puede servir, que hay que impregnarse de una época para comprender su espíritu, y luego el hilo del conocimiento se desenrolla solo, una vez que se empieza a tirar de él. La amplitud del saber que llego a acumular termina por asustarme. Escribo dos páginas cada mil que leo. A ese ritmo, moriré sin haber evocado más que lo que serían los preparativos del atentado. Siento claramente que mi sed de documentación, sana en principio, se torna poco a poco en perjudicial: en resumidas cuentas, se convierte en un pretexto para demorar el momento de la escritura.

Mientras tanto, tengo la impresión de que todo en mi vida cotidiana me conduce a esa historia. Natacha alquila un estudio en Montmartre, el código de la puerta de entrada es el 4206, enseguida pienso en junio del 42. Natacha me anuncia la fecha de la boda de su hermana, y yo exclamo alegremente: «¿El 27 de mayo? ¡Increíble! ¡El día del atentado!» (Natacha está consternada.) Pasamos por Múnich el último verano, de regreso de Budapest: en la gran plaza de la ciudad vieja, reunión alucinante de neonazis, los avergonzados muniqueses me dicen que nunca habían visto algo así (no sé si creerlos, la verdad). Veo por primera vez en mi vida una de Rohmer, en DVD: el personaje principal, un agente doble en los años treinta, se encuentra con Heydrich en persona. ¡En una de Rohmer! Es divertido constatar cómo, cuando nos interesamos a fondo por un tema, todo parece remitirnos a él.

Leo también muchas novelas históricas, para ver cómo se desenvuelven los otros con las imposiciones del género. Algunos saben dar prueba de un rigor extremo, otros pasan ampliamente, otros incluso llegan a bordear hábilmente los muros de la verdad histórica sin tener que fantasear demasiado. Lo que más me impresiona es el hecho de que en todos los casos la ficción se impone a la Historia. Es lógico, pero en mi caso no sé cómo resolverlo.

Un modelo de acierto, en mi opinión, es *Le Mors aux dents*, de Vladimir Pozner, que cuenta la historia del barón Ungern, con quien se mide Corto Maltés en *Corto Maltés en Siberia*. La novela de Pozner se divide en dos partes: la primera se desarrolla en París, y relata las pesquisas del escritor a la hora de recoger testimonios sobre su personaje. La segunda nos sumerge brutalmente en el corazón de Mongolia, y de golpe nos vuelca en la novela propiamente dicha. El efecto es sorprendente y

muy logrado. Releo esa parte de vez en cuando. De hecho, para ser preciso, las dos partes están separadas por un pequeño capítulo de transición titulado «Tres páginas de Historia», que termina con esta frase: «1920 acababa de empezar».

Lo encuentro genial.

12

Maria intenta torpemente tocar el piano desde hace una hora, cuando oye entrar a sus padres. Bruno, el padre, le abre la puerta a su mujer, Elizabeth, que lleva un bebé en los brazos. Llaman a la niña: «¡Ven a ver, Maria! Mira, es tu hermanito. Es muy pequeño y hay que quererlo mucho. Se llama Reinhardt.» Maria asiente sin convicción. Bruno se inclina con delicadeza sobre el recién nacido. «¡Qué guapo es! —dice—. ¡Y qué rubio!, dice Elizabeth. Será músico.»

13

Desde luego, yo podría, incluso debería describir detenidamente, a modo de introducción en una decena de páginas, siguiendo el ejemplo de Victor Hugo, la apacible ciudad de Halle, donde nació Heydrich en 1904. Hablaría de las calles, de las tiendas, de los monumentos, de todas las peculiaridades locales, de la organización municipal, de las diferentes infraestructuras, de las especialidades gastronómicas, de sus habitantes y de su estado de ánimo, de sus modales, de sus tendencias políticas, de sus gustos y aficiones. Luego abriría el zoom hacia la casa de los Heydrich, el color de los postigos, el de las cortinas, la disposición de las habitaciones, la madera de la mesa central del salón. Vendría después una minuciosa descripción del piano, acompañada de una larga parrafada sobre la música alemana de comienzos de siglo, su sitio en la sociedad, sus compositores, la cuestión de la recepción de las obras, la importancia de Wagner... y ahí, precisamente ahí, comenzaría mi relato propiamente dicho. Recuerdo una interminable digresión, de por lo menos ochenta páginas, en *Notre-Dame de París*, sobre el funcionamiento de las instituciones judiciales en la Edad Media. Se me hizo muy pesado, por eso me salté ese pasaje.

He optado por estilizar algo mi historia. Eso me viene de perlas porque, si bien en algunos episodios posteriores puede que necesite resistir a la tentación de demostrar mi saber detallando en exceso tal o cual escena sobre la que estoy superdocumentado, tengo que confesar que por lo que respecta a la ciudad natal de Heydrich mis

conocimientos flaquean un poco. Hay dos ciudades que llevan el nombre de Halle en Alemania, y ahora mismo ni yo sé a cuál me refiero. Decido, de manera provisional, que eso no es importante. Vamos a ver.

14

El maestro llama a los alumnos uno por uno: «¡Reinhardt Heydrich!» Reinhardt da un paso adelante, pero un niño levanta el dedo: «¡Señor! ¿Por qué no lo llama por su verdadero nombre?» Un estremecimiento de placer recorre la clase. «¡Se llama Süß, todo el mundo lo sabe!» La clase estalla, los alumnos gritan. Reinhardt no dice nada, aprieta los puños. Nunca dice nada. Tiene las mejores notas de la clase. Pronto será el mejor en gimnasia. Y no es judío. Por lo menos eso espera. Fue su abuela, por lo visto, la que se casó en segundas nupcias con un judío, pero eso no tiene nada que ver con su auténtica familia. Es lo que ha creído comprender, entre los rumores de la gente y las negaciones indignadas de su padre, aunque a decir verdad no está completamente seguro. Mientras tanto, va a hacer callar a todos con la gimnasia. Y esa tarde, cuando vuelva a casa, antes de que su padre le dé su lección de violín, podrá decirle que sigue siendo el primero, y su padre estará orgulloso de él, y lo felicitará.

Pero esa tarde no habrá lección de violín, y Reinhardt no podrá contar cómo le ha ido en la escuela a su padre. Cuando llegue a casa, sabrá que están en guerra.

—¿Por qué estamos en guerra, papá?

—Porque Francia e Inglaterra tienen envidia de Alemania, hijo mío.

—¿Por qué tienen envidia?

—Porque los alemanes son más fuertes que ellos.

15

Nada hay más artificial, en un relato histórico, que esos diálogos reconstruidos a partir de testimonios más o menos de primera mano, so pretexto de insuflarle vida a las páginas muertas del pasado. En estilística, esta forma se emparenta con la figura de la hipotiposis, que consiste en describir un cuadro tan vivamente que le dé al lector la impresión de tenerlo delante de sus ojos. Cuando se trata de hacer revivir una conversación, el resultado es a menudo forzado, y el efecto obtenido es el inverso del deseado: lo veo un método demasiado artificioso, incluso oigo demasiado la voz del autor que quiere recuperar la de unas figuras históricas de las que intenta apropiarse.

Sólo hay tres casos en los que se puede restituir un diálogo con absoluta fidelidad: a partir de un documento de audio, o de uno de vídeo o de uno taquigráfico. Incluso este último modo no es una garantía completamente segura del texto exacto de la frase, coma arriba coma abajo. Aunque puede decirse que, si bien a veces sucede que el taquígrafo condensa, resume, reformula, sintetiza los extremos, el espíritu y el tono del discurso son, pese a todo, restituidos de manera globalmente satisfactoria.

Sea como sea, mis diálogos, cuando no puedan fundarse sobre fuentes precisas, fiables o exactas palabra por palabra, serán totalmente inventados. En ocasiones, en ese caso, les asignaré una función, no de hipotiposis, sino más bien, digamos por el contrario, de parábola. Por un lado la extrema exactitud y por otro lado la extrema ejemplaridad. Y para que no haya confusión al respecto, todos los diálogos que me invente (no habrá muchos) serán tratados como escenas teatrales. Una gota de estilización, por tanto, en el océano de lo real.

16

El pequeño Heydrich, muy mono, muy rubio, buen alumno aplicado, amado por sus padres, violinista, pianista, químico incipiente, posee una voz chillona que le vale un apodo, el primero de una larga lista: en la escuela lo llaman «la cabra».

En esa época todavía cualquiera puede burlarse de él sin jugarse la vida. Pero es también el delicado periodo de la infancia en que se aprende el resentimiento.

17

En *La muerte es mi oficio*, Robert Merle reconstruye la biografía novelada de Rudolf Hess, el comandante de Auschwitz, a partir de los testimonios y las notas que éste dejó en la prisión antes de ser ahorcado en 1947. Toda la primera parte está centrada en su infancia, en su educación mortificada hasta extremos increíbles por un padre ultraconservador de una psicología completamente rígida. La intención del autor es evidente: trata de hallar las causas, cuando no las explicaciones, de la trayectoria de un hombre así. Robert Merle intenta adivinar —digo adivinar, no comprender— cómo se puede llegar a ser comandante de Auschwitz.

No es mi intención —digo intención, no ambición— hacer lo mismo con Heydrich. No quiero demostrar que Heydrich fuera el responsable de la Solución Final porque sus compañeros de clase lo llamasen «la cabra» cuando tenía diez años. Tampoco creo que las vejaciones de las que fue víctima porque se le tenía por judío

deban explicarlo todo necesariamente. Me limito a mencionar esos hechos por la coloración irónica que confieren a su destino: «la cabra» pasará a ser llamado, en la cumbre de su poder, «el hombre más peligroso del III Reich», y el judío Süß va a transformarse en el Gran Planificador del Holocausto. ¿Quién habría sido capaz de adivinar algo semejante?

18

Imagino la escena.

Reinhardt y su padre, inclinados sobre un mapa de Europa desplegado sobre la gran mesa del salón, cambian de lugar unas banderitas. Están muy concentrados porque el momento es grave, la situación se ha vuelto muy seria. Algunas sublevaciones han debilitado el glorioso ejército de Guillermo II. Pero también han causado estragos en el ejército francés. Y en Rusia decididamente ha triunfado la revolución bolchevique. Por fortuna, Alemania no es Rusia, ese país tan atrasado. La civilización germánica descansa sobre pilares tan sólidos que los comunistas jamás podrán destruirla. Ni ellos ni Francia. Ni los judíos, evidentemente. En Kiel, en Múnich, en Hamburgo, en Bremen, en Berlín, la disciplina alemana va a recuperar las riendas de la razón, del poder y de la guerra.

Pero la puerta se abre. Elizabeth, la madre, irrumpe de pronto en la habitación. Está completamente enloquecida. El Káiser ha abdicado. Se ha proclamado la república. Se ha nombrado a un socialista para la chancillería. Quieren firmar el armisticio.

Reinhardt, mudo de estupor, con los ojos como platos, se vuelve hacia su padre. Éste, al cabo de unos interminables segundos, alcanza a murmurar una sola frase: «No es posible.» Estamos en el 9 de noviembre de 1918.

19

No sé por qué Bruno Heydrich, el padre, era antisemita. Lo que sé, en cambio, es que se le consideraba un hombre muy gracioso. Era, por lo visto, bastante divertido, un auténtico animador. Se decía incluso que sus chistes eran demasiado graciosos para no ser judío. Al menos este argumento no podrá ser utilizado contra su hijo, ya que no se distinguió jamás por tener un gran sentido del humor.

Alemania ha perdido, de ahora en adelante el país se encamina hacia el caos y, según una franja creciente de la población, los judíos y los comunistas lo llevan a la ruina. El joven Heydrich, como todo el mundo, desea vagamente liarse a puñetazos. Se afilia a las Freikorps, esas milicias que quieren sustituir al ejército combatiendo contra todo lo que esté a la izquierda de la extrema derecha.

A su vez, esos Cuerpos libres, organizaciones paramilitares dedicadas a la lucha contra el bolchevismo, ven oficializada su existencia por un gobierno socialdemócrata. Mi padre diría que no hay por qué sorprenderse por ello, en su opinión los socialistas han traicionado siempre. Pactar con el enemigo es su segunda naturaleza. Y daría un montón de ejemplos. En aquel caso, fue un socialista quien aplastó la revolución spartakista y mandó liquidar a Rosa Luxemburg. Por los Cuerpos libres.

Podría hacer algunas matizaciones sobre el grado de compromiso de Heydrich en esos Cuerpos libres, pero no me parece necesario. Basta con saber que, en tanto que afiliado, forma parte de las «tropas de apoyo técnico», cuya labor era impedir las ocupaciones de las fábricas y asegurar el buen funcionamiento de los servicios públicos en caso de huelga general. ¡Ya tenía tan agudo ese sentido del Estado!

Lo bueno de las historias verdaderas es que uno no tiene que preocuparse de dar sensación de realidad. No necesito hacer actuar al joven Heydrich en aquel periodo de su vida. Entre 1919 y 1922, vive siempre en Halle (Halle-an-der Saale, lo he comprobado), en casa de sus padres. Durante ese tiempo, los Cuerpos libres proliferan por todas partes. Uno de ellos procede de la célebre brigada de marina «blanca» del capitán de corbeta Ehrhardt. Tiene por insignia una cruz gamada, y su canto de guerra reza así: *Hakenkreuz am Stahlhelm* («Cruz gamada en casco de acero»). En mi opinión, con un decorado como éste, ¿qué sentido tiene hacer la descripción más morosa del mundo?

Hay crisis, el paro hace estragos en Alemania, los tiempos son duros. El pequeño Heydrich quería ser químico, sus padres siempre habían soñado con convertirlo en músico. Pero en tiempos de crisis, el mejor refugio es el ejército. Fascinado por las hazañas del legendario almirante von Luckner, que es amigo de la familia y que en el best seller epónimo que escribió para su propia gloria se autodenomina «el demonio de los mares», Heydrich se enrola en la marina. Una mañana de 1922, el alto y rubio

joven se presenta en la escuela de oficiales de Kiel, llevando en la mano un estuche de violín negro, regalo de su padre.

22

El *Berlin* es un crucero de guerra de la marina alemana que tiene como segundo comandante al teniente de navío Wilhelm Canaris, héroe de la primera guerra, ex agente secreto y futuro jefe del contraespionaje de la Wehrmacht. Su mujer, violinista, organiza los domingos unas veladas musicales en su casa. Cierta día se produce una vacante en su cuarteto de cuerdas. El joven Heydrich, que sirve en el *Berlin*, es invitado para completar la orquesta. Aparentemente interpreta muy bien y sus anfitriones, al contrario que sus camaradas, aprecian su compañía. Se convierte así en un habitual de las veladas musicales de *Frau* Canaris, en las que escucha las historias de su jefe, que le causan gran impresión. «¡Ah, el espionaje!», se dice a sí mismo, mientras sueña despierto.

23

Heydrich es un apuesto oficial de la *Reichsmarine* y un temible tirador de esgrima. Su reputación de espadachín en diferentes torneos le granjea el respeto de sus camaradas, ya que no su amistad.

Cierta año, Dresde organiza un concurso para los oficiales alemanes. Heydrich participa en la modalidad de sable, el arma más brutal, su especialidad. El sable, al contrario que el florete, que toca únicamente con la punta, ha de tirar una estocada, haciendo un tajo con el filo, y sus golpes, lanzados como latigazos, son infinitamente más violentos. El desempeño físico de los sablistas es en consecuencia más espectacular. Todo eso le va a la perfección al joven Reinhardt. Aquel día, sin embargo, se le ve maltrecho desde el primer asalto. ¿Quién es su adversario? Mis investigaciones no me han permitido saberlo. Me imagino a uno zurdo, rápido, astuto, moreno, puede que hasta medio judío, lo que ya sería mucho, o quizá un cuarto. Un tirador nada impresionable, que esquiva, rechaza el duelo, multiplica las fintas y requiebros, convertidos en pequeñas provocaciones. Sin embargo, Heydrich es con mucho el favorito. Eso lo enerva cada vez más, yerra los golpes y se pierden en el aire, en ocasiones llega a salirse de su marca. Pero en el último toque, casi al límite de sus nervios, cae en una trampa, entra con demasiado vigor, y encaja una parada-respuesta que le da en la cabeza. Siente el filo del contrario restallar sobre su casco.

Es eliminado en el primer combate. De rabia, estrella su sable contra el suelo. Los jueces le imponen una sanción por ello.

24

El 1.º de mayo, tanto en Alemania como en Francia, es la fiesta del trabajo, cuyo origen se remonta a una lejana decisión de la Segunda Internacional tomada en homenaje a una gran huelga obrera que tuvo lugar un 1.º de mayo en Chicago en 1886. Sin embargo, también es el aniversario de un acontecimiento cuya importancia no pudo ser sopesada en su momento, pero sus consecuencias fueron incalculables y evidentemente no se festeja en ningún país: el 1.º de mayo de 1925 Hitler creaba un cuerpo de élite originalmente destinado a garantizar su seguridad personal, una guardia próxima formada por fanáticos muy entrenados que respondieran a criterios raciales extremadamente estrictos. Es la *grada protectora*, la *Schutz Staffel*, también conocida como la SS.

En 1929, esta guardia especial se transforma en una verdadera milicia, organización paramilitar confiada a los buenos cuidados de Himmler. Después de conquistar el poder en el 33, éste declara, durante una alocución en Múnich:

«Cada Estado necesita una élite. La élite del Estado nacionalsocialista es la SS. En ella se perpetúan, sobre la base de la selección racial, conjugada con las exigencias actuales, la tradición militar alemana, la dignidad y la nobleza alemanas y la eficacia de la industriosisidad alemana.»

25

Nunca he conseguido hacerme con el libro escrito después de la guerra por la mujer de Heydrich, *Leben mit einem Kriegsverbrecher* («Vivir con un criminal de guerra», en francés, aunque la obra jamás ha sido traducida ni al francés ni al inglés). Me imagino que ese libro sería una mina de información para mí, pero nunca he llegado a ponerle la mano encima. Parece ser que es una obra extremadamente rara, cuyo precio, en Internet, por lo general oscila entre 350 y 700 euros. Supongo que los neonazis alemanes, fascinados por Heydrich, el nazi que nunca se habrían atrevido a soñar ser, son los responsables de ese coste tan exorbitante. Una vez lo encontré por 250 euros y quise cometer la locura de encargarlo. Por fortuna para mi presupuesto, la librería alemana que lo había puesto a la venta no aceptaba pagos con tarjeta de crédito. Si quería recibir el preciado volumen, tenía que ordenarle a mi banco una

transferencia a una cuenta en Alemania. Consistía en una interminable serie de números y de letras, y la operación además no podía hacerse directamente por Internet, tenía yo que desplazarme hasta mi sucursal bancaria. Ante esta perspectiva, con todo lo que implica de deprimente para cualquier individuo medio, me disuadí de proseguir con la operación. De todos modos, como mi nivel de alemán no pasa de una clase de 5.º (aunque di ocho años en la escuela), la inversión era un poco aleatoria.

Por tanto, tengo que pasarme sin ese documento capital. Y precisamente ahora que llego ya a la fase de esta historia en la que tengo que contar cómo Heydrich conoció a su mujer. No cabe duda de que es aquí, más que en ningún otro pasaje, donde esa rarísima y onerosa obra me habría sido de gran ayuda.

Cuando digo «tengo que» no quiero decir, por supuesto, que sea absolutamente necesario. Podría muy bien contar toda la «Operación Antropoide» sin mencionar ni una sola vez el nombre de Lina Heydrich. Por otra parte, si esbozo el personaje de Heydrich, como parezco muy deseoso de hacer, me es difícil obviar el papel que tuvo su esposa en su ascensión a la cúpula de la Alemania nazi.

Al mismo tiempo, no me disgusta en absoluto evitar la versión romántica de su idilio, ya que la señora Heydrich se habrá encargado de nutrirla profusamente en sus memorias. Evito así la tentación de una escena de novela rosa. Y no es que me niegue a considerar los aspectos humanos de un ser como Heydrich. No soy de esos que se han ofuscado con la película *El hundimiento* porque en ella se ve (entre otros) a un Hitler amable con sus secretarías y cariñoso con su perro. Naturalmente, supongo que Hitler podía ser amable de vez en cuando. Tampoco dudo, a juzgar por los facsímiles de las cartas que le dirigía, que Heydrich se enamorase sinceramente de su mujer cuando la conoció. En aquella época, era una chica de sonrisa agradable, que podía incluso pasar por bonita, lejos aún de la madrastra de rostro duro en que iba a convertirse.

Pero su encuentro, tal como lo relata un biógrafo basándose expresamente en los recuerdos de Lina, es en realidad demasiado *kitsch*: durante un baile en que teme aburrirse toda la velada porque no hay bastantes muchachos, ella y su amiga se dejan abordar por un oficial de cabello negro que va acompañado de un rubito tímido. Flechazo en el tímido. Cita dos días más tarde en el parque Hohenzollern de Kiel (muy bonito, he visto fotos), paseo romántico por la orilla de un pequeño lago. Teatro al día siguiente y luego un pequeño cuarto donde, me imagino, se acuestan juntos, aunque el biógrafo se vuelve muy púdico en este punto: la versión oficial es que Heydrich llega con su más elegante uniforme, van juntos a beber una copa después de pasar por la habitación, guardan silencio delante de sus vasos y de repente, sin previo aviso, Heydrich le pide matrimonio. «*Mein Gott*, Herr Heydrich, ¡pero si usted no sabe nada de mí ni de mi familia! ¡Ni siquiera sabe quién es mi padre! La marina no permite a sus oficiales casarse con cualquiera.» Como por otra parte es sabido que

Lina se había hecho con las llaves de una habitación, supongo yo que aquella noche, antes o después de la petición, consumaron. Para él Lina von Osten, descendiente de una familia de aristócratas un tanto venida a menos, es un partido muy conveniente. En consecuencia, se casan.

Esta historia equivale a cualquier otra. Me sobraba la escena del baile, y más aún la del paseo por el parque. Preferiría no haber tenido conocimiento de más detalles; así, no habría estado tentado de contarlos. Cuando caigo sobre elementos que me permiten reconstruir minuciosamente una escena entera de la vida de Heydrich, a menudo me cuesta renunciar a ellos, incluso cuando la escena en sí no me parece poseer el menor interés. Por otra parte, supongo que las memorias de Lina están repletas de historias de ese estilo.

Definitivamente voy a prescindir de tan carísimo libraco.

Pese a todo, hay una cosa que siempre me ha intrigado del encuentro de los dos tortolitos: el oficial moreno que acompañaba a Heydrich se llamaba von Manstein. Lo primero que me pregunté fue si sería el mismo Manstein que capitaneó la ofensiva de las Ardenas durante la campaña francesa, que luego aparecerá como general de ejército en el frente ruso, en Leningrado, Stalingrado, Kursk, y que dirigiría la operación Ciudadela en 1943, destinada a que la Wehrmacht enajenara de la mejor manera posible la contraofensiva del Ejército Rojo. El mismo también que, para justificar el trabajo de los *Einsatzgruppen* de Heydrich en el frente ruso, declararía en 1941: «El soldado debe dar muestras de comprensión con respecto a la necesidad de las severas medidas de expiación a las que son sometidos los judíos, en tanto depositarios espirituales del terror bolchevique. Esta expiación es necesaria para cortar de raíz todas las sublevaciones que, en su mayor parte, han sido planeadas por los judíos.» El mismo, en fin, que morirá en 1953, lo que significa que, durante un año, ha vivido en el mismo planeta que yo. La verdad es que me parece poco probable, ya que el oficial moreno es presentado como un hombre joven, mientras que Manstein, en 1930, tiene ya cuarenta y tres años. Quizá sea alguien de su familia, un sobrino o un primo pequeño.

La joven Lina, de dieciocho años, era ya entonces, por lo que se puede saber, una nazi convencida. Pretende incluso ser ella la que convirtió a Heydrich. Algunos indicios, sin embargo, hacen creer que desde 1930 Heydrich estaba políticamente mucho más a la derecha que la media de los militares, y se sentía enormemente atraído por el nacionalsocialismo. Pero es evidente que la versión de «una-mujer-en-la-sombra» siempre tiene un toque más seductor...

Sin duda es azaroso pretender determinar los momentos de una vida en los que la existencia da un vuelco. Ni siquiera sé si tales momentos existen. Eric-Emmanuel Schmidt ha escrito ese libro, *La parte del otro*, donde imagina que Hitler consigue aprobar su examen de ingreso en Bellas Artes. De golpe, su destino y el del mundo habrían cambiado por entero: colecciona aventuras, se transforma en una bestia sexual, se casa con una judía a la que hace dos o tres hijos, se une al grupo de los surrealistas en París y se convierte en un pintor célebre. Paralelamente, Alemania se contenta con una breve guerra con Polonia y ya está. Nada de guerra mundial ni de genocidio, con un Hitler radicalmente distinto al verdadero.

Dejando aparte toda ficción más o menos ingeniosa, dudo mucho que el destino de una nación, y más aún el del mundo entero, dependan nunca de un solo hombre. Pero también hay que constatar que es muy difícil encontrar equivalente a una personalidad tan completamente maléfica como Hitler. Y es probable que aquel examen de ingreso en Bellas Artes fuera una circunstancia decisiva en su destino individual, ya que después de ese fracaso Hitler se vuelve un mendigo que deambula por Múnich, durante un periodo en el que desarrollará fatalmente un acentuado resentimiento contra la sociedad.

Si hubiera que determinar un momento así de clave en la vida de Heydrich, habría que situarlo sin ninguna duda en cierto día de 1931 en que se lleva a su casa a quien él creía que era una chica cualquiera. Sin esa chica, todo habría sido muy diferente, no sólo para Heydrich, sino también para Gabčík, Kubiš y Valčík, así como para miles de checos y, quizá, cientos de miles de judíos. No quiero llegar a pensar que sin Heydrich los judíos se habrían salvado. Pero la increíble eficacia de la que dará muestras a lo largo de su carrera nazi lleva a creer que Hitler y Himmler se las habrían apañado muy mal sin él.

En 1931, Heydrich no es más que un alférez de navío de 1.^a clase, oficial de marina, al que todo parece prometer una brillante carrera militar. Es novio de una joven aristócrata y se le presenta un futuro inmejorable. Pero es también un follador inveterado, que multiplica las conquistas femeninas y las visitas al burdel. Una noche se lleva a su casa a una chica con la que se ha encontrado en un baile de Potsdam y que había ido a Kiel expresamente para verlo a él. No sé con exactitud si la chica se quedó embarazada, pero lo cierto es que los padres le exigieron a él una reparación. Heydrich no se dignó a proseguir con ese asunto, visto que se acercaba la fecha de casarse con Lina von Osten, cuyo pedigrí le convenía más, al parecer, sin menoscabo del hecho de que estaba enamorado de ella sinceramente y no de la otra. Por desgracia para él, el padre de dicha joven era un amigo del mismísimo almirante Raeder, nada menos que el jefe superior de la marina. Se monta un gran escándalo. Heydrich se enfanga en unas explicaciones que le permitirán disculparse ante su novia, pero no ante la institución militar. Ha de comparecer ante una corte marcial,

acusado de indignidad, para acabar siendo expulsado del ejército.

En 1931, en medio de la más devastadora crisis económica que sacude a Alemania, el joven oficial al que todo parecía prometer una brillante carrera se encuentra sin empleo y ahora es uno más entre otros cinco millones de parados.

Afortunadamente para él, su novia no lo ha abandonado. Antisemita militante, lo impulsa a entrar en contacto con un nazi de bastante nivel en el escalafón de esa nueva organización de élite que cada vez tiene mayor renombre: la SS.

¿Ese 30 de abril de 1931, día en que Heydrich es expulsado ignominiosamente de la marina, sella acaso su destino y el de sus futuras víctimas? No se puede asegurar del todo, ya que a raíz de las elecciones de 1930 Heydrich había declarado: «Ahora el viejo Hindenburg no tendrá más remedio que nombrar canciller a Hitler. Y poco después llegará nuestra hora.» Dejando de lado el hecho de que se equivoca en tres años sobre el nombramiento de Hitler, es obvio cuáles eran las opiniones políticas de Heydrich a partir de 1930, y es de suponer que aunque hubiera seguido siendo oficial de marina, habría hecho también una magnífica carrera entre los nazis. Aunque tal vez no tan monstruosa.

27

Mientras tanto, vuelve a casa de sus padres y, según cuentan, llora como un niño durante varios días.

Poco más tarde, se afilia a la SS. Pero en 1931, ser subalterno en la SS no conlleva un sueldo. Está allí casi de voluntario, por así decir. Salvo que ascienda en el escalafón.

28

Habría algo de cómico en ese cara a cara, si no augurase la muerte de millones de personas. Por un lado, el rubio alto con uniforme negro, rostro equino, voz aguda, botas lustrosas. Por otro, un pequeño hámster con gafitas, castaño oscuro, bigotudo, con pintas muy poco arias. En esa ridícula voluntad de parecerse a su maestro Adolf Hitler mediante el bigote se manifiesta físicamente el lazo de Heinrich Himmler con el nazismo, el cual no debió de ser muy evidente al principio, habida cuenta de los diferentes disfraces vestimentarios de que hizo gala.

Contra toda lógica racial, es el hámster el que manda. Su posición está ya muy asentada en el seno del partido después de ganar las elecciones. Ésa es la razón por la

que, ante tan curioso personaje con cabeza de roedor pero de creciente influencia, el alto y rubio Heydrich trata de mantener un aire a la vez respetuoso y seguro de sí mismo. Es la primera vez que se encuentra con Himmler, el jefe supremo del cuerpo al que pertenece. En tanto que oficial de la SS, Heydrich, recomendado por un amigo de su madre, se postula para dirigir el servicio de información que Himmler desea montar en el seno de su organización. Himmler duda. Hay otro candidato, más de su preferencia. Ignora que ese candidato es un agente de la República encargado de infiltrarse en el aparato nazi. Está tan convencido de que ese hombre será el elegido, que no le importa postergar *sine die* su entrevista con Heydrich. Pero en cuanto lo ha sabido, Lina ha metido a su marido en el primer tren hacia Múnich para que se plante nada más llegar en el domicilio del antiguo criador de pollos, futuro Reichsführer Himmler, ese a quien Hitler llamará desde muy pronto «mi fiel Heinrich».

Heydrich, forzando la cita, ha impuesto su presencia a un Himmler bastante poco predispuesto. Sabe que, si no quiere continuar como instructor para blandristas ricos en un club de yate de Kiel, ha de concentrar todo su interés en causar buena impresión.

Por otra parte, dispone de un as: la notable incompetencia de Himmler en el terreno de la *inteligencia*.

En alemán, *Nachrichtoffizier* significa «oficial de transmisión», mientras que *Nachrichtendienstoffizier* significa «oficial de información». La razón por la que Heydrich, ex oficial de transmisión en la marina, está hoy sentado frente a Himmler es porque éste, ignorante notorio en materia militar, no era capaz de distinguir entre los dos términos. Porque de hecho, Heydrich apenas si tiene poquísima experiencia en información. Y lo que le pide Himmler es, ni más ni menos, crear en el seno de la SS un servicio de espionaje que pueda competir con el Abwehr del almirante Canaris, su antiguo jefe en la marina, dicho sea de paso. Ya que está ahí, Himmler espera de él que le exponga las líneas maestras de su proyecto. «Tiene usted veinte minutos.»

Heydrich no quiere seguir siendo instructor náutico toda su vida, así que se concentra para reunir sus conocimientos en la materia. Éstos se limitan principalmente a lo que recuerda de las numerosas novelas inglesas de espías que devora desde hace años. ¡Que por eso no quede! Entonces Heydrich se da cuenta de que Himmler domina aún menos la cuestión, por lo que decide farolear. Esboza algunos esquemas procurando abundar en los términos militares. Y la cosa funciona. Himmler se impresiona muy favorablemente. Olvidándose de su segundo candidato, el agente doble de Weimar, contrata al joven por un sueldo de 1.800 marcos al mes, seis veces más que su salario medio desde que lo expulsaron de la marina. Heydrich tendrá que instalarse en Múnich. Los cimientos del siniestro SD están puestos.

SD: *Sicherheitsdienst*, servicio de seguridad. La menos conocida y la peor de todas las organizaciones nazis, incluida la Gestapo.

Al principio, sin embargo, no era más que una pequeña oficina con medios reducidos: Heydrich monta sus primeros ficheros en cajas de zapatos y dispone de media docena de agentes. Pero ya ha asimilado el espíritu de la información: saberlo todo de todo el mundo. Sin excepción. A medida que el SD va expandiendo su manto, Heydrich descubrirá que tiene un don fuera de lo común para la burocracia, que es la primera cualidad requerida para la gestión de una buena red de espionaje. Su divisa podría ser ésta: ¡fichas, fichas y más fichas! De todos los colores. En todos los terrenos. Heydrich le coge gusto muy rápidamente. La información, la manipulación, la extorsión y el espionaje se convierten en sus drogas.

A esto hay que añadir una megalomanía algo pueril. Habiendo llegado a sus oídos que el jefe del Secret Intelligence Service inglés se hace llamar M (sí, como en *James Bond*), decide hacerse llamar sobriamente H. Es, en cierto sentido, su primer alias verdadero, antes de la era de los sobrenombres que pronto le impondrán: «el verdugo», «el carnicero», «la bestia rubia», y el que le dio Adolf Hitler en persona: «el hombre con corazón de hierro».

No creo que *H* acabara imponiéndose como un apelativo muy extendido entre sus hombres (que preferirán «la bestia rubia», más coloquial). Sin duda, con tantas *H* eminentes por encima de él se corría el riesgo de generar lamentables confusiones: Heydrich, Himmler, Hitler..., por prudencia él mismo fue abandonando esa infantilada. No obstante, *H de Holocausto...* habría podido servir de mal título para su biografía.

Natacha hojea distraídamente el número del *Magazine littéraire* que amablemente me ha comprado. Se detiene en la crítica de un libro dedicado a la vida de Bach, el músico. El artículo empieza con una cita del autor: «¿Hay algún biógrafo que no sueñe con afirmar que Jesús de Nazaret tenía el tic de alzar la ceja izquierda cuando reflexionaba?» Sonríe mientras me lee la frase.

En ese momento no soy consciente del alcance de esa expresión y, fiel a mi vieja repugnancia por las novelas realistas, me digo: ¡puaj! Pero luego le pido que me deje la revista y releo la frase. No tengo más remedio que aceptar que me gustaría mucho, en efecto, disponer de ese género de detalles relativos a Heydrich. Entonces Natacha

bromea sin piedad: «¡Sí, te pega mucho escribir que Heydrich tenía el tic de alzar la ceja izquierda cuando reflexionaba!»

31

En el imaginario de los turiferarios del Tercer Reich, Heydrich siempre ha pasado por ser el ario ideal, porque era alto y rubio y poseía los rasgos bastante finos. Los biógrafos complacientes lo describen en general como un hombre guapo, un seductor lleno de encanto. Si fueran honestos, o no estuvieran tan cegados por la turbia fascinación que ejerce sobre ellos todo lo que evoca el nazismo, verían, al observar mejor las fotos, que Heydrich, lejos de ser exactamente un figurín de moda, posee con creces ciertos rastros físicos poco compatibles con las exigencias de la clasificación aria: unos labios gruesos, que, aunque no exentos de cierta sensualidad, son casi de tipo negroide, así como una larga nariz aguileña que fácilmente podría pasar por ganchuda si perteneciera a un judío. Además están las orejas, grandes, un poco despegadas, y un rostro alargado del que todos concuerdan en reconocer el carácter equino; con todo ello se obtiene un resultado que no es forzosamente feo, pero se aleja mucho de los estándares de Gobineau.

32

Los Heydrich, recién instalados en un bonito apartamento muniqués muy del agrado de Lina (lo confieso, acabé por comprar su libro; le encargué que me lo pusiera en fichas a una estudiante rusa que creció en Alemania; habría podido encontrar a una alemana para ello, pero fue mejor así), han tirado la casa por la ventana. Esa noche reciben a Himmler para cenar, con otro invitado notable: Ernst Röhm en persona, el jefe de las SA. Físicamente parece un puerco, con su enorme barriga, su gruesa cabeza, sus ojillos hundidos, su espeso cuello rodeado por un collarín de grasa y su nariz respingona mutilada como un hocico, recuerdo del 14-18. Orgulloso de sus modales de soldado, también tiene la costumbre de comportarse como un cerdo. Pero está al frente de un ejército irregular de más de 400.000 camisas pardas, y hasta se dice que trata de tú a Hitler. A ojos de los Heydrich, es alguien perfectamente recomendable. De hecho, la velada transcurre con la mayor cordialidad. Se ríen mucho. Después de una buena cena cocinada cuidadosamente por la dueña de la casa, los hombres desean fumar acompañados de un buen licor. Lina les trae cerillas y baja al sótano a buscarles coñac. De repente, oye una detonación.

Sube las escaleras rápidamente y comprende lo sucedido: en su afán por atender a sus insignes invitados, había confundido las cerillas corrientes con las de año nuevo. Todos se están desternillando. Sólo les faltan las típicas risas grabadas.

33

Antiguo camarada de Hitler, miembro del NSDAP desde su creación, Gregor Strasser dirige el *Arbeiter Zeitung*, el periódico berlinés que él mismo fundó al salir de la cárcel, en 1925. Su prestigio y su posición explican sin duda que sea a él a quien se le encarguen ciertos asuntos. Como por ejemplo uno muy concreto que excede el marco del simple reglamento de la sección local del Partido. En 1932, la acusación de un oficial superior de la SS no está exenta de riesgos, incluso para un alto funcionario nazi, y la reputación creciente de la orden negra incita a la prudencia. Ésa es la razón por la que el Gauleiter de HalleMerseburg, alertado por sus administrados, prefiere transferir un delicado dossier, según el cual en la vieja edición de una enciclopedia musical se encuentra la siguiente mención: «Heydrich, Bruno, cuyo verdadero apellido es Süß.»

¿Entonces el nuevo protegido de Himmler sería hijo de un judío? Gregor Strasser, sin duda deseoso de probar que sigue siendo necesario contar con él, ordena una investigación. ¿Acaso quiere ofrece la piel de un joven lobo ambicioso? ¿Se trata de hacer brillar otra vez su estrella, ahora que palidece en la cúpula del partido que ha ayudado a fundar? ¿O es verdadero temor a dejar que la gangrena judía se infiltre en el corazón mismo del aparato nazi? Todo informe que es enviado a Múnich, aterriza en el despacho de Himmler.

Éste está consternado. Ya ha presumido de los méritos de su joven neófito ante el Führer y teme por su propia credibilidad, si la acusación se confirma. Por eso también sigue con mucha atención la investigación llevada por el Partido. Las sospechas concernientes a la rama paterna deben ser disipadas con la mayor rapidez: el apellido Süß pertenece al segundo marido de la abuela de Heydrich, con el que por tanto no está emparentado, y de todos modos el hombre tampoco era judío, pese a su patronímico. Por el contrario, la investigación habría generado algunas dudas sobre la pureza de la rama materna. Ante la ausencia de pruebas, Heydrich acaba siendo oficialmente disculpado. Sin embargo, Himmler se pregunta igualmente si no sería mejor deshacerse de él, ya que en adelante Heydrich quedará para siempre a merced de los rumores. Pero por otra parte, las actividades del joven Heydrich en el seno de la SS lo han revelado como un elemento, si no indispensable, al menos muy prometedor. Indeciso, Himmler opta por remitirse a la sabiduría del Führer en

persona.

Hitler convoca a Heydrich, con quien mantiene una larga entrevista cara a cara. Ignoro qué pudo decirle Heydrich, pero a la salida de ese encuentro ya tiene formada su opinión. Así se lo explica a Himmler: «Ese hombre está extraordinariamente dotado y es extraordinariamente peligroso. Seríamos unos estúpidos si prescindieramos de sus servicios. El Partido necesita hombres como él, y sus talentos, en el futuro, nos serán especialmente útiles. Además, nos estará eternamente reconocido por haberlo salvaguardado y nos obedecerá ciegamente.» Himmler, pese a su inquietud por tener bajo sus órdenes a un hombre capaz de inspirar tal admiración en el Führer, asiente, ya que no está entre sus costumbres discutir las opiniones de su amo.

Fue así como Heydrich salvó su cabeza. Pero revivió la pesadilla de su infancia. ¿Qué extraña fatalidad ha permitido que se le acuse de ser judío a él, que encarna tan explícitamente la raza aria en toda su pureza? Su odio contra el pueblo maldito se acrecienta. Mientras tanto, retiene el nombre de Gregor Strasser.

34

No sé en qué época exactamente, pero me inclino a pensar que es en aquellos años cuando decide introducir una pequeña modificación en la ortografía de su nombre. Hace desaparecer la *t* final: Reinhardt se convierte en Reinhard. Suena más duro.

35

Antes he dicho una tontería, víctima a la vez de un error de memoria y de una imaginación un tanto intrusiva. Para ser exactos, el jefe de los servicios secretos ingleses de aquella época se hacía llamar «C» y no «M» como en *James Bond*. Heydrich también se hace llamar «C», y no «H». Lo que no es seguro es que, al hacerlo, quisiera copiar a los ingleses, ya que probablemente la inicial designase sin más la palabra *der Chef*.

En cambio, al comprobar mis fuentes, he dado con la siguiente confidencia, hecha a no sé quién, pero que demuestra que Heydrich tenía una idea muy sólida acerca de su función: «En un sistema de gobierno totalitario moderno, el principio de la seguridad del Estado no tiene límites, por tanto el responsable que asuma esa carga debe obligarse a poseer un poder prácticamente sin trabas.»

Se le podrán reprochar muchas cosas a Heydrich, pero no la de faltar a sus promesas.

36

El 20 de abril de 1934 es un día para grabar en una lápida blanca sobre la historia de la orden negra: Goering cede la Gestapo, creada por él, a los dos jefes de la SS. Himmler y Heydrich toman posesión de las soberbias sedes de la Prinz Albrecht Strasse, en Berlín. Heydrich elige su despacho. Se instala en él. Se sienta a la mesa. Se pone a trabajar de inmediato. Coloca un papel delante. Coge su pluma. Y empieza a hacer listas.

Evidentemente, Goering no abandona con agrado la dirección de su policía secreta, a partir de ahora una de las joyas del régimen nazi. Pero es el precio a pagar para garantizarse el apoyo de Himmler contra Röhm: el pequeño burgués de la SS lo inquieta menos que el agitador socialistoide de las SA. A Röhm le gusta proclamar que la revolución nacionalsocialista no ha acabado todavía. Pero Goering no ve las cosas desde ese ángulo: ya tienen el poder, su única tarea de ahora en adelante consiste en conservarlo. Con toda seguridad, por mucho que Röhm sea el padrino de su hijo, Heydrich suscribe ese punto de vista.

37

Todo Berlín bulle en una atmósfera de complot debido a un documento que circula por la ciudad. Se trata de una lista mecanografiada. Los observadores neutrales están estupefactos ante la falta de precaución con que esa hoja de papel pasa de mano en mano por los cafés, ante los ojos de los camareros, quienes, como todo el mundo sabe, son confidentes a sueldo de Heydrich.

Es ni más ni menos que el organigrama de un hipotético gabinete ministerial. En ese futuro gobierno, Hitler se mantiene como canciller, pero desaparecen los nombres de Papen y de Goering. Por el contrario, figuran en él los de Röhm y sus amigos Schleicher, Strasser y Brüning.

Heydrich enseña la lista a Hitler. Éste, a quien nada le gusta menos que poder confirmar sus tendencias paranoicas, revienta de rabia. Sin embargo, la heterogeneidad de la coalición le deja perplejo: Schleicher, por ejemplo, no ha contado nunca entre los amigos de Röhm, y éste lo menosprecia soberanamente. Heydrich replica que el general Von Schleicher ha sido visto hablando animosamente

con el embajador de Francia, prueba de que está conspirando.

La mezcla heteróclita de esa extraña coalición demuestra sobre todo que Heydrich tiene todavía que afinar sus conocimientos en materia de política interior, porque ha sido él quien ha redactado y hecho difundir esa lista. El principio que ha prevalecido a la hora de redactarla es muy simple: poner con toda naturalidad los nombres de los enemigos de sus dos superiores, Himmler y Goering, y de los suyos.

38

Por fuera, el imponente edificio de piedra gris no revela nada. A lo sumo, se adivina una anormal actividad en el vaivén de siluetas que entran y salen. Pero en el interior del enjambre de la SS reina una agitación frenética: hombres corriendo por todas partes, voces retumbando en el enorme vestíbulo blanco, portazos en todos los pisos, teléfonos sonando sin parar en los despachos. En el corazón del edificio y del drama, Heydrich ensaya el que será su mejor papel, el del burócrata asesino. A su alrededor, unas mesas con teléfonos y unos hombres de negro que los cuelgan y descuelgan. Él coge todas las llamadas:

—¡Oiga! ¿Ha muerto?... Dejad el cuerpo allí mismo. Oficialmente es un suicidio. Colocadle el arma en la mano... ¿Que le habéis disparado en la nuca?... Bueno, no tiene ninguna importancia. Suicidio.

—¡Oiga! ¿Ya está hecho?... Muy bien... ¿La mujer también?... Bueno, decid que se resistieron al arresto... Sí, la mujer también... Eso es, ella quiso interponerse, ¡eso funcionará!... ¿Las criadas?... ¿Cuántas?... Anotad sus nombres, ya nos ocuparemos de ellas después.

—¡Oiga! ¿Terminado?... Bien, arrojadme todo eso al Óder.

—¡Oiga!... ¿Qué?... ¿En su club de tenis? ¿Jugaba al tenis?... ¿Que ha saltado el seto y se ha adentrado en el bosque? ¿Me tomáis el pelo?... ¡Batid esa zona y encontradlo!

—¡Oiga!... ¿Cómo que es «otro»? ¿Que tiene el «mismo apellido»?... ¿Y el mismo nombre?... Bueno, lleváoslo y mandadlo a Dachau hasta que aparezca el verdadero.

—¡Oiga!... ¿Dónde ha sido visto por última vez?... ¿En el hotel Adlon? ¡Pero es estúpido, todo el mundo sabe que los camareros trabajan para nosotros! ¿Ha dicho que quería entregarse?... Perfecto, id a buscarlo a su casa y enviádnoslo para acá.

—¡Oiga! ¡Páseme al Reichsführer!... ¿Oiga? Sí, ya está hecho... Sí, también... Eso está en marcha... Está hecho... ¿Y dónde está usted con el número uno?... ¿El Führer se niega?... ¿Pero por qué?... ¡Es muy necesario que usted convenza al

Führer!... ¡Insista en lo de sus costumbres! ¡Con todos los escándalos que hemos tenido que sofocar! ¡Recuérdeme el baúl olvidado en el burdel!... Entendido, llamo a Goering enseguida.

—¿Oiga? Heydrich al aparato. El Reichsführer me dice que el Führer quiere proteger al SA Führer... ¡Naturalmente que a ningún precio!... ¡Hay que decirle que el ejército eso no lo aceptará nunca! Hemos ejecutado a varios oficiales de la Reichswehr: si Röhm sigue con vida, Blomberg se negará a garantizar la operación... Sí, en efecto, es cuestión de justicia, de acuerdo... Entendido, espero su llamada.

Entra un SS. Va con mucho cuidado. Se acerca a Heydrich y se inclina para hablarle al oído. Los dos salen de la habitación. Al cabo de cinco minutos, Heydrich regresa solo. Su cara no revela nada. Vuelve a retomar el hilo de las comunicaciones.

—¿Oiga!... ¡Quemad el cadáver y enviadle las cenizas a su viuda!

—¿Oiga!... No, Goering no quiere que lo cojamos allí... Poned seis hombres delante de su casa... ¡Que no entre ni salga nadie!

—¿Oiga!... etcétera.

Al mismo tiempo, rellena metódicamente pequeñas fichas blancas.

La escena dura todo un fin de semana.

Finalmente, cae la noticia que tanto esperaba: el Führer ha cedido. Va a dar la orden de ejecutar a Röhm, el jefe de la *Sturmabteilung*, su más antiguo cómplice. Röhm es también el padrino del primer hijo de Heydrich, pero sobre todo es el superior directo de Himmler. Al decapitar la dirección de las SA, Himmler y Heydrich despejan el camino de la SS, que se convierte en una organización autónoma que sólo ha de rendir cuentas ante Hitler. Heydrich es nombrado Gruppenführer, un grado equivalente al de general de división. Tiene treinta años.

39

El sábado 30 de junio de 1934, Gregor Strasser almuerza con su familia cuando llaman al timbre de la puerta de su domicilio. Ocho hombres armados se presentan para detenerlo. Sin darle tiempo de despedirse de su mujer, lo conducen a la sede de la Gestapo. No padece ningún interrogatorio pero se encuentra encarcelado en una celda en compañía de varios SA que se arremolinan a su alrededor: aunque es cierto que ya no ejerce ninguna responsabilidad política desde hace varios meses, su prestigio de viejo compañero del Führer les da seguridad. Él no comprende la razón de su presencia entre esos hombres, pero conoce lo suficientemente bien los arcanos del Partido como para temer su parte arbitraria e irracional.

A las 17 horas, un SS viene a buscarlo para conducirlo a una celda individual, en

la que hay abierto un gran tragaluz. Strasser, aislado, ignora que la Noche de los Cuchillos Largos ha comenzado, pero adivina no obstante lo que va a ocurrir. No sabe si debe temer por su vida. Es verdad que él es una figura histórica del Partido, ligado a Hitler por el recuerdo de los combates pasados. Al fin y al cabo, han conocido juntos la cárcel tras el *putsch* de Múnich. Pero también sabe que Hitler no es un sentimental. Por mucho que no alcance a entender por qué él mismo podría constituir una amenaza comparable a Röhm o a Schleicher, debe tomar en cuenta la incalculable paranoia del Führer. Strasser comprende enseguida que tiene que actuar con tiento si quiere salvar su piel.

Está en esas cavilaciones cuando nota una sombra que pasa por su espalda. Llevado por el instinto infalible de los viejos combatientes bregados en la clandestinidad, advierte que está en peligro y se agacha en el preciso momento en que suena un tiro. Alguien ha metido un brazo por el tragaluz y le ha disparado a quemarropa desde arriba. Él se ha agachado, pero no lo bastante rápido. Se desploma.

Boca abajo sobre el suelo de la celda, Strasser oye girar el cerrojo de la puerta, luego ruidos de botas a su alrededor, el aliento de un hombre que se inclina sobre su nuca y unas voces:

—Todavía vive.

—¿Qué hacemos? ¿Lo rematamos?

Oye el chasquido que se produce al montar una pistola.

—Aguarda, voy a informar.

Un par de botas se aleja. Transcurre un momento. Las botas vuelven acompañadas. Taconazos cuando entra el recién llegado. Un chapoteo de charco. Silencio. Y de repente esa voz de falsete que reconocería entre mil y que acaba de helarle el espinazo:

—¿Todavía no está muerto? ¡Dejadlo que se desangre como un cerdo!

La voz de Heydrich es la última voz humana que oirá antes de morir. Lo de humana, en fin, es una manera de hablar...

Fabrice viene a visitarme y me pregunta por mi futuro libro. Es un viejo compañero de la uni a quien, como a mí, le apasiona la historia, y que cuenta, entre otras cualidades, con la de interesarse por lo que escribo. Una tarde de verano cenamos en mi terraza y me hace algunos comentarios sobre el comienzo con un entusiasmo alentador. Se detiene en la construcción del capítulo concerniente a la Noche de los Cuchillos Largos: ese encadenamiento de llamadas telefónicas, en su

opinión, recrea perfectamente la dimensión burocrática y el proceso en cadena de lo que será la marca propia del nazismo: el asesinato. Me siento halagado, sin embargo tengo una sospecha y me parece oportuno precisarle: «Pero sabes que cada llamada corresponde a un caso real, ¿no? Podría aportarte casi todos los nombres, si quisiera.» Él se sorprende, y me responde con ingenuidad que creía que yo lo había inventado todo. Vagamente inquieto, le pregunto: «¿Y lo de Strasser?» También se pensaba que me había inventado el hecho de que Heydrich en persona diese la orden de dejar agonizar al moribundo en su celda. Me siento un poco incómodo y exclamo: «¡No, todo eso es de verdad!» Entonces pienso: «¡Joder! No está logrado...» Habría tenido que ser más claro al nivel del pacto de lectura.

Esa misma noche, veo en la tele un documental sobre una vieja película de Hollywood dedicada al general Patton. Le película se titula sobriamente *Patton*. Lo esencial del documental consiste en mostrar extractos del film y en entrevistar luego a unos testigos que explican: «en realidad eso no sucedió así...». No se plantó de cara a dos Messerschmitt que iban a ametrallar la base armado sólo con un Colt (aunque no hay duda alguna, según el testigo, de que lo habría hecho, si los Messerschmitt le hubieran dado tiempo). No pronunció aquel discurso delante de todo el ejército, fue en privado y, además, no dijo exactamente eso. No supo en el último momento que iba a ser enviado a Francia, ya se lo habían comunicado con varias semanas de antelación. No desobedeció las órdenes cuando tomó Palermo, sino que lo hizo con la aprobación del alto mando aliado y de su jefe directo. No hay certeza de que mandara a tomar por el culo a un general ruso, por mucho que aborreciera a los rusos. Etcétera. En resumidas cuentas, la película habla de un personaje ficticio cuya vida está muy inspirada en la carrera de Patton, pero claramente no es él. Y sin embargo, la película se titula *Patton*. Y eso no le choca a nadie, todo el mundo ve como algo normal hacer bricolaje con la realidad para así poder ensalzar un guion, o dar una coherencia a la trayectoria de un personaje cuyo recorrido real comportaba, sin duda alguna, demasiados tumbos azarosos y bastante poco significativos. Por culpa de gente así, que le hace trampas a la eternidad con la verdad histórica con tal de vender su propio caldo, un viejo amigo, curtido en todo género de ficciones y por tanto fatalmente habituado a esos procedimientos de normalizada falsificación, puede asombrarse inocentemente y preguntarme: «¿Entonces no es inventado?»

No, no es inventado. Por otra parte, ¿qué interés habría en «inventar» el nazismo?

tiempo creo que me saca de quicio.

Una noche tuve un sueño. Yo era un soldado alemán, vestido con el uniforme verde grisáceo de la Wehrmacht, y hacía mi turno de guardia en un paisaje nevado, ninguno en concreto pero delimitado por unas alambradas que yo debía bordear. Ese decorado se inspiraba claramente en los de numerosos videojuegos cuyo tema es la Segunda Guerra Mundial y a los que a veces tengo la debilidad de entregarme: *Call of Duty*, *Medal of Honor*, *Rev Orchestra*...

De pronto, durante mi ronda, yo era sorprendido por Heydrich en persona, que venía a hacer una inspección. Me cuadraba y contenía el aliento mientras él daba una vuelta a mi alrededor con aire inquisitorial. Me aterraba la idea de que pudiera encontrar algo que reprocharme. Pero me desperté antes de saberlo.

A menudo Natacha, para burlarse de mí, pone cara de alarmarse por el elevadísimo número de obras sobre el nazismo que proliferan en mi casa y por el serio peligro de conversión ideológica que, según ella, estoy corriendo. Para seguirle la broma, nunca pierdo ocasión de mencionarle la enorme cantidad de páginas web tendenciosas —incluso totalmente neonazis— que me he visto obligado a visitar en Internet en el curso de mis investigaciones. Que quede claro que en ningún momento yo, hijo de madre judía y padre comunista, educado en los valores republicanos de la pequeña burguesía francesa más progresista, e impregnado por mis estudios literarios tanto del humanismo de Montaigne y de la filosofía de las Luces como de las grandes revueltas surrealistas y de los pensamientos existencialistas, ni he podido ni podré estar tentado de «simpatizar» con absolutamente nada que, de cerca o de lejos, pueda evocar al nazismo.

Pero no tengo más remedio que inclinarme, una vez más, ante el inconmensurable y nefasto poder de la literatura. Ese sueño prueba formalmente que, en efecto, debido a su indiscutible dimensión novelesca, Heydrich *me impresiona*.

Anthony Eden, entonces ministro de Asuntos Exteriores británicos, escucha con estupefacción. El nuevo presidente checo, Edvard Beneš, demuestra una confianza apabullante en su capacidad para resolver la cuestión de los Sudetes. No sólo pretende poder contener las veleidades expansionistas de Alemania, sino, además, hacerlo solo, es decir, sin la ayuda de Francia ni de Gran Bretaña. Eden no sabe a qué atenerse ante una frase como ésta: «Sin duda, para ser checo en nuestros días hay que ser optimista...» Claro que estamos aún en 1935.

En 1936, el comandante Moravec, jefe de los servicios secretos checoslovacos, pasa un examen para acceder al rango de coronel. Entre otros temas del ejercicio, se le plantea esta hipótesis: «Las circunstancias hacen que Checoslovaquia sea atacada por Alemania. Hungría y Austria son igualmente hostiles. Francia no ha hecho movilizaciones y la Petite Entente sufre para encontrar su sitio. ¿Qué alternativas militares tendría Checoslovaquia en ese caso?»

Análisis del tema: al desmembrarse el Imperio austrohúngaro en 1918, Viena y Budapest ponen sus miras, como es natural, en sus antiguas provincias, a saber, Bohemia-Moravia, que dependía de Austria, y Eslovaquia, que estaba bajo control húngaro. Por otra parte, Hungría está dirigida por un fascista amigo de Alemania, el almirante Horthy. En cuanto a Austria, muy debilitada, resiste como puede a las presiones de quienes, a un lado y a otro de la frontera alemana, reclaman la unión del país con el gran hermano germánico. El acuerdo firmado con Hitler, que promete no intervenir en los asuntos internos austriacos, no vale más que un pedazo de papel. En caso de conflicto con Alemania, Checoslovaquia deberá hacer frente por igual a las dos cabezas del finiquitado Imperio. La Petite Entente, firmada en 1920-1921 por Checoslovaquia con Rumanía y Yugoslavia para protegerse de sus antiguos dueños austrohúngaros, no supone propiamente hablando una alianza estratégica muy disuasoria. Y las reticencias de Francia a mantener sus compromisos con su aliado checo en caso de conflicto son ya manifiestas. La situación planteada como una hipótesis en el ejercicio es, por tanto, totalmente realista. Moravec responde con tres palabras: «Problema militarmente irresoluble.» Aprueba su examen con éxito y se hace coronel.

Si tuviera que contar todos los complots en los que Heydrich estaba involucrado, no acabaría nunca. A veces, cuando estoy documentándome, doy con una historia que opto por no relatar, ya sea porque me parece demasiado anecdótica, ya porque carezco de todos los detalles y no llego a reunir todas las piezas del puzzle, o ya porque está puesta en tela de juicio. También me ocurre que haya varias versiones de una misma historia, y que esas versiones sean absolutamente contradictorias. En algunos casos, me permito contrastar, si no, lo dejo de lado.

Había decidido no mencionar el papel de Heydrich en la caída de Tujachevsky. En primer lugar, porque ese papel me parece secundario, incluso ilusorio. Luego,

porque la política soviética de los años treinta excede un poco el embudo narrativo por el que trato de introducir mis capítulos. Y finalmente, quizá, por miedo a meterme en un nuevo terreno histórico: las purgas estalinistas, la carrera del mariscal Tujachevsky, los orígenes de su contencioso con Stalin, y todo eso requería a la vez erudición y minuciosidad. Corría el riesgo de que ese asunto me apartara un poco.

Pero me había imaginado una escena, en cierto sentido placentera: veía en ella al joven general Tujachevsky contemplando la derrota del ejército bolchevique a las puertas de Varsovia. Estamos en 1920. Polonia y la URSS están en guerra. «¡La Revolución pasará por encima del cadáver de Polonia!», ha dicho Trotski. No hay que olvidar que, aliándose con Ucrania y soñando con una confederación que incluiría también a Lituania y a Bielorrusia, Polonia amenaza la frágil unidad de la naciente Rusia soviética. Por otra parte, si los bolcheviques quieren llevar el triunfo de la revolución a Alemania, están forzosamente obligados a atravesar esa región.

En agosto de 1920, el contraataque soviético ha puesto el Ejército Rojo a las puertas de Varsovia y la suerte de los polacos parece estar echada. Pero la independencia de la joven nación va a prolongarse todavía diecinueve años. Lo que no sabrá hacer en 1939 frente a los alemanes, Polonia lo hace ahora frente a los rusos: rechazarlos. Es el «milagro del Vístula». Tujachevsky es vencido por un estratega sin par, Jozef Pilsudski, el héroe de la independencia, treinta años mayor que él.

Las fuerzas sobre el terreno están equilibradas: 113.000 polacos se enfrentan a 114.000 rusos. Tujachevsky, sin embargo, como está convencido de la victoria, toma la iniciativa. Coloca el grueso de sus fuerzas en el norte, donde Pilsudski lo ha atraído haciéndole creer en una concentración de tropas ficticia. De hecho, Pilsudski ataca por el sur, a la contra. Es en ese preciso momento cuando el episodio entra por el agujero de «Antropoide». Tujachevsky pide refuerzos al Primer Ejército de caballería del no menos legendario general Budienny, que lucha en el frente sudoeste para tomar Lvov. La caballería de Budienny es temible, Pilsudski sabe que su intervención puede invertir la suerte de las armas. Pero sucede entonces algo increíble: el general Budienny se niega a obedecer las órdenes y retiene su ejército en Lvov. Para los polacos sin duda ése es el auténtico milagro del Vístula. Para Tujachevsky, por el contrario, la derrota es amarga y quiere comprender la razón. No tendrá que ir muy lejos a buscarla: el comisario político responsable del frente sudoeste, a cuya autoridad Budienny estaba sometido, había hecho de la toma de Lvov una cuestión de prestigio. No iba a privarse de sus mejores tropas, y menos aún para evitar un desastre militar en un sector que no dependía de su responsabilidad. Poco importa que sea allí donde se juegue la suerte de la guerra. Las ambiciones personales de ese comisario se han impuesto sobre cualquier otra consideración. Se llamaba Iósif Dzhughashvili, y su apodo era Stalin.

Quince años más tarde, Tujachevsky ha sucedido a Trotski al frente del Ejército

Rojo, mientras que Stalin ha sucedido a Lenin al frente del país. Ambos se detestan, están en la cima de su poder y sus análisis estratégico-políticos divergen: Stalin busca retrasar un conflicto con la Alemania nazi, Tujachevsky preconiza pasar a la ofensiva sin demora.

Yo aún desconocía todo esto cuando vi *Triple agente*, de Eric Rohmer. Pero decidí estudiar seriamente el asunto cuando oí que el personaje principal, el general Skoblin, un eminente ruso blanco refugiado en París, le dice a su mujer: «¿No te acuerdas? Te dije que en Berlín fui a ver al gran jefe del espionaje alemán, un tal Heydrich. ¿Y sabes lo que me callé? Ciertas cosas sobre mi camarada Tujachevsky, con quien me volví a encontrar en secreto en París cuando viajó a Occidente para las exequias del rey de Inglaterra. Es obvio que él no me iba a abrir su corazón, pero, de sus reservados comentarios pude hacer algunas deducciones. Ese encuentro debió de llegar a los oídos de la Gestapo, porque Heydrich, con indiferencia, me preguntó por él, pero le respondí con evasivas; me lanzó una mirada glacial y la cosa quedó ahí.»

Heydrich en una de Rohmer. Todavía no doy crédito.

En la réplica del diálogo, la mujer de Skoblin pregunta:

«Y ese tal Heydrich, ¿por qué quería esa información?»

Skoblin se limita a responder:

«Bueno, es lógico pensar que a los alemanes les interese especialmente comprometer al jefe del Ejército Rojo, ahora que ya saben probablemente que no cuenta con el favor de Stalin... supongo.»

Inmediatamente Skoblin se defiende de toda connivencia con los nazis, y, por lo que parece, ésta también es la tesis de Rohmer, aunque el director de cine pone mucho cuidado en cultivar la ambigüedad de su personaje (¿blanco, rojo, pardo?). Pero me cuesta mucho creer que ese Skoblin se tomara la molestia de ir a encontrarse con Heydrich en Berlín para no decirle nada.

Pienso más bien que Skoblin fue a ver a Heydrich para informarle de que Tujachevsky había urdido un complot contra Stalin, pero en realidad Skoblin actuaba por cuenta del NKVD, es decir, para el propio Stalin. ¿Con qué objeto? Propagar el rumor del complot con el fin de dar credibilidad a una acusación de alta traición (acusación que al parecer careció de fundamento).

¿Creyó Heydrich a Skoblin? En todo caso, vio la ocasión de eliminar a un adversario peligroso para el Reich: apartar a Tujachevsky en 1937 equivale a decapitar al Ejército Rojo. Decide, por tanto, alimentar el rumor. Sabe que un asunto como ése depende del Abwehr de Canaris, ya que se trata de una cuestión militar. Pero embriagado por la envergadura de su proyecto, llega a convencer a Himmler, e incluso al mismísimo Hitler, para que le confíe el mando de una minuciosa operación de intoxicación. Para llevarla a cabo, hace llamar a su mejor hombre al respecto, Alfred Naujocks, un especialista en trabajos sucios. Durante tres meses va a fraguar

toda una serie de falsedades con las que comprometer al mariscal ruso. No necesita encontrar su firma: le basta con acudir a los archivos de la República de Weimar; en aquella época, numerosos documentos oficiales habían sido visados por Tujachevsky, cuando ambos países mantenían unas relaciones diplomáticas más amigables.

Una vez listo el dossier, Heydrich le encarga a uno de sus hombres que se lo venda a un agente del NKVD. La ocasión da lugar a un magnífico juego entre espías: el ruso le compra el falso dossier al alemán pagándolo con rublos falsos. Cada uno cree burlarse del otro, todo el mundo engaña a todo el mundo.

En definitiva, Stalin obtiene lo que quiere: pruebas de que su más serio rival prepara un golpe de Estado. Los historiadores desconocen la verdadera importancia que hay que atribuir a las maniobras de Heydrich en este asunto, ya que conviene hacer notar que el dossier fue transmitido en mayo de 1937 y que Tujachevsky fue ejecutado en junio. Para mí, la proximidad de las fechas indica una inequívoca relación de causa a efecto.

Finalmente, ¿quién ha engañado a quién? Pienso que Heydrich ha servido a los intereses de Stalin, al permitirle desembarazarse del único hombre susceptible entonces de hacerle sombra. Pero este hombre también era el más apto para dirigir una guerra contra Alemania. La desorganización total del Ejército Rojo, cogido desprevenido por la invasión alemana en junio del 41, será la última secuela de esta sombría historia. A fin de cuentas, no es que Heydrich haya realizado precisamente un golpe maestro, sino más bien que Stalin se pegó un tiro en el pie. Sin embargo, mientras éste emprende una serie de purgas sin precedentes, Heydrich está exultante. No duda en absoluto en atribuirse todo el mérito de la operación.

Me atrevería a decir que es legítimo.

Tengo treinta y tres años, bastante más edad que Tujachevsky en 1920. Es 27 de mayo de 2006, día del aniversario del atentado contra Heydrich. La hermana de Natacha se casa hoy. No estoy invitado a la boda. Natacha me ha tratado de «pura mierda», creo que no me aguanta más. Mi vida parece un campo de ruinas. Me pregunto si Tujachevsky se sintió tan mal como yo cuando comprendió que había perdido la batalla, cuando vio a su ejército derrotado y fue consciente de su lamentable fracaso. Me pregunto si creyó que estaba quemado, acabado, pulverizado, si maldijo su suerte, la adversidad, a quienes le habían traicionado, o se maldijo a sí mismo. En todo caso, sé que renació. Es alentador, aunque fuera para ser aplastado quince años más tarde por su peor enemigo. La rueda gira, es lo que siempre me digo.

Natacha no llama. Estoy en 1920, delante de las murallas estremecidas de Varsovia, y a mis pies corre, indiferente, el Vístula.

46

Esa noche soñé que redactaba el capítulo del atentado y que empezaba así: «Un Mercedes negro iba a gran velocidad por la carretera como una serpiente.» Entonces comprendí que no podía demorar por más tiempo la escritura de todo lo que debía desembocar en ese episodio decisivo. Si seguía remontando hasta el infinito la cadena de casualidades, no hacía más que retrasar el momento de afrontar el sol de cara, la parte efectista de la novela, la escena clave.

47

Hay que imaginar un planisferio, y unos círculos concéntricos que se estrechan en torno a Alemania. Una tarde del 5 de noviembre de 1937, Hitler expone sus proyectos a los altos mandos de los distintos ejércitos, Blomberg, Fritsch, Raeder, Goering, y a su ministro de Asuntos Exteriores, Neurath. El objetivo de la política alemana, tal como les recuerda (y creo que todos lo habían comprendido), consiste en garantizar la seguridad de la comunidad racial, garantizar su existencia y favorecer su desarrollo. Por consiguiente, es una cuestión de *espacio vital* (el famoso *Lebensraum*), y eso nos permite empezar a trazar círculos sobre el planisferio. No del más corto al más largo, para abarcar de una ojeada las intenciones expansionistas del Reich, sino, por el contrario, del más largo al más corto, con el fin de acompañar el movimiento de foco que va a cerrarse despiadadamente sobre las primeras víctimas del ogro. Por razones que considera inútil precisar, Hitler decreta que los alemanes tienen derecho a un espacio vital más grande que el de otros pueblos. El futuro de Alemania depende enteramente de la solución que se le dé al problema de esta necesidad de espacio. ¿Dónde encontrar ese espacio? No puede ser en alguna colonia lejana de África o de Asia, sino en el corazón de Europa —traza un círculo alrededor del Viejo Continente—, entre los vecinos inmediatos del Reich —cuyo círculo engloba a Francia, Bélgica, Holanda, Polonia, Checoslovaquia, Austria, Italia y Suiza, más Lituania, sin olvidar que el extremo de Alemania por esa época se extiende de Dánzig a Memel y limita con los países bálticos. La cuestión que plantea Hitler es, por tanto, la siguiente: ¿dónde puede obtener Alemania el mayor beneficio al menor precio? Su presunto poder militar y su alianza con Gran Bretaña excluyen a Francia del círculo, y con ella

a Bélgica y a Holanda, dado el interés estratégico que ambas representan a los ojos del estado mayor francés. Naturalmente, la Italia mussoliniana está excluida de entrada. Una expansión hacia el este, hacia Polonia y los países bálticos, tropezaría prematuramente con las susceptibilidades soviéticas. Suiza, como ya se sabe, está preservada por su vocación de caja fuerte mucho más que por su neutralidad. El círculo se estrecha y se desplaza hacia una zona que se reduce a dos países: «Nuestro primer objetivo será golpear simultáneamente a Austria y a Checoslovaquia, para eliminar el peligro de un ataque por los flancos en una eventual operación contra el Oeste.» Como puede verse, una vez logrado su «primer objetivo», Hitler ya pensaba en ampliar el círculo.

Descontando a Goering y a Raeder, verdaderos nazis los dos, los proyectos de Hitler dejaron boquiabiertos a los demás asistentes, incluso en el sentido literal, ya que Neurath tuvo varias crisis cardiacas durante los días siguientes a la exposición de ese brillante programa. Blomberg y Fritsch, respectivamente ministro de la Guerra y comandante en jefe de las fuerzas armadas el primero y comandante en jefe del ejército de tierra el segundo, protestaron por la parte que les tocaba con una vehemencia completamente inapropiada para los usos y costumbres del Tercer Reich. El viejo ejército creía todavía, en 1937, que podía ser una fuerza influyente en el dictador a quien, imprudentemente, había ayudado a adueñarse del poder.

El ejército no había comprendido nada en absoluto a Hitler, pero Blomberg y Fritsch iban a pagar para aprender a conocerlo.

Poco tiempo después de esa crispada conferencia, Blomberg, que se había vuelto a casar con su secretaria, tuvo el disgusto de ver cómo se hacía público (y tal vez él mismo se enterase en ese momento) que su mujer, mucho más joven que él, había sido anteriormente prostituta. Y para que el escándalo fuera máximo, hicieron circular por todos los ministerios unas fotos de ella desnuda. Con valentía, Blomberg se negó al divorcio, pero tuvo que dimitir inmediatamente. Apartado de toda responsabilidad militar, fue fiel a su segunda mujer hasta el final, es decir, hasta 1946 en Núremberg, donde murió mientras aguardaba su proceso.

Fritsch, por su parte, fue víctima de una maquinación todavía más escabrosa, astutamente montada, como debía ser, por Heydrich.

Heydrich, como Sherlock Holmes, toca el violín (pero aún mejor). Y, como Sherlock Holmes, se ocupa de casos criminales. Pero, a diferencia del detective, él no busca la verdad; él la fabrica, que es otra cosa.

Su misión es comprometer al general von Fritsch, comandante en jefe de los distintos ejércitos. Heydrich no necesita ser el jefe del SD para conocer de sobra los sentimientos antinazis de Fritsch, ya que éste nunca los ha ocultado. En Sarrebruck, en 1935, durante un desfile, se le pudo oír en medio de la tribuna despacharse a gusto en sarcasmos contra la SS, contra el Partido y contra varios de sus miembros eminentes. Sería muy fácil, por tanto, inventar un complot urdido por él.

Pero Heydrich prefiere algo más humillante para el viejo barón. Conoce la altivez y la susceptibilidad con que la aristocracia prusiana se jacta de su rectitud moral. Por esa razón decide comprometer a Fritsch, como hizo con Blomberg, en un asunto de moralidad pública.

Al contrario que Blomberg, Fritsch es aparentemente un solterón empedernido. Heydrich opta por partir desde ahí. Para ese tipo de perfiles, el ángulo de ataque es evidente. Con el fin de elaborar al detalle el dossier, se dirige al servicio correspondiente de la Gestapo, el «departamento para la supresión de la homosexualidad».

Y he aquí lo que encuentra: un individuo turbio, conocido de la policía por sus actividades chantajistas con homosexuales, ha declarado haber *visto* a Fritsch en un callejón sombrío cerca de la estación de Potsdam cuando estaba fornicando con un tal «Jo, el Bávaro». Increíblemente, la historia parece ser cierta, salvo por un detalle. Que el Fritsch en cuestión no sea más que un homónimo mal ortografiado carece de importancia a los ojos de Heydrich, ya que se trata de un oficial de caballería retirado, por tanto un militar, lo que favorecerá la confusión, máxime porque el insignificante chantajista, bajo la presión de la Gestapo, está dispuesto a reconocer lo que sea.

Heydrich tiene imaginación, algo que en su oficio es toda una cualidad, pero este tipo de maquinación, para que funcione de verdad, requiere también de un perfeccionismo del que no ha abusado en este asunto. Sin embargo, con lo que ha hecho bastará.

En los mismísimos despachos de la Cancillería, delante de Goering y de Hitler en persona, confrontado con ese chantajista del tres al cuarto, cuya pinta era la de un completo degenerado, el altivo barón no se digna responder a las acusaciones que se vierten contra él. Ahora bien, escudarse en su dignidad no es una actitud muy provechosa en las altas esferas del Tercer Reich. Hitler le exige a Fritsch que dimita inmediatamente. Hasta aquí, todo se desarrolla como estaba previsto.

Pero Fritsch se niega. Exige pasar por una corte marcial. De repente, la posición de Heydrich se vuelve extremadamente frágil. Una corte marcial implica una investigación previa llevada a cabo, no ya por la Gestapo, sino por el propio ejército. Hitler, sin embargo, titubea. Al igual que Heydrich, tampoco desea un proceso en toda regla, pues todavía teme un poco las reacciones de la vieja casta militar.

Unos días más tarde, la situación dará un vuelco: no sólo los militares descubren

la verdad, sino que llegan a arrancar de las garras de la Gestapo a los dos testigos principales del asunto, el chantajista y el oficial de caballería. El plan de Heydrich es aireado completamente, y en ese momento su cabeza pende de un hilo: si Hitler autoriza el proceso, el engaño saldrá a la luz, lo que acarreará como mínimo la destitución de Heydrich y el final de sus ambiciones. Volverá a encontrarse prácticamente en el mismo punto en que estaba en 1931, cuando fue expulsado de la marina.

Heydrich vive muy mal esta perspectiva. El gélido asesino se convierte en una presa desquiciada. Schellenberg, su brazo derecho, recordará después que uno de esos días, en el despacho, durante la crisis, llegó a pedir que le dieran un arma. El jefe del SD estaba con el agua al cuello.

Pero se equivoca al dudar de Hitler. Al final, Fritsch es jubilado por razones de salud. Nada de dimisiones ni de juicios, la cosa es más simple, y así se resuelven todos los problemas. Heydrich, sin embargo, se guardaba un as en la manga: su interés coincidía con el de Hitler, que había *decidido* tomar él mismo el mando del ejército; Fritsch debía por tanto ser eliminado a toda costa, ésa era la voluntad inquebrantable de su jefe.

El 5 de febrero de 1938, el *Völkischer Beobachter* titula en grandes caracteres:

«Concentración de todos los poderes en las manos del Führer.»

Heydrich no tenía ya nada de qué preocuparse.

El proceso se celebrará finalmente, pero mientras tanto, la relación de fuerzas habrá cambiado de manera radical: tras el increíble delirio provocado por el Anschluss, el ejército se inclina ante el genio del Führer y renuncia a causarle problemas. Absuelto Fritsch, se manda liquidar al chantajista y no hay más que hablar.

Hitler jamás bromeó con la moralidad pública. Desde 1935, por las leyes de Núremberg, está formalmente prohibido que un judío tenga relaciones sexuales con una aria, y asimismo está prohibido que un ario tenga relaciones sexuales con una judía. La pena se castiga con la cárcel.

Pero, sorprendentemente, sólo el hombre puede ser perseguido. Por lo visto Hitler quería que la mujer, ya sea judía o aria, no fuera hostigada jurídicamente.

Heydrich, más papista que el papa, no lo entiende así. Esa forma de discriminación entre hombres y mujeres hiere, al parecer, su sentido de la equidad (aunque sólo en el caso en que la mujer sea judía). Por eso, en 1937, da instrucciones

secretas a la Kripo y a la Gestapo con el fin de que, cualquier condena dictada contra un alemán por causa de relación con una judía conlleve automáticamente el arresto de su pareja y su deportación discreta a un campo de concentración.

Aunque lo hacían con cierta moderación y excepcionalmente, los jefes nazis no temían oponerse a las órdenes de su Führer. Es interesante, si se piensa que la obediencia debida a las órdenes, en nombre del honor militar y del juramento prestado, fue el único argumento invocado después de la guerra para justificar todos sus crímenes.

50

El Anschluss estalla como una bomba. Austria finalmente «ha decidido incorporarse» a Alemania. Es la primera etapa del nacimiento del Tercer Reich. Es también un juego de manos que Hitler repetirá más veces: conquistar un país sin pegar un solo tiro.

La noticia es toda una deflagración en Europa. Por esas fechas, el coronel Moravec está en Londres y, como es natural, quiere volver a Praga con urgencia, pero no halla ningún avión disponible. Consigue como mucho volar a Francia y llegar hasta La Hogue. Allí decide hacer el resto del viaje en tren. Con el tren no hay problemas, aunque existe un pequeño inconveniente. Para volver a Praga, cuando se viene de Francia, no hay más remedio que atravesar... Alemania.

Increíblemente, Moravec decide asumir el riesgo.

Henos, por tanto, en esta peculiar situación en la que, el 13 de marzo de 1938, durante varias horas, el jefe de los servicios secretos checoslovacos atraviesa la Alemania nazi en tren.

Trato de imaginar ese viaje. Obviamente, lo que él procurará a toda costa es pasar lo más desapercibido posible. Es cierto que habla alemán, pero no estoy muy seguro de que su acento esté por encima de toda sospecha. Por otra parte, Alemania no está aún en guerra y los alemanes, aunque muy encendidos por los discursos del Führer sobre la judería internacional y el enemigo interior, no son tan suspicaces todavía como podrían llegar a serlo. No obstante, Moravec, por precaución, a la hora de comprar su billete, escoge al taquillero cuya cara le parece más afable, o de un aire más de retrasado.

Una vez en el tren, supongo que buscaría un compartimento vacío y se metería en él:

1. cerca de la ventana, para darles la espalda a los eventuales compañeros de viaje, con el fin de hacerlos desistir de toda veleidad relativa a entablar una

conversación al dar muestras de estar mirando el paisaje, sin dejar de vigilar el compartimento en el reflejo del cristal;

o

2. cerca de la puerta, para poder vigilar las idas y venidas por el pasillo del vagón. Pongámoslo cerca de la puerta.

Lo que yo sé es que él tenía claro, consciente y tal vez bastante orgulloso de su importancia, que la Gestapo pagaría lo que fuera por saber a quién transportaban ese día los ferrocarriles alemanes.

Cada movimiento en el vagón debió de poner a prueba sus nervios.

Cada parada en las estaciones.

De vez en cuando, subía alguien al tren y se sentaba en el compartimento, que enseguida se llenaba de individuos obligatoriamente sospechosos. Muchos eran pobres, familias enteras probablemente, y eso lo tranquilizaba; pero también había hombres bien vestidos.

Un hombre, tal vez sin sombrero, pasa por el pasillo, y ese detalle intriga a Moravec. Recuerda que en su viaje de estudios a la URSS le habían dicho, como en secreto, que cualquier hombre con sombrero era forzosamente o un extranjero o un miembro del NKVD. Pero ahora, en esta ocasión, ¡vete a saber qué puede significar en la Alemania de hoy un hombre sin sombrero!

Supongo que hay cambios, correspondencias, horas de espera, lo que añade un estrés suplementario. Moravec oye los gritos de los vendedores de periódicos, histéricos y triunfantes, berreando los grandes titulares. Seguramente tendrá que subir y bajar varias veces del tren, aunque sólo sea para disimular el mayor tiempo posible su destino final.

Y luego llega la aduana. Presumo que Moravec tiene papeles falsos, pero ignoro de qué nacionalidad. Pero por otra parte, no parece muy probable, ya que él estaba en Londres en una misión amparada por las autoridades inglesas. Y antes de Londres había pasado unos días en los países bálticos, donde habría visitado, creo yo, a sus homólogos locales. No tenía, por tanto, necesidad de ninguna identidad falsa, y tampoco habría previsto alguna.

Quizá simplemente, como su pasaporte estaba en regla, el guardia de aduanas, después de haberlo examinado a conciencia durante esos segundos especiales en la vida en que el tiempo se detiene, lo dejó pasar sin más, con toda naturalidad.

El caso es que pasó.

Cuando bajó del tren, al pisar el suelo de su patria, fuera ya de peligro, se dejó invadir por un inmenso alivio.

Mucho más tarde declaró que ésa fue la última sensación agradable que iba a sentir en mucho tiempo.

Austria es el primer botín del Reich. De un día para otro, el país se convierte en una provincia alemana, y 150.000 judíos austriacos se encuentran de repente a merced de Hitler.

En 1938, aún nadie ha pensado todavía razonablemente en exterminarlos. La tendencia es más bien incitarlos a emigrar.

Para organizar la emigración de los judíos austriacos, un joven subteniente de la SS, acreditado por el SD, desembarca en Viena. Se hace cargo enseguida de la situación y se le ocurren muchas ideas. De la que está más orgulloso, si hemos de fiarnos de las declaraciones que hará durante su proceso, veintidós años más tarde, es de la idea de la cinta transportadora: para obtener la autorización de emigrar, los judíos han de llegar a formar un grueso expediente compuesto por un montón de elementos diversos. Cuando tengan el expediente completo, pueden llevarlo a la Oficina para la Emigración Judía, donde han de colocar sus documentos en una cinta transportadora. Concretamente, el objetivo de tal procedimiento es despojarlos de todos sus bienes en el menor tiempo posible, y que no se vayan antes de haber cedido legalmente todo lo que posean. Al otro extremo de la cadena, recogerán luego un pasaporte en el interior de una cesta.

Cincuenta mil judíos austriacos pudieron escapar así de la trampa hitleriana antes de que volviera a cerrarse sobre ellos. En aquella época, esa solución conviene, de alguna manera, a todo el mundo: a los judíos, porque pueden considerarse afortunados de salir a tan buen precio, y a los nazis, porque se apoderan de sumas considerables. Desde Berlín, Heydrich valora la operación como todo un éxito, y durante un tiempo todavía se afrontará la emigración de los judíos del Reich como una solución realista, la mejor respuesta a la «cuestión judía».

Y Heydrich retendrá el nombre del pequeño teniente que tan buen trabajo ha hecho con los judíos: Adolf Eichmann.

En Viena es donde Eichmann inventa el método que servirá de base a toda la política de deportación y exterminio, consistente en solicitar de las víctimas una cooperación activa. Efectivamente, éstas siempre serán invitadas a presentarse por sí mismas ante las autoridades alemanas. En la gran mayoría de los casos, tanto para emigrar en 1938 como para ser enviados a Treblinka o a Auschwitz en 1943, los judíos acudirán a las convocatorias de sus enemigos. Sin un sistema así, ante unos

problemas censales irresolubles, ninguna política de exterminio de masas habría sido realmente posible. Dicho de otro modo, habría habido innumerables crímenes, sin duda, pero todo hace creer que no estaríamos hablando de genocidio.

Heydrich, con la intuición que le caracteriza, inmediatamente reconoció en Eichmann un burócrata de talento, al que sabrá convertir en un ayudante valioso. Ninguno de los dos puede figurarse en ese momento que 1938 es la preparación de 1943, porque, si bien todas las miradas empiezan ya a dirigirse hacia Praga, ambos ignoran todavía qué papel les toca representar allí.

53

Pese a todo, hay ciertos indicios. Desde hace unos años, Heydrich viene encargando numerosos estudios sobre la cuestión judía a sus jefes de departamento. Recibe respuestas como ésta:

«Es conveniente privar a los judíos de sus medios de vida, y no sólo en lo relativo a la esfera económica. Alemania debe ser un país sin futuro para ellos. Sólo se debe permitir que aquí muera en paz la generación más vieja, pero no los jóvenes, por lo que hay que seguir manteniendo la incitación a emigrar. En cuanto a los medios, hay que descartar el antisemitismo camorrista. No se combate a las ratas con un revólver, sino con veneno y gas.»

Metáfora, fantasma, inconsciente que aflora, en cualquier caso se nota que ese jefe de servicio tiene ya una idea muy clara en la cabeza. El informe data de mayo de 1934: un visionario.

54

En el corazón de la vieja Bohemia ancestral, al este de Praga, por la carretera de Olomouc, hay una pequeña ciudad. Inscrita en el patrimonio mundial de la Unesco, Kutná Hora posee unas pintorescas callejuelas, una hermosa catedral gótica, y sobre todo un magnífico osario, auténtica curiosidad local donde se entremezclan los cráneos humanos para formar unas bóvedas y unas ojivas de una blancura sepulcral.

En 1237, Kutná Hora no podía figurarse que llevara en sus entrañas el germen infeccioso de la Historia, que se dispone a iniciar uno de sus capítulos más irónicos, largos y crueles, cuyo secreto posee. Dicho secreto va a durar setecientos años.

Venceslas I, hijo de Premysl Otakar I, emparentado con la gloriosa y fecunda dinastía de los Premyslidas, reina en las regiones de Bohemia y de Moravia. El

soberano se ha casado con una princesa alemana, Kunhuta, hija de Felipe de Suabia, rey de Roma y gibelino, es decir, afiliado a la temible casa de los Hohenstaufen. En la disputa entre los güelfos, aliados del Papa, y los gibelinos, partidarios del Emperador, Venceslas ha elegido, por tanto, el campo del Sacro Imperio Romano Germánico, y si éste sufrirá durante ese periodo los reveses infligidos por la Curia pontificia, el poder de aquél se verá reforzado por esta alianza. Mientras tanto, el león de cola bífida orna desde entonces los escudos del reino, reemplazando a la vieja águila flameada. Por todo el país se alzan torreones. Sopla el espíritu de la caballería.

Praga pronto tendrá su sinagoga Vieja Nueva.

Kutná Hora es todavía tan sólo un pequeño burgo, no una de las más grandes ciudades de Europa.

Podría ser como una escena de western medieval. Al caer la noche, una taberna falstaffiana acoge a los habitantes de Kutná Hora y a los pocos viajeros. Los parroquianos beben y bromean con las camareras a las que pellizcan las nalgas, los viajeros comen en silencio, fatigados, los ladrones observan y preparan sus malas artes delante de unos vasos que apenas tocan. Fuera llueve, y de la cuadra vecina se oyen algunos relinchos. En el umbral aparece un viejo de barba blanca. Su andrajosa vestimenta está empapada, sus calzas van moteadas de barro, su gorro de tela chorrea. Todo el mundo lo conoce en Kutná Hora, es una especie de viejo loco de las montañas y nadie le presta realmente atención. Pide de beber, y de comer, y de beber otra vez. Exige que se le mate un cerdo. Prorrumpen las risas en las mesas contiguas. Receloso, el posadero le pregunta si tiene con qué pagar. Entonces un destello de triunfo brilla en los ojos del viejo. Pone sobre la mesa una pequeña bolsa de pésimo cuero, cuyos cordones desata lentamente. Saca de ella un guijarro grisáceo que somete con un gesto falsamente desdeñoso al examen del posadero. Éste frunce el ceño, coge el guijarro y lo pone a la altura de su mirada, hacia la luz de unas antorchas colgadas de la pared. El estupor se le refleja en el rostro y, súbitamente impresionado, retrocede unos pasos. Ha reconocido el metal. Es una pepita de plata.

Premysl Otakar II, hijo de Venceslas I, lleva, al igual que su abuelo, el sobrenombre de su antepasado, Premysl el Labriego, quien, en tiempos inmemoriales, fue aceptado como esposo por la reina Libuše, legendaria fundadora de Praga. Más que ningún otro con ese apodo, excepción hecha de su abuelo sin duda, Premysl Otakar II se siente depositario de la grandeza del reino. Y a este respecto, nadie puede acusarlo de no haberlo merecido: gracias a sus recursos argentíferos, Bohemia ha

logrado por término medio, desde el principio de su reinado, una renta anual de 100.000 marcos de plata, lo que la convierte en una de las regiones más ricas de la Europa del siglo XIII, cinco veces más rica que Baviera, por ejemplo.

Pero el que se hace llamar «rey del hierro y del oro», lo que, dicho sea de paso, no hace justicia al metal con que labró su fortuna, no quiere, al igual que los demás reyes, contentarse con lo que ya tiene. Sabe que la prosperidad del reino está estrechamente ligada a sus minas de plata, y desea incrementar la explotación. Todos esos yacimientos durmientes, aún inviolados, le quitan el sueño. Urge aumentar la mano de obra. Y los checos son campesinos, no mineros.

Otakar, pensativo, contempla Praga, su ciudad. Desde las almenas de su castillo ve los mercados que proliferan alrededor del inmenso puente Judith, uno de los primeros edificios en piedra erigidos para reemplazar los antiguos de madera, situado sobre el emplazamiento del futuro puente Carlos, que comunica la Ciudad Vieja con el barrio de Hradčany, aún no llamado Mala Strana. Pequeños puntos coloreados se afanan en torno a los puestos de mercancías con todo tipo de géneros, telas, carne, frutas y legumbres, alhajas, metales labrados... Todos esos comerciantes son alemanes, está seguro. Los checos son un pueblo de gente rústica, no de ciudadanos, y hay una punzada de lástima, incluso de desprecio, en esta reflexión del soberano. Otakar sabe también que son las ciudades las que crean el prestigio de los reinos, y que una nobleza digna de ese nombre no se queda en sus tierras, sino que acude a formar lo que los franceses llaman «la corte», junto a su rey. En aquella época, toda Europa se desvela por copiar ese modelo, y Otakar, como todo el mundo, no escapa a la influencia de la cortesía francesa, por más que para él Francia sólo es una realidad lejana y por tanto bastante abstracta. Cuando Otakar piensa en ese noble concepto de la caballería, se imagina a los caballeros teutónicos, a cuyo lado combatió en Prusia durante la cruzada de 1255. ¿No ha fundado él mismo Königsberg con la punta de su espada? Otakar está totalmente volcado hacia Alemania porque las cortes alemanas encarnan, a sus ojos, la nobleza y la modernidad. Para que de ello se beneficie su reino, ha decidido, en contra de la opinión de su consejero paladino y sobre todo en contra de la opinión del preboste de Vyšehrad, su canciller, comprometerse a una amplia política de inmigración alemana en Bohemia, justificada por las necesidades de mano de obra para sus minas. De lo que se trata es de incitar a cientos de miles de colonos alemanes para que vengan a establecerse en su próspero país. Al favorecerlos, al otorgarles privilegios fiscales y de tierras, Otakar espera obtener a cambio unos aliados que debiliten las posiciones de la nobleza local, los Ryzmburk, los Vítek, los Falkenstein, siempre demasiado amenazadores y ambiciosos, que sólo le inspiran recelo y desdén. La Historia demostrará, con el ascenso al poder de los patricios alemanes en Praga, en Jihlava, en Kutná Hora, y después en toda Bohemia y Moravia, que la estrategia fue la apropiada, aunque Otakar no vivirá lo suficiente para

sacarle provecho.

Sin embargo, a la larga, fue una muy pésima idea.

56

Al día siguiente del Anschluss, Alemania, con una prudencia como nunca se le había conocido, multiplica los comunicados de apaciguamiento dirigidos a Checoslovaquia: ésta, por su parte, no teme en absoluto una próxima agresión, y eso que la anexión de Austria y el consiguiente sentimiento de cerco podrían inquietar legítimamente a los checos.

Se ha dado una orden general, con el fin de evitar toda tensión inútil, para que las tropas alemanas que penetren en Austria no se acerquen por ningún lado a menos de 15 o 20 kilómetros de la frontera checa.

Pero en los Sudetes, la noticia del Anschluss provoca un entusiasmo extraordinario. De pronto, sólo se habla de ese fantasma final: la integración en el Reich. Las manifestaciones y provocaciones se multiplican. Se crea una atmósfera de conspiración generalizada. Proliferan las octavillas y los pasquines de propaganda. Los funcionarios y los empleados alemanes se proponen sabotear sistemáticamente las órdenes del gobierno checoslovaco orientadas a contener la agitación separatista. El boicot a las minorías checas en las zonas de lengua alemana adquiere una dimensión sin precedentes. Beneš dirá en sus memorias que le sobrecogió aquella especie de romanticismo místico que, de repente, poseyó a todos los alemanes de Bohemia.

57

«El concilio de Constanza es el culpable de haber incitado a nuestros enemigos naturales, es decir, todos los alemanes que nos rodean, a una lucha injusta contra nosotros, aunque ellos no tengan ninguna razón para alzarse contra nosotros, salvo su inextinguible furor contra nuestra lengua.»

(Manifiesto husita, hacia 1420.)

58

Una vez tan sólo Francia e Inglaterra le dijeron que no a Hitler durante la crisis checoslovaca. ¡Y gracias! Inglaterra, además, con la boca pequeña...

El 19 de mayo de 1938, se observaron movimientos de tropas alemanas en la frontera checa. El 20, Checoslovaquia decreta una movilización parcial de sus propias tropas, enviando de ese modo un mensaje muy claro: si es agredida, se defenderá.

Francia, reaccionando con una firmeza que parecía no poder esperarse ya de ella, declara inmediatamente que mantendrá sus compromisos con Checoslovaquia, es decir, acudirá en su ayuda militarmente en caso de agresión alemana.

Desagradablemente sorprendida por la actitud francesa, Inglaterra, sin embargo, se alinea en la misma posición que su aliada. Pero con la pequeña restricción, incuestionada al menos de manera explícita, de que las fuerzas británicas se guardan su derecho de intervención en caso de conflicto armado. Ya se cuidará Chamberlain de que sus diplomáticos no traspasen el umbral de esta ambigua fórmula: «En la eventualidad de un conflicto europeo, es imposible saber si Gran Bretaña se verá obligada a tomar parte en él.» La cosa no está clara.

Para Hitler no son más que rodeos, pero a la hora de la verdad se asusta y retrocede. El 23 de mayo, hace saber que Alemania no tiene intenciones agresivas contra Checoslovaquia, y manda retirar como si tal cosa las tropas concentradas en la frontera. La versión oficial es que se trataba de simples maniobras rutinarias.

Pero Hitler ha enloquecido de rabia. Tiene la impresión de haber sido humillado por Beneš y siente crecer en él la pulsión guerrera. El 28 de mayo, convoca a los oficiales superiores de la Wehrmacht para vociferarles esto: «¡Es mi más categórico deseo que Checoslovaquia sea borrada del mapa!»

59

Beneš, inquieto por la falta de entusiasmo manifestada por Gran Bretaña a la hora de mantener sus compromisos, llama a consultas a su embajador en Londres para que le informe. La conversación, grabada por los servicios secretos alemanes, no ofrece ninguna duda acerca de las pocas ilusiones que se hacen los checos sobre sus homólogos ingleses, empezando por el propio Chamberlain, a quien pone a parir:

—¡Ese maldito bastardo sólo desea lamerle el culo a Hitler!

—¡Hínchele la cabeza! ¡Haga que recobre el juicio!

—El viejo carcamal carece de juicio, salvo para husmear la cagada nazi y dar vueltas a su alrededor.

—Hable entonces con Harold Wilson. Dígale que prevenga al Primer ministro de que Inglaterra estará también en peligro si no tenemos todos la misma determinación.

¿Podrá usted hacerle comprender eso?

—¡Pero cómo quiere que hable con Wilson! ¡Es un chacal!

Los alemanes se apresuran a hacerles llegar a los ingleses las cintas grabadas. Por lo visto, Chamberlain se sintió atrozmente humillado y jamás perdonó a los checos.

Sin embargo, cuando ese mismo Wilson, asesor particular de Chamberlain, fue enviado poco tiempo después para proponer un intento de conciliación entre alemanes y checos con arbitraje británico, Hitler le hablará en estos términos:

«¡Me importa una mierda la representación británica! ¡El viejo perro cagón está loco si se piensa que así va a dominarme!»

Wilson se asombra:

«Si Herr Hitler se refiere al Primer ministro, puedo asegurarle que el Primer ministro no está loco, sino tan sólo interesado en la suerte que corra la paz.»

Entonces Hitler se despacha a gusto:

«Las advertencias de sus lameculos no me interesan. La única cosa que me interesa es mi pueblo de Chequia; ¡mi pueblo torturado, asesinado por ese inmundo pederasta de Beneš! No voy a soportarlo por más tiempo. ¡Es mucho más de lo que un buen alemán puede soportar! ¿Me está entendiendo, puerco estúpido?»

De esto se deduce que hay al menos un punto sobre el cual los checos y los alemanes parecen haber estado de acuerdo: a saber, que Chamberlain y su pandilla eran unos enormes lameculos.

Sin embargo, curiosamente, a Chamberlain le molestaban mucho más los insultos de los checos que los de los alemanes, y a posteriori se puede colegir que eso sería muy de lamentar.

60

He aquí un discurso edificante que el 21 de agosto de 1938 pronuncia en la radio Edouard Daladier, nuestro buen Presidente del Consejo:

«Frente a los Estados totalitarios, que se preparan y se arman sin ponerle ningún límite a la duración del trabajo, y al lado de los Estados democráticos, esforzados por volver a encontrar su prosperidad y garantizar su seguridad, y que además han adoptado la semana de 48 horas, Francia, más empobrecida cuanto más amenazada, ¿cuánto tiempo perderá en controversias que corren el riesgo de comprometer su futuro? Mientras la situación internacional siga siendo tan delicada, es preciso que se pueda trabajar más de 40 horas, llegar hasta 48 horas en las empresas involucradas en la defensa nacional.»

Cuando leí la transcripción de su discurso, me dije que no había duda de que

volver a poner a trabajar a los franceses era un fantasma eterno de la derecha francesa. Estaba escandalizado por el hecho de que las élites reaccionarias, siendo tan poco conscientes de la situación, sólo pensarán en utilizar la crisis de los Sudetes para ajustar cuentas con el Frente Popular. Hay que decir que en 1938, en la prensa burguesa, los editorialistas estigmatizaban sin ningún pudor a los trabajadores cuyo único pensamiento era aprovechar sus pequeñas vacaciones pagadas.

Pero mi padre me recordó oportunamente que Daladier era un socialista radical, y por tanto había debido de formar parte del Frente Popular. Lo acabo de verificar y, en efecto, es alucinante: ¡Daladier era ministro de la Defensa nacional en el gobierno de Léon Blum! Me he quedado sin habla. Voy a tratar de recapitular: Daladier, antiguo ministro de la Defensa nacional del Frente Popular, invoca razones de defensa nacional, pero no para impedir que Hitler desmiembre Checoslovaquia, sino para retractarse de la semana de 40 horas, precisamente una de las conquistas del Frente Popular. A ese nivel de estupidez política, la traición puede llegar casi a cotas de obra de arte.

61

26 de septiembre de 1938: Hitler debe arengar a las masas enloquecidas en el Palacio de Deportes de Berlín. Deja plantada a una delegación británica que ha venido a comunicarle la negativa de los checos a evacuar los Sudetes, diciéndole sobre la marcha: «¡Tratan a los alemanes como a negros! El 1.º de octubre, haré con Checoslovaquia lo que me dé la gana. Si Francia e Inglaterra deciden atacar, ¡peor para ellos! ¡Me importa una mierda! Es inútil proseguir con las negociaciones, ¡carecen de sentido!» Y se marcha.

Luego, desde la tribuna, delante de su público fanatizado:

«Durante veinte años, los alemanes de Checoslovaquia han tenido que sufrir las persecuciones de los checos. Durante veinte años, los alemanes del Reich han contemplado ese espectáculo. Me refiero más bien a que han sido obligados a ser meros espectadores: porque el pueblo alemán jamás había aceptado esa situación, pero no tenía armas, no podía ayudar a sus hermanos contra aquellos que los estaban martirizando. Hoy, en cambio, es diferente. ¡Y el mundo de las democracias se indigna! Durante estos años hemos aprendido a despreciar a los demócratas de este mundo. En toda nuestra época, no hemos encontrado más que un solo Estado que pueda considerarse una gran potencia europea, y, a la cabeza de ese Estado, a un solo hombre capaz de comprender el desamparo de nuestro pueblo: es mi gran amigo Benito Mussolini (la muchedumbre grita: *Heil Duce!*). El señor Beneš está en Praga,

convencido de que no le puede ocurrir nada porque tiene detrás a Francia y a Inglaterra (hilaridad prolongada). Compatriotas, creo que ha llegado el momento de hablar alto y claro. El señor Beneš tiene un pueblo de siete millones de individuos detrás de él, y aquí hay un pueblo de setenta y cinco millones de hombres (aplausos entusiastas). Le he asegurado al Primer ministro británico que una vez esté resuelto este problema, no habrá ya más problemas territoriales en Europa. No queremos checos en el Reich, pero yo declaro ante el pueblo alemán: en lo que concierne a la cuestión de los Sudetes, mi paciencia ha llegado al límite. Ahora, el señor Beneš tiene en sus manos la paz o la guerra. O acepta esta oferta y libera por fin a los alemanes de los Sudetes, o iremos a buscar esa libertad nosotros mismos.

Que el mundo lo sepa de una vez.»

62

A la crisis de los Sudetes se deben los primeros testimonios formales de la locura de Hitler. En esa época, sólo con nombrar en su presencia a Beneš y a los checos, le daba tal ataque de ira que podía perder por completo el control de sí mismo. Hay quien cuenta haberlo visto tirarse al suelo y morder de rabia el borde de la alfombra. Esos ataques de demencia le valieron enseguida, entre los medios hostiles al nazismo, el sobrenombre de *Teppichfresser*^[1] («Comealfombras»). No sé si conservó por mucho tiempo ese hábito de masticador furioso, o por el contrario esa sintomatología desapareció después de Múnich.

63

28 de septiembre de 1938, tres días antes de los acuerdos. El mundo contiene el aliento. Hitler está más amenazante que nunca. Los checos saben que si abandonan a los alemanes la barrera natural que constituye para ellos la región de los Sudetes, se pueden dar por muertos. Chamberlain declara: «¿No es espantoso, fantástico, inaudito, que todos estemos cavando trincheras por culpa de una disputa surgida en un país lejano, entre gente de la que no sabemos nada?»

64

Saint-John Perse pertenece a esa familia de escritores-diplomáticos, como Claudel o Giraudoux, que me asquea como la sarna. En su caso, esta repugnancia instintiva me parece particularmente justificada, si se tiene en cuenta su comportamiento durante septiembre de 1938.

Alexis Leger (ése es su verdadero nombre, y ligero lo fue y mucho) acompaña a Daladier a Múnich en calidad de secretario general del Quai d'Orsay. Pacifista radical, ha maniobrado sin descanso para convencer al presidente del Consejo francés de que ceda a todas las exigencias alemanas. Está presente cuando se hace pasar a los representantes checos para informarlos de su suerte, doce horas después de la firma del acuerdo decidido sin ellos.

Hitler y Mussolini ya se han marchado, Chamberlain bosteza ostensiblemente y Daladier disimula mal su nerviosismo detrás de una violenta altanería. Cuando los checos, anonadados, preguntan si se espera de su gobierno alguna respuesta o una declaración cualquiera, es posible que sea la vergüenza la que lo enmudece (¡y casi los ahoga, a él y a los demás!). Quizá por este motivo quien se encargará de responder será su colaborador, haciéndolo con una arrogancia y una desenvoltura que el ministro checo de Asuntos Exteriores, su interlocutor, calificará más tarde con una lacónica observación acerca de la que todos deberíamos meditar: «Es un francés.»

Una vez cerrado el acuerdo, no se esperaba ninguna respuesta. Sí, en cambio, que el gobierno checo envíe a Berlín a su representante ese mismo día, a las 15 horas como muy tarde (eran las 3 de la mañana), para asistir a la reunión de la comisión encargada de aplicar el acuerdo. Asimismo, un oficial checoslovaco deberá volver a Berlín el sábado para fijar los detalles de la evacuación. El tono del diplomático se endurece a medida que va profiriendo sus tajantes órdenes. Uno de los dos representantes checos se deshace en lágrimas frente a él. Impaciente y como para justificar su brutalidad, añade que la atmósfera empieza a volverse peligrosa en todo el mundo. ¡Venga ya!

Será, por tanto, un poeta francés quien pronuncie casi oficialmente la sentencia de muerte de Checoslovaquia, el país que yo más amo en el mundo.

65

A las puertas de su hotel en Múnich, un periodista le interroga:

—Pero, dígame, señor embajador, ese acuerdo es por lo menos un alivio, ¿no?

Silencio. Luego el secretario del Quai d'Orsay suspira:

—Por supuesto, un alivio, sí... ¡como cuando uno se lo hace encima de sus pantalones!

Esta revelación tardía forrada de un eufemismo no basta para reparar su infame actitud. Saint-John Perse se ha portado como un gran mierda. Seguro que él habría dicho, con su preciosismo ridículo de diplomático envarado, «un excremento».

66

En el *Times*, sobre Chamberlain: «Jamás ningún conquistador, después de una victoria obtenida en un campo de batalla, había vuelto tan adornado de los más nobles laureles.»

67

Chamberlain en el balcón, en Londres: «Mis queridos amigos —dice—, por segunda vez en nuestra historia hemos traído de nuevo la paz honorable desde Alemania a Downing Street. Creo que esta vez la paz durará toda la vida.»

68

Krofta, ministro de Asuntos Exteriores checo: «Se nos ha impuesto esta situación; ahora nos toca a nosotros; mañana será a otros.»

69

Por una pueril pedantería, tenía escrúpulos de mencionar la más célebre frase francesa en todo este sombrío asunto, pero no puedo dejar de citar a Daladier, al descender del avión, aclamado por la muchedumbre: «¡Ah, esos gilipollas! ¡Esos gilipollas ya están advertidos!...»

Algunos dudan de que haya pronunciado alguna vez esas palabras, de que tuviera esa lucidez y ese residuo de lustre. Parece que fue Sartre quien propagó la cita apócrifa, en su novela *La prórroga*.

En todos los casos, las frases de Churchill en la Cámara de los comunes son las que demuestran mayor clarividencia, y, como siempre, más grandeza:

«Hemos sufrido una derrota total y absoluta.»

(Churchill debe interrumpirse durante largos minutos hasta que cesan los silbidos y los gritos de protesta.)

«Estamos en medio de una catástrofe de enormes proporciones. El camino de la desembocadura del Danubio, el camino del mar Negro, está abierto. Uno tras otro, todos los países de Europa central y de la cuenca del Danubio se verán arrastrados por el vasto sistema de la política nazi emanada desde Berlín. Y no vayáis a creer que ése será el final, no, ése no es más que el principio...»

Poco tiempo después, Churchill hace una síntesis al pronunciar su quiasmo inmortal: «Teníais que escoger entre la guerra y el deshonor. Habéis escogido el deshonor. Tendréis la guerra.»

«Suenan y suenan la campana de la traición.

¿De quién son esas manos que la han tocado?

De la dulce Francia, de la fiera Albión,

y a las dos las hemos amado.»

(František Halas)

«Sobre el medio cadáver de una nación traicionada, Francia se ha rendido al belote y a Tino Rossi.» (Montherlant)

Frente a las pretensiones arrogantes de Alemania, las dos grandes democracias del Oeste se han achantado, Hitler puede brincar de júbilo. Pero en cambio, regresa a

Berlín de pésimo humor, maldiciendo a Chamberlain: «¡Ese individuo me ha privado de mi entrada en Praga!» ¿Qué le importan a él unas montañas de más? Al obligar al gobierno checo a hacer todas las concesiones, Francia e Inglaterra, esas dos naciones sin coraje, han despojado momentáneamente al dictador alemán de la posibilidad de lograr su verdadero objetivo: no ya amputar, sino «borrar a Checoslovaquia del mapa», es decir, transformarla en provincia del Reich. Siete millones de checos, setenta y cinco millones de alemanes... la partida se aplaza...

74

En 1946, en Núremberg, el representante de Checoslovaquia preguntará a Keitel, jefe del Estado Mayor alemán: «Si las potencias occidentales hubieran apoyado a Praga, ¿el Reich habría atacado Checoslovaquia en 1938?» A lo que Keitel responderá: «Ciertamente que no. A nivel militar, no éramos tan fuertes.»

Ya puede Hitler echar pestes, pero fueron Francia e Inglaterra las que le abrieron la gran puerta de la que él no tenía la llave. Y, evidentemente, ante un favor así, le incitaron a dar el primer paso.

75

Fue en la Bürgerbräukeller, la gran cervecería de Múnich, donde todo había empezado exactamente quince años antes. Pero esta noche, por una vez, la cosa no está para conmemoraciones, por mucho que se hayan desplazado tres mil personas hasta ese lugar. Todos los oradores que se han sucedido en la tribuna han clamado venganza; antes de ayer, en París, un judío de diecisiete años ha matado a un secretario de la embajada de Alemania porque habían deportado a su padre. Heydrich es el más indicado para saber que la pérdida no es muy grande: el secretario de embajada estaba siendo vigilado por la Gestapo porque estaba acusado de antinazismo. Pero hay que aprovechar la ocasión. Goebbels le ha confiado una misión de gran envergadura. Mientras la velada está en su apogeo, Heydrich dicta sus órdenes: las manifestaciones espontáneas se llevarán a cabo por la noche. Todas las oficinas de la policía del Estado deben ponerse en contacto inmediatamente con los responsables del Partido y con los de la SS. Las manifestaciones que van a tener lugar no serán reprimidas por la policía. Se tomarán las medidas necesarias que no comporten ningún peligro para la vida y los bienes de los alemanes (por ejemplo, no se incendiarán las sinagogas cuando se corra el riesgo de que el fuego pueda alcanzar

a los edificios contiguos). Los comercios y las casas particulares de los judíos pueden ser destruidos pero no saqueados. Se detendrá a tantos judíos, sobre todo si son ricos, como puedan caber en las cárceles actualmente existentes. Una vez arrestados, habrá que avisar inmediatamente a los campos de concentración apropiados a tal efecto, con el fin de internarlos en ellos a la mayor brevedad. La orden es transmitida a la 1:20 h.

Los SA ya se han puesto en marcha, los SS les marcan el paso. En las calles de Berlín y en las de todas las grandes ciudades de Alemania, los escaparates de los comercios judíos vuelan en mil pedazos, los muebles de las casas judías salen por la ventana, y los judíos mismos son molestados, cuando no detenidos e incluso asesinados. Se ven máquinas de escribir, máquinas de coser y hasta pianos destrozados contra el suelo. Durante toda la noche se suceden los expolios. La gente honrada se encierra en su casa, los más curiosos asisten al espectáculo, cuidándose mucho de intervenir, como fantasmas silenciosos, sin que se pueda determinar la naturaleza de su silencio, cómplice, desaprobador, incrédulo o satisfecho. En un lugar cualquiera de Alemania golpean la puerta de una anciana de ochenta y un años. Cuando abre a los SA, ríe sarcásticamente: «¡Vaya, menuda visita honorable tengo hoy!» Pero cuando los SA le piden que se vista y los acompañe, ella se sienta en su sofá y declara: «No pienso vestirme ni ir a ninguna parte. Hagan conmigo lo que quieran.» El jefe de la cuadrilla desenfundada y le pega un tiro en el pecho. Ella se desploma sobre el sofá. Él le mete una segunda bala en la cabeza. Cae del sofá y rueda sobre sí misma. Pero todavía no está muerta. Con la cabeza vuelta hacia la ventana, emite un leve estertor. Entonces el jefe le pega un tercer tiro en medio de la frente, a diez centímetros.

En otra parte, un SA sube al tejado de una sinagoga saqueada y levanta los rollos de la Torá gritando: «¡Limpiaos el culo con esto, judíos!» Y se los lanza como una serpentina de carnaval, ya con ese estilo suyo inimitable.

En el informe de un alcalde de pueblo puede leerse: «La acción contra los judíos se ha desarrollado con rapidez y sin tensión digna de reseñar. Tal como estaba previsto, un matrimonio judío ha sido arrojado al Danubio.»

Todas las sinagogas están en llamas, pero Heydrich, que conoce su oficio, ha ordenado que todos los archivos que puedan encontrarse se transfieran al QG del SD. A la Wilhelmstrasse llegan cajas repletas de documentos. A los nazis les gusta quemar los libros, pero no los registros. ¿Eficacia alemana? A saber con qué valiosos papeles se habrá limpiado el culo más de un SA...

Al día siguiente, Heydrich le hace llegar al propio Goering un primer informe confidencial: la importancia de las destrucciones, por lo que respecta a las tiendas y casas judías, no puede ser todavía confirmada por las cifras. 815 comercios destruidos y 171 casas incendiadas o destruidas no indican más que una fracción de los verdaderos estropicios. Se ha pegado fuego a 119 sinagogas y otras 76 han sido

completamente derruidas. 20.000 judíos han sido arrestados. Hay que señalar 36 muertos. Los heridos graves son también 36. Tanto los muertos como los heridos son judíos.

También se ha informado a Heydrich de algunas violaciones: en general, se trata de violaciones tipificadas en las leyes raciales de Núremberg. Por consiguiente, los culpables serán detenidos, expulsados del Partido y remitidos a la justicia. En cambio, no se tomarán medidas contra quien haya cometido algún asesinato.

Dos días más tarde, en el ministerio de Transportes Aéreos, Goering preside una reunión con el fin de hallar un medio de hacerles endosar a los judíos el coste de los destrozos ocasionados. Como hace notar el portavoz de las compañías de seguros, sólo el precio de los cristales de las ventanas rotas se eleva a cinco millones de marcos (por eso se le llamará «la noche de cristal»). También se pone de manifiesto que los propietarios de las tiendas judías son a menudo arios, a los que habrá que indemnizar. Goering estalla. Nadie, aparentemente, había pensado en el coste económico de la operación, y menos aún el ministro de Economía. Grita a Heydrich que más habría valido matar a doscientos judíos que destruir tantos objetos valiosos. Heydrich, humillado, le responde que ha habido por lo menos 36 judíos asesinados.

En cuanto se encuentra una solución para hacer pagar los desperfectos a los propios judíos, Goering se tranquiliza y el ambiente se relaja. Heydrich lo escucha bromear con Goebbels acerca de la creación de reservas para judíos en el bosque. Según Goebbels, habría que introducir en ellas algunos animales que tengan un espantoso aire judío, como el alce, con su nariz ganchuda. Toda la concurrencia ríe alegremente, salvo el responsable de las compañías de seguros, poco convencido del plan de financiamiento elaborado por el mariscal de campo. Heydrich tampoco ríe.

Al acabar la reunión, cuando ya se ha decidido confiscar todos los bienes a los judíos y prohibirles cualquier forma de participación en los negocios, considera útil regresar al debate:

—Aunque los judíos sean eliminados de la vida económica, el problema mayor sigue existiendo. Éste consiste en echar a los judíos fuera de Alemania. Mientras tanto —sugiere él—, habría que ponerles un signo distintivo para poder reconocerlos.

—¡Un uniforme! —exclama Goering, siempre aficionado a las cosas vestimentarias.

—Mejor una insignia —replica Heydrich.

La reunión, sin embargo, no acaba con esa nota profética. En adelante, los judíos

serán excluidos de las escuelas públicas, de los hospitales públicos, de las playas y de los balnearios. Deben hacer sus compras en horarios restringidos. En cambio, como consecuencia de las objeciones de Goebbels, se renuncia a que tengan un vagón o un compartimento aparte en los transportes públicos, porque, ¿qué pasaría si se diera el caso de que hubiera una gran afluencia? ¡Los alemanes se amontonarían en su zona mientras los judíos tendrían su vagón para ellos solos! Como puede verse, el nivel de la discusión alcanza cotas muy técnicas y concretas.

Heydrich propone más restricciones de desplazamiento. Goering, completamente recuperado de su cólera pasajera, saca entonces, como quien no quiere la cosa, una cuestión fundamental: «Pero, mi querido Heydrich, no podrías evitar crear guetos a gran escala en todas las ciudades. No habrá más remedio, si se llega a eso.»

Al parecer, Heydrich responde con tono apremiante:

«Sobre el problema de los guetos, quiero dejar clara mi posición enseguida. Desde el punto de vista policial, estimo imposible establecer un gueto que tenga la forma de un barrio completamente aislado, donde sólo vivieran judíos. No se puede controlar un gueto en el que toda la población sea una mezcla confusa de judíos. Eso equivaldría a crear una guarida de criminales y un foco de epidemias. Es cierto que no queremos dejar que los judíos habiten en los mismos edificios que la población alemana; pero por ahora, en las viviendas aisladas o en los edificios comunes, los alemanes obligan al judío a comportarse correctamente. Es mejor controlarlo sometiéndolo a la atenta mirada vigilante de toda la población, que amontonarlo a millares en un barrio donde yo no pueda controlar adecuadamente su vida cotidiana con agentes uniformados.»

Raoul Hilberg ve en este «punto de vista policial» el concepto que Heydrich tiene tanto de su oficio como de la sociedad alemana: el de considerar a toda la población como una especie de policía auxiliar, encargada de vigilar y de señalar cualquier comportamiento sospechoso por parte de los judíos. La insurrección del gueto de Varsovia en 1943, que el ejército alemán tardará tres semanas en aplastar, confirmará su análisis: no se puede fiar uno de los judíos. Además, sabe también perfectamente que los microbios no hacen distinciones de razas.

Físicamente, monseñor Tiso es un tipo gordito. Históricamente, su lugar está al lado de los mayores colaboracionistas. Su odio hacia el poder central checo sellará su destino como el Pétain eslovaco. El arzobispo de Bratislava ha dedicado toda su vida a la independencia de su país y hoy, gracias a Hitler, alcanza su objetivo. El 13 de

marzo de 1939, cuando las divisiones de la Wehrmacht están a punto de invadir Bohemia y Moravia, el canciller del Reich recibe al futuro presidente eslovaco.

Como siempre, Hitler habla y su interlocutor escucha. En esta ocasión, Tiso no sabe si debe regocijarse o echarse a temblar. ¿Por qué lo que ha venido deseando desde siempre debe llegar bajo forma de un ultimátum y de un chantaje?

Hitler le explica: Checoslovaquia le debe sólo a Alemania no haber sido mucho más mutilada. El Reich, contentándose con anexionarse la región de los Sudetes, ha dado prueba de una gran mansedumbre. Sin embargo, los checos no le han manifestado ningún reconocimiento. A lo largo de las últimas semanas, la situación se ha vuelto insostenible. Demasiadas provocaciones. Los alemanes que todavía residen allí están siendo oprimidos y perseguidos. Vuelve a aflorar el espíritu del gobierno Beneš (cuya sola mención enciende a Hitler).

Los eslovacos le han decepcionado. Después de Múnich, ha tenido que reñir con sus amigos los húngaros al no permitirles que se apoderen de Eslovaquia. Lo hizo porque creía que los eslovacos querían su independencia.

¿Eslovaquia desea su independencia, sí o no? Es cuestión, no ya de días, sino de horas. Si Eslovaquia quiere su independencia, él la ayudará, y la tomará bajo su protección. Pero si se niega a separarse de Praga, o incluso si duda en hacerlo, él abandonará Eslovaquia a su destino: estará a merced de unos acontecimientos de los que él ya no será responsable.

En ese preciso momento, Hitler se hace entregar un informe por Ribbentrop, que pretendidamente acaba de llegar, según el cual se han detectado movimientos de tropas húngaras en la frontera eslovaca. Esta pequeña puesta en escena permite a Tiso, caso de que lo necesitara, comprender la urgencia de la situación, así como los dos términos de la alternativa: o Eslovaquia declara su independencia para jurar fidelidad a Alemania, o es engullida por Hungría.

Tiso responde: los eslovacos sabrán mostrarse dignos de la benevolencia del Führer.

A cambio de la cesión de los Sudetes a Alemania, Checoslovaquia había creído garantizarse en Múnich la integridad de sus nuevas fronteras por Francia e Inglaterra. Pero la independencia de Eslovaquia modifica el reparto de papeles. ¿Acaso se puede proteger un país que ya no existe? El compromiso adquirido era con Checoslovaquia, no con Chequia sola. Ésa será la respuesta de los diplomáticos ingleses a sus homólogos de Praga que acudieron a pedirles ayuda. Estamos en la víspera de la

invasión alemana. La cobardía de Francia e Inglaterra, en esta ocasión, está amparada por una absoluta legalidad.

79

El 14 de marzo de 1939, a las 22:40 h., un tren proveniente de Praga entra en la estación de Anhalt, en Berlín. Desciende de él un viejo vestido de negro, con el labio colgando, poco pelo y la mirada apagada. El presidente Hácha, que ha sustituido a Beneš después de lo de Múnich, ha venido a suplicarle a Hitler que trate a su país con indulgencia. No ha cogido un avión porque padece del corazón; lo acompaña su hija así como su ministro de Asuntos Exteriores.

Hácha se teme lo que le espera aquí. Sabe que tropas alemanas han franqueado ya la frontera, y se concentran en torno a Bohemia. La invasión es inminente, y si se ha desplazado hasta allí es para negociar una rendición honrosa. Supongo que estaría preparado para aceptar unas condiciones similares a las impuestas a Eslovaquia: un estatuto de nación independiente pero bajo tutela alemana. Con ello, temía ni más ni menos que la desaparición total de su país.

Cuando pone el pie en el andén, cuál no sería su sorpresa al ser recibido por una guardia de honor. El ministro de Asuntos Exteriores, Ribbentrop, ha acudido en persona. Le ofrece a su hija un magnífico ramo de flores. El cortejo que precede a la delegación checa es digno de un jefe de Estado, lo que todavía sigue siendo. Hácha respira un poco más a gusto. Los alemanes lo han instalado en la mejor suite del suntuoso hotel Adlon. Sobre su cama, su hija encuentra una caja de bombones, cortesía personal del Führer.

El presidente checo es conducido a la Cancillería, donde los SS le forman una guardia de honor. Hácha se sosiega un poco más.

Su impresión, sin embargo, se matiza cuando penetra en el despacho del Canciller. A ambos lados de Hitler, reconoce a Goering y a Keitel, cuya presencia, en calidad de jefe del ejército alemán, no augura nada bueno. La expresión de la cara de Hitler no es tampoco la que podía esperarse, a la vista del buen recibimiento que se le había reservado hasta entonces. La escasa seguridad que había recuperado se volatiliza, y Emil Hácha, en ese preciso momento, se abisma irremediabilmente en el torbellino de la Historia.

«Puede asegurarle al Führer —le dice al traductor— que jamás me he mezclado en política. Nunca, por así decir, me he cruzado con Beneš ni con Masaryk, y por lo que a mí respecta siempre me han sido antipáticos. Siempre he tenido la mayor aversión por el gobierno de Beneš, hasta tal punto que después de Múnich me he

preguntado si realmente sería algo bueno que permaneciéramos como un estado independiente. Estoy convencido de que el destino de Checoslovaquia está en manos del Führer, y estoy convencido de que está en buenas manos. El Führer, no me cabe la menor duda, es hombre que comprende mi punto de vista cuando le digo que Checoslovaquia tiene derecho a una existencia nacional. Se le reprocha a Checoslovaquia que tenga todavía demasiados partidarios de Beneš, pero mi gobierno se afana por todos los medios en reducirlos al silencio.»

Hitler toma, a su vez, la palabra y sus frases, según el testimonio del traductor, dejan de piedra a Hácha:

«El viaje emprendido por el presidente, a pesar de su edad, puede ser muy beneficioso para su país. Alemania, en efecto, se prepara para intervenir en las próximas horas. No albergo ninguna enemistad contra ninguna nación. Si el Estado-muñón de Checoslovaquia ha seguido existiendo, se debe únicamente a que yo lo he permitido, y a que he respetado lealmente mis compromisos. ¡Pero incluso después de la marcha de Beneš, la actitud de Checoslovaquia no ha cambiado! ¡Os lo había avisado! ¡Había dicho que si las provocaciones continuaban, destruiría por entero el Estado checoslovaco! ¡Y no han cesado! Ahora ya se han tirado los dados... He ordenado a las tropas alemanas *invadir el país y he decidido incorporar Checoslovaquia al Reich alemán.*»

El traductor ha declarado, a propósito de Hácha y de su ministro: «Sólo sus ojos demostraban que estaban vivos.»

Hitler prosigue:

«Mañana a las 6, el ejército alemán penetrará en Checoslovaquia por todos los lados a la vez y la aviación alemana ocupará los aeródromos. Pueden darse dos eventualidades.

»O bien la entrada de las tropas alemanas da lugar a combates, en cuyo caso la resistencia será doblegada por la fuerza bruta.

»O bien la entrada de las tropas alemanas tiene lugar de manera pacífica, y entonces permitiré en Chequia, sin ningún obstáculo, un régimen propio en gran medida, con autonomía y una cierta libertad nacional.

»No es el odio lo que me mueve, mi único objetivo es la protección de Alemania, pero si Checoslovaquia no hubiera cedido cuando lo de Múnich, habría exterminado al pueblo checo sin el menor titubeo, ¡y nadie lo habría podido impedir! Hoy, si los checos quieren luchar, el ejército checo habrá dejado de existir en dos días. Naturalmente, habrá también víctimas entre los alemanes, lo que alimentará un odio contra el pueblo checo que me obligará, por deseo de autoconservación, a no conceder ninguna autonomía.

»El mundo se burla de vuestra suerte. Cuando leo la prensa extranjera, me compadezco de Checoslovaquia. Me lleva a pensar en la célebre cita de *Otelo*: “El

Moro ha cumplido con su deber, el Moro puede partir...”»

Por lo visto, esta cita es proverbial en Alemania, pero no comprendo muy bien por qué Hitler la utiliza aquí ni qué es lo que quiere decir... ¿Quién es el Moro? ¿Checoslovaquia? Pero entonces, ¿qué deber ha cumplido? ¿Y hacia dónde podría partir?

Primera hipótesis: desde el punto de vista alemán, Checoslovaquia ha servido a las democracias occidentales con su misma existencia, debilitando a Alemania desde 1918. Ahora que ya ha cumplido con su misión, puede dejar de existir. Pero esto es, cuanto menos, inexacto: la creación de Checoslovaquia supone la ratificación del desmantelamiento de Austria-Hungría, no de Alemania. Es más, si el deber de Checoslovaquia hubiera sido debilitar a Alemania, 1939 parece un momento poco oportuno para abandonarla, justo cuando Alemania refuerza su poder, se anexiona Austria y se vuelve cada vez más amenazante.

O bien, segunda hipótesis: el Moro representa las democracias occidentales, que han hecho lo que han podido en Múnich para limitar los daños (el Moro ha cumplido con su deber), pero se cuidarán mucho de intervenir en adelante (el Moro puede partir)... Salvo que, en boca de Hitler, se entienda que el Moro encarna a la víctima, al extranjero que es utilizado, y designa a Checoslovaquia.

Tercera hipótesis: el propio Hitler no sabe muy bien lo que ha querido decir; sencillamente no se ha aguantado las ganas de plantar una cita, y su escasa cultura literaria no le da para hallar otra más adecuada. En ese caso, habría podido contentarse con un «*Vae victis!*» más idóneo a la situación, simple pero siempre eficaz. O bien francamente callarse, ya que, como dijo Shakespeare, «el crimen, aunque falto de palabras, se expresa con una maravillosa elocuencia...».

80

Ante el Führer, Hácha está completamente hundido. Ha confirmado que la situación está muy clara y que resistir sería una locura. Pero son las dos de la mañana, sólo le quedan cuatro horas para impedir que el pueblo checo se defienda. Según Hitler, la máquina militar alemana está ya en marcha (lo que es cierto) y nada podrá detenerla (desde luego, nadie parece deseoso de intentarlo). Es preciso que Hácha firme la capitulación inmediatamente y que se informe de ello a Praga. La alternativa que ha presentado Hitler es muy simple: o la paz ahora y una larga colaboración entre los dos pueblos, o la aniquilación de Checoslovaquia.

Completamente petrificado, el presidente Hácha es ayudado por Goering y Ribbentrop a sentarse ante una mesa sobre la que está el documento que ha de firmar.

Le han puesto la pluma en la mano, pero tiembla. La pluma se detiene antes de tocar el papel. En ausencia del Führer, que casi nunca se queda para los detalles, Hácha tiene un sobresalto. «No puedo firmar esto —dice—. Si firmo la capitulación, seré para siempre maldecido por mi pueblo.» Y fue exactamente eso lo que ocurrió.

Goering y Ribbentrop deben de emplearse a fondo en convencer a Hácha de que es demasiado tarde para echarse atrás. Lo cual da origen a esa escena grotesca en la que, según los testimonios, los dos ministros nazis se ponen literalmente a hostigar a Hácha alrededor de la mesa, colocándole una y otra vez la pluma en la mano, conminándolo a sentarse y a firmar el odioso documento. Al mismo tiempo, Goering vociferará sin parar: si Hácha se mantiene en su negativa, media Praga será destruida en dos horas por la aviación alemana... ¡eso para empezar! Centenares de bombarderos están esperando sólo una orden para despegar, orden que recibirán a las seis si la capitulación no está firmada a esa hora.

Entre medias, Hácha se tambalea y se desmaya. Ahora son los dos nazis quienes están petrificados ante su cuerpo inerte. Hay que reanimarlo como sea, porque si muere, se acusará a Hitler de haberlo hecho asesinar en la mismísima Cancillería. Afortunadamente para ellos, tienen a mano a un as de las inyecciones, el doctor Morell, el mismo que dopará a Hitler con anfetaminas hasta su muerte con varias inyecciones diarias (lo que, dicho sea de paso, probablemente guarde alguna relación con la creciente demencia del Führer). Morell aparece y pincha a Hácha, que llega a despertarse. Enseguida le ponen un teléfono en la mano, ya que, vista la urgencia, el papel puede esperar. Ribbentrop se había encargado de instalar una línea especial conectada directamente con Praga. Hácha reúne sus escasas fuerzas; informa al gabinete checo en Praga de lo que ocurre en Berlín y aconseja la capitulación. Le ponen una inyección más y lo conducen ante el Führer, que le presenta de nuevo el maldito documento. Son casi las cuatro de la mañana, Hácha firma. «He sacrificado el Estado para salvar a la nación», cree el muy imbécil. Evidentemente, la estupidez de Chamberlain era contagiosa...

81

«Berlín, 15 de marzo de 1939.

»A petición suya, el Führer ha recibido hoy en Berlín al Doctor Hácha, presidente de Checoslovaquia [los alemanes, por lo visto, no habían admitido todavía oficialmente la independencia de Eslovaquia, que sin embargo ellos mismos habían orquestado], al Doctor Chvalkovsky, ministro de Asuntos Exteriores de Checoslovaquia, en presencia del señor

von Ribbentrop, ministro de Asuntos Exteriores. En el transcurso de la reunión, se ha examinado con total franqueza la grave situación creada por los acontecimientos de las últimas semanas en el actual territorio checoslovaco.

»Ambas partes se han declarado una a la otra convencidas de que deben hacerse todos los esfuerzos posibles para mantener la calma, el orden y la paz en esa parte de Europa central. El presidente del Estado checoslovaco ha declarado que, para alcanzar ese objetivo y para llegar a la pacificación definitiva, ha entregado, con total confianza, el destino del país y del pueblo checo en manos del Führer del Reich alemán. El Führer ha apreciado esta declaración; ha expresado su intención de poner al pueblo checo bajo la protección del Reich alemán y de garantizarle el desarrollo autónomo de su vida étnica, tal como conviene a su carácter propio.»

82

Hitler está exultante. Abraza a todas las secretarias, a las que declara: «¡Hijas mías, hoy es el día más hermoso de mi vida! ¡Mi nombre quedará en la Historia, seré considerado el alemán más grande que jamás haya existido!»

Para celebrarlo, decide dirigirse a Praga.

83

La ciudad más bella del mundo se halla agitada como por espasmos esporádicos. Los alemanes locales tratan de provocar un motín. Los manifestantes desfilan por la Václavské náměstí, la inmensa avenida dominada por el imponente Museo de historia natural. Los provocadores buscan camorra, pero la policía checa ha recibido la orden de no intervenir. La violencia, el pillaje, el vandalismo de quienes esperan la llegada de sus hermanos nazis son auténticos gritos de guerra cuyo eco no resuena en el silencio de la capital.

La noche se abate sobre la ciudad. Un viento helado barre las calles de Praga. Sólo un puñado de adolescentes excitados profieren algunos insultos a unos policías de guardia en las inmediaciones de la *Deutsches Haus*, la Casa de Alemania. Bajo el reloj astronómico, en la plaza de la Ciudad Vieja, el pequeño esqueleto tira de su cuerdecilla cada hora desde hace lustros. Da la medianoche. Se oye el crujido característico de los postigos de madera, pero esa noche apuesto a que nadie se

molesta en mirar el desfile de los pequeños autómatas que regresan muy rápido a las entrañas de la torre donde estarán quizá más seguros. Imagino bandadas de cuervos volando alrededor de Nuestra Señora de Tyn, la sombría catedral erizada de siniestras atalayas. Bajo el puente Carlos corre el Vltava. Bajo el puente Carlos corre el Moldau. El río apacible que atraviesa Praga tiene dos nombres, uno checo, el otro alemán, y no cabe duda de que sintomáticamente uno de los dos sobra.

Los checos, entre nervios, tratan de conciliar el sueño. Todavía confían en que haya concesiones suplementarias que calmen el apetito de los alemanes, pero, ¿qué concesiones quedan por hacer? Para amansar al ogro hitleriano, cuentan con el servilismo de su presidente Hácha. Su voluntad de resistencia ha sido quebrada en Múnich por la traición de Francia e Inglaterra. Sólo tienen su pasividad para oponerse al belicismo nazi. Lo que queda de Checoslovaquia no aspira más que a ser una pequeña nación pacífica, pero la gangrena inoculada hace siglos por Premysl Otakar II no podrá cambiar nada. Antes del alba, la radio anuncia los términos del acuerdo cerrado entre Hácha y Hitler. Es la anexión, lisa y llanamente. La noticia estalla como una bomba en cada hogar checo. No ha amanecido todavía cuando por las calles emerge un zumbido, primero como un rumor sordo, que se transforma progresivamente en algarabía y luego en un tumulto generalizado. Poco a poco, la gente sale de su casa. Algunos llevan una pequeña maleta: son los que corren a precipitarse a las puertas de las embajadas para pedir asilo y protección, que les es denegado por sistema. Hay que señalar los primeros casos de suicidio.

A las nueve, el primer carro de combate alemán penetra finalmente en la ciudad.

84

La verdad es que no sé si es un carro de combate lo que primero penetra en Praga. Las unidades más avanzadas parecían estar masivamente compuestas de motos con sidecar.

A las nueve, por tanto, unos soldados alemanes motorizados entran en la capital checa. Descubren en ese momento a los alemanes locales que les aclaman como libertadores, lo que les permite rebajar la tensión nerviosa que les domina desde hace varios días, pero también a los checos que les muestran sus puños, gritando eslóganes hostiles, cantando su himno nacional, lo que les produce mayor inquietud.

Una muchedumbre compacta se ha reunido en la Václavske náměstí, el equivalente checo de los Campos Elíseos, y por las grandes arterias de la ciudad los camiones de la Wehrmacht se ven rápidamente bloqueados por la enorme densidad de los manifestantes. En ese momento, los alemanes no saben todavía a qué atenerse.

Pero estamos lejos de una insurrección. El levantamiento popular y las manifestaciones de resistencia se limitarán a... tirarle bolas de nieve al invasor.

Los objetivos estratégicos prioritarios son alcanzados sin pegar ni un solo tiro: toma del control del aeropuerto, del ministerio de la Guerra, y sobre todo del Hradčany, el castillo volcado sobre su alta colina, corazón del poder. Antes de las diez, ya se han colocado en sus rampas unas baterías de artillería apuntando abajo, hacia la ciudad.

Los únicos problemas con que se han encontrado son de orden logístico: la ventisca ha sido la prueba más dura para los vehículos alemanes, y se ven por todas partes camiones parados, carros de combate inmovilizados por problemas mecánicos. Los alemanes tampoco saben orientarse en el dédalo de las calles de Praga: puede vérselos preguntando el camino a unos policías checos que parecen responderles con amabilidad (el respeto pavloviano por el uniforme, sin duda...). La hermosa calle Nerudova, que sube hacia el castillo, adornada con sus enseñas esotéricas, está bloqueada por un blindado extraviado. Mientras que el conductor ha ido a preguntar por su ruta en la legación italiana, el soldado que se ha quedado solo en la torreta vigila, con el dedo crispado sobre el gatillo de su fusil ametrallador, a la muchedumbre silenciosa de curiosos checos que se van aglomerando a su alrededor. Pero no ocurre nada. El general que comanda la vanguardia alemana no tendrá que lamentar más que algunos actos de sabotaje menores: unos cuantos neumáticos pinchados.

Hitler puede preparar tranquilamente su visita. Antes de que acabe el día, la ciudad está «asegurada». Tropas a caballo desfilan tranquilamente por la orillas del Vltava. Se ha decretado un toque de queda que prohíbe circular a los checos a partir de las ocho de la tarde. La entrada de los hoteles y de los edificios oficiales se decora con centinelas alemanes provistos de fusiles con bayoneta. Praga ha caído sin dar batalla. Los adoquines de las calles se cubren de nieve sucia. Para los checos empieza un invierno muy muy largo.

85

Adelantando a la interminable columna de soldados que avanza como una larga serpiente por la carretera helada, un cortejo de Mercedes se encamina lentamente hacia Praga. Los miembros más eminentes de la camarilla hitleriana van en ese viaje: Goering, Ribbentrop, Bormann. Y en el coche personal del Führer, al lado de Himmler, Heydrich.

¿En qué pensará cuando, después de ese largo viaje, lleguen por fin a su destino?

¿Será subyugado por la belleza envolvente de la ciudad de las cien torres? ¿Estará absorbido por el disfrute del insigne privilegio de su posición? ¿Se irritará porque el cortejo se pierda y pugnará por encontrar su camino en la ciudad de la que el Führer toma posesión esa misma mañana? ¿O, más bien, en su cerebro calculador germina ya la idea de una carrera planificada que pasa por la ex capital checa?

El futuro «verdugo de Praga», a quien los checos también apodarán «el carnicero», descubre la ciudad de los reyes de Bohemia: las calles están desiertas, vacías por el toque de queda; el paso de los vehículos del ejército alemán ha dejado huellas muy visibles en el barro y en la nieve sobre la calzada; una tranquilidad impresionante reina en una ciudad conquistada ese mismo día; los escaparates de las tiendas exponen sus vajillas de cristal o su charcutería con abundancia; la ópera se alza en el corazón de la ciudad vieja, donde fue creado el *Don Giovanni* de Mozart; los coches circulan por la izquierda, como en Inglaterra; el trayecto que lleva hasta el castillo, magníficamente aislado, serpentea por la colina; unas espléndidas e inquietantes estatuas decoran el portalón de la entrada principal, guardada por los SS.

El cortejo penetra en lo que hasta ayer era el palacio presidencial. Hoy es otra cosa: una bandera con la cruz gamada ondea en la cima del castillo, indicando la presencia de los nuevos amos de la plaza. Cuando Hácha regrese de Berlín —su tren aún no ha llegado porque ha sido oportunamente retenido en Alemania—, le harán pasar por la entrada de servicio. Supongo que sentirá toda la ironía de esa humillación, él, que la víspera celebraba con tanto regocijo la acogida como jefe de Estado que le habían dispensado en Berlín. El presidente no es más que un fantoche, y procurarán hacérselo saber.

El cortejo hitleriano sienta sus reales en medio del castillo. El Führer sube al primer piso. Existe una célebre foto en la que se ve a Hitler con las manos apoyadas sobre la repisa de una ventana abierta contemplando la ciudad con aire satisfecho. Luego baja para asistir a una cena a la luz de las velas en uno de los comedores. Heydrich anota obligatoriamente que el Führer come una loncha de jamón y bebe una Pilsner Urquell, la cerveza checa más famosa, cuando por lo general no suele beber nunca y es vegetariano. Va repitiendo que Checoslovaquia ha dejado de existir, y no cabe duda de que desea significar la importancia histórica de esa jornada del 15 de marzo de 1939 saltándose sus hábitos alimenticios.

Al día siguiente, 16 de marzo de 1939, Hitler hace esta proclamación:
«Durante mil años, las provincias de Bohemia y de Moravia han formado parte

del espacio vital del pueblo alemán. Checoslovaquia ha demostrado fundamentalmente que era incapaz de sobrevivir y, de hecho, hoy se halla inmersa en un estado de completa disolución. El Reich alemán no puede tolerar la existencia de disturbios continuos en este territorio. Por ese motivo, y en virtud de la ley de autoconservación, el Reich alemán está desde ahora dispuesto a intervenir y a tomar las medidas decisivas de cara a establecer las bases de un orden razonable en Europa central. A lo largo de los mil años de su historia, el Reich ha dado repetidas muestras de que, por la grandeza y las cualidades del pueblo alemán, es el único cualificado para emprender esa tarea.»

Luego, al principio de la tarde, Hitler deja Praga para no volver a poner sus pies en ella nunca jamás. Heydrich lo acompaña, pero él sí volverá.

87

«Durante mil años, las provincias de Bohemia y de Moravia han formado parte del espacio vital del pueblo alemán.»

Es totalmente cierto que en el siglo X, o sea, mil años antes, Václav I, el famoso San Wenceslao, debió jurar fidelidad al no menos famoso Enrique I el Pajarero, en una época en la que Bohemia no era todavía un reino, ni el rey de Sajonia estaba a la cabeza del Sacro Imperio Romano Germánico. Sin embargo, Václav pudo conservar su soberanía, y sólo tres siglos más tarde los colonos alemanes pudieron instalarse masivamente —aunque pacíficamente— en Bohemia. Por tanto, Bohemia siempre ha gozado de una situación relevante en el seno de Europa. A partir del siglo XIII, el rey de Bohemia fue uno de los siete príncipes electores aptos para designar al emperador, entre los cuales poseía el título honorífico de copero mayor. En una ocasión, llegó a emperador el también rey de Bohemia, el muy ilustre Carlos IV, Luxemburg por su padre pero Premyslida por su madre. Mitad checo y mitad alemán, hizo de Praga su capital, donde fundó la primera universidad de Europa central, y reemplazó el viejo puente Judith por el más hermoso puente del mundo, ese puente de piedra que todavía hoy lleva su nombre.

Es exacto decir que los países checo y alemán siempre han mantenido estrechas relaciones. También es exacto decir que Bohemia estuvo casi continuamente en la esfera de influencia alemana. Pero me parece totalmente abusivo hablar de espacio vital alemán a propósito de Bohemia.

Fue el propio Enrique el Pajarero, icono nazi, ídolo de Himmler, quien inauguró el *Drang nach Osten*, la oleada hacia el Este de la que Hitler se erigirá continuador para legitimar sus pretensiones de invadir la Unión Soviética. Pero Enrique el

Pajarero jamás había tratado de invadir ni de colonizar Bohemia. Se contentaba con reclamarle un tributo anual. Por otra parte, además, no ha habido jamás, que yo sepa, una colonización alemana impuesta por la fuerza en Bohemia-Moravia. La afluencia de colonos alemanes en el siglo XIII respondía a la demanda del soberano checo, que buscaba mano de obra cualificada. Todo esto quiere decir que, hasta entonces, a nadie se le había ocurrido todavía vaciar Bohemia-Moravia de sus habitantes checos. Así pues, en términos de proyecto político, se puede decir que los nazis, una vez más, serán unos innovadores. Y Heydrich, por supuesto, estará en el ajo.

88

¿Con qué criterio se decide que un personaje será el personaje principal de una historia? ¿Por el número de páginas que se le dedica? Creo yo que es algo un poco más complicado.

Cuando hablo del libro que voy a escribir, digo: «mi libraco sobre Heydrich». Sin embargo, se supone que Heydrich no será el personaje principal de esta historia. En todos los años que llevo con este libro dentro de mí, no he pensado en ningún momento titularlo de otro modo que *Operación Antropoide* (y si éste no es el título que figura en la portada que el lector puede leer, es porque cedí ante el editor, a quien no le gustaba en absoluto: le parecía demasiado ciencia-ficción, demasiado Robert Ludlum...). Es obvio que Heydrich es el blanco y no el actor de la operación. Todo lo que cuento sobre él sirve para montar el decorado, de alguna manera. Pero hay que reconocer que, desde un punto de vista literario, Heydrich es un buen personaje. Es como si un doctor Frankenstein novelista hubiera alumbrado una criatura terrorífica a partir de los monstruos más grandes de la literatura. Con la excepción de que Heydrich no es un monstruo de papel.

Soy sensible al hecho de que mis dos héroes tardan en entrar en escena. Pero tal vez no venga mal que se hagan de rogar. Tal vez haya que darles un cuerpo. Tal vez la marca que han dejado en la Historia y en mi memoria pueda imprimirse más profundamente en mis páginas. Tal vez esta larga estadía en la antecámara de mi cerebro les devuelva un poco de su realidad, y no sólo una vulgar verosimilitud. Tal vez, tal vez... ¡pero nada hay menos seguro! Heydrich ya no me impresiona. Son ellos los que me intimidan.

Y aun así, los veo. O digamos que empiezo a percibirlos.

89

En los confines de la Eslovaquia oriental, se halla una ciudad que conozco muy bien, Košice (hay que pronunciar «Kochitsé»). En esa ciudad fue donde hice mi servicio militar: yo era el subteniente francés encargado de enseñar mi lengua natal a los jóvenes futuros oficiales del ejército del aire eslovaco. Es la ciudad de donde es originaria Aurélia, la hermosa joven con quien mantuve durante cinco años una pasión ardiente, hace ya diez años de eso. Es también la ciudad del mundo en la que he visto la mayor concentración de chicas guapas, y cuando digo guapas, quiero decir de una belleza realmente excepcional.

No veo ninguna razón para pensar que no fuese también así en 1939. Las chicas guapas han paseado desde tiempo inmemorial por la Hlavna ulica, la larguísima calle principal que constituye el corazón de la ciudad, bordeada de espléndidas casas barrocas de colores pastel, y remachada en su centro por una maravillosa catedral gótica. La única diferencia es que en 1939 uno puede encontrarse también con uniformes alemanes que saludan discretamente a las chicas al pasar. Eslovaquia ha logrado su independencia, al precio de traicionar a Praga, pero ve cómo se le impone la amigable y pegajosa tutela de Alemania.

Josef Gabčík, cuando sube por esta gigantesca arteria, no puede evitar ver todo eso: la chicas guapas y los uniformes alemanes. Y al cabo de varios meses, este hombre pequeño ha decidido reflexionar sobre lo que ve.

Hace dos años que ha dejado Košice para irse a trabajar a Žilina, en una fábrica de productos químicos. Vuelve hoy para reencontrarse con sus amigos del 14.º Regimiento de infantería, donde ha servido durante tres años. La primavera tarda en llegar y la nieve tenaz cruje bajo las botas.

Algunos cafés de Košice son como casas particulares. Por lo general, hay que entrar bajo un porche, o bien subir o bajar unas escaleras, para acceder a una sala bien caldeada. En uno de esos cafés es donde Gabčík se encontrará con sus antiguos camaradas, al caer la noche. Todos se regocijan con ese reencuentro en torno a una pinta de Steiger (una cerveza elaborada en la región de Banská Štiavnica). Pero Gabčík no ha venido a hacer una simple visita de cortesía. Quiere saber dónde está el ejército eslovaco, y cómo se posiciona en relación al gobierno de Tiso, el cardenal colaboracionista.

—Los oficiales superiores se han alineado con Tiso; como imaginarás, Jozef, para ellos la ruptura con el estado mayor checo supone la perspectiva de rápidas promociones...

—El ejército no ha rechistado, ni los oficiales, ni la tropa. Como nuevo ejército eslovaco, se han visto obligados a obedecer al nuevo gobierno independiente, es normal.

—¡Queríamos la independencia desde hace mucho tiempo y poco importa ahora cómo se ha obtenido! ¡Les está bien empleado a los checos! ¡Con menuda

consideración nos habrían tratado, llegado el caso! Sabes perfectamente que los checos siempre se guardaban para ellos los mejores puestos en todas partes. En el gobierno, en el ejército, en la administración, ¡en todas partes! ¡Era asqueroso!

—De todos modos, no había otro remedio: si Tiso no decía que sí a Hitler, se lo habrían merendado como a los otros. Vale, de acuerdo, sé que esto parece una semiocupación, pero al final tenemos más autonomía que los checos.

—¿Sabes que en Praga han decretado el alemán como lengua oficial? Cierran todas las universidades checas, censuran cualquier actividad cultural checa, ¡hasta han fusilado a estudiantes! ¿Es eso lo que querías aquí? Créeme, era la mejor solución...

—Era la única solución, Jozef.

—¿Por qué habríamos de luchar cuando el propio Hácha fue quien pidió la capitulación? No hemos hecho más que cumplir órdenes.

—Para Beneš es más fácil proseguir el combate porque está tranquilamente en Londres. Nosotros, en cambio, estamos aquí como gilipollas.

—Y eso que todo esto es culpa suya. Él firmó en Múnich, ¿no? No nos dejó luchar por los Sudetes, ¿no te acuerdas? En aquella época, nuestro ejército quizás hubiera podido, y digo bien quizás, rivalizar con el ejército alemán... Pero ahora, ¿qué podíamos hacer? ¿Has visto las cifras de la Luftwaffe? ¿Sabes cuántos bombarderos tienen operativos? Habrían entrado como en la mantequilla y nos habrían masacrado.

—¡Yo no quiero morir ni por Hácha ni por Beneš!

—¡Ni por Tiso!

—Bueno, hay algunos alemanes con uniforme que callejean por la ciudad, ¿y qué? No voy a decirte que me guste eso, pero es mucho mejor que una verdadera ocupación militar. ¡Vete a preguntarle a tus amigos checos!

—Por mi parte, no tengo nada en contra de los checos, pero siempre nos han tratado como paletos. Una vez fui a Praga y los tíos parecían no entenderme debido a mi acento. Siempre nos han despreciado. Ahora, ¡que se las apañen con sus nuevos compatriotas! ¡Ya veremos si prefieren el acento alemán!

—Hitler ya tiene lo que quería, ha dicho que no hará ninguna otra reivindicación territorial. Por lo que a nosotros respecta, jamás hemos sido parte alemana. ¡Si no fuera por él, Jozef, la que nos habría tragado a nosotros sería Hungría! Hay que ver las cosas como son.

—¿Qué quieres? ¿Un golpe de Estado? Ningún general tiene cojones para darlo. ¿Y luego, además, qué? ¿Echamos al ejército alemán nosotros solos? ¿Acaso crees que Francia e Inglaterra van a volar de repente en nuestra ayuda? ¡Llevamos un año esperándolos!

—Créenos, Jozef, tienes un empleo tranquilo, regresa a Žilina, busca una chica

amable y pasa de toda esta historia. No nos va tan mal, después de todo.

Gabčík ha acabado su cerveza. Ya es tarde, él y sus camaradas están un poco achispados; fuera, la nieve cae. Se levanta para despedirse, saluda a la compañía y va a buscar su abrigo en el guardarropa. Mientras una chica se lo da, uno de sus compañeros de mesa se reúne con él. Le insinúa:

—Escucha, Jozef, por si quieres saberlo. Con la llegada de los alemanes, los checos han sido desmovilizados, pero algunos se han negado a volver a la vida civil. Será por patriotismo, o quizá porque no desean verse en el paro, no lo sé. El caso es que han pasado a Polonia y han creado un ejército de liberación checoslovaco. No creo que tengan mucho peso, pero me consta que también hay eslovacos entre ellos. Tienen su base en Cracovia. Mira, si yo hiciera eso, sería considerado como un desertor, y no puedo dejar a mi mujer ni a mis hijos. Pero si tuviera tu edad, si fuera libre... Tiso es un crápula, eso es lo que pienso, y la mayoría de los muchachos también. No todos se han hecho nazis, como puedes imaginar. Pero qué quieres, tenemos canguelo. Al parecer, lo que pasa en Praga es verdaderamente terrible, ejecutan a todo aquel que hace el menor ademán de protestar. Por mi parte, voy a tratar de amoldarme a la situación, ya ves, sin ningún entusiasmo, pero voy a permanecer tranquilo. Mientras no nos pidan deportar a los judíos...

Gabčík le sonrío. Se pone el abrigo, le da las gracias y sale. Fuera es de noche, las calles están desiertas y la nieve cruje bajo sus pies.

90

De vuelta en Žilina, Gabčík ha tomado ya su decisión. Al acabar su jornada de trabajo en la fábrica, saluda a sus camaradas como si tal cosa, pero declina la ritual invitación al bar de la esquina. Regresa rápidamente a su casa, no coge ninguna maleta sino un pequeño macuto, se enfunda dos abrigos uno sobre otro, se calza sus botas más resistentes, botas de soldado, y se marcha cerrando la puerta tras de sí. Hace una parada en casa de una de sus hermanas, de la que se siente más próximo, la única persona que está al corriente de sus proyectos, para dejarle las llaves. Ella le ofrece un té, que él bebe en silencio. Se levanta. Ella lo estrecha entre sus brazos sollozando. Luego él se dirige hacia la estación de autobuses. Allí, espera uno que lo lleve al norte, hacia la frontera. Se fuma unos cigarrillos. Se siente perfectamente sereno. No es el único que espera en el andén, pero nadie le presta atención, pese a su aspecto: para ser el mes de mayo, va excesivamente abrigado. El autobús llega. Gabčík se precipita en su interior y se acurruca en un asiento. Las puertas se cierran. El autobús arranca con un ronquido. Por la ventana, Gabčík mira cómo se aleja

Žilina, donde nunca más volverá. Las torres románicas y barrocas del centro histórico se recortan en el horizonte oscuro que deja a su espalda. Cuando Gabčík echa un último vistazo al castillo de Budatin, situado en la confluencia de dos de los tres ríos que atraviesan la ciudad, ignora que será casi totalmente destruido unos años más tarde. Tampoco sabe que abandona Eslovaquia para siempre.

91

Esta escena es tan perfectamente creíble y tan absolutamente ficticia como la precedente. ¡Qué impúdico es tratar como una marioneta a un hombre muerto hace tanto tiempo, incapaz de defenderse! Hacerle beber té cuando resulta que sólo le gustaba el café. Hacerle ponerse dos abrigos cuando puede que no tuviera más que uno. Hacerle coger el autobús cuando pudo haber tomado el tren. O decidir que se fue por la noche y no por la mañana. Me da vergüenza.

Pero podría haber sido peor. He evitado hacer con Kubiš un tratamiento imaginativo parecido, sin duda porque conozco menos Moravia, de donde era originario, que Eslovaquia. Kubiš esperó hasta el mes de junio de 1939 para pasar a Polonia, desde donde llegó a Francia no sé cómo, para alistarse en la Legión Extranjera. Eso es cuanto puedo decir de él. Ignoro si pasó por Cracovia, primer punto de reunión de los soldados checos que habían rechazado la capitulación. Supongo que se incorporó a la Legión en Agde, al sur de Francia, con el primer batallón de infantería de las fuerzas armadas checoslovacas en el exterior. Puede incluso que el batallón, cuyas filas se veían engrosadas cada día más, se hubiera ya convertido en un regimiento. Algunos meses más tarde, será una división entera en toda regla la que combatirá al lado del ejército francés durante la «guerra de broma». Podría extenderme bastante hablando de la integración de las fuerzas checas libres en el ejército francés, sus 11.000 soldados, de los cuales 3.000 eran voluntarios y 8.000 eran checos expatriados movilizados de oficio, así como sus valerosos pilotos, entrenados en Chartres, que abatirán o contribuirán a abatir más de 130 aviones enemigos durante la batalla de Francia... Vaya, dije que no quería hacer un manual de historia, y el caso es que he hecho de aquella historia en concreto una cuestión personal. Ésta es la razón por la que mis visiones se mezclan algunas veces con los hechos probados. Pero bueno, así son las cosas.

92

Aunque para nada. Las cosas no son así. Eso sería demasiado simple. Al releer uno de los libros que constituyen la base de mi documentación, un conjunto de testimonios sobriamente reunidos por un historiador checo, Miroslav Ivanov, bajo el título *El atentado contra Heydrich*, publicado en la vieja colección verde «Aquel día» (en la que también se encuentran *El día más largo* y *¿Arde París?*), compruebo con estupor la cantidad de errores que tengo con respecto a Gabčík.

Desde noviembre de 1938, Košice ya no pertenecía a Checoslovaquia sino a Hungría, la ciudad estaba ocupada por el ejército del almirante Horthy, y por tanto es muy poco probable que Gabčík visitara allí a sus camaradas del 14.º Regimiento. Además, el 1.º de mayo de 1939, cuando él deja Eslovaquia para pasar a Polonia, hacía casi dos años que había sido trasladado a una fábrica en los alrededores de Trenčín, y con toda probabilidad no viviría ya en Žilina. El pasaje en el que cuento su último vistazo a las torres del castillo de su ciudad natal se me hace de pronto ridículo. Es cierto que él nunca dejó el ejército y que trabajaba en calidad de suboficial en aquella fábrica de productos químicos cuya producción iba destinada a fines militares. Ahora bien, he olvidado mencionar que no abandonó su puesto sin antes llevar a cabo un acto de sabotaje: vertió ácido en la iperita, lo que parece haber causado un gran daño, aunque no sé de qué tipo, al ejército alemán. ¡Olvido grave! Ante todo, porque le sustraigo a Gabčík su primer acto de resistencia, por menor que sea, aunque ya arriesgado. Y luego, porque omito un eslabón en la gran cadena causal de los destinos humanos: el propio Gabčík explica, en una nota biográfica que redactó en Inglaterra con el fin de proponerse como candidato para misiones especiales, que dejó su país como consecuencia de aquel acto de sabotaje, por el que infaliblemente sería arrestado si se quedaba.

En cambio, es absolutamente cierto que pasó por Cracovia, como yo había supuesto. Después de luchar al lado de los polacos durante el ataque alemán que desencadenó la Segunda Guerra Mundial, es probable que huyera por los Balcanes, como un gran número de los checos y de los eslovacos que llegaron a Francia atravesando Rumanía, Grecia, y, vía Estambul, Egipto hasta llegar a Marsella. O quizá, sencillamente, pasó por el Báltico, lo que sería más práctico, partiendo del puerto de Gdynia para arribar a Boulogne-sur-mer, etapa previa a su viaje al sur. Sea como fuere, estoy seguro de que ese periplo es una epopeya que merecería un libro entero. El punto determinante, para mí, sería el encuentro con Kubiš. ¿Dónde y cuándo se encontraron? ¿En Polonia? ¿En Francia? ¿Durante el viaje entre esos dos países? ¿Más tarde, en Inglaterra? Eso es lo que me gustaría saber. Todavía no sé si voy a «visualizar» (es decir, inventar) ese encuentro o no. Si lo hago, será la prueba definitiva de que, decididamente, la ficción no respeta nada.

Un tren entra en la estación. En el amplio vestíbulo de Victoria Station, el coronel Moravec, en compañía de unos cuantos compatriotas exiliados, espera en el andén. Un hombrecillo serio, con bigotes y frente despejada, desciende del tren. Es Beneš, el anciano presidente que dimitió al día siguiente de lo de Múnich. Pero hoy, 18 de julio de 1939, fecha de su llegada a Londres, es sobre todo el hombre que ha proclamado, al día siguiente al 15 de marzo, que la Primera República checoslovaca existe todavía, a pesar de la agresión de la que ha sido víctima. Las divisiones alemanas, ha dicho, han barrido de un plumazo las concesiones arrancadas a Praga por sus enemigos y por sus aliados en nombre de la paz, de la justicia, del buen sentido y de las prudentes razones invocadas durante la crisis de 1938. Ahora, el territorio checoslovaco está ocupado. Pero la República no ha muerto. Debe continuar luchando incluso fuera de sus fronteras. Beneš, reconocido por los patriotas checoslovacos como el único presidente legítimo, quiere formar lo más rápido posible un gobierno provisional en el exilio. Un año antes del llamamiento del 18 de junio, Beneš es un equivalente a De Gaulle + Churchill. En él habita el espíritu de la Resistencia.

Desgraciadamente, todavía no es Churchill quien lleva las riendas del destino inglés y mundial, sino el innoble Chamberlain, cuya pusilanimidad sólo es comparable a su ceguera. Ha enviado a un empleado de Asuntos Exteriores, con rango muy subalterno, a recibir al anciano presidente. Y, una vez que lo recibe, el chupatintas se muestra inmediatamente desagradable. Le notifica a Beneš, quien apenas si ha puesto el pie en el andén, las condiciones de su exilio: Gran Bretaña sólo está dispuesta a conceder asilo político al súbdito checo con la condición expresa de que él se comprometa a mantenerse alejado de toda actividad política. Beneš, ya reconocido de hecho como el jefe de un movimiento de liberación por sus amigos y sus enemigos, encaja el insulto dando prueba de su dignidad habitual. Él más que nadie ha tenido que soportar, con un estoicismo literalmente sobrehumano, la necedad despreciativa de Chamberlain. Sólo por ello, su figura histórica me parece casi más imponente que la de De Gaulle.

Hace catorce días que el SS-Sturmbannführer Alfred Naujocks ha llegado de incógnito a la ciudad de Gleiwitz, en la frontera germanopolaca, en la Silesia alemana. Ha preparado minuciosamente su golpe y ahora espera. Heydrich lo ha

llamado ayer a mediodía para pedirle que ajuste los últimos detalles con «Gestapo» Müller, quien se ha desplazado en persona y se aloja en la vecina ciudad de Oppeln. Müller debe suministrar lo que ellos llaman «la lata de conserva».

Son las cuatro de la mañana cuando suena el teléfono en su habitación del hotel. Descuelga, le piden que llame a la Wilhelmstrasse. Al otro extremo del hilo, la voz aguda de Heydrich le dice: «La abuela ha muerto.» Es la señal, la operación «Tannenberg» puede empezar. Naujocks reúne a sus hombres y se dirige a la estación de radio que tiene previsto atacar. Pero antes de pasar a la acción, debe repartir un uniforme polaco a cada miembro de la expedición y recibir «la conserva»: se trata de un detenido que ha sido sacado expresamente de un campo de concentración, vestido también de soldado polaco, inconsciente pero todavía vivo, al parecer, aunque Müller, siguiendo las instrucciones, le haya administrado una inyección letal.

El asalto comienza a las ocho de la mañana. Los empleados son neutralizados sin ningún contratiempo, y los pocos disparos al aire que ha habido son para que no se diga. La «conserva» es depositada en la puerta y Naujocks, con toda probabilidad, pese a que jamás lo reconoció durante su proceso, lo remata metiéndole una bala en el corazón, con el fin de dejar una prueba material del ataque polaco (una bala en la nuca indicaría demasiado una ejecución y una bala en la cabeza corría el riesgo de hacer más lenta la identificación). Lo que hacen a continuación es difundir en polaco el pequeño discurso preparado por Heydrich. Uno de los SS, escogido por sus cualidades lingüísticas, será el encargado de pronunciarlo. El problema es que nadie sabe cómo hacer funcionar la radio. Un aterrado Naujocks, mal que bien, consigue finalmente que se emita. El discurso es leído en un polaco febril. Es una corta alocución declarando que, como consecuencia de las provocaciones alemanas, Polonia ha decidido pasar al ataque. La emisión no dura más de cuatro minutos. De todas formas, el emisor no es lo bastante potente y, excepto algunas aldeas fronterizas, el mundo no lo oirá. ¿Y a quién le preocupa eso? Pues sobre todo a Naujocks, a quien Heydrich le ha advertido previamente: «Si fracasáis, moriréis. Y puede que yo también.»

Pero Hitler hace valer el incidente, y los avatares de la técnica le traen sin cuidado. Unas horas más tarde, se dirige a los diputados del Reichstag: «Esta noche Polonia, por primera vez, y en territorio alemán, ha ordenado abrir fuego a sus soldados regulares. Desde esta mañana, Alemania se ha visto inducida a replicar. A partir de ahora, Alemania devolverá bomba por bomba.»

La Segunda Guerra Mundial acaba de comenzar.

En Polonia es donde Heydrich inaugura su más diabólica creación: los *Einsatzgruppen*. Tropas de las SS especiales, integradas por miembros del SD y de la Gestapo, encargadas de limpiar las zonas ocupadas por la Wehrmacht. Cada unidad recibe un folleto en el que, en caracteres minúsculos y en papel extra fino, se han consignado todas las informaciones necesarias. A saber: la lista de todas las personas que hay que eliminar a medida que avanza la ocupación del país. Es decir, comunistas, evidentemente, pero también maestros, escritores, periodistas, sacerdotes, industriales, banqueros, funcionarios, comerciantes, campesinos enriquecidos, notables de cualquier tipo... Son mencionados miles de nombres, con su dirección y su teléfono, así como la lista de su entorno, en caso de que los elementos subversivos buscaran refugio en casa de sus familiares o de sus amigos. Cada nombre es acompañado de una descripción física, y en ocasiones incluso de una foto. Los servicios de información de Heydrich han alcanzado ya un nivel de eficacia impresionante.

Sin embargo, no cabe duda de que esta meticulosidad es un tanto superflua, habida cuenta del comportamiento de las unidades sobre el terreno, que se distinguen inmediatamente por su propensión a no entrar en detalles. Entre las primeras víctimas civiles de la campaña polaca hay un grupo de *boy scouts* de edades entre 12 y 16 años: se les fusila en la plaza del mercado puestos en fila contra un muro. El cura que se ofrece para administrarles los últimos sacramentos, ¡a la fila con ellos, fusilado también! Una vez hecho esto es cuando los *Einsatzgruppen* se centran en sus objetivos: los comerciantes y los notables locales, enfilados y fusilados. A partir de ahí, el trabajo de los *Einsatzgruppen*, cuyo balance detallado necesitaría de miles de páginas, puede resumirse en tres letras terribles: *etc.* Hasta llegar a la URSS, donde allí, el infinito hueco del *et caetera* no dará abasto.

Es increíble hasta qué punto, en lo concerniente a la política del Tercer Reich, y especialmente en lo que tiene de más aterradora, siempre podemos encontrar a Heydrich en pleno centro.

El 21 de septiembre de 1939, transmite a los servicios correspondientes una circular firmada de su puño y letra, relativa al «problema judío en los territorios ocupados». Esta circular ordena el reagrupamiento de los judíos en guetos, y determina la creación de los consejos judíos, los *Judenrat* de siniestra memoria, sometidos directamente a la autoridad de la RSHA. El *Judenräte*, sin ninguna duda, se inspira en aquellas ideas de Eichmann que Heydrich vio aplicadas en Austria: la

clave consiste en hacer colaborar a las víctimas en su propio destino. Expoliación ayer, destrucción mañana.

97

El 22 de septiembre de 1939, Himmler oficializa la creación del RSHA.

La RSHA, Oficina Central de la Seguridad del Reich (*Reichssicherheitshauptamt*), fusiona el SD, la Gestapo y la Kripo (la policía criminal). Las atribuciones de esta monstruosa organización sobrepasan en poder todo lo imaginable. Para dirigirla, Himmler nombra a Heydrich. Servicio de espionaje, policía política y policía criminal, todo en manos de un solo hombre. De ahí que lo llamaran directamente «el hombre más peligroso del Tercer Reich». Enseguida pasa a ser su nuevo apodo. Una sola policía se le escapa, la *Ordnungspolizei*, la policía de uniforme encargada del mantenimiento del orden, confiada a esa nulidad de Dalüge, responsable directo ante Himmler. Una fruslería comparada con el resto, aunque no para Heydrich, que, en su sed de poder, se la toma muy en serio, pero fruslería a pesar de todo, al menos para mí, que no tengo, es verdad, ni las aptitudes ni la experiencia de Heydrich para juzgarla. En todo caso, la hidra que es la RSHA tiene suficientes cabezas para dirigirla. Está, por tanto, obligado a delegar. Distribuye cada una de las siete divisiones de la RSHA entre unos colaboradores que él selecciona, sobre todo, en función de sus cualidades y no según criterios políticos, lo que ya es bastante raro en ese manicomio que es el aparato nazi. Por ejemplo, Heinrich Müller, a quien confía la Gestapo, y que se identificará tan bien con ella que pronto sólo se le llamará «Gestapo Müller», es un antiguo socialdemócrata, lo que no le impedirá ser considerado como uno de los más feroces instrumentos del régimen. Los otros despachos de la RSHA son confiados a brillantes intelectuales, jóvenes como Schellenberg (SD exterior) y Ohlendorf (SD interior), o curtidos universitarios como Six (Documentación y concepción del mundo), lo que contrasta con la cohorte de iletrados, iluminados y degenerados mentales que copan las cimas del partido.

Una rama de la Gestapo, sin relación con su importancia real, pero más vale siempre llevar con discreción los temas sensibles, está destinada a los Asuntos Judíos. Para dirigirla, Heydrich sabe ya a quién quiere: el más indicado es Adolf Eichmann, ese pequeño *Hauptsturmführer* austriaco que hace tan bien su trabajo. En ese momento está trabajando en un dossier completamente original: el proyecto Madagascar. La idea consiste en deportar allí a todos los judíos. Hay que desarrollarla. Primero es preciso vencer a Inglaterra, sin lo cual el traslado de los

judíos sería imposible por mar, como veremos a continuación.

Hitler ha decidido la invasión de Inglaterra. Pero para que triunfe un desembarco en las costas británicas, Alemania necesita primero asegurarse el dominio aéreo. Ahora bien, pese a lo prometido por el seboso Goering, los Spitfire y los Hurricane de la RAF continúan su baile por encima del canal de la Mancha. Día tras día, noche tras noche, los heroicos pilotos ingleses repelen los ataques de los bombarderos y de los cazas alemanes. Prevista para el 11 de septiembre de 1940, la operación «Otaria» (nombre en código dado al proyecto de la invasión, cuyo tono burlesco proviene de la traducción francesa, ya que en alemán es «León Marino») es aplazada una primera vez al 14, luego al 17. Pero el 17 de septiembre, un informe de la Kriegsmarine indica: «La aviación enemiga no está en absoluto eliminada. Por el contrario, demuestra una actividad creciente. En términos generales, las condiciones atmosféricas no permiten albergar la esperanza de un periodo de calma.» En consecuencia, el Führer decide retrasar «Otaria» sine die.

Ese mismo día, sin embargo, Heydrich, a quien Goering le había encargado que organizase la represión y la depuración en cuanto comenzara la invasión, da sus consignas a uno de sus colaboradores, el Standartenführer Franck Six, antiguo decano de la Facultad de Economía de la universidad de Berlín, reconvertido al SD. Él personalmente es quien ha solicitado instalarse en Londres y comandar a los *Einsatzgruppen* que ha formado especialmente a tal efecto: seis pequeñas unidades cuyas bases serán Londres, Bristol, Birmingham, Liverpool, Manchester y Edimburgo, o Glasgow si mientras tanto el puente del Firth of Forth es destruido. «Su tarea —le dice Heydrich— es combatir, con los medios que precise, a todas las organizaciones, instituciones y grupos de oposición.» Concretamente, el trabajo de esos *Einsatzgruppen* será el mismo que en Polonia, el mismo que más tarde será en Rusia: se trata siempre de «unidades móviles de matanza» encargadas de exterminar sin descanso.

Pero aquí, la misión se complica con la *Sonderfahndungsliste GB*, la lista especial de personas que hay que buscar en Gran Bretaña, enviada a Six por Heydrich. Es una lista de alrededor de 2.300 personalidades que habrá que encontrar, detener y entregar a la Gestapo lo más rápidamente posible. A la cabeza de esa lista se halla, obviamente, Churchill. Junto con él, otros políticos, ingleses o extranjeros, y muy especialmente Beneš y Masaryk, los representantes del gobierno checoslovaco en el exilio. Hasta ahí, es lógico. Pero también aparecen escritores como H. G. Wells,

Virginia Woolf, Aldous Huxley, Rebecca West... Freud figura en ella, aunque había muerto en 1939... Y también Baden-Powell, el fundador de los *boys scouts*. Retrospectivamente, la ejecución de los pequeños *scouts* en Polonia es, más que un exceso de celo, una falta grave, ya que los *boys scouts* son considerados como potenciales fuentes de información de primer orden por los servicios secretos alemanes. En total, aquellos nombres formaban un conjunto bastante variopinto. Parece que no fue Heydrich, sino Schellenberg quien coordinó esa lista. No cabe duda de que el trabajo le quedó un poco chapucero, debido a que estaba muy ocupado preparando en Lisboa el secuestro del duque de Windsor.

Aquella lista resultó bastante caprichosa, el rapto del duque será un fracaso, la Luftwaffe va a perder la batalla de Inglaterra y la operación «Otaria» nunca se pondrá en marcha. Algunas piedras descabaladas en el jardín de la eficacia alemana.

99

Ya no estoy tan seguro de la veracidad de las anécdotas que reúno acerca de Heydrich, pero de la que viene mucho menos: el testigo y protagonista de la escena que me dispongo a relatar no está ni él mismo seguro de lo que le ocurrió. Schellenberg es el brazo derecho de Heydrich en el SD. Es un burócrata feroz y sin escrúpulos, pero también un joven brillante, cultivado, elegante, a quien Heydrich invita algunas veces, aparte de a sus garbeos por el burdel, a salir con Lina, al teatro, a la ópera. El joven es, por tanto, casi un íntimo del matrimonio. Un día que Heydrich tuvo que acudir a una reunión bastante lejos, Lina llamó a Schellenberg para proponerle un paseo bucólico alrededor de un lago. Los dos jóvenes toman un café y hablan de literatura y de música. Hasta ahí lo que puedo saber. Cuatro días más tarde, Heydrich, al acabar el trabajo, embarca a Schellenberg y a «Gestapo» Müller en una gira por garitos. La velada empieza en un bonito restaurante de la Alexanderplatz. Müller se encarga de servir los aperitivos. El ambiente es distendido, todo parece normal, hasta que Müller le dice a Schellenberg: «Entonces, ¿tuviste buen tiempo, el otro día?» Schellenberg comprende inmediatamente. Heydrich, con el rostro demudado, no dice nada. «¿Quieres que te informe del desarrollo de la excursión?», le pregunta Schellenberg adoptando un tono administrativo casi a su pesar. De repente la velada da un vuelco. Heydrich responde con voz silbante: «Acabas de beber veneno. Puede matarte en unas seis horas. Si me dices la total y absoluta verdad, te daré el antídoto. Pero quiero la verdad.» El ritmo cardiaco de Schellenberg se acelera. Empieza a resumir cómo fue la otra tarde, tratando de dominar su voz temblorosa. Müller lo interrumpe: «Después del café, fuiste a dar un paseo a pie con

la mujer del jefe. ¿Por qué lo ocultaste? ¿No eras consciente de que te vigilaban?» Claro que sí, por eso, si Heydrich lo sabía ya todo, ¿a cuento de qué venía montar esta película? Schellenberg confiesa haber dado un paseo de un cuarto de hora y hace un recuento de los temas de conversación que abordaron. Heydrich se queda pensativo durante largos minutos. Luego, da su veredicto: «Venga, supongo que debo creerte. Pero dame tu palabra de honor de que nunca más repetirás este tipo de escapadas.» Schellenberg, sintiendo que el mayor peligro ha pasado, llega a dominar su miedo y responde con tono agresivo que dará su palabra después de haber bebido el antídoto, porque un juramento arrancado bajo esas condiciones carecería de valor. Se arriesga incluso a preguntar: «Como antiguo oficial de marina, ¿te parecería honorable proceder de otro modo?» Cuando se sabe cómo acabó la carrera de Heydrich en la marina, hay que reconocerle cierto descaro a su interlocutor. Heydrich mira fijamente a Schellenberg. Luego le sirve un Dry Martini. «Sería un efecto de mi imaginación —escribe Schellenberg en sus memorias—, pero me supo más amargo que de costumbre.» Bebe, presenta sus excusas, da su palabra de honor y la velada vuelve a su cauce.

100

A fuerza de frecuentar los burdeles, a Heydrich se le ocurre una idea genial: abrir uno propio.

Sus más próximos colaboradores, Schellenberg, Nebe y Naujocks, se movilizan para llevar a cabo esta empresa. Schellenberg encuentra una casa en un barrio elegante de las afueras de Berlín. Nebe, que durante años se ha trabajado la vida mundana, recluta a las chicas. Y Naujocks se encarga de los arreglos en el local: cada habitación está sembrada de cámaras y de micrófonos ocultos. Detrás de los cuadros, dentro de las lámparas, debajo de los sillones, encima de los armarios. En el sótano es donde se instalará la central de escucha.

La idea es genial de puro simple: en vez de ir a espiar a la gente a su casa, se les hace venir a ésta. Se trata, por tanto, de montar un burdel de alto *standing* para atraer a una prestigiosa clientela de personalidades eminentes.

Cuando todo está preparado, el salón Kitty abre sus puertas, y muy pronto el boca-oreja lo convierte en un establecimiento de renombre en los medios diplomáticos. Las escuchas funcionan sin parar las veinticuatro horas. Las cámaras sirven para hacer cantar a los clientes.

Kitty, la patrona, es una ambiciosa *madame* de prostíbulo vienesa, distinguida, competente y apasionada de su trabajo. Adora poder jactarse de la visita de una

celebridad. La venida del conde Ciano, ministro de Asuntos Exteriores italiano y yerno de Mussolini, la vuelve loca de alegría. Supongo que se podría escribir también un libro apasionante sobre ella.

Con bastante frecuencia, Heydrich procede a hacer visitas de inspección. Llega avanzada la noche, por lo general ebrio, y sube a una habitación con una chica.

Hubo una vez en que una mañana Naujocks dio con la grabación de su jefe. Por curiosidad escuchó la cinta —no sé si era una filmación— y decidió prudentemente borrar lo grabado, después de haberse guaseado de lo lindo. No tengo los detalles, pero aparentemente los atributos de Heydrich debían de dar risa.

101

Naujocks está de pie en el despacho de Heydrich, quien no le ha invitado a sentarse, bajo una enorme lámpara de araña cuya punta, cual espada de Damocles, amenaza sobre su cabeza, que esa mañana siente como nunca pender de un hilo. Heydrich está sentado delante del inmenso tapiz mural en el que hay bordada un águila gigantesca ciñendo una cruz gamada dibujada en un estilo muy rúnico. Golpea con el puño sobre la placa de mármol puesta en una mesa de madera maciza, y el golpe hace saltar la foto de su mujer y de sus hijos.

—¡Cómo diablos se te ha podido ocurrir grabar mi visita al salón Kitty la pasada noche!

Por mucho que sospechara el motivo de su convocatoria matinal al despacho del patrón, Naujocks palidece interiormente.

—¿Grabar?

—¡Sí, no lo niegues!

Naujocks calcula rápidamente que Heydrich no tiene ninguna prueba material, ya que se cuidó de borrar la cinta él mismo. Adopta entonces la estrategia que considera más rentable. Conociendo como conoce a su patrón, sabe que se juega el cuello.

—¡Pues lo niego! ¡Ni siquiera sé en qué habitación ha estado usted! ¡Nadie me lo ha dicho!

El largo silencio que sigue a continuación prueba los nervios del superagente.

—¡Mientes! O entonces es que te has vuelto descuidado.

Naujocks se pregunta cuál será, en opinión de su jefe, la peor de esas dos hipótesis. Heydrich recobra un tono más tranquilo, pero también más inquietante:

—Deberías haber sabido dónde estaba yo. Eso forma parte de tus cometidos. Y también es tu deber cerrar los micrófonos y los magnetófonos cuando yo estoy allí. Y no lo hiciste la pasada noche. Si crees que puedes burlarte de mí, Naujocks, sería

mejor que antes lo pensaras dos veces. Puedes irte.

Naujocks, el hombre bueno para todo, el hombre que en Gleiwitz desencadenó la guerra, es puesto en entredicho. Ha estado a punto de, simple y llanamente, hacerse liquidar, y se ha salvado sólo por su notable instinto de supervivencia. En su caso, como consecuencia de ese lamentable incidente, pasará en adelante la mayor parte de su tiempo tratando de ser olvidado. Es demasiado alto el precio que hay que pagar por reírse a la cara de Heydrich, su jefe, el Heydrich brazo derecho de Himmler, número dos de las SS, jefe supremo de la RSHA, dueño del SD y de la Gestapo, el Heydrich bestia rubia que, por su ferocidad pero también por sus atributos sexuales, merece doblemente el apodo, o más bien no lo merece en absoluto, se dirá Naujocks entre dos ataques de angustia.

102

Ese diálogo es el ejemplo por excelencia de las dificultades con que me encuentro. Seguro que Flaubert no tuvo los mismos problemas con *Salambô*, porque nadie ha consignado jamás las conversaciones de Amílcar, el padre de Aníbal. Pero cuando yo le hago decir a Heydrich: «Si crees que puedes burlarte de mí, Naujocks, sería mejor que antes lo pensaras dos veces», me limito a poner las frases tal y como son reproducidas por el propio Naujocks. No se puede esperar un testigo mejor, a la hora de reproducir una frase, que el interlocutor directo que la ha oído y a quien ha sido dirigida. Sin embargo, dudo que Heydrich haya expresado su amenaza en esos términos. No es su estilo, es más bien el de Naujocks, que rememora esa frase años después, cuando la reescribe al reunir su testimonio, y el del traductor. De pronto, oír a Heydrich, la bestia rubia, el hombre más peligroso del Reich, decir: «Si crees que puedes burlarte de mí, Naujocks, sería mejor que antes lo pensaras dos veces», suena un poco gilipollesco. Es mucho más verosímil que Heydrich, personaje grosero e imbuido de su poder, colérico, hubiera espetado algo parecido a esto: «¿Quieres reírte en mi cara? ¡Ten mucho cuidado o te arranco los cojones!» Pero, claro, ¿qué valor tiene mi visión de las cosas frente a la de un testigo directo?

Si sólo se contase conmigo, yo escribiría:

—Dime, Naujocks, ¿dónde he pasado yo la noche?

—¿Perdón, mi general?

—Has entendido la pregunta perfectamente.

—Pues... no sé, mi general.

—¿No lo sabes?

—No, mi general.

—¿No sabes que estuve en casa de Kitty?

—...

—¿Qué has hecho con la grabación?

—No comprendo, mi general.

—¡Deja de reírte en mi propia cara! ¡Te pregunto si has guardado la grabación!

—Mi general... no sabía que usted estuviera allí... ¡Nadie me ha avisado! Por supuesto, he destruido la grabación en cuanto lo reconocí... quiero decir, en cuanto reconocí su voz...

—¡Deja de hacerte el gilipollas, Naujocks! ¡A ti se te paga para que lo sepas todo, y especialmente dónde estoy yo, porque soy yo el que te paga! ¡En el preciso instante en que yo entre en una habitación de casa de Kitty, cierra los micrófonos! La próxima vez que trates de reírte en mi cara, te envío a Dachau, donde te colgarán de los cojones, ¿me explico con claridad?

—Con mucha claridad, mi general.

—¡Lárgate!

Así sería, en mi opinión, un poco más realista, un poco más vivo, y probablemente más próximo a la verdad. Aunque no es seguro. Heydrich podía ser un grosero, pero también sabía hacerse el burócrata glacial cuando le convenía. Mirándolo bien, entre la versión de Naujocks, incluso deformada, y la mía, es preferible escoger sin ninguna duda la de Naujocks. Sin embargo estoy convencido de que Heydrich, aquella mañana, habría querido arrancarle los cojones con mucho gusto.

103

Desde una de las altísimas ventanas de la torre norte del castillo de Wewelsburg, Heydrich contempla la llanura de Westfalia. Puede distinguir, en medio del bosque, los barracones y las alambradas de espino del más pequeño campo de concentración de Alemania. Pero probablemente su atención se haya fijado más en el campo de maniobras donde se entrenan sus *Einsatzgruppen*. El desencadenamiento de «Barbarroja» está previsto para dentro de una semana. Dentro de dos, esos hombres estarán en Bielorrusia, en Ucrania, en Lituania, y entrarán en acción. Se les ha prometido que estarán de vuelta en casa para Navidad, una vez hayan terminado su trabajo. En realidad, Heydrich no tiene ni idea de la duración de la guerra que se avecina. En el seno del partido y del ejército, sin embargo, todos los que están al tanto del secreto rivalizan en optimismo. El desempeño del Ejército Rojo, mediocre en Polonia, francamente lamentable en Finlandia, permite esperar un éxito veloz de la

siempre invencible Wehrmacht. No obstante, a tenor de los informes del SD, Heydrich está más circunspecto. Le parece que se ha infravalorado peligrosamente las fuerzas del enemigo, el número de sus carros de combate, por ejemplo, o el de sus divisiones de reserva. Pero el alto mando de las fuerzas armadas, que dispone de su propio servicio de información en el Abwehr, ha preferido ignorar las advertencias de Heydrich y fiarse de las conclusiones más alentadoras del almirante Canaris, su antiguo maestro. Heydrich, para quien su expulsión de la marina sigue siendo una herida que nunca se ha cerrado, debe contener su rabia. Sin embargo, Hitler ha declarado: «Iniciar una guerra siempre es como abrir la puerta de una habitación sumida en la oscuridad. Nunca se sabe lo que se oculta ahí dentro.» De alguna manera equivale a admitir implícitamente que las advertencias del SD no carecen de base. Pero, pese a todo, la decisión de atacar a la Unión Soviética ya ha sido tomada. Heydrich observa con inquietud las nubes que se concentran sobre la llanura.

A su espalda, oye la voz de Himmler que se dirige a sus generales.

Para Himmler, la SS es una orden de caballeros. Él mismo se tiene por descendiente de Enrique el Pajarero, el rey sajón que, tras rechazar a los magiares en el siglo X, estableció la fundación del Sacro Imperio Romano Germánico y se pasó la mayor parte de su reinado exterminando eslavos. Al reivindicarse de tal linaje, el Reichsführer tenía necesidad de un castillo. Cuando encontró éste, era una ruina. Tuvo que mandar venir a cuatro mil prisioneros de Sachsenhausen para volver a ponerlo en condiciones. Casi un tercio de ellos murió durante las obras, pero, una vez acabadas, el edificio se alza imperiosamente por encima del Alma, que fluye por el valle. Sus dos torres y su torreón principal, unidos por unas rampas, forman un triángulo cuya punta, vuelta hacia la Tule mítica, tierra natal de los arios, representa el *Axis mundi*, el centro simbólico del mundo.

Es ahí precisamente, en el corazón de la torre del homenaje, dentro de la antigua capilla rebautizada como *Obergruppenführersaal*, donde tiene lugar la reunión organizada por Himmler, de la que Heydrich no se ha podido librar. En mitad de esa gran sala circular, los más altos dignatarios SS se han congregado alrededor de una enorme mesa de roble macizo, que su jefe ha querido que sea redonda y con doce asientos para reproducir la simbólica de la gesta artúrica. Pero la búsqueda del Grial del Reich en 1941 se presenta un tanto distinta de la de Perceval: «Enfrentamiento definitivo entre dos ideologías... necesidad de apoderarse de un nuevo espacio vital...» Heydrich se sabe de memoria esa cantinela, como la totalidad de los alemanes por aquella época. «Cuestión de supervivencia... lucha racial sin piedad... de veinte a treinta millones de eslavos y de judíos...» En este punto Heydrich, ávido de cifras, debe poner la oreja: «De veinte a treinta millones de eslavos y de judíos perecerán por las acciones militares y por los problemas de abastecimiento de alimentos.»

Heydrich no deja traslucir su irritación. Mira fijamente el magnífico sol negro incrustado de runas que hay dibujado en el mármol del suelo. Acciones militares... problemas de abastecimiento... no son más que evasivas. Heydrich sabe pertinentemente que sobre ciertos temas sensibles es preciso evitar ser demasiado explícito, pero siempre llega un momento en que hay que llamar a las cosas por su nombre y podría pensarse legítimamente que ese momento ha llegado. O si no, a falta de consignas claras, los hombres corren el riesgo de hacer cualquier cosa. Por otra parte, es él quien tiene la responsabilidad de esa misión.

Cuando Himmler da por terminada la reunión, Heydrich atraviesa de prisa los pasillos rebosantes de armaduras, blasones, cuadros y todo tipo de signos rúnicos. Sabe que aquí hay alquimistas, ocultistas, magos, trabajando permanentemente en problemas esotéricos que le traen del todo sin cuidado. Lleva dos días recluso en este manicomio y quiere regresar a Berlín a la mayor brevedad.

Pero fuera, las nubes se han amontonado en el valle y si tarda demasiado, su avión no podrá despegar. Es conducido al campo de maniobras donde le corresponde el honor de pasar revista a las tropas. Se ahorra los largos discursos y pasa por entre las filas. Apenas si echa un vistazo a la banda de asesinos seleccionados para ir a exterminar a los infrahombres del Este. En total, casi tres mil hombres. Su uniforme, de todos modos, es impecable. Heydrich se precipita en el avión que lo espera con los motores encendidos al final de la pista. Despega justo antes de que estalle la tormenta. Bajo trombas de agua, las tropas de los cuatro *Einsatzgruppen* se ponen inmediatamente en marcha.

104

En Berlín, no hay mesa redonda ni magia negra, el ambiente es burocrático y Heydrich redacta minuciosamente sus directivas. Goering le ha pedido que las haga cortas y simples. El 2 de julio de 1941, esto es quince días después del comienzo de «Barbarroja», manda difundir esta nota entre los responsables SS que operan detrás del frente:

«Ejecútese a todos los funcionarios del Komintern, a los funcionarios del Partido, a los comisarios del pueblo, a los judíos que ocupen funciones en el Partido o en el Estado, y a los demás elementos radicales (saboteadores, propagandistas, francotiradores, asesinos y agitadores).»

Simple, en efecto, aunque todavía prudente, incluso pintoresca: ¿a qué viene esa precisión sobre los judíos funcionarios, cuando los funcionarios deben ser ejecutados de todos modos, judíos o no? Es porque Heydrich ignora aún cómo acogerán los

soldados del ejército regular las perpetraciones de sus *Einsatzgruppen*. Es verdad que la famosa «directiva de los comisarios», firmada por Keitel el 6 de junio de 1941, y por tanto aprobada por la Wehrmacht, autoriza las masacres, pero oficialmente éstas se limitan a los enemigos políticos. Por eso, al principio, sólo en tanto enemigos políticos se designa a los judíos soviéticos como un objetivo a abatir. El efecto de redundancia producido en la nota es como la huella de un último escrúpulo. Naturalmente, si las poblaciones locales desean organizar pogromos, éstos serán alentados pero con mucha discreción, ya que, a comienzos del mes de julio, no se está todavía en condiciones de asumir a cara descubierta el proyecto de una exterminación de judíos por el mero hecho de que sean judíos.

Dos semanas más tarde, barridos por la euforia de las victorias, esos miramientos habrán desaparecido. Mientras que la Wehrmacht aniquila al Ejército Rojo en todos los frentes, la invasión progresa más allá de las previsiones más optimistas y trescientos mil soldados soviéticos son hechos prisioneros, Heydrich reescribe su directiva. Reitera los puntos esenciales, pero alarga su lista detallándola un poco (por ejemplo, incluye en ella a los antiguos comisarios del Ejército Rojo). Y finalmente sustituye *los judíos que ocupen funciones en el Partido o en el Estado* por *todos los judíos*.

El Hauptmann Heydrich, a bordo de un Messerschmitt 109 con las iniciales *RH* en caracteres rúnicos grabadas sobre la carlinga para indicar que se trata de su aparato personal, sobrevuela el territorio soviético a la cabeza de una formación de cazas de la Luftwaffe. Cuando los aviones alemanes distinguen en tierra columnas de soldados rusos que se baten penosamente en retirada, se lanzan sobre ellos como tigres y, atacándolos en fila, los masacran con las metralletas.

Hoy, sin embargo, no son columnas de infantería lo que Heydrich observa más abajo, sino un Yak. Reconoce sin esfuerzo la silueta ventruda del pequeño caza soviético. A pesar de las enormes cantidades de aviones enemigos destruidos en tierra por los bombarderos alemanes al comienzo de la ofensiva, el espacio aéreo soviético no se ha limpiado del todo, y aquí y allá quedan resistencias esporádicas: ese Yak es la prueba de ello. Pero la superioridad de la aviación alemana es indiscutible, tanto en términos de calidad como de cantidad. En realidad, ningún caza soviético puede, en el actual estado de fuerzas, pretender rivalizar con el Me109. Heydrich, impetuoso, vanidoso, conmina a su escuadrilla a permanecer en formación. Quiere ofrecer una demostración a sus hombres y abatir él solo el avión ruso. Desciende a su altura y se desliza en su estela. El piloto del Yak no lo ha visto. El fin de la maniobra es aproximarse al objetivo para abrir fuego cuando esté a unos ciento cincuenta metros de distancia. El avión alemán es mucho más veloz y se acerca rápidamente. Cuando distingue con claridad la cola del avión ruso en su punto de mira, Heydrich dispara. Enseguida, el Yak balancea sus alas como un pájaro enloquecido. Pero esa primera salva no lo ha tocado, y en realidad no está nada enloquecido. Se retira en picado hacia el suelo. Heydrich trata de seguirlo, pero su viraje es desesperadamente largo en comparación con el del piloto ruso. El imbécil de Goering había pretendido que la aviación soviética estaba completamente obsoleta y en esto, como en casi todo lo que pensaban los nazis sobre la Unión Soviética, se equivocaba: es verdad que el Yak no resiste la comparación con los cazas alemanes en términos de capacidades técnicas, pero sabe compensar su relativa lentitud con una manejabilidad literalmente diabólica. El pequeño avión ruso continúa su descenso haciendo esas cada vez más estrechas. Heydrich lo sigue sin llegar a fijarlo en su visor. Parecía una liebre perseguida por un lebrél. Heydrich, que quiere llevarse una victoria y pintar un avioncito en el fuselaje de su aparato, se obceca, sin darse cuenta de que el Yak, multiplicando los cambios de dirección para escapar de los disparos de su perseguidor, hace lo que sea para dirigirse hasta un punto concreto. Cuando de pronto unas explosiones retumban a su alrededor, Heydrich entiende lo que pasa: el piloto ruso lo ha llevado a la altura de una batería de DCA soviética y el muy idiota se ha metido en la trampa.

Un golpe violento estremece la carlinga. De la cola sale un humo negro. El avión de Heydrich se estrella.

106

Es como si le hubieran abofeteado a Himmler en plena cara. La sangre le enciende las mejillas y siente hincharse su cerebro dentro de la caja craneal. Acaba de recibir la noticia: durante un combate aéreo sobre el Beresina, el Messerschmitt 109 de Heydrich ha sido abatido. Por supuesto, si Heydrich hubiera muerto, sería una terrible pérdida para la SS, hombre entregado, colaborador infatigable, etc. Pero el hecho de que esté vivo es una auténtica catástrofe. Porque el caza ha ido a estrellarse *detrás* de las líneas soviéticas. Si Himmler tiene que informar al Führer de que su jefe de seguridad ha caído en manos del enemigo, lo que le aguarda es una penosa escena. Repasa mentalmente el número de informaciones que Heydrich posee susceptibles de interesar a Stalin. La cantidad es vertiginosa. Y eso que el Reichsführer SS ignora exactamente todo lo que de verdad sabe su subordinado. Política y estratégicamente, si Heydrich habla, el desastre puede ser gigantesco, de consecuencias incalculables. Himmler no llega a medirlas. Detrás de sus gafitas redondas y de su bigotito, suda.

A decir verdad, ni siquiera ése es su problema más urgente. Si Heydrich ha muerto, o está prisionero de los rusos, la prioridad absoluta es recuperar sus archivos. Sólo Dios sabe lo que pueden contener, y sobre quién. Habrá que apoderarse de sus arcas, las de su despacho y también las de su domicilio. En la Prinz-Albert-Strasse, prevenir a Müller, que se ocupará de la RSHA junto con Schellenberg. En su casa, guardar las formas con Lina, pero hojearlo todo. Mientras tanto, esperar: Heydrich ha sido dado por desaparecido, no se puede hacer otra cosa. A lo sumo, pasarse por donde Lina para preparar el terreno y mandar órdenes al frente con el fin de que se haga todo lo necesario para encontrarlo, a él o a su cadáver.

Cabe preguntarse con todo derecho qué mosca le había picado al jefe de los servicios secretos nazis para ir en un caza alemán sobrevolando una zona de combate soviética. La razón es que, paralelamente a sus responsabilidades en las SS, Heydrich era oficial de reserva de la Luftwaffe. En previsión de la guerra, había recibido un curso de pilotaje, y cuando comenzó la invasión de Polonia quiso responder de inmediato a la llamada del deber. Por muy prestigioso que fuera su puesto como jefe del SD, consideraba sin embargo que sólo se trataba de un trabajo burocrático, y ya que había guerra, tenía que comportarse como un verdadero caballero teutónico y salir a luchar. Lo primero que encontró fue un puesto de ametrallador en un bombardero. Pero, como era de esperar, ese papel demasiado secundario no fue de su

agrado; prefirió tomar los mandos de un Messerschmitt 110, para efectuar vuelos de reconocimiento sobre Gran Bretaña, y luego sobre todo los de un Messerschmitt 109 (el equivalente alemán al Spitfire inglés), en el que se rompió un brazo al comunicar mal un despegue durante la campaña de Noruega. Una biografía ligeramente apologética que me he procurado cuenta con admiración cómo llegó a efectuar vuelos con el brazo escayolado. Más tarde, tomó parte, por lo visto, en algunos combates contra la RAF.

Durante ese tiempo, Himmler se inquietaba ya por él como un padre. Tengo ante mis ojos una carta con fecha del 15 de mayo de 1940, escrita desde su tren especial (el Sonderzug «Heinrich», *sic*) y dirigida a su «muy querido Heydrich», que da cumplida cuenta de lo solícito que era el jefe con su brazo derecho: «Dame noticias tuyas a diario a ser posible.» Por todo lo que sabía, Heydrich, en efecto, valía muy caro.

No pasaron más de dos días cuando fue recuperado por una «patrulla» alemana, hombres suyos del *Einsatzgruppen D* que venían de liquidar a cuarenta y cinco judíos y treinta rehenes. Aparentemente, había sido abatido por la DCA soviética, había salido corriendo, se había escondido durante dos días y dos noches y finalmente había ganado a pie las líneas alemanas. Mugriento e hirsuto cuando entró en su casa, también se hallaba, según su mujer, un poco alterado por su contratiempo, con el que sin embargo obtuvo todo lo que había ido a buscar: la cruz de hierro de primera clase, condecoración altamente respetada entre los militares alemanes. Pero después de esta hazaña, nunca más se le volvió a autorizar tomar parte en acciones aéreas en ningún frente. Horrorizado cuando supo la historia del Beresina, el propio Hitler, al parecer, se opuso formalmente. Pese a sus esfuerzos y a su innegable ímpetu, Heydrich no había alcanzado ninguna victoria. Su carrera de piloto se detuvo así con tan mísero balance.

107

Natacha lee el capítulo que acabo de escribir. A la segunda frase, exclama: «¿Qué es eso de ‘la sangre le enciende las mejillas’, ‘su cerebro se hincha dentro de la caja craneal’? ¡Te lo estás inventando!»

Hace ya varios años que la fatigo con mis teorías sobre el carácter pueril y ridículo de la invención novelesca, herencia de mis lecturas de juventud («la Marquesa salió a las cinco», etc.), y es justo, supongo, que no deje pasar esta historia de la caja craneal. Por mi parte, me creía muy decidido a evitar ese tipo de menciones que, a priori, no tienen más interés que dar al texto el colorido de la novela, lo que es

bastante feo. Además, aunque disponga de indicios sobre la reacción de Himmler y su turbación, no puedo estar verdaderamente seguro de los síntomas de esa turbación: quizá se puso todo rojo (y así es como yo me lo imagino), pero también pudo haberse puesto todo blanco. Vamos, que el asunto me parece bastante grave.

Con Natacha, enseguida me defiende tranquilamente: es más que probable que Himmler hubiera tenido, en efecto, un problema en la cabeza, pero de todas formas, esta historia del cerebro que se hincha no es más que una metáfora un tanto *cheap* para expresar la angustia que se apoderó de él cuando le anunciaron la noticia. Pero como ni yo mismo estoy muy convencido, al día siguiente suprimo la frase. Por desgracia, eso crea un vacío que me desagrada. No sé muy bien por qué no me gusta el encadenamiento de «Himmler abofeteado en plena cara» con «Acaba de recibir la noticia», demasiado abrupto, se pierde la elasticidad antes asegurada por mi caja craneal. Por consiguiente me siento obligado a remplazar la frase suprimida por otra más prudente. Reescribo algo parecido a esto: «Imagino que su cabeza de pequeña rata con gafas ha debido de virar al rojo.» Es verdad que Himmler tenía cabeza de roedor, con sus mofletes y su bigote, pero evidentemente la expresión pierde en sobriedad. Decido quitar «con gafas». El efecto producido por «pequeña rata», incluso sin gafas, me sigue molestando, pero es obvia la mejora de esta opción, llena de modulación circunspecta: «Imagino...», «ha debido...» Con una hipótesis claramente presentada como tal, evito así todo abuso de poder sobre la realidad. No sé por qué razón me siento impelido a agregar: «Está completamente congestionado.»

Tenía esa imagen de Himmler todo rojo y como muy acatarrado (tal vez porque yo mismo arrastro un inmundo constipado desde hace cuatro días) y mi imaginación tiránica se mantenía en sus trece: quería una concreción de ese estilo sobre la cara del Reichsführer. Pero decididamente el resultado no me satisfacía y otra vez lo cambié todo. Contemplé durante largo rato el espacio reducido a la nada entre la primera y la tercera frase. Y, lentamente, me puse a teclear: «La sangre le enciende las mejillas y siente hincharse su cerebro dentro de la caja craneal.»

Pienso con Oscar Wilde, como de costumbre, que siempre es la misma historia: «He invertido toda la mañana en corregir un texto del que, finalmente, sólo he suprimido una coma. Por la tarde, la restablecí.»

Heydrich, a quien imagino arrellanado en el fondo de su Mercedes negro, estrecha su portafolios entre sus rodillas; lleva en él el documento sin duda más decisivo de su carrera y de la historia del Tercer Reich.

El coche pasa a gran velocidad por los suburbios de Berlín. Fuera hace bueno, es verano, la tarde avanza y es difícil imaginar que el cielo se llenará dentro de un rato de masas negras que arrojarán bombas. Unos cuantos edificios hundidos, algunas casas destruidas, unos pocos transeúntes atrapados recuerdan insistentemente, sin embargo, la extraordinaria tenacidad de la Royal Air Force.

Hace poco más de cuatro meses que Heydrich le ha mandado redactar a Eichmann el borrador de ese documento para someterlo a la aprobación de Goering. Pero hacía falta también el beneplácito de Rosenberg, en tanto que ministro designado para los territorios del Este. ¡Y pensar que este inútil puso objeciones! Después Eichmann, trabajando bien, ha retocado el texto y es de esperar que en adelante se allanen todos los obstáculos.

Estamos en el corazón del bosque, al norte de Berlín. El Mercedes se detiene delante del pórtico de una villa custodiada por unos SS fuertemente armados. Es Karin hall, el pequeño palacio barroco que Goering se ha hecho construir para consolarse por la muerte de su primera mujer. Los guardias saludan, las verjas se abren, el coche se adentra por la alameda. Goering está ya sobre la escalinata, jovial y ceñido en uno de esos uniformes excéntricos que le han valido el atinado apodo de «Nerón perfumado». Saluda a Heydrich con efusividad, demasiado feliz de poder reencontrarse cara a cara con el temible jefe del SD. Heydrich sabe que lo consideran ya el hombre más peligroso del Reich, lo que lo envanece, pero también sabe que si todos los dignatarios nazis lo cortejan con tanta insistencia, es sobre todo para intentar debilitar a Himmler, su jefe. Para esa gente, Heydrich es un instrumento, pero no todavía un rival. Es cierto que, de la pareja infernal que forma con Himmler, él está considerado como el cerebro («HHhH», dicen en la SS: *Himmlers Hirn heisst Heydrich*, el cerebro de Himmler se llama Heydrich), pero sigue siendo su brazo derecho, el subordinado, el número dos. La ambición de Heydrich no sabría conformarse eternamente con esa situación, pero por el momento, cuando estudia la evolución de las relaciones de fuerza dentro del partido, se felicita de haberle sido fiel a Himmler, cuyo poder no deja de ampliarse, mientras que Goering se aburre de esperar en un estado de semidesgracia, desde el fracaso de su Luftwaffe en Inglaterra.

No obstante, Goering todavía es oficialmente el responsable de la cuestión judía, y ésa es la razón por la que Heydrich está esa noche allí.

Aun así, tiene todavía primero que padecer las infantilidades de su anfitrión. El grueso Hermann quiere enseñarle su tren eléctrico, un regalo del Teatro Nacional de Prusia del que está muy orgulloso y con el que juega todas las tardes. Heydrich se arma de paciencia. Después de extasiarse ante una sala de cine privada, unos baños turcos, un salón de grandeza faraónica y de un león llamado César, llega por fin el momento de sentarse frente a Goering, en medio de un despacho revestido de artesonado de madera. Es cuando puede sacar su precioso papel, que somete a la

lectura del Reichmarschall. Goering lee:

El Mariscal del Reich de la Gran Alemania
Delegado del plan de cuatro años
Presidente del consejo de ministros para la defensa del Reich
A la atención del
Jefe de la Policía de Seguridad y del SD
SS-Gruppenführer Heydrich

Berlín

En cumplimiento de la tarea que le ha sido encomendada por el edicto del 24 de enero de 1939 para resolver la cuestión judía por medio de la migración o de la evacuación de la manera más ventajosa, dadas las condiciones actuales, le encargo que efectúe todos los preparativos necesarios concernientes a los aspectos organizativos, prácticos y financieros, de cara a una solución global de la cuestión judía en el ámbito de influencia alemana en Europa.

En la medida en que las competencias de otras organizaciones centrales sean concernidas, éstas deben ser implicadas.

Goering se para y sonrío. Eichmann ha añadido este párrafo para dar gusto a Rosenberg. Heydrich también sonrío, pero sin poder disimular el desprecio que profesa por todos esos burócratas de los ministerios. Goering prosigue:

«Asimismo le encargo que me haga llegar a la máxima brevedad un plan general con las medidas preliminares de naturaleza organizativa, práctica y financiera, necesarias para la ejecución de la solución final de la cuestión judía tal como está proyectada.»

En silencio, Goering data y firma lo que va a pasar a la Historia como la *Ermächtigung*: la autorización. Heydrich no puede reprimir un rictus de contento. Guarda el valioso papel en su portafolios. Estamos a 31 de julio de 1941, es el acta de nacimiento de la Solución Final, y él va a ser su principal artífice.

En un primer borrador, yo había escrito: «ceñido en un uniforme azul». No sé por qué lo veía azul. Es cierto que en las fotos se suele ver a Goering con un uniforme azul claro. Pero aquel día no sé si lo llevaba. También podía ser blanco, por ejemplo.

No sé tampoco si ese tipo de escrúpulos tiene todavía algún sentido a estas alturas de la historia.

110

«Bad Kreuznach, agosto 1941. Por segunda vez acaban de tener lugar los campeonatos de esgrima alemanes. Han sido distinguidos los doce mejores de la *Reichssonderklasse* [literalmente “clase excepcional del Reich”] y van a recibir el broche de oro o de plata de la NSRL (Sociedad nacionalsocialista para la gimnasia). En el 5.º puesto ha quedado un Obergruppenführer [¿error de grado o adulación servil de cara a una promoción anticipada?] de la SS y general de la policía: Reinhard Heydrich, jefe de la policía de seguridad y del SD. Recibe con alegría las felicitaciones, pero toda su actitud refleja la modestia del vencedor. Quien lo conoce sabe bien que el descanso es para él un concepto desconocido. No concederse ningún reposo ni relajamiento es su principio fundamental, trátese del deporte o del servicio.» (Artículo publicado en la revista especializada *Gimnasia y Educación física*.)

Quien lo conoce sabe sobre todo que más vale no escatimar elogios hacia ese genial atleta de treinta y seis años, ni plantear la cuestión de la presión de los árbitros en el momento de valorar un toque contra el jefe de la Gestapo. Ni evocar a Cómodo o a Calígula, que luchaban en la arena contra unos gladiadores que habían comprendido perfectamente que les interesaba mucho más no resistirse demasiado frente al emperador.

Dicho esto, parece ser que durante las competiciones, el Obergruppenführer Heydrich tenía un comportamiento correcto. Un día que echaba pestes contra una decisión arbitral, el director del torneo le había puesto en su sitio secamente diciéndole, delante de todo el público: «¡En la pista de esgrima, las únicas leyes son las deportivas y nada más!» Estupefacto por la valentía de aquel hombre, Heydrich no protestó.

Reservaba sus accesos de *hubris* para fuera, ya que fue al salir de aquella competición de Bad Kreuznach donde habría confiado a dos amigos (¿pero desde cuándo Heydrich tiene algún amigo?), en términos muy encendidos, que no habría

podido evitar la ira del propio Hitler, llegado el caso, si «el viejo se hubiera cagado en él».

¿Qué entendía por eso exactamente? Me habría gustado mucho saberlo.

111

Ese verano, en el zoo de Kiev, un hombre entró en el foso del león. Cuando ya estaba a punto de saltar el pretil, le dijo a un visitante que quiso impedirselo: «Dios me salvará.» Se hizo devorar vivo. Si yo hubiera estado allí, le habría dicho: «No hay que creer todo lo que se cuenta.»

Dios no fue de ninguna utilidad para la gente que fue asesinada en Baby Yar.

En ruso, *yar* significa barranco. Babi Yar, el «barranco de la abuela», era un inmenso desnivel natural situado en las afueras de Kiev. Hoy no queda más que una hondonada cubierta de césped, bastante poco profunda, en cuyo centro hay una impresionante escultura erigida en estilo realismo socialista a la memoria de los muertos que cayeron ahí. Pero cuando quise ir hasta el lugar, el taxista que me llevaba se encargó de mostrarme hasta dónde se extendía Babi Yar en aquella época. Me condujo hasta una especie de zanja arbolada, donde, según me explicó gracias a la intermediación de una joven ucraniana que me acompañaba y me hacía de traductora, se arrojaba a los cuerpos haciéndolos rodar cuesta abajo por la pendiente. Luego volvimos al coche y me dejó en el emplazamiento del memorial, *situado a más de un kilómetro*.

Entre 1941 y 1943, los nazis hicieron en la «hondonada de la abuela» lo que probablemente sea la mayor carnicería de toda la historia de la humanidad: como indica la placa conmemorativa, traducida en tres lenguas (ucraniano, ruso y hebreo), allí perecieron más de cien mil personas, víctimas del fascismo.

Más de un tercio fue ejecutado en menos de cuarenta y ocho horas.

Aquella mañana de septiembre de 1941, los judíos de Kiev acudieron en masa al punto de reunión donde habían sido convocados, con sus pequeños enseres, resignados a ser deportados, sin sospechar el destino que el alemán les reservaba.

Lo comprendieron todo demasiado tarde, algunos en cuanto llegaron, otros solamente cuando estaban al borde de la zanja. Entre esos dos momentos, el procedimiento era expeditivo: los judíos entregaban sus maletas, sus objetos de valor y sus papeles de identidad, que eran hechos trizas delante de ellos. Luego debían pasar entre dos filas de SS bajo una lluvia de golpes. Los *Einsatzgruppen* los golpeaban con grandes porras o matracas, demostrando una extrema violencia. Si un judío caía, soltaban los perros contra él o era pisoteado por la masa enloquecida. Al

salir de ese pasillo infernal, que desembocaba en una amplia explanada, los aturridos judíos eran conminados a desnudarse por completo y luego se les conducía totalmente desnudos hasta el borde de una hondonada gigantesca. Allí, tanto los obtusos como los optimistas debían abandonar toda esperanza. El absoluto terror que los invadía en ese preciso instante los hacía gritar. Al fondo de la hondonada se apilaban los cadáveres.

Pero la historia de esos hombres, de esas mujeres y de esos niños no acaba abruptamente al borde de ese abismo. Llevados por esa preocupación por la eficacia tan alemana, los SS, antes de matarlos, obligaban previamente a sus víctimas a bajar hasta el fondo de la zanja, donde los esperaba un «apilador». El trabajo del apilador se parecía mucho al de las acomodadoras que te colocan en el teatro. Llevaba a cada judío hasta un montón de cuerpos, y cuando le había encontrado acomodo, lo hacía echarse boca abajo, un vivo desnudo recostado sobre unos cadáveres desnudos. Después, un tirador, caminando por encima de los muertos, disparaba a los vivos una bala en la nuca. Notable taylorización de la muerte en masa. El 2 de octubre de 1941, el Einsatzgruppe encargado de Babi Yar podía consignar en su informe: «El Sonderkommando 4.º, con la colaboración del estado mayor del grupo y de dos comandos del Regimiento Sur de la policía, ha ejecutado a 33.771 judíos de Kiev, los días 29 y 30 de septiembre de 1941.»

112

Llegó a mis oídos una historia extraordinaria que sucedió en Kiev durante la guerra. Tuvo lugar en el verano de 1942 y no guarda relación con ninguno de los actores de «Antropoide»; no cabe, por tanto, a priori en mi novela. Pero una de las grandes ventajas del género es la libertad casi ilimitada que confiere al narrador.

Así pues, en el verano de 1942, Ucrania es administrada por los nazis con la brutalidad que los caracteriza. Sin embargo, los alemanes han querido organizar unos partidos de fútbol entre los diferentes países ocupados o satelizados en el Este. Enseguida hay un equipo que se distingue, engarzando una victoria tras otra contra sus adversarios rumanos o húngaros: el FC Start, creado de prisa y corriendo a partir de los restos de un difunto Dynamo de Kiev, prohibido desde el principio de la ocupación pero cuyos jugadores fueron llamados para tal evento.

La fama del éxito de ese equipo llega a los alemanes, que deciden organizar un partido de prestigio en Kiev, entre el equipo local y el equipo de la Luftwaffe. Durante la presentación de los equipos, los jugadores ucranianos son obligados a hacer el saludo nazi.

El día del partido, los dos equipos entran en el estadio, lleno a rebosar, y los jugadores alemanes extienden el brazo gritando: «¡Heil Hitler!» Los jugadores ucranianos extienden también el brazo, lo que supone sin duda una gran decepción para el público que, evidentemente, veía en ese partido la oportunidad de demostrar una resistencia simbólica al invasor. Pero en vez de apostillar su gesto con el «Heil Hitler» convenido, los jugadores cierran el puño, cruzan su brazo sobre el pecho y gritan: «¡Viva la cultura física!» El eslogan, impregnado de connotaciones soviéticas, entusiasma al público.

Apenas empezado el partido, un jugador alemán le fractura la pierna a un atacante ucraniano. En esa época no había sustituciones. El FC Start deberá jugar el resto del partido con diez. En superioridad numérica, los alemanes abren el marcador. La cosa se presenta muy mal. Sin embargo, los jugadores de Kiev se niegan a rendirse. Empatán entre los vítores de la multitud. Un poco más tarde marcan un segundo tanto y el estadio se viene abajo.

En el descanso, el general Ebherdardt, superintendente de Kiev, visita a los jugadores ucranianos en su vestuario y les echa este discurso: «Bravo, habéis practicado un juego excelente y a todos nos ha gustado mucho. Pero ocurre que ahora, durante el segundo tiempo, tenéis que perder. ¡Debéis hacerlo! El equipo de la Luftwaffe no ha perdido jamás, sobre todo en territorios ocupados. ¡Es una orden! Si no perdéis, seréis ejecutados.»

Los jugadores han escuchado en silencio. De regreso al terreno de juego, sin que se pusieran de acuerdo previamente, después de una breve incertidumbre, toman la decisión de seguir jugando. Marcan otro gol, y luego otro, hasta acabar ganando 5-1. Para el público ucraniano es el delirio. La parte alemana gruñe. Hay disparos al aire. Pero ninguno de los jugadores se inquieta todavía, porque piensan que los alemanes querrán lavar su afrenta sobre el terreno de juego.

Tres días más tarde se organiza un partido de revancha cuya promoción se hace con un gran despliegue de carteles. Mientras tanto, los alemanes mandan venir de emergencia desde Berlín a jugadores profesionales para reforzar el equipo.

El segundo partido comienza. El estadio está nuevamente lleno a rebosar, pero esta vez se han desplegado alrededor tropas de las SS, con la excusa oficial de mantener el orden. Los alemanes abren una vez más el marcador. Pero los ucranianos no se amilanan y vencen 5-3. Al acabar el partido, los seguidores ucranianos estallan de alegría, pero los jugadores están lívidos. Los alemanes disparan algunos tiros. El césped se invade. En la confusión, tres jugadores ucranianos desaparecen entre la multitud. Sobrevivirán a la guerra. El resto del equipo es arrestado y cuatro jugadores son llevados inmediatamente a Babi Yar, donde se les ejecuta. De rodillas delante del barranco, el capitán y guardameta, Nikolai Trusevich, tiene tiempo de gritar, antes de recibir una bala en la nuca: «¡El deporte rojo no morirá jamás!» A continuación, los

demás jugadores serán asesinados también. Hoy en día hay un monumento dedicado a ellos delante del estadio del Dynamo.

Existe un increíble número de versiones de ese legendario «partido de la muerte». Hay quien afirma que hubo incluso un tercer encuentro durante el cual los ucranianos llegaron a ganar por ¡8-0!, y que sólo por ese resultado los jugadores fueran arrestados y ejecutados. Pero la versión que doy aquí me parece la más verosímil, aunque todas coinciden en líneas generales. Temo haber cometido algunas inexactitudes, porque no me he tomado el tiempo necesario de hacer una investigación en profundidad, ya que el asunto no guarda relación directa con Heydrich, pero no quería hablar de Kiev sin contar esta increíble historia.

113

Sobre la mesa del despacho de Hitler se amontonan los informes del SD que denuncian la escandalosa permisividad que reina en el Protectorado. Relaciones del Primer Ministro checo Alois Eliáš con Londres, actos de sabotaje, redes de la Resistencia todavía activas, proliferación de frases sediciosas en público, mercado negro en plena expansión, baja del 18% en la productividad, una situación que tal como la describen los hombres de Heydrich parece explosiva. Además, con la abertura del frente ruso, los resultados de la industria checa, una de las mejores de Europa, empiezan a cobrar un cariz vital para el Reich. Es preciso que las fábricas Škoda funcionen a pleno rendimiento para sostener el esfuerzo de guerra.

Con todo lo paranoico que es, sin embargo Hitler no se deja engañar: debe de suponer que Heydrich, que codicia el puesto de Neurath, protector de Bohemia-Moravia, tiene todo el interés del mundo en oscurecer el cuadro para desacreditar la política del viejo barón. Pero tampoco a Hitler le gustan los blandos (y menos aún si son barones), y las últimas noticias son la gota que colma el vaso. Una llamada al boicot de la prensa de ocupación, lanzada desde Londres por Beneš y su camarilla, ha sido ampliamente seguida por la población local durante toda una semana. En sí mismo, el daño no es muy grande, pero se trata de una demostración modélica de la influencia que aún conserva el gobierno checo en el exilio, y eso revela un estado de ánimo general enojoso para el ocupante. Cuando se recuerda el odio que Hitler siente por Beneš, no es difícil adivinar con qué rabia habrá encajado esa información.

Hitler sabe que Heydrich es un arribista dispuesto a todo con tal de conseguir sus fines, pero eso no le sorprende, y no es de extrañar. ¿No lo ha sido siempre él mismo? Hitler respeta a Heydrich porque aúna ferocidad y eficacia. Si a eso se le añade una lealtad sin fisuras hacia el Führer, obtenemos los tres componentes de la fórmula del

perfecto nazi. Sin mencionar esa pureza física de ario. Por mucho que Himmler sea «el fiel Heinrich», no puede rivalizar con él en este sentido. Es, por tanto, bastante probable que Hitler sienta admiración por Heydrich. Junto con Stalin, sería entonces una de las pocas personas vivas que poseería tal honor. También parece que Hitler no temía a Heydrich, lo que, para un paranoico como él, es más que llamativo. Puede que tal vez quisiera atizar la competencia entre Heydrich y Himmler. Puede que tal vez pensara, como le había confiado a su Reichsführer, que el dossier sobre la supuesta judeidad de Heydrich fuera la garantía de su devoción. O puede que tal vez la bestia rubia encarnara hasta tal punto el ideal nazi que Hitler no pudiera imaginar ninguna traición ni ningún defecto en un hombre semejante.

Por eso le dijo a Bormann que lo llamara cuando organizó una reunión de crisis en su cuartel general de Rastenburg. Fueron convocados de inmediato: Himmler, Heydrich, Neurath y su adjunto Frank, el librero de los Sudetes.

Frank es el primero en llegar. Un hombre de unos cincuenta años, alto, con una de esas caras de mafioso surcadas de profundas arrugas. Durante el almuerzo, traza ante Hitler un cuadro del Protectorado que confirma punto por punto los informes del SD. Himmler y Heydrich llegan al poco rato. Heydrich hace una brillante exposición en la que plantea los problemas y propone las soluciones. Hitler se siente muy favorablemente impresionado. Neurath, retrasado por el mal tiempo, llega un día más tarde, cuando su suerte está ya decidida. Hitler procede con él como hace con los demás generales cuando quiere retirarles el mando: vacaciones forzosas por motivos de salud. El puesto de protector queda libre.

114

El 27 de septiembre de 1941 la agencia de prensa checa, controlada por los alemanes, publica este comunicado:

«El Protector del Reich de Bohemia-Moravia, ministro del Reich y ciudadano de honor Herr Konstantin von Neurath ha considerado que era su deber solicitar del Führer un permiso prolongado por razones de salud. En la medida en que el actual estado de guerra precisa de la plena dedicación al servicio por parte del Protector del Reich, Herr von Neurath ha pedido al Führer que lo releve temporalmente de sus funciones y nombre a un sustituto durante su ausencia. Vistas las circunstancias, el Führer ha accedido a la petición del Protector y ha nombrado al Obergruppenführer y General de Policía Heydrich en el puesto de Protector de Bohemia-Moravia

para todo el tiempo que dure la enfermedad del ministro del Reich von Neurath.»

115

Para ocupar un puesto tan prestigioso, Heydrich ha sido ascendido a Obergruppenführer, el segundo grado más alto en la jerarquía de la SS, si se exceptúa el título de Reichsführer, reservado a Himmler. Sólo el grado de Oberstgruppenführer lo sobrepasa y en septiembre de 1941 nadie lo había alcanzado todavía (tan sólo cuatro lo habrán conseguido al acabar la guerra).

Heydrich saborea por tanto esta etapa decisiva en su irresistible aunque meandrosa ascensión. Telefonea a su mujer, en apariencia poco seducida por la idea de instalarse en Praga (pretende haberle dicho: «¡Tú no puedes convertirte en un simple cartero!», pero revelará más adelante una fatuidad que casa mal con esa expresión de fastidio). Y Heydrich responderá: «Trata de comprender lo que eso significa para mí. ¡Se acabaron los trabajos sucios! ¡Por fin voy a ser algo más que el cubo de la basura del Reich!» Cubo de la basura del Reich, con esos términos definía sus funciones de jefe de la Gestapo y del SD, funciones que, sin embargo, va a continuar desempeñando con la misma eficiencia de siempre.

116

Heydrich desembarca en Praga el mismo día en que su nombramiento es anunciado al pueblo checo. Su avión se posa en el aeropuerto de Ruzyne al final de la mañana o principio de la tarde; viene a bordo de un Junker trimotor modelo Ju 52.

Llega hasta el hotel Esplanade, uno de los mejores de la ciudad, pero no se demora mucho en él, ya que esa misma noche Himmler puede leer el informe que su colaborador le envía por teletipo:

«A las 15 h 10, el ex Primer ministro Eliáš ha sido arrestado como estaba previsto.

»A las 18 h, también como estaba previsto, se ha procedido al arresto del ex ministro Havelka.

»A las 19 h, la radio checa ha anunciado mi nombramiento por el Führer.

»Eliáš y Havelka actualmente están siendo interrogados. Por razones diplomáticas, debo convocar una asamblea especial para hacer comparecer al Primer ministro Eliáš ante un tribunal popular.»

Eliáš y Havelka son los dos miembros más importantes del gobierno checo que colabora con los alemanes bajo la presidencia del viejo Hácha. Sin embargo, mantienen contactos regulares con Beneš en Londres, hecho que no ignoran los servicios secretos de Heydrich. Por esa razón son condenados a muerte enseguida, pero después de reflexionar, Heydrich decide no ejecutar la sentencia de inmediato. La dejará un tiempo en suspenso.

117

Al día siguiente por la mañana, a eso de las once, tiene lugar la ceremonia de investidura de Heydrich en el castillo Hradčany, *Hradchine* en alemán. El inmundo Karl Hermann Frank, el librero de los Sudetes convertido en general de las SS y secretario de Estado, lo recibe con gran aparato en el patio del castillo a los sonos del himno nazi, el *Horst Wessel Lied* tocado por una orquesta especialmente formada para la ocasión. Heydrich pasa revista a la guardia mientras se iza un segundo pabellón junto a la bandera con la cruz gamada, signo de que se acaba de subir un peldaño más en la escala del terror: la bandera negra cruzada por dos SS rúnicas, que ondea en lo alto del castillo y por encima de la ciudad. Desde ese momento, Bohemia-Moravia pasa a ser, casi oficialmente, el primer Estado SS.

118

Ese mismo día, dos grandes jefes de la Resistencia checa, el general de ejército Josef Bílý y el general de división Hugo Vojta, que fomentaban una sublevación armada, son fusilados. El general Bílý cae bajo las balas del pelotón después de haber gritado: «¡Larga vida a la República checoslovaca! ¡Disparad, jauría de perros!» Estos dos hombres —dos más— no tienen en realidad ningún papel en mi historia, pero tendría la impresión de estar menospreciándolos si no citaba por lo menos sus nombres.

Con Bílý y Vojta fueron también ejecutados otros diecinueve ex oficiales del ejército checo, de los cuales cuatro eran generales. Y se toman las primeras medidas

durante los días sucesivos: se decreta el estado de emergencia en todo el país. En virtud de la ley marcial, queda prohibida cualquier reunión, tanto en el interior como en el exterior. Los tribunales no tienen más que dos opciones: la absolución o la pena de muerte, sean cuales sean los cargos que se imputen. Se pronuncian condenas a muerte contra checos que han distribuido panfletos, comerciado en el mercado negro, o sencillamente escuchado radios extranjeras. Los bandos rojos bilingües anunciando cada nueva medida adoptada se multiplican por las paredes. Los checos aprenden enseguida quién es su nuevo amo.

Y entre ellos, quienes lo aprenden todavía más rápido son los judíos. El 29 de septiembre, Heydrich decreta el cierre de las sinagogas y el arresto de los checos que, para protestar contra la obligación de llevar una estrella amarilla, impuesta recientemente a los judíos, se cosen una ellos mismos. En 1942, podrá verse manifestaciones similares en Francia, y se deportará, junto «con sus amigos judíos», a los imprudentes que se hayan arriesgado a ello. Pero en el Protectorado, estas cosas aún no son más que un preludio.

119

El 2 de octubre de 1941, Heydrich expone en el palacio Czernín, actual hotel Savoy, situado en el extremo de la muralla del Castillo, las grandes orientaciones de su futura política como protector interino de Bohemia-Moravia. De pie, con las manos apoyadas en el borde de un escritorio de madera, su cruz de hierro colgada a la altura del corazón, su alianza bien visible en la mano izquierda, toma la palabra delante de los principales representantes de las fuerzas de ocupación. Su rostro trasluce un aire de competencia y autoridad. Su discurso quiere ser pedagógico con los compatriotas que componen su auditorio:

«Por razones tácticas y de evolución de la guerra, no debemos encender al rojo vivo a los checos en determinadas cuestiones, ni llevarlos a creer que no tienen más salida que la revuelta.»

Es el primer punto de su política, que sólo se basa en dos: el palo y la zanahoria. Seguirá habiendo palo, pero en una oscilación dialéctica hacia cierto equilibrio:

«El Reich no está para bromas y en su casa es el amo. Eso quiere decir que ni un solo alemán debe dejar pasar lo más mínimo a un checo, como tampoco debe hacerlo a un judío dentro del Reich; ningún alemán debe decir que los checos son, pese a todo, personas decentes. Si vemos que alguno de los nuestros declara eso, tendremos que mandarlo para casa. Si no formamos un frente unido contra el «chequismo», los checos encontrarán siempre una vía para engañarnos.»

Seguidamente, Heydrich, poco habituado a dar discursos y lejos de ser un Cicerón, pasa a la fase *illustratio*:

«El alemán no puede permitirse darse un porrazo en la nariz en público, en un restaurante por ejemplo. Seamos francos al respecto: nadie está diciendo que no puedan emborracharse o relajarse, pero que lo hagan entre cuatro paredes o en el comedor de oficiales. El checo debe ver que el alemán va bien erguido, tanto de uniforme como de civil, que él es el señor y el amo de la cabeza a los pies.»

Después de ese curioso ejemplo, el discurso se torna más concreto, y amenazante:

«Sin ninguna ambigüedad y con dureza inquebrantable, debo hacer comprender a los ciudadanos de este país, checos u otros, que no pueden ignorar el hecho de que forman parte del Reich, y que como tales deben rendir vasallaje al Reich. Es una prioridad absoluta dictada por la guerra. Quiero estar seguro de que cada obrero checo da lo máximo de sí en favor del esfuerzo de guerra alemán. Eso implica, para ser claro, que el obrero checo será alimentado en la misma medida en que lleve a cabo su trabajo.»

Una vez regulados los aspectos sociales y económicos, el nuevo protector interino aborda la cuestión racial, sobre la que con todos los beneplácitos puede proclamarse ya uno de los mayores especialistas en todo el Reich:

«Es evidente que hemos de tratar al pueblo checo de una manera completamente diferente de como tratamos a los pueblos de otras razas, como por ejemplo los eslavos. Los checos de raza germánica deben ser tratados con firmeza, pero con justicia. Hemos de guiarlos con la misma humanidad con que guiamos a nuestro propio pueblo, si queremos mantenerlos definitivamente en el Reich y fundirlos con nosotros. Para determinar quién es apto para la germanización, necesitare un inventario racial.

»Tenemos aquí todo tipo de población. Para quienes sean de buena raza y estén bien predispuestos hacia nosotros, las cosas serán sencillas y se les germanizará. En cambio, hemos de desembarazarnos de los de razas inferiores con intenciones hostiles. Hay sitio de sobra para ellos en el Este.

»Entre esos dos extremos, están aquellos cuyo caso debemos examinar con mucha atención. Tenemos población racialmente inferior pero favorablemente dispuesta. A los de esta especie, habremos de ubicarlos por el Reich y en otras partes, pero asegurándonos que no se van a reproducir más, ya que no tenemos ningún interés en su desarrollo. Al final, esta parte de elementos no germanizables, estimada en aproximadamente la mitad de la población, podría ser transferida al Ártico más adelante, donde construiremos los campos de concentración para rusos.

»Queda un grupo: los que son racialmente aceptables pero ideológicamente hostiles. Son los más peligrosos, porque pertenecen a una raza de caudillos. Hemos de preguntarnos muy seriamente lo que debemos hacer con ellos. Podemos realojar a

algunos de ellos en el Reich, en un entorno puramente alemán, para germanizarlos y reeducarlos. Si esto se revela imposible, tendremos que ponerlos contra un muro, porque no puedo permitirme enviarlos al Este, donde acabarían formando un estrato dirigente que se revolvería contra nosotros.»

Creo que hizo todo un repaso de cuantas posibilidades había. Cabe destacar esta discreta y eufemística metonimia de «el Este», que en realidad, algo que el auditorio ignora todavía, significa Auschwitz, en Polonia.

120

El 3 de octubre, en Londres, la prensa libre checoslovaca toma nota del cambio político en Praga con este título:

«Asesinatos en masa en el Protectorado.»

121

Un hombre de Heydrich ha actuado ya sobre el terreno hace dos años: Eichmann, a quien, después de hacer un buen trabajo en Austria, se le confió la dirección de la Oficina central para la emigración judía de Praga en 1939, antes de ser promovido como responsable de asuntos judíos en la sede de la RSHA en Berlín. Hoy vuelve a Praga, llamado por su señor. Pero las cosas han cambiado mucho en dos años. A partir de ahora, cada vez que Heydrich organice una conferencia, será para discutir de «la Solución Final de la cuestión judía» en el Protectorado, y no de «emigración». Los datos son los siguientes: 88.000 judíos viven en el Protectorado, de los cuales 48.000 están en la capital, 10.000 en Brno y 10.000 en Ostrava. Heydrich decide que Terezín será un campo de tránsito ideal. Eichmann toma notas. Los transportes serán rápidos, dos o tres trenes al día, a razón de mil personas por tren. Según un método ya probado, cada judío será autorizado a llevar consigo un equipaje sin candar, conteniendo hasta 50 kilos de enseres personales y, con el fin de simplificar la tarea de los alemanes, comida para entre dos y cuatro semanas.

122

Por la radio y por los periódicos, las noticias del Protectorado llegan hasta

Londres. El sargento Jan Kubiš escucha lo que le cuenta un amigo paracaidista acerca de la situación en el país. Asesinatos, asesinatos y asesinatos. ¿Qué, si no? Desde que Heydrich ha llegado, cada día es un día de duelo. Se ahorca, se tortura, se deporta. ¿Qué detalles monstruosos han llegado a causar hoy en Kubiš ese estado de estupor? Como un mecanismo rayado, sacude la cabeza repitiendo: «¿Cómo es posible, cómo es posible...?»

123

Fui a Terezín una vez. Quería ver ese lugar porque fue allí donde murió Robert Desnos. Después de Auschwitz, pasó por Buchenwald, Flossenburg y Flöha, y el 8 de mayo de 1945, tras agotadoras marchas de la muerte durante las cuales contrajo el tifus que habría de llevárselo, fue a parar al Terezín liberado. Murió el 8 de junio de 1945, y muere como ha vivido, libre, en brazos de un joven enfermero y de una joven enfermera checos que amaban el surrealismo y admiraban su obra. He aquí de nuevo otra historia de la que me gustaría escribir todo un libro: aquellos dos jóvenes se llamaban Josef y Alena...

Terezín, Teresienstadt en alemán, era «una ciudad fortificada construida por la emperatriz de Austria para defender el cuadrilátero bohemio de la codicia del rey de Prusia Federico II». ¿Qué emperatriz? No lo sé, le tomo prestada la frase, porque me gusta mucho, a Pierre Volmer, compañero de Desnos y testigo de sus últimos días. ¿María Teresa? Claro: Teresienstadt, la ciudad de Teresa.

En noviembre de 1941, Heydrich manda transformar la ciudad en gueto, y el cuartel en campo de concentración.

Pero esto no es, ni mucho menos, todo lo que hay que decir de Terezín.

Terezín no era un gueto como los demás.

Era evidente que el campo servía de campo de tránsito: se reagrupaba allí a los judíos en espera de ser deportados hacia el Este, a Polonia o a los países bálticos. El primer convoy partió para Riga el 9 de enero de 1942: mil personas, de las que sobrevivieron ciento cinco. El segundo, una semana más tarde, para Riga también, mil personas, dieciséis supervivientes. El tercero, en marzo, mil personas, siete supervivientes. El cuarto, mil personas, tres supervivientes. En definitiva, lo normal en esa gradación espantosa hacia el 100%, marca terrible de la muy renombrada eficacia alemana.

Pero mientras continúen las deportaciones, el gueto de Terezín debe servir de *Propagandalager*, es decir, de gueto-escaparate para los observadores extranjeros. Los habitantes del gueto deberán tener buen aspecto durante las visitas de los

observadores del CICR (Comité Internacional de la Cruz Roja).

En Wannsee, Heydrich declara que los judíos alemanes condecorados durante la Primera Guerra Mundial, los judíos alemanes de más de sesenta y cinco años, y algunos judíos célebres, los *Prominenten*, demasiado célebres para desaparecer de la noche a la mañana sin dejar rastro, deben ser instalados en Terezín en unas condiciones decentes, con el fin de mantener las formas de cara a la opinión pública alemana, no obstante poco sorprendida en 1942 por la política del monstruo que ella misma no ha dejado de aclamar desde 1933.

Para que Terezín pueda servir de coartada, habrá que dar la apariencia de que los judíos estaban siendo perfectamente tratados. Ésa es la razón por la que los nazis autorizan a los judíos del gueto a organizar una vida cultural relativamente desarrollada: se fomentan ciertos espectáculos y expresiones artísticas, bajo el control vigilante de los SS, a quienes les piden que ostenten su más hermosa sonrisa. Los representantes de la Cruz Roja, favorablemente impresionados durante sus visitas de inspección, reportarán unos informes muy positivos sobre el gueto, sobre su vida cultural y sobre la manera como son tratados los prisioneros. De los 140.000 judíos que vivieron en Terezín durante la guerra, sólo 17.000 sobrevivieron. De ellos, Kundera escribe: «Los judíos de Terezín no se hacían ilusiones: vivían en la antesala de la muerte; su vida cultural era exhibida por la propaganda nazi como una coartada. ¿Tendrían por ello que haber renunciado a esa libertad precaria y engañosa? Su respuesta fue de una claridad meridiana. Su vida, sus creaciones, sus exposiciones, sus cuartetos de cuerda, sus amores, todo el abanico de su vida tenía, incomparablemente, una importancia mucho mayor que la comedia macabra de sus carceleros. Ésa fue su apuesta.» Y añade, por si hiciera falta: «Ésa debería ser la nuestra.»

El presidente Beneš está extremadamente preocupado, no es necesario dirigir unos servicios secretos para darse cuenta del asunto. Londres evalúa sin descanso la contribución aportada al esfuerzo de guerra por los diferentes movimientos clandestinos de los países ocupados. En ese sentido, mientras que, como consecuencia de la operación «Barbarroja», Francia se ha beneficiado de la entrada en acción de los grupos comunistas, la actividad de la Resistencia checa, en cuanto tal, es prácticamente igual a cero. Desde que Heydrich ha tomado las riendas del país, los movimientos clandestinos checos han caído uno tras otro, y lo poco que queda está ampliamente infiltrado por la Gestapo. Esta ineficacia sitúa a Beneš en una

posición muy incómoda: por ahora, llegado el caso de la victoria, Inglaterra no quiere ni oír hablar de un cuestionamiento de los acuerdos de Múnich. Eso significa que, incluso en caso de victoria, Checoslovaquia no recuperaría sus fronteras anteriores a septiembre de 1938, perdería los Sudetes y carecería de su primitiva integridad territorial.

Hay que hacer algo. El coronel Moravec escucha los amargos lamentos de su presidente. ¡Qué humillante insistencia de los ingleses en comparar la apatía de los checos con el patriotismo de los franceses, los rusos e incluso los yugoslavos! No se puede seguir así.

Pero, ¿cómo proceder? El estado de desorganización en que está sumida vuelve inútil toda exhortación a la Resistencia interior para que acreciente sus actividades. Por tanto, la única solución está ahí, en Inglaterra. De repente, los ojos de Beneš han debido de brillar, y me lo imagino dando un golpe en la mesa con el puño al explicarle a Moravec lo que se le ha ocurrido: una acción espectacular contra los nazis, un asesinato preparado en el más estricto secreto por sus comandos paracaidistas.

Moravec comprende el razonamiento de Beneš: puesto que la Resistencia interior está moribunda, hay que enviarle refuerzos desde el exterior, hombres armados, entrenados y motivados, que cumplan una misión cuyas resonancias sean a la vez internacionales y nacionales. En efecto, se tratará por una parte de impresionar a los Aliados, demostrándoles que se puede contar con Checoslovaquia, y por otra parte de estimular el patriotismo checo para que la Resistencia renazca de sus cenizas. Digo «patriotismo checo», pero estoy seguro de que Beneš dijo «checoslovaco». También estoy seguro de que fue él quien le exigió imperativamente a Moravec que escogiera a un checo y a un eslovaco para esa operación. Dos hombres para simbolizar la unidad indivisible de los dos pueblos.

No obstante, antes de llegar a eso, hay que determinar primero el objetivo. Moravec piensa enseguida en su homónimo, Emanuel Moravec, el ministro más comprometido con la colaboración, una especie de Laval checo. Pero es una figura demasiado local, la resonancia internacional en ese caso sería nula. Karl Hermann Frank es un poco más conocido, su ferocidad y su odio hacia los checos es legendaria, y encima es alemán, y de las SS. Podría ser una buena diana. Pero ya que hay que escoger a un alemán, y de las SS...

Imagino lo que debió de suponer, especialmente para el coronel Moravec, jefe de los servicios secretos checos, la perspectiva de asesinar al Obergruppenführer Heydrich, protector interino de Bohemia-Moravia, el verdugo de su pueblo, el carnicero de Praga, y también el jefe de los servicios secretos alemanes, en cierto sentido su homólogo.

Sí, ya que hay que hacerlo, ¿por qué no Heydrich?

He leído un libro genial que tiene como trasfondo el atentado contra Heydrich. Es una novela escrita por un checo, Jiří Weil, que se titula *Mendelssohn está sobre el tejado*.

La novela toma su título del primer capítulo que se lee casi como una historia divertida: unos obreros checos están sobre el tejado de la Ópera, en Praga, para desmontar una estatua del compositor Mendelssohn por ser judío. La orden proviene de Heydrich, experto en música clásica y nombrado recientemente protector de Bohemia-Moravia. Pero allá arriba hay toda una fila de estatuas y Heydrich no ha precisado cuál de ellas es la de Mendelssohn. Por lo visto, aparte de Heydrich, nadie, ni siquiera entre los alemanes, es capaz de reconocerla. Pero nadie se atrevería a molestar a Heydrich por eso. El SS alemán que supervisa la operación decide entonces señalar a los obreros checos la estatua que tiene la nariz más grande, ya que buscan a un judío. ¡Pero, horror: empiezan a desmontar la de Wagner!

El desprecio será evitado de milagro, y, diez capítulos más tarde, la estatua de Mendelssohn será finalmente retirada. En sus esfuerzos para que no caiga al vacío, los obreros checos le rompen una mano al tumbarla. Esta divertida anécdota está basada en hechos reales: la estatua de Mendelssohn fue derribada en 1941 y, como en la novela, tenía una mano partida. Me pregunto si la mano fue pegada de nuevo más tarde. En todo caso, las peregrinaciones del pobre SS encargado del desmantelamiento, imaginadas por un hombre que ha vivido en ese periodo, son una cumbre de lo burlesco, típico de la literatura checa, siempre impregnada de ese humor tan particular, zalamero y subversivo, cuyo santo patrón es Jaroslav Hašek, el inmortal autor de las aventuras del bravo soldado Schwejk.

Moravec observa la instrucción de sus comandos paracaidistas. Unos soldados en traje de faena corren, saltan y disparan. Repara en uno pequeño, ágil y enérgico, que vence a todos sus adversarios en el cuerpo a cuerpo. Le pregunta al instructor, un veterano inglés que ha servido en las colonias, qué tal se las arregla ese hombre con los explosivos. «Un experto», responde el inglés. ¿Y con las armas de fuego? «¡Un artista!» ¿Su nombre? «Jozef Gabčík.» Un nombre que suena a eslovaco. Lo llama inmediatamente.

El coronel Moravec se dirige a los dos paracaidistas que ha seleccionado para la misión «Antropoide», el sargento Jozef Gabčík y el sargento Anton Svoboda, un eslovaco y un checo, tal como desea el presidente Beneš:

«Les supongo informados, por la radio y por los periódicos, de los absurdos asesinatos que se cometen en casa, entre nuestra gente. Los alemanes matan a los mejores de los mejores. Sin embargo, un hecho como ése no es más que el rasgo propio de la guerra, por tanto no hay que lamentarse ni llorar, sino combatir.

»En casa, los nuestros han luchado y ahora se encuentran en una situación que limita sus posibilidades. Ha llegado el momento de que los ayudemos desde el exterior. Una de las misiones de esa ayuda exterior les va a ser confiada a ustedes. El mes de octubre es el mes de nuestra fiesta nacional, la más triste desde nuestra independencia. Hay que destacar esa fecha de manera clamorosa. Se ha decidido hacerlo mediante un acción que entre en la historia, al mismo nivel que los asesinatos cometidos contra los nuestros.

»En Praga hay dos personas que encarnan ese exterminio: Karl Hermann Frank y Heydrich, el recién llegado. En nuestra opinión, y en conformidad con la opinión de nuestros superiores, hay que intentar que uno de los dos pague por todos, demostrando que devolvemos golpe por golpe. Es la misión que se les ha encargado. Volverán a la patria los dos y se apoyarán el uno al otro. Eso será fundamental, ya que, por razones que enseguida comprenderán, deberán realizar su tarea sin contar con la colaboración de los compatriotas que se quedaron en el país. Si les digo que no habrá colaboración, me estoy refiriendo a que hay que excluir su ayuda hasta que se haya cumplido la misión. Después, recibirán de ellos todo su apoyo. Ustedes solos deben decidir la manera de llevarla a cabo y el tiempo que necesiten. Se les lanzará en paracaídas en un lugar con las máximas garantías para el aterrizaje. Irán equipados con todo lo que podamos ofrecerles. Conocemos la situación en el país y seguro que recibirán la ayuda de aquellos de nuestros compatriotas a quienes se la pidan. Pero por su parte tendrán que actuar con prudencia y reflexión. Es inútil que les repita que su misión es de la máxima importancia histórica, y que el riesgo es muy grande. Depende de las consecuencias que provoquen con su pericia. Ya hablaremos cuando vuelvan del entrenamiento especial que les espera. Como ya les he dicho, la misión es muy seria. Tienen que asumirla con corazón sincero y leal. Si albergan dudas sobre lo que les he expuesto, díganlas.»

Gabčík y Svoboda no tienen ninguna duda, y aunque el alto mando se mostraba todavía indeciso sobre la elección del objetivo, como parece deducirse del discurso de Moravec, ellos saben ya de qué lado se inclina su corazón. Será el verdugo de Praga, el carnicero, la bestia rubia, quien deba pagar.

El capitán Šustr se dirige a Gabčík: «Las noticias no son buenas.» A resultas de su accidente en paracaídas, durante un salto de entrenamiento, Svoboda, el segundo hombre de «Antropoide», el checo, padece de constantes y persistentes migrañas. Ha sido enviado a Londres, donde lo ha examinado un médico. Gabčík debe terminar su preparación en solitario, pero sabe que la misión «Antropoide» está por ahora suspendida. Su compañero no irá con él. «¿Ve a alguno entre nuestros hombres capaz de sustituirlo?», pregunta el capitán. «Sí, mi capitán, veo a uno», responde Gabčík.

Jan Kubiš puede hacer ya su entrada en el gran escenario de la Historia.

Ahora, voy a sacrificar mis reticencias para retratar a los dos héroes mientras traduzco del inglés los informes de evaluación elaborados por el ejército británico.

JOZEF GABČÍK:

Soldado vivo de ingenio y disciplinado.

No posee la capacidad intelectual de otros, lento en la adquisición de conocimientos.

Absolutamente fiable y muy entusiasta, dotado de mucho sentido común.

Confía en sí mismo para las cuestiones prácticas, pero carece de confianza si se trata de un trabajo intelectual.

Buen conductor de hombres cuando se le respalda, y obedece las órdenes hasta en los menores detalles. Es sorprendentemente bueno en señalización.

Demuestra también poseer algunos conocimientos técnicos que pueden ser útiles (ha trabajado en una fábrica de gas tóxico).

Instrucción física: MB^[2]

Terreno: B

Cuerpo a cuerpo: MB

Manejo de armas: B

Explosivos: B (86%)

Comunicaciones: MB (12 palabras/minuto en morse)

Informes: MB

Lectura y trazado de mapa: BB (68%)

Conducción:

bici sí

moto no

coche sí

JAN KUBIŠ:

Un buen soldado tranquilo y de fiar.

Instrucción física: MB

Terreno: B

Cuerpo a cuerpo: MB

Manejo de armas: B

Explosivos: B (90%; lento en la ejecución + instrucciones)

Comunicaciones: B

Informes: B

Lectura y trazado de mapa: MB (95%)

Conducción: bici moto coche.

La alegría infantil que tuve cuando descubrí este documento en el museo del ejército de Praga sólo podría describirla Natacha, que me vio copiar aplicadamente las valiosas fichas.

Esas fichas permiten esbozar ya el estilo y el carácter tan opuestos de los dos amigos: Gabčík, el pequeño, es un sanguíneo enérgico, mientras que Kubiš, el alto, es bonachón y meditabundo. Todos los testimonios que he recogido coinciden en esto. Y anuncia ya una repartición de tareas: para Gabčík el fusil ametrallador, para Kubiš los explosivos.

Por otra parte, por lo que sé de Gabčík, me inclino a pensar que el oficial que hizo su informe de evaluación subestimó escandalosamente el alcance de su capacidad intelectual. Además, mi impresión está corroborada por su jefe, el coronel Moravec, que escribe en sus memorias:

«En el transcurso de la instrucción, se reveló talentoso, astuto, y sonriente, incluso en las situaciones más difíciles. Era franco, cordial, emprendedor y lleno de iniciativa. *A natural born leader*. Superó todas las dificultades del entrenamiento sin ninguna queja y con excelentes resultados.»

En cuanto a Kubiš, por el contrario, Moravec confirma que era «lento de movimientos, pero resistente y perseverante. Sus instructores se dieron cuenta enseguida de su inteligencia y de su imaginación. Era muy disciplinado, discreto y fiable. Era también muy tranquilo, reservado y serio, totalmente opuesto al temperamento jocosos y extrovertido de Gabčík».

Conservo este libro, *Master of Spies*, conseguido en el desmantelamiento de una biblioteca de Illinois, como la niña de mis ojos. El coronel Moravec tenía muchas cosas que contar. Si por mí fuera, copiaría su libro de cabo a rabo. Algunas veces me siento como un personaje de Borges, pero no, a decir verdad tampoco yo soy un personaje.

«Si son ustedes lo bastante afortunados para escapar de la muerte después del atentado, tendrán dos opciones: tratar de sobrevivir dentro del país o intentar cruzar la frontera y regresar a su base en Londres. Las dos posibilidades son extremadamente inciertas, en razón de las previsibles reacciones por parte alemana. Pero para ser totalmente honestos, lo más probable es que los maten en el lugar de la acción.»

Moravec recibe por separado a los dos hombres para darles el mismo discurso. Gabčík y Kubiš responden sin ninguna emoción aparente.

Para Gabčík, la misión es una operación de guerra, y el riesgo de que lo maten forma parte de su trabajo.

Kubiš agradece al coronel que lo haya escogido para una misión de esa importancia.

Los dos hombres declaran que preferirán la muerte antes que caer en manos de la Gestapo.

Eres el checo o el eslovaco. No te gusta que te digan lo que hay que hacer ni que se le haga daño a la gente, por eso has decidido dejar tu país e ir a reunirte en otra parte con los compatriotas que resisten al invasor. Vas por el norte o por el sur, por Polonia o por los Balcanes, y llegas a Francia por mar, al precio de numerosas complicaciones.

Al llegar, esas complicaciones se complican todavía más. Francia te obliga a alistarte en la Legión y te envía a Argelia o a Túnez. Pero finalmente te unes a una división checoslovaca que se forma en una ciudad donde se ha concentrado a los refugiados españoles, y vas a luchar al lado de Francia cuando le toque el turno de ser atacada por el ogro hitleriano. Luchas con valor y estás en todos los repliegues y en todas las derrotas, cubres la retirada de los que retroceden lentamente mientras los aviones zumban en el cielo, participas en esa larga agonía, el Desastre, para ti el primero, y el último. El sur de la Francia vencida está sumido en el caos, te agrupas de nuevo para embarcarte y en esta ocasión aterrizas en Inglaterra. Como has demostrado tu valentía y has resistido heroicamente a ese mismo invasor, llenando así el vacío histórico de marzo de 1939, el presidente Beneš en persona te condecora en medio de un campo. Estás acicalado con tu desgastado uniforme pero estás al lado de tu amigo cuando Beneš prende una medalla de vuestro capote. Luego es Churchill *himself*, apoyado en su bastón, el que os pasa revista. Has combatido al invasor y, en

consecuencia, salvado el honor de tu país. Pero no deseas quedarte en eso.

Te unes a las fuerzas especiales y te entrenas en unos castillos llamados *House*, *Manor* o *Villa*, a lo largo de Escocia e Inglaterra. Saltas, disparas, luchas, lanzas granadas. Eres bueno. Eres encantador. Eres buen camarada y gustas a las chicas. Ligas con las inglesitas. Bebes té en casa de sus padres, que te encuentran encantador. Sigues entrenándote de cara a la mayor misión que un país haya confiado jamás tan sólo a dos hombres. Estás preparado para morir por tu país. Te has convertido en algo que crece más allá de ti mismo y que poco a poco va a sobrepasarte, pero continúas siendo como eres. Eres un hombre sencillo. Eres un hombre.

Eres Jozef Gabčík o Jan Kubiš, y vas a entrar en la historia.

132

Cada gobierno en el exilio refugiado en Londres posee, dentro de su ejército reconstituido, su propio equipo de fútbol, y se organizan regularmente partidos amistosos. Hoy sobre el terreno de juego se enfrentan Francia y Checoslovaquia. Como siempre, ha venido numeroso público, compuesto por soldados de todas las nacionalidades y de todas las graduaciones. El ambiente es jovial; los gritos de ánimo prorrumpen en un contexto de uniformes atildados. En medio de la muchedumbre vociferante, sobre los graderíos, se puede ver a Gabčík y a Kubiš, cubiertos con su gorro marrón, que discuten vivamente. Sus labios se mueven muy rápidos y también sus manos. Cualquiera diría que están en una conversación técnica y complicada. Poco concentrados en el partido, se interrumpen sin embargo cuando una acción peligrosa hace elevar un clamor en el estadio. Siguen la jugada hasta que acaba y luego vuelven a su discusión con el mismo ardor de antes, en medio de los gritos y los cánticos.

Francia abre el marcador. Los del campamento francés manifiestan ruidosamente su satisfacción.

Quizá su actitud, que contrasta con la de los demás espectadores, todos profundamente absortos en el partido, llame un poco la atención. En todo caso, entre los soldados de las fuerzas libres checoslovacas se empieza a rumorear a propósito de la misión especial que ambos han aceptado. Esa operación que preparan en el mayor de los secretos envuelve a los dos hombres de una especie de prestigio, tanto más misterioso cuanto más se niegan a contestar a ninguna pregunta, aunque ésta proceda de sus más viejos camaradas, los de la evacuación de Polonia, los de la Legión francesa.

No cabe duda de que Gabčík y Kubiš discuten de su misión. En el terreno de

juego, Checoslovaquia presiona para aparecer en el marcador. En el punto de penalti, el número 10 recupera la pelota, arma su disparo pero falla el tiro, rechazado por el defensa francés. El delantero centro, emboscado, surge por la izquierda y pega un chut seco bajo el larguero. El portero, ya batido, rueda por el césped. Checoslovaquia empata y el estadio explota de júbilo. Gabčík y Kubiš se han callado. Se alegran vagamente. Los dos equipos se van a casa tras combate nulo.

133

El 19 de noviembre de 1941, durante una ceremonia que tiene lugar entre los brillos dorados de la catedral de Saint-Guy, en el corazón de Hradčany, sobre los altozanos de Praga, el presidente Hácha entrega solemnemente las siete llaves de la Ciudad a su nuevo dueño, Heydrich. La habitación donde están depositadas esas grandes llaves labradas es la misma donde se guarda la corona de san Wenceslao, la joya más preciada de la nación checa. Hay una foto en la que se ve a Heydrich y a Hácha de pie delante de la corona, puesta sobre un cojín finamente bordado. Se dice que en esa ocasión Heydrich no pudo contenerse y se puso la corona en la cabeza. También se dice que una vieja leyenda cuenta que quien se pone la corona indebidamente morirá ese año, así como su hijo primogénito.

En realidad, si se observa bien la foto, se ve a un Hácha que, con su pinta de viejo búho calvo, mira el emblema real con recelo, mientras que Heydrich, por su parte, parece dar muestras de un respeto un poco forzado, y sospecho que sin sentirse literalmente embargado por lo que muy bien podría pasar por ser quincallería folclórica. Hablando claro, me pregunto si la ceremonia no le estaría más bien jodiendo.

Nunca se ha atestiguado con absoluta certeza, por lo visto, que Heydrich se pusiera la corona en aquella ocasión. Pienso que algunos han querido creer en ese episodio para, retrospectivamente, hacer un acto de *hubris* que no podía quedar impune. La verdad es que no creo que Heydrich se viera de pronto en medio de una ópera wagneriana. Prueba de ello es que devolvió a Hácha tres de las siete llaves, a modo de testimonio de amistad, para dar la ilusión de que el ocupante alemán estaba dispuesto a compartir las riendas del país con el gobierno checo. Aparte de que en esta ocasión se trataba de un gesto simbólico totalmente desprovisto de realidad, el cariz semicomedido de ese intercambio de llaves hace perder a la escena toda su potencial desmesura. Se trata de la diplomacia más protocolaria, es decir, la más baja de la gama, y desprovista de significado. Heydrich debe meter prisa para que la cosa acabe cuanto antes y así volver a casa a jugar con sus hijos o a trabajar en la Solución

Final.

Y sin embargo... si se mira más de cerca, se ve la mano derecha de Heydrich, en la foto, parcialmente oculta por el cojín sobre el que reposa la corona. Heydrich se ha quitado el guante, tiene la mano derecha desnuda mientras que la izquierda sigue enguantada. Esa mano derecha avanza hacia alguna parte. En la foto, delante de la corona, sobresaliendo de la mitad del cojín, hay un cetro. Aunque haya que adivinar lo que pase ahí detrás, ocultado por el cojín, hay sólidas razones para pensar que la mano derecha toca, o va a tocar, el cetro. Y este elemento nuevo me lleva a reinterpretar la expresión que brota de la cara de Heydrich. Puede verse en ella la codicia que trata de dominarse. Creo que no se ciñó la corona en la cabeza porque no estamos en una película de Charlie Chaplin, pero de lo que estoy seguro es de que cogió el cetro para sopesarlo con aire displicente: evidentemente es menos demostrativo, pero no deja de tener la densidad de un símbolo, y Heydrich, con todo lo pragmático que era, también poseía un pronunciado afán por los atributos del poder.

134

Jozef Gabčík y Jan Kubiš mojan unas galletas en el té que les ha preparado su casera, la señora Ellison. Todos los ingleses desean participar, de una manera o de otra, en el esfuerzo de guerra. Por eso, cuando se le propuso a la señora Ellison acoger a esos dos muchachos, aceptó con mucho gusto. Además, son encantadores. No sé ni dónde ni cómo lo aprendió, pero Gabčík posee, por así decir, un inglés *fluido*. Locuaz y con encanto, le da conversación a la señora Ellison y ella está fascinada. Kubiš, menos cómodo con el idioma, es más directo, pero sonrío con aspecto bonachón y su bondad natural no pasa desapercibida para su anfitriona. «¿Quieren un poco más de té?» Los dos, sentados uno al lado del otro en el mismo sofá, asienten educadamente. Han pasado ya por tantas precariedades, que no dejan escapar la menor ocasión de alimentarse. Dejan que los pastelillos se deshagan bajo sus paladares, cual galletas de jengibre. De repente, llaman a la puerta. La señora Ellison se levanta, pero les llega antes el ruido de la cerradura. Aparecen dos chicas. «*Come in, darlings*, venid que os presente.» Gabčík y Kubiš se levantan también. «Lorna, Edna, éstos son Djôseph y Yann, van a vivir aquí por algún tiempo.» Las dos muchachas avanzan sonrientes. «Señores, les presento a mis dos hijas.» En ese preciso momento, los dos soldados deben de estar diciéndose a sí mismos que, pese a todo, a veces ocurre que hay un poco de justicia en este rastrero mundo.

«Mi misión consiste, básicamente, en ser enviado a mi país natal con otro miembro del Ejército checoslovaco, con el fin de cometer un acto de sabotaje o de terrorismo en un lugar y en unas condiciones que dependerán de lo que nos encontremos allí y según qué circunstancias. Haré todo lo que esté en mi mano para lograr el resultado pretendido, no sólo en mi país natal sino también fuera de él. Pondré todo mi empeño, mi alma y mi conciencia en poder cumplir con éxito esta misión, a la que me he presentado voluntario.»

El 1.º de diciembre de 1941, Gabčík y Kubiš firman lo que parece ser un documento estandarizado. Me pregunto si sería el mismo para todos los paracaidistas de todos los ejércitos con base en Gran Bretaña.

Albert Speer, arquitecto de Hitler y ministro de Armamento, debería de gustarle a Heydrich. Refinado, elegante, seductor, inteligente, contrasta con el nivel cultural de los demás dignatarios. No es un criador de pollos como Himmler, ni un iluminado como Rosenberg, ni un puerco seboso como Goering o Bormann.

Speer está de paso por Praga. Heydrich le lleva a visitar la ciudad en coche. Le enseña la Ópera, de cuyo tejado falta desde hace poco la estatua de Mendelssohn. Speer comparte con él el gusto por la música clásica. Sin embargo, ambos hombres no se aprecian en absoluto. Speer, el intelectual distinguido, ve en Heydrich al ejecutor de las bajezas de Hitler, al hombre a quien éste le ha confiado el trabajo sucio, y que lo lleva a cabo sin rechistar: un bruto cultivado. Heydrich, por su parte, ve en Speer a un hombre competente cuyas cualidades admira, pero que no pasa de ser un civil esnob y de manicura. Le reprocha, por el contrario, meter demasiado poco las manos en la mierda.

Speer ha sido comisionado por Goering, en tanto que ministro de Armamento, para reclamarle a Heydrich el suministro de 16.000 trabajadores checos suplementarios con vistas al esfuerzo de guerra alemán. Heydrich se compromete a atender la petición en el más breve plazo posible. Le explica a Speer que los checos están ya sometidos, nada que ver con Francia, por ejemplo, infestada de resistentes comunistas y de saboteadores.

La inquietante fila de Mercedes oficiales cruza el puente Carlos. Speer se extasía ante las volutas de los edificios góticos y barrocos. A medida que van sucediéndose las calles, el arquitecto va imponiéndose al ministro. Piensa en posibles reajustes

urbanos: toda esta inmensa superficie inexplorada, en pleno barrio de Letna, podría servir de terreno para la construcción de una nueva sede del gobierno alemán. Heydrich ni se inmuta, pero le desagrada la idea de que puedan obligarlo a abandonar el Hradchine, castillo de los reyes de Bohemia donde se siente como un monarca. En Strahov, cerca del monasterio que contiene una de las más bellas bibliotecas de Europa, Speer vería bien que se alzara de la tierra una gran universidad alemana. También se le acumulan las ideas para reacondicionar totalmente las riberas del Moldau. Preconiza, además, la pura y simple destrucción de esa pequeña réplica de la torre Eiffel que se pavonea sobre Petrin, la colina más alta de la ciudad. Heydrich le explica a Speer que desea convertir Praga en la capital cultural del Reich alemán. No puede evitar mencionar con orgullo la obra que ha programado como apertura de la próxima temporada musical: una ópera de su propio padre. «Excelente idea», responde educadamente Speer, que ignora por completo la producción de su papá. «¿Para cuándo está previsto el estreno?», pregunta el arquitecto. Para el 26 de mayo. Su mujer, en el segundo coche, escruta con todo detalle el modo de vestir de Lina, su acompañante. Al parecer, las dos esposas se tratan con frialdad. Durante dos horas, los Mercedes negros siguen surcando las arterias de la ciudad. Al acabar la visita, Speer se ha olvidado ya de la fecha.

26 de mayo de 1942. La víspera.

137

Gabčík, eslovaco, y Kubiš, moravo, no han ido jamás a Praga, y ése también ha sido un criterio de selección. La seguridad de que ellos no conocen a nadie allí es una garantía de que no serán reconocidos. Pero su ignorancia de jóvenes provincianos supone también un obstáculo. No pueden beneficiarse del conocimiento del terreno. De ahí que su formación intensiva incluya el estudio cartográfico de su hermosa capital.

Gabčík y Kubiš repasan un mapa de Praga, para memorizar el emplazamiento de los lugares principales y de las grandes arterias. Hasta esa fecha nunca han hollado el puente Carlos, la plaza de la Ciudad Vieja, el Malá Strana, la plaza Wenceslao, la plaza Carlos, la calle Nerudova, la colina de Petrin, la de Strahov, las riberas del Vltava, la calle Resslova, el patio del castillo de Hradčany, el cementerio del castillo Vyšehrad donde Vitezslav Nezval, autor del inmortal libro *Praga la de dedos de lluvia*, no está todavía enterrado, las islas tristes sobre el río con sus cisnes y sus patos, la calle Wilsonova que bordea la Estación central, la plaza de la República y su torre polvorín. Nunca han visto con sus propios ojos las torres azuladas de la catedral

de Tyn, ni el reloj astronómico del ayuntamiento, con sus pequeños autómatas que se mueven cada hora. No han bebido todavía un chocolate en el café Louvre o una cerveza en el café Slavia. No se han medido con la estatua del hombre de hierro de la calle Platnerska. Por ahora, las líneas trazadas sobre el mapa no les evocan más que nombres que han oído cuando eran niños o como objetivos militares. Al verlos estudiar sin uniforme la topografía del lugar que deberá ser el escenario de su misión, cualquiera podría creer que son dos turistas que invierten un cuidado meticuloso en la preparación de su viaje.

138

Heydrich recibe a una delegación de ganaderos checos con una acogida glacial. Escucha en silencio sus promesas serviles de cooperación y luego les explica que los granjeros checos son unos saboteadores: hacen trampas en el inventario del ganado y del grano. ¿Con qué fin? Es evidente: alimentar el mercado negro. Heydrich ha empezado ya a ejecutar a carniceros, mayoristas y arrendatarios de bares, pero para luchar eficazmente contra la plaga que contribuye a padecer de hambre a la población, sólo un control perfectamente eficaz de la producción agrícola puede obtener unos resultados significativos. Por consiguiente, Heydrich amenaza con confiscar las granjas a todos los granjeros que no declaren con exactitud su producción. Los ganaderos se quedan paralizados. Saben que incluso si Heydrich decidiera desollar vivos en la plaza de la Ciudad Vieja a quienes se opusieran, nadie acudiría a defenderlos. Ser cómplice del mercado negro para el pueblo es ser un acaparador, y a este respecto el pueblo aprueba las medidas de Heydrich, con lo que consiguió una proeza política: hacer reinar el terror y aplicar una medida popular *al mismo tiempo*.

Una vez que se fueron los ganaderos, Karl Hermann Frank, su secretario de Estado, desea hacer una lista abierta de granjas por confiscar. Pero Heydrich lo invita a templar sus ansias: sólo serán confiscadas las granjas de aquellos granjeros que sean juzgados como impropios de la germanización.

¡Pues claro, ellos no son soviéticos, faltaría más!

139

La escena quizá sucediera en el despacho estucado de Heydrich. Heydrich está concentrado en unos documentos. Llaman a la puerta. Entra un hombre de uniforme

con aspecto desquiciado y un papel en la mano.

—¡Herr Obergruppenführer, la noticia acaba de llegar! ¡Alemania declara la guerra a los Estados Unidos!

Heydrich ni parpadea. El hombre le tiende el telegrama. Lo lee en silencio.

Transcurre un momento muy largo.

—¿Cuáles son las órdenes, Herr Obergruppenführer?

—Que lleven una brigada a la estación y echen abajo la estatua de Wilson.

—...

—Mañana por la mañana. No quiero ver más esa porquería. ¡Hágalo, Mayor Pomme!

140

El presidente Beneš sabe que deberá asumir sus responsabilidades y prepararse para la magnitud de las represalias que se desprendan del golpe dado a los alemanes, sea cual sea el éxito de la operación «Antropoide». Gobernar es escoger, y la decisión está tomada. Pero tomar una decisión es una cosa y asumirla es otra. Y Beneš, que ha fundado Checoslovaquia con Tomáš Masaryk en 1918 y que, veinte años más tarde, no ha sabido evitar el desastre de Múnich, sabe que la presión de la Historia es enorme, y que el juicio de la Historia es el peor de todos. Sus esfuerzos, en adelante, van encaminados a restaurar la integridad del país que él ha creado. La liberación de Checoslovaquia, desgraciadamente, no está en sus manos. Será la RAF y el Ejército Rojo los que decidirán por la suerte de las armas. Es cierto que Beneš ha podido aportar a la RAF siete veces más pilotos que Francia. Y que el récord de aviones abatidos lo ostenta Josef František, el as de la aviación inglesa, que es checo. Beneš se siente muy orgulloso de ambas cosas. Pero sabe también que en tiempos de guerra, el peso de un jefe de Estado se mide sólo por el número de sus divisiones. Por todo ello, las actividades del presidente Beneš se reducen casi únicamente a una diplomacia humillante: de lo que se trata es de dar muestras de buena voluntad a las únicas dos potencias que todavía resisten al ogro alemán, sin garantías de que esas potencias acaben venciénolo. Es verdad que durante los bombardeos de 1940, Inglaterra aguantó el envite y ganó la batalla del aire, al menos temporalmente. Es verdad que el Ejército Rojo, después de haber retrocedido hasta Moscú, ha parado el avance del invasor cuando éste estaba a punto de lograr su objetivo. Inglaterra y la URSS, después de haber evitado cada una el hundimiento por los pelos, parecen hoy estar en condiciones de contrarrestar a un Reich hasta ahora invencible. Pero aún estamos a finales de 1941. La Wehrmacht está prácticamente en la cumbre de su

poderío. Ninguna derrota significativa ha venido todavía a cuestionar su aparente invencibilidad. Stalingrado está aún muy, muy lejos, muy lejos las imágenes del soldado alemán derrotado, con la mirada hacia abajo en medio de la nieve. Beneš no tiene más remedio que apostar por un resultado incierto. Por supuesto, la entrada de Estados Unidos en la guerra representa una extraordinaria esperanza, pero los GI no han cruzado todavía el Atlántico, por tanto están muy lejos aún, y Japón los tiene lo bastante ocupados como para que encima se preocupen de la suerte de un pequeño país de Europa central. Beneš tiene que hacer su propia apuesta pascaliana: dios es un dios de dos cabezas, Inglaterra y la URSS, y apuesta por su supervivencia. Pero agradar a esas dos cabezas al mismo tiempo no es cosa fácil. Inglaterra y la URSS, claro está, son aliados, y Churchill, a pesar de su anticomunismo desde la cuna, demostrará durante toda la guerra una lealtad indefectible desde un punto de vista militar hacia el oso soviético. La posguerra, si es que hay posguerra y los Aliados la ganan, será necesariamente otra historia.

Beneš intenta un golpe audaz con «Antropoide» a fin de impresionar favorablemente a los dos gigantes europeos. Ha recibido el aval y el apoyo logístico de Londres, y ha sido en estrecha colaboración con Londres como se ha montado la operación. Pero no hay que ofender la susceptibilidad de los rusos, y por eso Beneš ha decidido informar a Moscú de la puesta en marcha de «Antropoide». Ahora la presión ha llegado al límite: Churchill y Stalin esperan resultados. El futuro de Checoslovaquia está en sus manos; será mejor no decepcionarlos. Si es el Ejército Rojo el que libera su país, quiere por encima de todo posicionarse como interlocutor creíble frente a Stalin, ya que teme al peso de los comunistas checos.

Beneš piensa probablemente en todo esto cuando su secretario viene a avisarlo:

—Señor Presidente, el coronel Moravec está aquí con dos jóvenes. Dice que está citado con usted, pero su visita no figura en la agenda de hoy.

—Hágalo entrar.

Gabčík y Kubiš han sido llevados en taxi por las calles de Londres sin que supieran adónde los conducían y ahora son recibidos por el presidente en persona. Sobre su escritorio, lo primero que les llama la atención es una pequeña réplica de un Spitfire de estaño. Saludan en posición de firmes. Beneš quería volver a verlos antes de su partida. Pero no deseaba que ningún documento oficial dejara rastros de este encuentro, pues gobernar es también tomar precauciones. Ahora, los dos hombres están frente a él. Los observa mientras les habla de la importancia histórica de su misión. Está impresionado por su aspecto juvenil —Kubiš especialmente parece muy joven, aunque sólo es un año menor que Gabčík— y por la conmovedora sencillez de su determinación. De pronto, por unos minutos, olvida sus consideraciones geopolíticas, no piensa en Inglaterra ni en la URSS, ni en Múnich, ni en Masaryk, ni en los comunistas, ni en los alemanes, ni siquiera en Heydrich. Lo absorbe

completamente la contemplación de esos dos soldados, esos dos muchachos de los que sabe que, sea cual sea el resultado de su misión, apenas si tienen una oportunidad entre mil de salir con vida.

No conozco cuáles son las últimas palabras que les dirige. «Buena suerte», o «Dios os guarde», o «El mundo libre cuenta con vosotros», o «¡Lleváis con vosotros el honor de Checoslovaquia!», o algo así, probablemente. Según Moravec, tiene lágrimas en los ojos cuando Gabčík y Kubiš dejan su despacho. No cabe duda de que presiente un terrible futuro. El pequeño Spitfire, impasible, mantiene su morro elevado.

141

Lina Heydrich está en la gloria desde que se ha reunido con su marido en Praga. Escribe en sus memorias: «Soy una princesa y vivo en un país de cuento de hadas.»

¿Por qué?

En primer lugar, porque Praga, en efecto, es una ciudad de cuento de hadas. No por casualidad Walt Disney se inspiró en la catedral de Tyn a la hora de dibujar el castillo de la reina en *La bella durmiente*.

Luego, además, porque evidentemente en Praga la reina es ella. Su marido, de la noche a la mañana, ha sido propulsado casi al rango de Jefe de Estado. En este país de cuento de hadas, él es el virrey de Hitler, y comparte con su mujer todos los honores propios de su rango. Como esposa del protector, Lina goza de una consideración que sus padres, los von Osten, jamás habían soñado para ella ni para ellos mismos. Queda lejos ya el tiempo en que se enfrentaba a su padre cuando éste quería romper el noviazgo porque Reinhard había sido expulsado de la Armada. Ahora, gracias a él, la vida de Lina es una sucesión interminable de recepciones, inauguraciones, manifestaciones oficiales donde todo el mundo le da muestras de la mayor deferencia. La veo en una foto tomada durante un concierto dado en el Rudolfinium con ocasión del aniversario de Mozart. Afectada, repeinada, maquillada, con un vestido blanco de noche y adornada con sortijas, pulseras y largos pendientes; en medio de hombres serios de esmoquin que rivalizan por estar al lado de su marido, que sonrío, distendido y seguro de su posición, ella permanece de pie, con las manos convenientemente una sobre la otra y un aire de extasiado contento en el rostro.

Pero no es sólo Praga. A partir de ahora, la posición de su marido le permite frecuentar a la alta sociedad del Reich. Himmler, desde hace ya mucho tiempo, le testimonia su amistad, pero ahora ella también conoce a los Goebbels y a los Speer, incluso ha tenido el supremo honor de encontrarse con el Führer, quien hizo el

siguiente comentario al verla del brazo de su marido: «¡Qué buena pareja!» A partir de ahora ya forma parte de la flor y nata. Y Hitler le hace cumplidos.

Y además tiene su propio castillo: un palacio confiscado a un judío, a 20 kilómetros al norte de Praga, rodeado de un amplio terreno que se propone acondicionar con fervor. Como princesa, se vuelve dueña del castillo. Pero, al igual que la reina de la Bella durmiente, es mala. Maltrata al servicio, insulta a todo el mundo cuando está de mal humor, y si su humor es bueno, no habla con nadie. Para llevar a cabo los ambiciosos trabajos que se ha empeñado en hacer en su residencia principesca, explota a una abundante mano de obra que manda venir de los campos de concentración y a la que trata de la peor manera. Supervisa los trabajos vestida de amazona, con una fusta en la mano. Reina en un clima de terror, sadismo y erotismo.

Aparte de eso, se ocupa de sus tres hijos y se congratula por el afecto que les profesa Reinhard. Él adora sobre todo a la pequeña, Silke. Y trata de preñar a su mujer para tener un cuarto. Se ha acabado la época en que ella se acostaba con Schellenberg, su brazo derecho. Se ha acabado la época en que él nunca estaba en casa. En Praga, vuelve al hogar casi todas las noches. A ella le hace el amor y juega con los niños al caballito.

142

Gabčík y Kubiš van a embarcar en el Halifax que debe llevarlos a casa. Pero antes, hay que cumplir con algunas formalidades. Al otro lado de una ventanilla, un suboficial inglés les pide que se quiten la ropa. Sea cual sea el lugar en que caigan a tierra, no está previsto que corran por el campo checo vestidos de paracaidistas ingleses. Se despojan de su uniforme. «Del todo», añade el suboficial cuando se quedan en calzoncillos. Los dos, disciplinados, obedecen. Están totalmente en cueros cuando se les pone delante ropa diversa para elegir. Sin abandonar su sobriedad a la vez británica y militar, el suboficial les muestra el género como si fuera un vendedor de Harrod's, comentando con orgullo cada prenda que les muestra. «Trajes *made in* Checoslovaquia. Camisas *made in* Checoslovaquia. Ropa interior *made in* Checoslovaquia. Zapatos *made in* Checoslovaquia. Comprueben el número. Corbatas *made in* Checoslovaquia. Elijan un color. Cigarrillos *made in* Checoslovaquia. Varias marcas disponibles. Cerillas *made in...* Dentífrico *made in...*»

Una vez vestidos de nuevo, se les provee de documentos falsos, debidamente sellados.

Los dos están listos. El coronel Moravec los espera al pie del Halifax cuyos motores están ya en marcha. Otros cinco paracaidistas parten con ellos en el mismo

avión, aunque con destinos y misiones diferentes. Moravec estrecha la mano de Kubiš deseándole buena suerte. Pero cuando se gira hacia Gabčík, éste le pide que se pueden hablar en privado unos instantes. Moravec arruga el ceño interiormente. Teme una retirada en el último minuto, y de pronto lamenta lo que les dijo a los dos muchachos cuando los escogió: que no dudasen en decirle sinceramente si se veían o no a la altura de la misión que se les había confiado. Había añadido que no habría nada vergonzoso en cambiar de opinión. Lo sigue pensando, pero ya al pie del avión, no sería oportuno. Habría que hacer bajar a Kubiš y retrasar la salida hasta que se encontrase un sustituto para Gabčík. La misión sería suspendida hasta sólo Dios sabe cuándo. Gabčík empieza con precauciones oratorias de mal augurio: «Coronel, me siento muy confuso al pedirle esto...» Pero enseguida disipa los temores de su jefe: «He dejado una deuda de diez libras en nuestro restaurante. ¿Sería posible que la pague usted por mí?» Moravec, aliviado, cuenta en sus memorias que no fue capaz más que de asentir. Gabčík le da la mano. «Puede contar con nosotros, coronel. Cumpliremos nuestra misión según las órdenes», fueron finalmente sus últimas palabras antes de desaparecer en el interior de la carlinga.

143

Los dos redactaron sus últimas voluntades justo antes de volar, y tengo ante mis ojos esos dos magníficos documentos garabateados a toda prisa. Manchados de borrones de tinta y de tachaduras, son prácticamente idénticos. Fechados ambos el 28 de diciembre de 1941, divididos ambos en dos partes, añadidas algunas líneas en diagonal en ambos. Gabčík y Kubiš piden que se cuide de su familia si llegan a morir. Si eso sucede, cada uno indica una dirección, uno en Eslovaquia, otro en Moravia. Los dos son huérfanos y no tienen ni esposa ni hijos. Pero sé que Gabčík tiene hermanas y que Kubiš tiene hermanos. Luego piden también que se avise a sus novias inglesas en caso de defunción. La hoja de Gabčík menciona el nombre de Lorna Ellison; el de Kubiš, Edna Ellison. Los dos se habían convertido en hermanos, mientras salían con aquellas hermanas. En la cartilla militar de Gabčík había metida una foto de Lorna que ha llegado hasta nosotros. El perfil de una joven morena, con pelo rizado, que ya no volverá a ver.

144

Nada me dice que fueran los ingleses del SOE (Special Operation Executive)

quienes suministraran la ropa a Gabčík y Kubiš. Más bien, por el contrario, lo más probable es que la cuestión de la vestimenta la resolvieran los servicios checos de Moravec. Por tanto, no hay motivos para creer que el suboficial que se ocupa de ese asunto sea inglés. Qué cansancio...

145

El comisario general administrador de Bielorrusia, en su sede de Minsk, se queja de las exacciones cometidas por los *Einsatzgruppen* de Heydrich. Deplora que la liquidación sistemática de judíos le prive de una preciosa mano de obra. Protesta ante Heydrich cuando constata que los judíos que han sido antiguos combatientes condecorados son deportados a su gueto de Minsk. Le propone una lista de judíos por liberar, mientras denuncia la falta de criterio de los *Einsatzgruppen* a la hora de matar a todo el que cae en sus manos. Recibe esta respuesta:

«Convendrá conmigo que, en el tercer año de la guerra, incluso para la policía y los servicios de seguridad, hay tareas más importantes de cara al esfuerzo de guerra que correr de un lado a otro para ocuparse de las exigencias de los judíos, perder el tiempo haciendo listas y apartar a todos mis colegas de misiones mucho más urgentes. Si he pedido una investigación sobre las personas de su lista, ha sido para comprobar, de una vez por todas y por escrito, que tales ataques son infundados. Lamento que, seis años y medio después de la entrada en vigor de las leyes raciales de Núremberg, todavía tenga que justificar mis servicios.»

Por lo menos tiene el mérito de ser claro.

146

«Aquella noche, a una altitud de dos mil pies, un enorme avión Halifax zumbaba por el cielo sobre los campos helados de Checoslovaquia. Las cuatro hélices hacen jirones las nubes dispersas, lanzándolas contra los flancos negros y húmedos del aparato, y, desde el gélido fuselaje, Jan Kubiš y Josef Gabčík entrevén su tierra natal a través de la portezuela de salida, con forma de ataúd, abierta en el suelo del aparato.»

Así es como comienza la novela de Alan Burgess *Siete hombres al amanecer*, escrita en 1960. Y desde las primeras líneas ya sé que él no ha escrito el libro que yo quiero escribir. No sé si Gabčík y Kubiš pudieron ver algo de su tierra natal a setecientos metros de altitud, en la negra noche de diciembre de 1941; y en cuanto a la imagen del ataúd, prefiero evitar mientras pueda las metáforas demasiado cargadas.

«Verifican maquinalmente el mecanismo y las cinchas de apertura automática de su arnés de paracaidistas. En unos minutos, se sumergirán en las tinieblas, conscientes de que son los primeros paracaidistas lanzados sobre Checoslovaquia, y de que su misión es una de las más inauditas y arriesgadas que jamás se podrá imaginar.»

Sé todo lo que se puede saber sobre ese vuelo. Sé lo que Gabčík y Kubiš llevaban en su impedimenta: un cuchillo plegable, una pistola con dos cargadores de doce balas, una cápsula de cianuro, una porción de chocolate, tabletas de carne concentrada, cuchillas de afeitar, un carné de identidad falso y unas cuantas coronas checas. Sé que llevaban ropa de civil fabricada en Checoslovaquia. Sé que no dijeron nada a sus compañeros paracaidistas durante el vuelo, según las órdenes que habían recibido, salvo «hola» y «buena suerte». Sé que sus compañeros paracaidistas sospechaban, por muy secreto que fuera su objetivo, que eran enviados a ese país para matar a Heydrich. Sé que fue Gabčík quien, durante el trayecto, causó la mejor impresión al *dispatcher*, el oficial encargado de mantener el orden conveniente en los lanzamientos. Sé que antes del despegue se les hizo redactar a todos un apresurado testamento. Conozco, naturalmente, los nombres de cada uno de los miembros de los otros equipos que los acompañan, así como la naturaleza de sus respectivas misiones. Había siete paracaidistas en el avión, y conozco también la falsa identidad de cada uno de ellos. Gabčík y Kubiš, por ejemplo, se llamaban respectivamente Zdenek Vyskočil y Ota Navrátil, y sus papeles falsos indicaban como profesión cerrajero y operario. Sé casi todo lo que se puede saber acerca de ese vuelo, pero me niego a escribir frases como: «Verifican maquinalmente el mecanismo y las cinchas de apertura automática de su arnés de paracaidistas.» Aunque lo harían, no cabe duda.

«El mayor de los dos, de veintisiete años, debía de medir alrededor de 1,75 metros. Tenía el pelo rubio y bajo sus pobladas cejas sus ojos grises, profundamente hundidos, miraban el mundo con dureza. Sus labios nítidos, bien perfilados...», etcétera. Me paro ahí. Es una pena que Burgess perdiera su tiempo con semejantes tópicos, ya que, por otra parte, estaba incontestablemente documentado. Me percaté de dos errores flagrantes en su libro, uno concerniente a la mujer de Heydrich, a la que llama Inga en vez de Lina, y otro sobre el color de su Mercedes, que se obstina en ver verde en lugar de negro. También reparé en algún episodio dudoso, que me sospecho inventado por Burgess, como la oscura historia de las cruces gamadas tatuadas al rojo vivo en las nalgas. Pero, por otra parte, aprendí muchas cosas de la

vida que Gabčík y Kubiš llevaron en Praga durante los meses que precedieron al atentado. Hay que decir que Burgess tenía una ventaja sobre mí: pudo encontrar testigos todavía vivos veinte años después de los hechos. Algunos, en efecto, habían sobrevivido.

147

Bueno, finalmente saltaron.

148

Según Edouard Husson, un reputado universitario que prepara una biografía de Heydrich, todo, desde el principio, fue mal.

Gabčík y Kubiš fueron lanzados muy lejos del lugar previsto. Debían tomar tierra cerca de Pilsen, pero están a unos kilómetros... de Praga. Después de todo, dirán ustedes, allí es donde está su objetivo y así han ganado tiempo. Con reflexiones como ésta es como se puede comprobar que ustedes no saben nada de la clandestinidad. Sus contactos en la Resistencia interior los esperan en Pilsen. En Praga, no tienen ninguna dirección. Era la gente de Pilsen la que tenía que introducirlos allí. Aunque estén muy cerca de Praga, tienen que darse la vuelta y pasar por Pilsen. Lamentan, como ustedes, lo absurdo de ese ir y venir, pero sin embargo es algo necesario.

Lo lamentarán cuando se les diga dónde estaban, porque en ese momento no tienen ni la menor idea. Se encuentran en un cementerio. No saben dónde esconder sus paracaídas, y Gabčík cojea un poco ya que se ha fracturado un dedo al posar el pie en su suelo natal. Caminan sin saber adónde van, dejando huellas. Rápidamente disimulan sus paracaídas entre un montón de nieve. Saben que pronto amanecerá, que están peligrosamente expuestos y que deben ocultarse en alguna parte.

Encuentran un abrigo rocoso en una cantera de piedras. Protegidos de la nieve y del frío pero no de la Gestapo, saben que no se pueden quedar en ese lugar, pero no saben adónde ir. Extranjeros en su país, perdidos, heridos, buscados ya seguramente por quienes habrán oído en el cielo los motores del avión que los ha trasladado, los dos hombres deciden esperar. ¿Qué hacer, si no? Inclınados sobre un mapa, ¿qué buscar? ¿Hallar el emplazamiento de esa minúscula cantera? Su misión amenaza con ser abortada apenas ha empezado, o más bien, suponiendo que no sean descubiertos, lo que es una suposición ridícula, antes de que llegue a empezar.

Y, efectivamente, son descubiertos.

Es un guarda forestal quien los encuentra al amanecer. Ha oído el avión durante la noche, ha hallado los paracaídas bajo la nieve y ha seguido las huellas. Ha entrado en la cueva. Y les dice entre toses: «¡Buenos días, muchachos!»

Según Edouard Husson, todo fue mal desde el principio, pero la suerte también les favoreció. El guarda forestal, aunque sabe que se juega la vida, es un hombre valiente y los va a ayudar.

149

Es una larga cadena de resistentes la que, empezando por ese guarda forestal, va a llevar a nuestros dos héroes hasta Praga y el piso de los Moravec.

La familia Moravec está compuesta por el padre, la madre y el hijo pequeño, Ata, mientras que el primogénito ha partido a Inglaterra a pilotar un Spitfire. Son sólo homónimos del coronel Moravec, sin ningún vínculo de parentesco, pero al igual que él combaten contra la ocupación alemana.

Y no están solos. Gabčík y Kubiš encontrarán a mucha gente humilde dispuesta a arriesgar su vida por acudir en su ayuda.

150

Es un combate perdido de antemano. No puedo contar esta historia tal como debió de ser. Todo ese fárrago de personajes, acontecimientos, fechas, toda la ramificación infinita de relaciones causa-efecto, y luego esa gente, esa gente de verdad que ha existido de verdad, con su vida, sus actos y sus pensamientos que apenas si llego a rozar... Una y otra vez me doy contra ese muro de la Historia por el que trepa y se extiende imparable hacia arriba, cada vez más dura, la hiedra desalentadora de la causalidad.

Miro un mapa de Praga en el que están señalados todos los pisos de las familias que ayudaron y dieron cobijo a los paracaidistas, compromiso que casi todas ellas pagaron con su vida. Hombres, mujeres y niños, naturalmente. La familia Svatoš, a dos pasos del puente Carlos; la familia Ogoun, cerca del Castillo; las familias Novák, Moravec, Zelenka, Fafek, situadas más al este. Cada miembro de cada una de esas familias merecería su propio libro, el relato de su compromiso con la Resistencia hasta Mauthausen y su trágico desenlace. Cuántos héroes olvidados duermen en el gran cementerio de la Historia... Miles, millones de Fafek y de Moravec, de Novák y de Zelenka...

Los que han muerto, han muerto, y a ellos les es indiferente que se les rinda algún homenaje. Si hay alguien para quien eso tiene algún significado, es para nosotros, para los vivos. La memoria carece de utilidad para aquellos a quienes honra, pero sirve de mucho a quien se sirve de ella. Con ella me construyo, y con ella me consuelo.

Ningún lector va a retener esa lista de nombres. ¿Por qué habría de hacerlo? Para que cualquier cosa pueda penetrar en la memoria, es preciso antes transformarla en literatura. No está bien, pero es así. Sé ya que sólo los Moravec, y quizá también los Fafek, encontrarán ubicación en la economía narrativa de mi relato. Los Svatoš, los Novák, los Zelenka, sin contar todos los demás cuyo nombre o cuya existencia ignoro, regresarán a su olvido. Pero después de todo, un nombre es sólo un nombre. Pienso en todos ellos. Quiero decirlos. Y si nadie me escucha, pues no pasa nada. Ni a ellos ni a mí. Puede que tal vez llegue un día en que alguien con necesidad de consuelo escriba la historia de los Novák y los Svatoš, de los Zelenka y los Fafek.

151

El 8 de enero de 1942, un Gabčík renqueante y Kubiš pisan el suelo sagrado de Praga por primera vez, y estoy seguro de que se maravillan de la belleza barroca de la ciudad. Enseguida, sin embargo, se plantean los tres dilemas de todo clandestino: alojamiento, alimentación y papeles. Londres los ha provisto de carnés de identidad falsos pero eso, aun siendo necesario, no basta. En el Protectorado de Bohemia-Moravia, en 1942, es absolutamente vital poder contar con un permiso de trabajo y, sobre todo, hay que contar con una buena razón para no estar trabajando, si se le sorprende a uno vagando por las calles durante la jornada laboral, como les sucederá con frecuencia a ambos en los meses siguientes. La Resistencia local se dirige al doctor que le cura el pie a Gabčík: tiene que diagnosticarle una úlcera de duodeno a Gabčík y una inflamación de la vesícula biliar a Kubiš, lo que les permite demostrar su incapacitación para el trabajo. De este modo, sus papeles están en regla. Tienen dinero. Queda la cuestión del alojamiento. Pero descubrirán con enorme satisfacción que no falta gente de buena voluntad en esa época tan sombría.

152

No hay que creer todo lo que se cuenta, especialmente si son los nazis quienes lo cuentan: bien porque toman sus deseos por realidades y se equivocan de parte a parte,

como el gordo Goering, o bien porque mienten descaradamente con fines propagandísticos, como Goebbels trismegisto, al que Joseph Roth llamaba «el altavoz personificado». Y muy a menudo, por las dos cosas a la vez.

Heydrich no se libra de esta tendencia nazi. Es probable que sea sincero cuando pretende haber decapitado y debilitado a la Resistencia checa, y no va desencaminado del todo, pero se pavonea demasiado. Cuando Gabčík tropieza torpemente contra el suelo de su país natal y se hiere, la noche del 28 de diciembre de 1941, el estado de la Resistencia en el Protectorado es preocupante, pero no del todo desesperado. Todavía les queda alguna carta que jugar.

Por de pronto, *Tri králové*, «los tres reyes», gran organización de movimientos unificados de la Resistencia checa, aún está operativa, aunque ha sido duramente golpeada en la cabeza. Los tres reyes son los jefes de la organización, tres antiguos oficiales del ejército checoslovaco. En enero de 1942, dos han caído: uno fusilado al poco de llegar Heydrich, el otro torturado en las mazmorras de la Gestapo. Pero queda uno, Václav Morávek (con una *k* al final, y no hay que confundirlo ni con el coronel Moravec, ni con la familia Moravec, ni con Emanuel Moravec, el ministro de Educación). Va con guantes tanto en invierno como en verano porque se seccionó un dedo al deslizarse por el cable de un pararrayos cuando escapaba de un control de la Gestapo. Es el último de los tres reyes, da muestras de una actividad intensa, coordina lo que queda de su red y se expone cada vez a mayores riesgos. Anhela lo que su organización demanda desde hace meses: el envío de paracaidistas por parte de Londres.

A él se debe que lleguen hasta Londres las increíbles informaciones suministradas por uno de los más grandes espías de la Segunda Guerra Mundial, un oficial alemán de muy alta graduación que trabajaba para el Abwehr, Paul Tümmel, cuyo nombre codificado era A54, alias René. Él solito previno al coronel Moravec de la agresión nazi contra Checoslovaquia, contra Polonia, contra Francia en mayo de 1940, contra Gran Bretaña cuando el plan de invasión de junio de 1940, y contra la URSS en junio de 1941. Desgraciadamente, los países concernidos no siempre supieron o pudieron recibir aquellas informaciones. Pero la calidad de sus informes impresionará enormemente a Londres, y aquél los hará llegar siempre por el conducto checo, ya que A54 trabaja en Praga y, por prudencia, no desea más que un solo interlocutor. Representa, por tanto, un extraordinario as en la manga de Beneš, que no repara en gastos a la hora de mantener su valiosa fuente.

Por último, en el otro extremo de la cadena, las manos anónimas de la Resistencia, gente como usted y como yo salvo en el hecho de que ellos aceptan arriesgar su vida escondiendo a otra gente, guardando material, llevando mensajes, y forman un ejército checo en las sombras, nada desdeñable, con el que todavía se puede contar.

Gabčík y Kubiš no son nada más que dos para cumplir su misión, pero en realidad no están solos.

153

En un piso de Praga, en el barrio de Smíchov, dos hombres esperan. El timbre de la puerta los sobresalta. Uno de ellos se levanta y va a abrir. Entra un hombre bastante alto para la época. Es Kubiš.

—Soy Ota —dice.

—Y yo Jindra —le responde uno de los hombres.

Jindra es el nombre de uno de los más activos grupos de resistencia, organizado en el seno de una asociación deportiva y de cultura física, los Sokols.

Le sirven té al recién llegado. Los tres hombres guardan un denso silencio que acaba por romper el que se ha presentado con el nombre de la organización:

—Ha de saber que la casa está vigilada y que cada uno de nosotros tiene algo en su bolsillo.

Kubiš sonríe y saca una pistola de su americana (en realidad, lleva otra en la manga):

—A mí también me gustan los juguetes —dice.

—¿De dónde viene usted?

—No puedo decírselo.

—¿Por qué?

—Nuestra misión es secreta.

—Pero ya le ha confiado a varias personas que usted venía de Inglaterra...

—¿Y qué?

Imagino un silencio.

—No se sorprenda por nuestra desconfianza, no carecemos de agentes provocadores en este país.

Kubiš no dice nada, no conoce a esa gente, quizá necesite de su ayuda, pero ha decidido que no tiene que darles ninguna explicación.

—¿A qué oficiales checos conoce en Inglaterra?

Kubiš consiente en soltar algunos nombres. Responde más o menos de buen grado a otras preguntas susceptibles de comprometerlo. Entonces interviene el segundo hombre. Le muestra una foto de su yerno huido a Londres. Kubiš, lo reconozca o no, permanece tranquilo, como es él. El que se ha presentado con el nombre de Jindra toma de nuevo la palabra:

—¿Es usted de Bohemia?

—No, de Moravia.

—¡Qué coincidencia, yo también!

Otra vez un silencio. Kubiš sabe que está pasando un examen.

—¿Y podría decirme de qué parte?

—De los alrededores de Trebíč —responde Kubiš, de mala gana.

—Conozco esa zona. ¿Sabe usted que hay de extraordinario en la estación de Vladislav?

—Hay unos magníficos rosales. Supongo que al jefe de estación le gustan las flores.

Los dos hombres empiezan a distenderse. Kubiš añade finalmente:

—No recelen de mi silencio sobre nuestra misión. No puedo decirles más que su nombre en clave: «Antropoide.»

Lo que queda de la Resistencia checa suele tomar sus deseos por realidades, pero por esta vez, excepcionalmente, no se ha equivocado:

—¿Han venido a matar a Heydrich? —pregunta el que se hace llamar Jindra.

Kubiš se sobresalta:

—¿Cómo lo saben?

Se ha roto el hielo. Los tres vuelven a servirse un poco de té. Lo poco que aún queda de los resistentes en Praga se pondrá al servicio de los dos paracaidistas venidos de Londres.

154

Durante quince años detesté a Flaubert porque me parecía responsable de determinada literatura francesa, desprovista de grandeza y de fantasía, que se complacía en la pintura de la mediocridad, sumiéndose con delicia en el realismo más fastidioso, regodeándose en un universo pequeñoburgués que pretendía denunciar. Pero entonces leí *Salammbô*, e inmediatamente entró en la lista de mis diez libros preferidos.

Cuando se me ocurrió remontarme a la Edad Media para exponer algunas escenas de los orígenes del contencioso checo-alemán, quise buscar algunos ejemplos de novelas históricas cuya acción fuese más allá de la era moderna y pensé de nuevo en Flaubert.

En su correspondencia de la época en que redacta *Salammbô*, Flaubert se inquieta: «Es Historia, ya lo sé, pero si una novela es tan cargante como un libro científico...» También tiene la impresión de escribir «en un estilo académico deplorable» y, además, «lo que (lo) atormenta es el lado psicológico de (su) historia»,

sobre todo porque de lo que se trata es de «darle a la gente *un lenguaje en el que ella no ha pensado*». Con respecto a la documentación: «A propósito de una palabra o de una idea, me pongo a investigar, me entrego a divagaciones, entro en un sinfín de ensoñaciones [...]» Este problema va en paralelo con el de la veracidad: «En cuanto a la arqueología, lo que tiene que ser es “probable”. Basta con eso. Con tal que no se pueda *demostrarme* que he dicho absurdos, es lo único que pido.» Por una vez, estoy en desventaja: es más fácil pillarme en falta por la matrícula de un Mercedes de los años cuarenta que por el arnés de un elefante del siglo III antes de Cristo.

De todos modos, siento cierto alivio con la idea de que Flaubert, mientras escribía su obra maestra, sintió esas angustias y se planteó esas cuestiones antes que yo. Y también es él quien me da una total garantía cuando escribe: «Valemos más por nuestras aspiraciones que por nuestras obras.» Lo que significa que puedo fracasar con mi libro. Todo ya puede ir más rápido a partir de ahora.

155

Es increíble, acabo de encontrar una novela más sobre el atentado. Se llama *Like a Man*, de un tal David Chacko. Se supone que el título quiere ser la traducción aproximada de la palabra griega *antropoide*. El autor se ha documentado extremadamente bien, me da la impresión de que ha utilizado todo lo que se sabe a día de hoy sobre el atentado y sobre Heydrich para construir episodios de novela. Incluso teorías muy poco conocidas (y que a veces hay que poner en tela de juicio), como la hipótesis de la bomba envenenada, aparecen en su trama narrativa. Su conocimiento de la documentación me ha impresionado muchísimo, teniendo en cuenta la ingente cantidad de detalles que ha recogido, lo que me inclina a pensar que son verídicos, pues hasta donde yo puedo saber, no he podido detectar ni un solo error. A este respecto, me ha obligado a matizar mi consideración sobre *Siete hombres al amanecer*, la novela de Alan Burgess, que había despachado como demasiado fantasiosa. Había expresado mi mayor escepticismo sobre todo a colación de las cruces gamadas marcadas al rojo vivo en el culo de Kubiš. También había señalado con condescendencia un abultado error relativo al color del Mercedes de Heydrich, que presenta como verde. Ahora bien, la novela de David Chacko confirma lo de las cruces gamadas y lo del color. Como además no he visto que se equivoque ni una sola vez, ni siquiera en detalles tan finos que únicamente yo, en un ataque de orgullo con visos de ensueño delirante, creía poder conocer, no tengo más remedio que concederle mucho crédito a todo lo que pueda contar. Por eso, sin embargo, me cuestiono cosas como lo del Mercedes, que yo he visto de color negro, no me cabe la

menor duda, en el museo del Ejército de Praga, donde el coche estaba expuesto, y también en las numerosas fotos que he podido consultar. Claro que, en una foto en blanco y negro, se puede confundir el negro con el verde oscuro. Por otro lado, hubo en su día una pequeña polémica acerca del coche expuesto: el museo lo presentaba como el original, a lo que algunos han replicado con la afirmación de que se trataba en realidad de un Mercedes que imitaba al idéntico (con el neumático reventado y la portezuela trasera derecha hecha pedazos), es decir, una reproducción. Dicho esto, aunque se trate de una réplica, imagino que habrían puesto atención en el color. Vale, de acuerdo, le estoy dando sin duda una importancia exagerada a lo que en resumidas cuentas no es más que un elemento ornamental, ya lo sé. Me parece que es un síntoma clásico de los neuróticos. Yo debo de ser psicorrígido. Pasemos.

Cuando Chacko escribe: «Se podía acceder al castillo por diferentes caminos, pero Heydrich, el showman, pasaba siempre por la puerta principal, donde estaba la guardia», me fascina tanta seguridad. Entonces me pregunto: «¿Y cómo lo sabe? ¿Cómo puede *estar seguro de ello?*»

Otro ejemplo. Es un diálogo entre Gabčík y el cocinero checo de Heydrich. El cocinero informa a Gabčík sobre la protección con que cuenta Heydrich en su domicilio privado: «Heydrich desdeña cualquier protección, pero los SS se toman su trabajo en serio. Es su jefe, ya me entiende. Lo tratan como un dios. Es la imagen de aquello a lo que aspiran todos a parecerse. La bestia rubia. Es así como lo llaman cuando están de servicio. Nunca podrá comprender bien a los alemanes hasta que no sea capaz de comprender que ellos ven eso como un cumplido.»

El talento de Chacko consiste aquí en su facultad de integrar una información histórica —a Heydrich lo apodaban, aunque parezca imposible, como la bestia rubia— en un diálogo valioso en sí mismo por su finura psicológica, y sobre todo, desde un punto de vista literario, por su puntilla final. En general, por lo demás, Chacko destaca en los diálogos; básicamente es a través de ellos por donde transita la Historia en la novela. Y tengo que decir, precisamente yo, a quien tanto repugna emplear ese procedimiento, que están muy logrados, y que de verdad me he quedado enganchado de varios pasajes. Cuando Gabčík le contesta al cocinero, que acaba de hacerle una descripción terrorífica de Heydrich: «No lo crea, es un ser humano. Hay una manera de comprobarlo», disfruto como ante un *spaghetti western*.

Bien, es verdad que las escenas en las que describe a Gabčík dejándose chupar en medio del salón o a Kubiš meneándose en el cuarto de baño son, sin lugar a dudas, inventadas. Yo sé que Chacko *no sabe* si Gabčík se dejó chupar ni, si es el caso, en qué circunstancias, y menos todavía ni dónde ni cuándo Kubiš se la meneó: por definición, este tipo de escenas no cuentan con ningún testigo —salvo raras excepciones— y Kubiš no tenía ninguna razón para contar sus pajas a nadie ni para dejarlo escrito en un diario. Pero el autor asume perfectamente la dimensión

psicológica de su novela, plagada de monólogos interiores, descolgándose de una exactitud histórica que no pretende, ya que el libro se abre con la fórmula «todo parecido con los hechos etc. no sería más que pura coincidencia». Chacko ha querido hacer ante todo una novela, ciertamente que muy bien documentada, pero sin ser esclava de esa documentación. Apoyarse en una historia verdadera, explotar al máximo los elementos novelescos, pero inventar alegremente cuando le convenga a la narración sin tener que rendirle cuentas a la Historia. Un hábil tramposo. Un prestidigitador. Un novelista, vaya.

Es verdad que al volver a mirar con atención las fotos, me asalta una duda sobre el color. La exposición se remonta a varios años atrás, y puede que mi memoria me traicione. ¡Veo tan negro aquel Mercedes! Quizá sea mi imaginación la que me juega una mala pasada. Llegará un momento en que tendré que resolver este asunto. O verificarlo. De una manera o de otra.

156

Le he preguntado a Natacha por el Mercedes. Ella también lo vio de color negro.

157

Cuanto más poder asume Heydrich, más se comporta como Hitler. Ahora, al igual que el Führer, flagela a sus colaboradores con largos discursos inflamados sobre el destino mundial. Frank, Eichmann, Böhme, Müller, Schellenberg escuchan prudentemente los delirantes comentarios de su jefe cuando se vuelca sobre un planisferio:

«Los escandinavos, los holandeses y los flamencos son de raza germánica... compartiremos el Próximo Oriente y África con los italianos... empujaremos a los rusos más allá de los Urales y colonizaremos su país con soldados-campesinos... los Urales serán nuestras fronteras del Este. Nuestros reclutas cumplirán allí su año de instrucción y los formaremos en la guerrilla como guardias fronterizos. El que no combata sin tregua que se vaya, no le haré nada...»

Vértigo de poder por la violencia, sin duda. Heydrich, como su maestro, se considera ya el amo del mundo. Pero todavía hay una guerra que ganar, rusos que vencer, y una lista de príncipes herederos que eliminar tan larga como un brazo. Incluso siendo muy optimista, y es verdad que la estrella de Heydrich no ha dejado de ascender en la negra noche del Reich, es demasiado pronto para todo eso.

Se sabe que desde el principio la lucha entre los delfines de Hitler ha sido feroz. ¿Qué lugar ocupa Heydrich en esa marisma? Muchos, fascinados por el aura maléfica del personaje y alegando su meteórica ascensión, están persuadidos de que habría acabado por suceder al Führer, u ocupado su puesto.

En 1942, sin embargo, es muy largo todavía el camino hacia la cumbre. Heydrich es cortejado más que nunca por la primera línea de pretendientes, Goering, Bormann, Goebbels, todos con la intención de apartarlo de Himmler, que vigila celosamente a su brazo derecho. Pero aunque ha cobrado otra dimensión con su nombramiento en Praga y el encargo de la Solución Final que le ha sido confiado, Heydrich sigue sin estar todavía del todo a su mismo nivel. Goering, por muy alejado que esté de la carrera de delfín, oficialmente es aún el número dos del régimen y el designado como sucesor por Hitler. Bormann ha sustituido a Rudolf Hess a la cabeza del partido y después del Führer. La propaganda de Goebbels es más que nunca el contrafuerte del régimen. Himmler dirige las Waffen SS cuyas divisiones de combate se cubren de gloria en todos los frentes, y controla por entero el sistema concentracionario, dos ámbitos que escapan ampliamente a las prerrogativas de Heydrich.

Incluso si su puesto de protector le permite ahora cortocircuitar la vía jerárquica y tener un acceso directo a Hitler, Heydrich no se acaba de decidir a suplantarlo a Himmler: sabe que no hay que subestimar a su jefe, por muy insignificante que pueda parecer, y además, su posición de número dos de la SS le permite protegerse detrás de él si vienen mal dadas, aguardando el día en que llegue a ser tan poderoso que no tema a nadie.

Por el momento, los rivales directos de Heydrich son de menor envergadura: Alfred Rosenberg, ministro de los Territorios del Este y teórico de la colonización en esos territorios; Oswald Pohl, inspector general de los campos de concentración, responsable como él de una «oficina central» (*Hauptamt*, la HA en la RSHA) en el seno de la SS; Hans Frank, gobernador general de Polonia, su homólogo en Varsovia; o incluso Canaris, jefe del Abwehr, su homólogo en la Wehrmacht... Es verdad que si se acumulan las funciones y atribuciones, el poder de todos ellos, uno a uno, sobrepasa el suyo. Pero, en cuanto al dominio de cada uno, la amplitud se restringe. Desde esta perspectiva, hay que añadir también a Dalüge, jefe de la policía general, otra «oficina central» dependiente directamente de Himmler en el organigrama SS. Como es obvio, su acción se limita a las tareas de gendarmería, mantenimiento del orden, derecho común, etc., pero eso no quita que la Orpo, la Schupo y la Kripo, aun careciendo del poderío y del negro prestigio de la Gestapo, constituyan por añadidura otras policías más que escapan al control de Heydrich.

Por tanto, el camino todavía es largo. Pero Heydrich, como ha demostrado con creces, no es hombre que se desanime fácilmente.

He encontrado esta anécdota en muchos libros: Himmler asiste a una sesión de ejecuciones en Minsk y se desmaya cuando le salpica la sangre de dos muchachas asesinadas justo delante de sus ojos. A raíz de esa penosa escena fue cuando tomaría conciencia de la necesidad de hallar otro medio de llevar a cabo el trabajo de eliminación de judíos y demás *Untermenschen* menos agotador para los nervios de los ejecutores.

Pero, si he dar crédito a mis notas, el final de las ejecuciones coincide con una toma de conciencia similar por parte de Heydrich, cuando también él hizo una visita de inspección, un día en que estaba acompañado por «Gestapo Müller», su subordinado.

Los *Einsatzgruppen*, una vez metidos en faena, procedían siempre más o menos de la misma manera: hacían cavar una gigantesca zanja, llevaban allí a centenares e incluso a millares de judíos o de supuestos opositores recogidos de las ciudades o de los pueblos circundantes, los alineaban en el borde y los ametrallaban. En ocasiones, los ponían de rodillas para dispararles un tiro en la nuca. Pero la mayoría de las veces ni siquiera se molestaban en comprobar si todos estaban muertos, y unos cuantos llegaron a ser enterrados vivos. Algunos sobrevivieron, protegidos debajo de un cadáver, medio muertos ellos mismos, mientras esperaban que cayera la noche para subir a la superficie escarbando en la tierra bajo la que estaban sepultados (pero esos casos fueron verdaderamente milagrosos). Varios testigos han descrito el espectáculo de esos cuerpos amontonados los unos sobre los otros, cual masa hormigueante de la que se escapaban los gritos y los gemidos de los que agonizaban. Las zanjas eran cerradas de nuevo inmediatamente. En total, con este método primitivo, los *Einsatzgruppen* liquidaron alrededor de un millón y medio de personas, judíos y otros, pero sobre todo judíos.

Heydrich, en compañía unas veces de Himmler, otras de Eichmann o de Müller, asistió a varias de esas ejecuciones. Durante una de ellas, una mujer joven le tendió su bebé para que lo salvara. La madre y el niño fueron abatidos allí mismo delante de él. Heydrich, más hermético que Himmler ante cualquier forma de sensiblería, no se desmayó. Pero, sin embargo, impresionado por la crueldad de la escena, se preguntó por la pertinencia de esa modalidad de ejecución. Y, como a Himmler, le inquietó su desastroso efecto en la moral y los nervios de sus valerosos SS. Mientras lo pensaba, destapó su cantimplora y echó un trago de *slivovice*. El *slivovice* es un aguardiente checo hecho a base de ciruela, muy fuerte y, en opinión de numerosos checos, nada bueno. Gran bebedor, Heydrich debió de cogerle gusto a raíz de vivir en Praga.

No obstante, transcurrirá todavía cierto tiempo antes de llegar a la conclusión de que sus *Einsatzgruppen* no constituyen necesariamente la solución ideal para resolver

la cuestión judía. Cuando en julio de 1941 efectuó su primera inspección con Himmler, también en Minsk, donde ambos fueron en el tren especial del Reichsführer, Heydrich, al igual que su jefe, no halló nada censurable en la matanza a la que había asistido. Hubieron de pasar varios meses hasta que uno y otro comprendieran que tal procedimiento hacía entrar al nazismo y a Alemania en una esfera de barbarie que corría el riesgo de granjearle al Tercer Reich la condena de las generaciones futuras. Había que hacer algo para remediarlo. Pero el desarrollo de las matanzas estaba tan avanzado que el único remedio que encontraron fue Auschwitz.

159

Sorprendentemente, durante este sombrío y horrible periodo, el número de matrimonios checos aumenta. Incluso hay una razón para ello. El Servicio de Trabajo Obligatorio, a comienzos de 1942, sólo concierne por el momento a los solteros. Por eso es notable un aumento significativo de ciudadanos checos que se casan apresuradamente. Pero como era de esperar el asunto no pasa desapercibido a la mirada inquisitorial de los servicios de Heydrich. Se decide por tanto que el STO checo se extienda a todos los ciudadanos checos varones sin restricción alguna. Así, decenas de miles de trabajadores checos, casados o solteros, serán enviados a la fuerza a las cuatro esquinas del Reich con el fin de servir de mano de obra allí donde se necesite, es decir, por todas partes, ya que la Wehrmacht se traga a los trabajadores alemanes por millones. Se cruzan allí polacos, belgas, daneses, holandeses, noruegos, franceses, etc.

Esta política no carece de efectos secundarios. En uno de los numerosos informes de la RSHA que aterrizan invariablemente sobre la mesa de Heydrich, puede leerse:

«Desde diferentes lugares del Reich, donde están empleados millones de trabajadores extranjeros, oímos hablar de casos de relaciones sexuales con mujeres alemanas. El peligro de debilitamiento biológico está en constante aumento. El número de quejas relativas a jóvenes de sangre alemana que buscan trabajadores checos para mantener relaciones sentimentales no deja de multiplicarse.»

Supongo que Heydrich, después de leer ese informe, pondría mala cara. Besar a extranjeras no es algo que a él le moleste en absoluto. Pero que mujeres arias ardientes busquen aparearse con unos metecos, eso le repugna, y supone una razón añadida para despreciar a las mujeres en general. Es cierto, sin embargo, que Lina

jamás podría hacer una cosa semejante, ni siquiera para vengarse de sus infidelidades: Lina es una verdadera alemana, de sangre pura, de sangre noble, que antes preferiría matarse que acostarse con un judío, un negro, un eslavo, un árabe o cualquier otro hombre de una raza inferior. No como esas puercas sin conciencia, que no merecen ni ser alemanas. Las pondría a todas en un burdel, y cuanto antes, o en esos criaderos de arios, esos picaderos donde las jóvenes rubias esperan a que las monten los sementales de las SS. Habría que ver entonces si alguien se quejaría.

Me pregunto cómo los nazis acomodaban su doctrina a la belleza de las eslavas: no sólo pueden encontrarse en la Europa del este las mujeres más bellas del continente, sino que con frecuencia además muchas de ellas son rubias con ojos azules. Por otra parte, cuando Goebbels mantuvo relaciones con Lida Baarová, espléndida actriz checa, no parece que se planteara demasiadas cuestiones sobre la pureza racial. Quizá no dejara de pensar que su belleza fatal la hacía apta para la germanización. Si pensamos en el físico degenerado de la mayoría de los dignatarios nazis —y Goebbels con su cojera es uno de sus más genuinos especímenes—, no podemos más que reírnos al imaginar ese temor al «debilitamiento de la raza» que los obsesionaba tanto. Pero en cuanto a Heydrich, evidentemente, la cosa es distinta. Él no es un retaco moreno y su físico porta en alto el estandarte de la germanidad. ¿Se lo creía? Pienso que sí. Siempre es fácil creer en lo que nos favorece y mejora. Recuerdo esta frase de Paul Newman: «Si no hubiera tenido los ojos azules, jamás habría hecho la carrera que hice.» Me pregunto si Heydrich pensaría lo mismo.

160

Una vez más, he caído por azar sobre una obra de ficción relativa a Heydrich. Esta vez se trata de un telefilm, *El crepúsculo de las águilas*, sacado de una novela, *Fatherland*, de Robert Harris. El personaje principal está representado por Rutger Hauer, el actor holandés consagrado por su inmortal papel de replicante en *Blade Runner*, de Ridley Scott. Aquí hace el papel de un comandante de las SS que sirve en la policía criminal (la Kripo).

La historia se desarrolla en los años sesenta. El Führer reina en Alemania. Berlín ha sido reconstruida según los planos de Albert Speer y parece una ciudad que mezcla los estilos barroco, art nouveau, mussoliniano y abiertamente futurista. La guerra continúa contra Rusia, pero el resto de Europa está bajo el dominio del Tercer Reich. Sin embargo, es una época de deshielo de las relaciones con Estados Unidos. Kennedy tiene que encontrarse con Hitler en los próximos días para firmar un acuerdo histórico. En esa ficción, es el padre, Joseph Patrick, y no el hijo, John

Fitzgerald, quien ha sido elegido presidente. Como se sabe, el padre de JFK nunca ocultó sus simpatías nazis. El relato se basa en el principio de: «¿Y si...?» Construye una historia alternativa a partir de una hipótesis, que aquí es la de la perennidad del régimen hitleriano. Eso se llama una ucronía.

En este caso, ésta toma la forma de una intriga policiaca: altos dignatarios nazis aparecen misteriosamente asesinados. Con la ayuda de una periodista americana, llegada para cubrir la visita de Kennedy, el inspector de las SS que representa Rutger Hauer descubre el nexo que une a todos esos muertos: Bühler, Stuckart, Luther, Neumann, Lange... todos ellos participaron en una misteriosa reunión veinte años atrás, en enero de 1942, organizada en Wannsee por Heydrich en persona. Heydrich, en los años sesenta, se ha convertido en ministro, Reichsmarchall en el lugar de Goering, y en cierto modo en el número dos del régimen. Hitler, para no comprometer el acuerdo que debe firmar con Kennedy, manda hacer desaparecer definitivamente a todos aquellos que participaron en la reunión, con el fin de que nunca se llegue a revelar lo que se trató en ella. Fue allí, en efecto, el 20 de enero de 1942, donde la Solución Final fue oficialmente interiorizada por todos los ministros concernidos en mayor o menor medida. Fue allí, bajo la égida de Heydrich, asistido por su fiel adjunto Eichmann, donde se planificó la exterminación por gas de once millones de judíos.

Uno de los participantes, Franz Luther, representante en aquella reunión de Ribbentrop en tanto que ministro de Asuntos Exteriores, no quiere morir. Tiene en su poder pruebas irrefutables del genocidio de los judíos y pretende vendérselas a los americanos a cambio de asilo político. El mundo entero ignora por completo el genocidio: oficialmente, los judíos europeos fueron deportados, pero se establecieron en Ucrania, donde la proximidad del frente ruso impide que ningún observador internacional pueda ir a verificarlo. Luther, justo antes de que le llegue el turno de ser asesinado, contacta con la periodista americana, quien llega in extremis a entregar los valiosos documentos a Kennedy cuando Hitler está ya a punto de recibirlo con gran solemnidad. Gracias a eso, el encuentro entre Kennedy y Hitler se anula, los Estados Unidos reinician el combate contra Alemania y el Tercer Reich acaba por hundirse, pero con veinte años de retraso.

Esta ficción convierte a la conferencia de Wannsee en el momento cumbre de la Solución Final. Pero la verdad es que en Wannsee sólo se toma la decisión, porque los *Einsatzgruppen* de Heydrich están matando ya a cientos de miles en el frente del Este. Pero será en Wannsee donde se oficialice el genocidio. No se trata ya de confiar esa tarea a la chita callando (porque no se puede matar a millones de personas a la chita callando) a unas cuantas unidades de asesinos, sino de poner todas las infraestructuras políticas y económicas del régimen a disposición del genocidio.

La reunión en sí duró apenas dos horas. Dos horas para regular esencialmente

ciertas cuestiones jurídicas: ¿qué hacer con los mediojudíos? ¿con los judíos pero sólo un cuarto? ¿con los judíos condecorados de la Primera Guerra? ¿Y con los judíos casados con alemanas? ¿Habría que indemnizar a las viudas arias de esos judíos pasándoles una pensión? Como en todas las reuniones, las únicas decisiones que son verdaderamente tomadas son las que ya han sido decididas de antemano. En realidad, para Heydrich, de lo que se trataba era de informar a todos los ministros del Reich de que tendrían que proceder en función de un objetivo: la eliminación física de todos los judíos de Europa.

Tengo ante mí el cuadro distribuido por Heydrich a los participantes de la conferencia, que detalla el número de judíos por «evacuar», país por país. El cuadro se divide en dos partes. La primera recoge los países del Reich, entre los que se pone de manifiesto que Estonia está ya *judenfrei*, mientras que el Gobierno general (es decir, Polonia) posee todavía más de dos millones de judíos. La segunda, que da una idea del optimismo nazi predominante aún a comienzos de 1942, reúne los países satélites (Eslovaquia, 88.000 judíos; Croacia, 40.000 judíos...) o aliados (Italia, comprendida Cerdeña, 58.000 judíos...), pero también los países neutrales (Suiza 18.000, Suecia 8.000, Turquía, parte europea, 55.500, España 6.000...) o enemigos (los dos únicos que quedan en Europa en esa fecha: la URSS, es verdad que ya ampliamente invadida, cinco millones de judíos, con excepción de Ucrania, enteramente ocupada, donde hay casi tres millones, e Inglaterra 330.000 judíos, pero muy lejos de ser invadida). Por persuasión o por la fuerza, estaba previsto obligar absolutamente a todos los países europeos a deportar a sus judíos. La suma total escrita en la parte baja de la página es de más de once millones. La misión será cumplida a medias.

Eichmann ha contado lo que pasó después de la conferencia. Una vez que los representantes de los ministerios se hubieron ido, se quedaron solos Heydrich y sus dos más cercanos colaboradores, el propio Eichmann y «Gestapo» Müller. Pasaron a un saloncito elegantemente revestido de madera. Heydrich se sirvió un coñac, que saboreó escuchando música clásica (Schubert, creo), y los tres se fumaron un puro. Eichmann reseñó que Heydrich estaba de un humor excelente.

Ayer murió Raoul Hilberg. Era el padre de los «funcionalistas», esos historiadores que piensan que el exterminio de los judíos no fue realmente premeditado, sino más bien dictado por las circunstancias, por el contrario de los «intencionalistas», para quienes el proyecto estaba claro desde el principio, es decir, grosso modo, desde la

redacción de *Mein Kampf* en 1924.

Con ocasión de su muerte, *Le Monde* publica unos extractos de una entrevista que había concedido en 1994, en los que vuelve a incidir en las grandes líneas de su teoría:

«Estimo que los alemanes ignoraban, al empezar, qué es lo que acabarían haciendo. Es como si condujeran un tren cu ya dirección, en general, iba en el sentido de una creciente violencia contra los judíos, pero cuyo destino exacto no estaba aún definido. No olvidemos que el nazismo, más que un partido era un movimiento que debía ir siempre adelante, sin detenerse jamás. Enfrentada a una tarea sin precedentes hasta entonces, la burocracia alemana no sabía qué hacer: es ahí donde hay que situar el papel de Hitler. Hacía falta que alguien, al llegar a la cumbre, diera luz verde a unos burócratas conservadores por naturaleza.»

Uno de los mayores argumentos de los intencionalistas es esta frase de Hitler, pronunciada en un discurso público en enero de 1939:

«Si la banca judía internacional en Europa y fuera de Europa consigue nuevamente sumir a los pueblos en una guerra mundial, el resultado no será la bolchevización de la tierra y la victoria del judaísmo, sino por supuesto el exterminio de la raza judía en Europa.»

Por el contrario, el indicio más revelador que vendría a darles la razón a los funcionalistas es que durante mucho tiempo los nazis buscaron concienzudamente territorios donde deportar a los judíos: Madagascar, el océano Ártico, Siberia, Palestina —Eichmann mismo mantuvo encuentros en varias ocasiones con militantes sionistas. Pero fueron los avatares de la guerra los que les habrían hecho abandonar todos esos proyectos. El transporte de los judíos a Madagascar, en concreto, no podía afrontarse mientras no se asegurase el control de los mares, es decir, mientras continuase prolongándose la guerra con Gran Bretaña. Fue el giro que adoptó la guerra en el Este el que habría precipitado la búsqueda de soluciones radicales. Aunque no lo confesaran, los nazis sabían que sus conquistas en el Este eran precarias, y la formidable resistencia soviética podía llevar a temer, no lo peor, pues nadie en 1942 se imaginaba al Ejército Rojo penetrando en Alemania para llegar hasta Berlín, pero sí al menos la pérdida de los territorios ocupados. Había, por tanto, que actuar con rapidez. Y fue así como, de una cosa a otra, la cuestión judía pasó a cobrar una dimensión industrial.

Un tren de mercancías se para con un rechinar interminable. En el andén hay una larga rampa. Por el cielo se oye el graznido de los cuervos. En un extremo de la rampa hay una gran reja con una inscripción en alemán en su frontispicio. Detrás de ella, un edificio de piedra parda. La reja se abre. Es la entrada de Auschwitz.

Esta mañana, Heydrich recibe una carta de Himmler indignado a propósito de la detención de unos quinientos jóvenes alemanes por la policía de Hamburgo, al parecer porque estaban entregados al *swing*, ese baile extranjero degenerado que se practica escuchando música de negros:

«Me sublevo contra todas esas medias tintas a este respecto. Hay que expedir a todos los menores a un campo de concentración. Para empezar, esta juventud recibirá allí una buena paliza. La estancia en el campo será bastante prolongada, dos o tres años. Hay que dejar claro que allí no tendrán derecho a estudiar nada. Sólo con una acción brutal podremos evitar una peligrosa propagación de esas tendencias anglófilas.»

Heydrich mandará deportar a unos cincuenta. El hecho de que el Führer le haya confiado la tarea histórica de hacer desaparecer hasta el último judío de Europa no es justificación para que descuide los expedientes menores.

Diario de Goebbels, 21 de enero de 1942:

«Finalmente Heydrich ha nombrado el nuevo gobierno del Protectorado. Hácha ha remitido la declaración de solidaridad con el Reich que Heydrich le pedía. La política que Heydrich ha llevado a cabo en el Protectorado puede ser considerada verdaderamente como todo un modelo. No le ha costado mucho aplacar la crisis que se había producido y, en

consecuencia, el Protectorado se encuentra ahora en un estado muy superior, todo lo contrario que en otros territorios ocupados o satélites.»

165

Como todos los días, Hitler se entrega a interminables soliloquios y fulmina a un auditorio servil y silencioso con sus análisis políticos. En un momento dado de su logorrea, aborda la situación del Protectorado:

«¡Neurath se hizo embaucar completamente por los checos! ¡Seis meses en esa situación y la producción había caído un 25%! De todos los eslavos, el checo es el más peligroso, porque es un obrero. Tiene sentido de la disciplina, es metódico, sabe cómo disimular sus intenciones. Ahora van a trabajar porque saben que somos violentos y sin compasión.»

Es su manera de decirle a Heydrich que está muy satisfecho de su trabajo.

166

Poco tiempo después, Hitler recibe a Heydrich en Berlín. Heydrich se halla en presencia de Hitler, o más bien es al revés. Hitler perora: «Arreglaremos el estropicio checo si seguimos una política coherente con ellos. Una gran parte de los checos es de origen germánico y no es imposible germanizarlos otra vez.» Este discurso es otro modo de respaldar el trabajo del colaborador que más respeto le inspira, junto con Speer, sin duda, pero en géneros muy diferentes.

Con Speer puede hablar de otra cosa que no sea la política, la guerra o los judíos. Puede discutir de música, de pintura, de literatura, y además dar cuerpo a Alemania, el futuro Berlín cuyos planos han diseñado juntos y que ha encargado erigir a su genial arquitecto. Para Hitler, Speer es una bocanada de aire fresco. Es su divertimento, su ventana a un mundo exterior al laberinto nacionalsocialista que él ha creado y en el que vive encerrado. Por otra parte, Speer está integrado y es completamente fiel a la causa. Desde que ha sido nombrado, además de arquitecto oficial, ministro de Armamento, pone toda su inteligencia y todo su talento en reorganizar la producción. Su lealtad y su eficacia están por encima de toda sospecha. Pero no es por eso por lo que goza de la preferencia de Hitler. En cuestión de lealtad, Himmler, su fiel Heinrich, como él lo llama, parece imbatible. Y en cuestión de eficacia también, qué duda cabe... Pero Speer tiene más clase, mejor apariencia con sus trajes tan bien cortados, más soltura en cualquier situación. Sin embargo, es el

típico intelectual que Hitler, el artista fracasado, el antiguo vagabundo de Múnich, debía de aborrecer. Aunque Speer, expresamente, le da lo que nadie le ha dado: la amistad y la admiración de un hombre brillante cuya posición social le sirve para ser reconocido como tal en todos los medios.

Evidentemente, las razones por las que a Hitler le gusta Heydrich son muy distintas, si no opuestas. Mientras que Speer encarna la élite del mundo «normal» al que Hitler jamás ha podido pertenecer, Heydrich es el prototipo de nazi perfecto: alto, rubio, cruel, totalmente obediente y de una eficiencia letal. La ironía del destino quiere que tenga sangre judía, según Himmler. Pero la inequívoca violencia con la que combate y triunfa sobre esta parte corrompida de sí mismo demuestra, a los ojos de Hitler, la superioridad de la esencia aria sobre la judía. Y si Hitler cree que es verdad lo de su origen judío, no hay nada más sabroso para él que convertirlo en el ángel exterminador del pueblo de Israel confiándole la responsabilidad de la Solución Final.

167

Conozco muy bien estas imágenes: Himmler y Heydrich, vestidos de civiles, charlando con el Führer sobre la terraza de su nido de águila, el Berghof, gigantesco búnker de lujo ubicado en la cumbre de los Alpes bávaros. Pero ignoraba que habían sido filmadas por la amante de Hitler en persona. Lo he sabido durante una velada monográfica «Eva Braun» organizada por una cadena de televisión por cable. Para mí ha sido toda una fiesta. Me gusta penetrar cuanto me sea posible en la intimidad de mis personajes. Veo otra vez con satisfacción esas imágenes de Heydrich recibido por Hitler, el alto rubio de nariz aguileña, que les saca una cabeza a todos sus interlocutores, sonriente y distendido, con su traje beis de mangas demasiado cortas. Pero no hay de su talla y eso, evidentemente, es muy frustrante. Los realizadores del documental sobre Eva Braun han hecho las cosas muy bien, al pedir a unos especialistas que les lean los labios. He aquí lo que Himmler le confía a Heydrich delante del pretil de piedra que domina el valle soleado: «Nada debe desviarnos de nuestra misión.» De acuerdo. Veo que eran pertinaces en las ideas. Sin embargo, estoy un tanto decepcionado, aunque contento a la vez. Es mejor que nada, sin duda. Y además, ¿qué me esperaba yo? No iba a decirle: «De veras, Heydrich, creo que ese pequeño Lee Harvey Oswald será un buen recluta.»

168

A pesar del volumen creciente de su enorme responsabilidad en la organización de la Solución Final, Heydrich no descuida los asuntos internos del Protectorado. Este mes de enero de 1942 encuentra tiempo para hacer una remodelación ministerial en el gobierno checo, suspendido de hecho desde su estruendosa llegada a Praga en septiembre. La misma víspera de la conferencia de Wannsee, o sea el 19, nombra a un nuevo Primer Ministro, pero esto carece de toda significación ya que ese puesto no conserva ninguna realidad funcional. Los dos puestos claves de ese gobierno fantoche son el ministerio de Economía, confiado a un alemán cuyo nombre en esta historia es totalmente irrelevante, y el ministerio de Educación, atribuido a Emanuel Moravec. Al nombrar a un alemán como ministro de Economía, Heydrich impone el alemán como lengua de trabajo en el equipo de gobierno. Al nombrar a Moravec a la cabeza de Educación, se asegura los servicios de un hombre en el que ha sabido apreciar una extraordinaria predisposición a colaborar. Ambos ministerios están unidos por un mismo objetivo: mantener y desarrollar una producción industrial que responda a las necesidades del Reich. Para conseguirlo, el papel del ministro de Economía consiste en someter todas las empresas checas al esfuerzo de guerra alemán. El papel de Moravec consiste, por su parte, en desarrollar un sistema educativo cuya única vocación sea la formación de obreros. En consecuencia, los niños checos no recibirán más enseñanza que aquella estrictamente necesaria para su futura profesión, es decir, un saber básicamente manual, completado por un mínimo de conocimientos técnicos.

El 4 de febrero de 1942, Heydrich da un discurso que me interesa porque concierne a la honorable corporación a la que yo pertenezco:

«Es esencial ajustar cuentas con los profesores checos, porque el cuerpo docente es un vivero para la oposición. Hay que destruirlo y cerrar los institutos checos. Naturalmente, habrá que hacerse cargo de la juventud checa en algún lugar donde se la pueda educar fuera de la escuela y arrancarla de esa atmósfera subversiva. No veo mejor lugar para ello que un campo de deporte. Con la educación física y el deporte, nos aseguraremos a la vez un desarrollo, una reeducación y una formación.»

Todo un programa: esta vez hay que reconocerlo.

Es obvio que no se contempla la posibilidad de volver a abrir las universidades checas, sacudidas por una prohibición de tres años desde noviembre de 1939 por culpa de la agitación política. Moravec tendrá que encontrar un motivo para prorrogar el cierre una vez que hayan transcurrido esos tres años.

Ese discurso me inspira tres observaciones:

1. En Chequia, como en otras partes, el honor de la educación nacional nunca ha sido tan mal defendido como por su ministro. Antinazi virulento al principio, Emanuel Moravec se convirtió después de lo de Múnich en el colaboracionista más activo del gobierno checo nombrado por Heydrich, y el interlocutor privilegiado de los alemanes, muy por encima de Emil Hácha, el viejo y chocho presidente. Los

libros de historia local tienen por costumbre designarlo como el «Quisling checo», nombre del famoso colaboracionista noruego, Vidkun Quisling, cuyo patronímico es desde entonces, en la mayoría de lenguas europeas, sinónimo de «colaboracionista» por antonomasia.

2. El honor de la Educación nacional está magníficamente defendido por los profes que, al margen de lo que se pueda pensar sobre ellos, tienen vocación de ser elementos subversivos, y merecen que se les rinda homenaje por eso mismo.

3. El deporte es, pese a todo, una hermosa mamarrachada fascista.

169

Una vez más estamos tocando servidumbres del género. Ninguna novela normal se enredaría con tres personajes que se llamen de la misma manera, salvo que aspirase a un efecto muy especial. Pues bien, yo tengo que vérmelas con el coronel Moravec, valiente jefe de los servicios secretos checos en Londres; la familia Moravec, de heroico comportamiento en la Resistencia interior; y Emanuel Moravec, el infame ministro colaboracionista. Eso sin contar con el capitán Václav Morávek, jefe de la red de resistencia «Tri králové». Seguro que esta lamentable homonimia es una incómoda fuente de confusión para el lector. Una ficción enseguida habría puesto orden en todo esto, transformando al coronel Moravec en coronel Novak, por ejemplo; a la familia Moravec pasaría a ser la familia Švigar, por qué no; o el traidor sería rebautizado con un nombre fantasioso, Nutella, Kodak, Prada, qué sé yo. Naturalmente, no quiero jugar a eso. Mi única concesión a la comodidad del lector consistirá en no declinar los nombres propios: si la forma femenina de Moravec debería ser, en buena lógica, Moravcová, mantendré sin embargo la forma básica para designar a la tía Moravec, para no redoblar una complicación (las homonimias de personajes reales) con otra (la declinación en femenino o en plural de los nombres propios en lengua eslava). No estoy escribiendo una novela rusa. Y además, como se puede comprobar, en las traducciones francesas de *Guerra y Paz*, Natacha Rostova pasa a ser directamente Natacha Rostov.

170

Diario de Goebbels, 6 de febrero de 1942:

«Gregory me ha dado un informe sobre el Protectorado. El ambiente es muy bueno. Heydrich ha trabajado brillantemente. Ha demostrado inteligencia política y circunspección, así que ya no se puede hablar más de crisis. Por otra parte, Heydrich querría sustituir a Gregory por un SS-Führer. No estoy de acuerdo. Gregory posee un excelente conocimiento del Protectorado y de la población checa, y la política de personal que lleva Heydrich no es siempre la más inteligente ni de una clara directriz. Ésa es la razón por la que mantengo a Gregory.»

¿Quién es este Gregory? ¡A fe mía que no tengo ni la menor idea! Y que no se engañe nadie por mi tono falsamente desenvuelto: ¡lo he buscado!

171

Diario de Goebbels, 15 de febrero de 1942:

«He tenido una larga conversación con Heydrich sobre la situación en el Protectorado. La atmósfera allí ha mejorado muchísimo. Las medidas tomadas por Heydrich producen buenos resultados. Sin embargo, la *intelligentsia* todavía nos es hostil. En todos los casos, el peligro que representan los elementos checos para la seguridad de Alemania ha sido completamente neutralizado. Heydrich manobra con éxito. Juega al gato y al ratón con los checos y ellos se tragan todo lo que dice. Ha lanzado una serie de medidas particularmente populares, al frente de las cuales está una activa represión del mercado negro. Dicho sea de paso, se ha quedado estupefacto al ver la cantidad de reservas alimentarias almacenadas por la población que su lucha contra el mercado negro ha sacado a la luz. Está consiguiendo una política de germanización forzosa de una gran parte de los checos. Avanza en esta materia con una extrema prudencia, pero sin ninguna duda va a obtener con el tiempo unos resultados admirables. Los eslavos, subraya, no pueden ser educados como se educa a los alemanes. Hay que zurrarlos o doblegarlos sin interrupción. Ha logrado lo segundo en un abrir y cerrar de ojos, y encima con éxito (*sic*). Nuestra tarea en el Protectorado está perfectamente clara. Neurath se había descarriado del todo, lo que explica por qué surgió la crisis en Praga.

Por otra parte, Heydrich está montando un Servicio de Seguridad para todos los sectores ocupados. La Wehrmacht le ha puesto un montón de

problemas al respecto, pero esas dificultades tienen tendencia a allanarse. Cuanto más evoluciona la situación, más incapaz se muestra la Wehrmacht de poner orden en esas cuestiones.

Además, Heydrich posee la experiencia de determinados cuerpos de la Wehrmacht: no están preparados para una política ni una guerra nacionalsocialistas, y en cuanto a lo que es dirigir al pueblo, no comprenden absolutamente nada.»

172

El 16 de febrero, el teniente Bartoš, jefe de la operación «Silver A», transmite, por medio de la radioemisora «Libuše» con la que su grupo ha sido lanzado en paracaídas la misma noche que Gabčík y Kubiš, las siguientes recomendaciones a Londres, permitiéndonos de este modo hacernos una idea bastante precisa de las dificultades por las que pasaron los paracaidistas en su vida clandestina:

«Provean ampliamente de dinero y vistan convenientemente a los grupos que vayan a enviar. Una pistola de pequeño calibre en el bolsillo y una cartera, difícil de encontrar por aquí, son muy convenientes. El veneno debe ser llevado en un tubo apropiado, más pequeño. Según las posibilidades, lancen en paracaídas a los grupos en regiones diferentes de aquellas en las que tienen que operar. Esto hace más trabajosas las investigaciones de los organismos de la seguridad alemana. La mayor dificultad aquí es encontrar trabajo. Nadie acepta contratar a quien no posea una cartilla de trabajo. El titular es colocado por la Oficina de Empleo. El peligro del trabajo obligatorio aumenta mucho en la primavera, y no se puede reclutar a un mayor número de clandestinos sin aumentar los riesgos de que se descubra todo el sistema. Por eso creo más ventajoso utilizar al máximo a los que están aquí y limitar al mínimo indispensable la llegada de nuevos hombres. Firmado Ice.»

173

Diario de Goebbels, 26 de febrero de 1942:

«Heydrich me remite un informe muy detallado sobre la situación en el Protectorado. No ha cambiado gran cosa. Pero lo que destaca muy claramente es que la táctica de Heydrich es la buena. Se comporta con los ministros checos como si fueran sus súbditos. Hácha se pone completamente al servicio de la nueva política de Heydrich. Por lo que se refiere al Protectorado, en estos momentos no hay de qué preocuparse.»

174

Heydrich no olvida la cultura. En marzo, organiza el mayor acontecimiento cultural de su reinado: una exposición, titulada «*Das Sowjet Paradies*», que manda inaugurar con gran boato al inmundo Frank en presencia del anciano presidente Hácha y de su infame ministro colaboracionista, Emanuel Moravec.

No sé exactamente en qué consiste la exposición, pero la idea es demostrar que la URSS es un país bárbaro y subdesarrollado, en condiciones de vida absolutamente deplorables, subrayando, evidentemente, el intrínseco carácter perverso del bolchevismo. Supone también la ocasión de exaltar las victorias alemanas en el frente del Este, exhibiendo como trofeos tanques y material militar capturados a los rusos.

La exposición dura cuatro semanas y atrae a medio millón de visitantes, entre los que se encuentran Gabčík y Kubiš. Será sin duda la primera y única vez que los dos verán un carro de combate soviético.

175

Al principio, ésta me había parecido una historia sencilla de contar. Dos hombres tienen que matar a un tercero. Lo consiguen, o no, y ya está, o casi. Todos los demás, pensaba yo, eran fantasmas que iban a colarse igualmente en el tapiz de la Historia. Pero de los fantasmas también hay que ocuparse, y eso exige poner mucha atención, ya lo creo. Yo ignoraba, y sin embargo debería haberlo sospechado, que un fantasma no aspira más que a una sola cosa: a revivir. Pero no dejo de repetirme, aunque esté obligado por los imperativos de mi historia, que no puedo ceder todo el espacio que querría a ese ejército de sombras que crece sin cesar y que, quizá para vengarse de la poca atención que le presto, me atormenta.

Pero esto no es todo.

Pardubice es una ciudad situada en Bohemia del Este, cruzada por el Elba. Con una población de alrededor de 90.000 habitantes, presenta una bonita plaza central y

unos preciosos edificios estilo Renacimiento. De aquí es natural Dominik Hašek, el mítico guardameta, uno de los más grandes jugadores de hockey sobre hielo de todos los tiempos.

Hay un hotel-restaurante, bastante distinguido, que se llama Veselka. Como todas las noches, está lleno de alemanes. Unos hombres de la Gestapo están sentados a la mesa ruidosamente. Han comido y bebido bien. Llaman al camarero. Éste se acerca, impecable y obsequioso. Veo que quieren brandy. El camarero toma nota. Uno de los alemanes se lleva un cigarrillo a los labios. El camarero saca entonces un encendedor de su bolsillo, lo prende y, haciendo una ligera inclinación, ofrece fuego al alemán.

Ese camarero es muy bueno. Ha sido contratado muy recientemente. Joven, sonriente, con ojos claros, mirada franca, con rasgos finos que dibujan un rostro robusto. Aquí, en Pardubice, responde por el nombre de Mirek Šolc. A priori, no hay nada que parezca justificar el menor interés por este camarero, salvo que la Gestapo se interese.

Una buena mañana, en efecto, convocan al director del hotel. Quieren que les dé algunas informaciones sobre Mirek Šolc: de dónde viene, a quién frecuenta, si se ausenta y dónde va cuando lo hace. El director responde que Šolc viene de Ostrava, donde su padre tiene un hotel. Los policías descuelgan su teléfono y llaman a Ostrava. Allí nadie ha oído hablar de un hotelero de nombre Šolc. Entonces la Gestapo de Pardubice vuelve a convocar al director del Veselka, y a Šolc con él. El director acude solo. Explica que ha despedido a su camarero porque ha roto media vajilla. La Gestapo lo suelta y lo manda seguir. Pero Mirek Šolc ha desaparecido para siempre.

176

Todos los paracaidistas con misiones en el Protectorado utilizaron un número incalculable de identidades falsas. Miroslav Šolc era una de ellas. Hay que poner ahora toda la atención que requiere el papel que en adelante tendrá en la historia la persona que usa esa identidad. Su verdadero nombre es Josef Valčík, y al contrario que el de Mirek Šolc, éste es un nombre que es preciso retener. Valčík es ese apuesto joven de veintisiete años que trabajaba de camarero en Pardubice. Ahora está fugado y trata de llegar hasta Moravia para ocultarse en casa de sus padres, ya que Valčík es moravo, como Kubiš, aunque a decir verdad no es éste su punto en común más significativo. El sargento Valčík, efectivamente, estaba en el Halifax que lanzó en paracaídas a Gabčík y Kubiš la noche del 28 de diciembre, pero pertenecía a otro grupo, de nombre en clave «Silver A», cuya misión consistía en ser lanzado con una

radioemisora, de nombre en clave «Libuše», para reanudar el contacto entre Londres y A54, el super-espía alemán de informaciones inestimables, mediante la intermediación de Morávek (con una *k*), el último de los tres leones, el jefe de la red que tenía un dedo seccionado.

Evidentemente, las cosas no han marchado como se tenía previsto. Valčík, al caer, se vio separado de sus compañeros de equipo y pasó por las peores dificultades para recuperar la emisora: después de haber intentado transportarla en un pequeño trineo, acabó por ir a Pardubice en taxi, donde los agentes locales le encontraron la excelente tapadera de ese empleo de camarero, y la frecuentación del lugar por los alemanes halagó su sentido de la ironía.

En estos momentos, su estupenda tapadera se ha echado a perder y es una pena. Pero en cierto modo, eso le obliga a ir a Praga, donde lo esperan otros paracaidistas y su propio destino.

Si mi historia fuera una novela, no tendría ninguna necesidad de este personaje. Por el contrario, me sería un estorbo, ya que redundaría en los dos héroes, al revelarse tan alegre, optimista, valiente y simpático como lo son Gabčík y Kubiš. Pero no soy yo quien decide lo que la operación «Antropoide» necesita o deja de necesitar. Y la operación «Antropoide» va a necesitar un vigía.

177

Los dos hombres se conocen, son amigos desde Inglaterra, donde han compartido la misma preparación con las fuerzas especiales del SOE, y tal vez desde Francia, donde quizá se reencontraran en la Legión Extranjera o en una de las divisiones del ejército de liberación checoslovaco, combatiendo al lado de Francia. Los dos llevan el mismo nombre. Sin embargo, sólo en el momento en que se estrechan firmemente la mano con una nada disimulada alegría es cuando se presentan:

—Buenos días, me llamo Zdenek.

—Buenos días, ¡yo también me llamo Zdenek!

Sonríen por la coincidencia. Jozef Gabčík y Josef Valčík comprueban que Londres les ha adjudicado el mismo nombre falso a los dos. Si yo fuera paranoico y egocéntrico, creería que Londres lo hizo expresamente para añadir más confusión aún a mi relato. De todos modos, eso no tiene ninguna importancia, porque los dos utilizan casi un nombre diferente para cada interlocutor. Ya me he burlado antes de la ligereza con que Gabčík y Kubiš hablaban a veces abiertamente de su misión, pero sabían ser rigurosos cuando era preciso, y debían ser muy profesionales para no despistarse y acordarse de todas y cada una de las identidades que adoptaban según

los interlocutores.

Entre paracaidistas, es diferente, por supuesto, y si Valčík y Gabčík se presentan como si se encontrasen por primera vez, es sólo para que cada uno sepa cómo se llama el otro, o más bien, ya que es variable, qué nombre aparece en el juego de documentación falsa que cada uno utiliza en ese momento.

—¿Te hospedas en casa de la tía?

—Sí, pero me largaré pronto. ¿Dónde puedo reunirme contigo?

—Deja un mensaje al portero, es de fiar. Pídele que te deje ver su colección de llaves, con eso se sentirá seguro. La contraseña es «Jan».

—Es lo que me ha dicho la tía, pero... ¿«Jan», como Jan?

—No, aquí él se llama Ota, es una casualidad.

—Ah, bueno, de acuerdo.

No veo muy útil esta escena, incluso prácticamente me la he inventado, no creo que vaya a conservarla.

178

Con la llegada de Valčík a Praga, ya hay ahora una decena de paracaidistas que rondan por la ciudad. Cada uno, en teoría, prosigue con la misión para la que su grupo ha sido enviado. Con el fin de compartimentarlas, lo deseable es que esos grupos se comuniquen entre sí lo menos posible, de modo que si uno cae, no arrastre a los otros. Pero en la práctica es casi imposible. El número de direcciones donde los paracaidistas pueden encontrar asilo es limitado, y además la prudencia les impone cambiar de casa con mucha frecuencia. De hecho, cuando un grupo o un paracaidista deja una dirección, otro ocupa su lugar, y todos los miembros de todos los grupos se cruzan más o menos regularmente.

Por el piso de los Moravec es por donde desfila la mayoría de los paracaidistas que hay en Praga. El padre no hace preguntas; la madre, a quien llaman cariñosamente «la tía», les hace pasteles; el hijo, Ata, se pasma de admiración por esos misteriosos hombres que esconden una pistola en la manga.

Como resultado de ese ballet, Valčík, originariamente adscrito a «Silver A», se pasa rápidamente a «Antropoide». Enseguida presta ayuda a Gabčík y a Kubiš para efectuar sus localizaciones.

Otra de las consecuencias es que Karel čurda, del grupo «Out Distance», se acaba encontrando con casi todo el mundo: con los paracaidistas y con quienes los albergan (demasiados nombres y demasiadas direcciones).

«Adoro a Kundera, lo que no impide que me guste menos la única novela suya que transcurre en París. Porque no está en su auténtico elemento. Es como si se pusiera una magnífica americana, pero de un corte demasiado ancho o demasiado estrecho para él (risas). Yo me lo creo más cuando Milos o Pavel caminan por Praga.»

Esto es lo que dice Marjane Satrapi en una entrevista concedida a los *Inrocks* con motivo del lanzamiento de su bellísima película *Persépolis*. Al leerlo, me siento ligeramente inquieto. La joven en cuya casa hojéo la revista y a quien he hecho partícipe de esa inquietud me tranquiliza: «Sí, pero, en tu caso, tú has ido a Praga, tú has vivido allí, tú amas esa ciudad.» Ya, pero Kundera y París son también una misma cosa. Luego Marjane Satrapi añade: «Aunque yo viviera veinte años más en Francia, no he crecido aquí. Siempre habrá un poso de Irán en mi obra. Evidentemente me gusta Rimbaud, pero Omar Jayyan (sabio y poeta persa del siglo XII, ndlr^[3]) me dirá siempre más cosas.» Es curioso, nunca me había planteado la cuestión en esos términos. ¿Acaso Desnos me dice más que Nezval? No lo sé. No creo que Flaubert, Camus o Aragon me hablen más que Kafa, Hašek u Holan. Ni que García Márquez o Hemingway o Anatoli Ribakov. ¿Notará Marjane Satrapi que yo no he crecido en Praga? Cuando el Mercedes aparezca por la curva, ¿ella no se lo creerá? Luego sigue diciendo: «Por mucho que Lubitsch acabara siendo un cineasta hollywoodiense, nunca dejó de reinventar, de reimaginar Europa, una Europa de judío europeo del Este. Aunque sus películas se desarrollen en los Estados Unidos, para mí pasan en Viena o en Budapest. Y eso es mucho mejor.» Entonces, ¿ella tendría la impresión de que mi relato transcurre en París, donde he nacido, y no en Praga, hacia donde todo mi ser, sin embargo, propende? ¿Le vendrán imágenes del extrarradio parisino cuando yo sitúe el Mercedes en esa precisa curva de Holešovice, al lado del puente de Troya, en los suburbios de Praga?

No, mi historia empieza en una ciudad del norte de Alemania, prosigue en Kiel, Múnich, Berlín, luego se desplaza por la Eslovaquia oriental, pasa muy brevemente por Francia, continúa en Londres, en Kiev, vuelve a Berlín, y va a terminar en ¡Praga, Praga, Praga! Praga, la ciudad de las cien torres, ese corazón del mundo, el ojo del huracán de mi imaginario, la Praga de dedos de lluvia, sueño barroco del emperador, hogar pétreo de la Edad Media, música del alma fluyendo bajo los puentes, el emperador Carlos IV, Jan Neruda, Mozart y Wenceslao, Jan Hus, Jan Žižka, Joseph K., *Praha s prsty deti*, el *shem* incrustado en la frente del Golem, el caballero sin cabeza de la calle Liliova, el hombre de hierro que una vez cada cien años aguarda que una muchacha lo libere, la espada oculta en un pilar del puente, y, hoy esos ruidos de botas que resuenan quién sabe por cuánto tiempo aún. Un año. Quizá dos.

En realidad, tres. Yo estoy en Praga, no en París, en Praga. Estamos en 1942. Es el principio de la primavera y no dispongo de una americana. «El exotismo es algo que detesto», afirma una vez más Marjane. Praga no tiene nada de exótico porque es el corazón del mundo, el hipercentro de Europa, porque ahí es donde, en esta primavera de 1942, va a representarse una de las mayores escenas de la gran tragedia universal.

Claro que, al contrario de Marjane Satrapi, Milan Kundera, Jan Kubiš y Jozef Gabčík, yo no soy un exiliado político. Pero precisamente por eso, tal vez, puedo hablar de donde quiera sin tener que remitirme siempre a mi punto de partida, porque no tengo cuentas que rendir ni que ajustar con mi país natal. No poseo por París una nostalgia desgarradora o aquella melancolía desencantada de los grandes exiliados. Ésta es la razón por la que puedo soñar libremente con Praga.

180

Valčík ayuda a sus dos camaradas en la búsqueda del lugar ideal. Un día que deambula por la ciudad, atrae la atención de un perro vagabundo. ¿Qué familiaridad o qué añoranza despierta el animal en ese hombre? Le pisa los talones. Valčík no tarda en sentir una presencia en su espalda. Se da la vuelta. El perro se para. Anda de nuevo. El perro anda con él. Atraviesan juntos la ciudad. Cuando Valčík regresa a casa, el portero de los Moravec, donde está alojado, lo adopta y lo bautiza: en una segunda ocasión, el portero ya lo presenta como Mula. A partir de ese momento, harán juntos las localizaciones y cuando Valčík no puede llevarlo consigo, le suplica al valiente portero que le «cuide a su dragón» (debía de ser un perro grande, o quizá muy pequeño, si Valčík hacía una antífrasis). Cuando su amo se ausenta, Mula lo espera prudentemente echado debajo de la mesa del salón, sin moverse durante horas. La verdad es que el animal no tendrá ningún papel decisivo en la operación «Antropoide», pero prefiero contar un detalle inútil antes que correr el riesgo de que se me pase un detalle esencial.

181

Speer vuelve a Praga, pero esta vez con menos pompa que en su anterior visita. Supongo que en ambos casos de lo que se trata es de discutir cuestiones de mano de obra entre el ministro de Armamento y el protector de uno de los mayores polos industriales del Reich. En la primavera de 1942, más aún que en diciembre de 1941, ahora que millones de hombres luchan en el frente del Este, ahora que los carros de

combate soviéticos continúan superando los de los alemanes, ahora que la aviación soviética levanta la cabeza y los bombarderos ingleses sobrevuelan y golpean con cada vez más frecuencia las ciudades alemanas, el asunto es vital. Es incesante la necesidad de obreros para producir más tanques, más aviones, más cañones, más fusiles, más granadas, más submarinos, y esas armas nuevas que deben permitir al Reich alcanzar la victoria.

En esta ocasión, a Speer se le ha eximido de la visita por la ciudad y del cortejo oficial. Ha venido solo, sin su mujer, para una reunión de trabajo con Heydrich. Ni uno ni otro tienen tiempo para convencionalismos. Seguramente que Speer, cuya eficacia en su campo es equiparable a la de Heydrich en el suyo, se alegra por ello. Sin embargo, no puede dejar de observar que ahora Heydrich no sólo se desplaza sin escolta, sino que circula tranquilamente por las calles de Praga en un coche descubierto, sin blindar y sin más guardia de corps que su chófer. Le manifiesta su inquietud al propio Heydrich, quien le responde: «¿Por qué quiere usted que mis checos me peguen un tiro?» Es evidente que Heydrich no ha leído lo que escribía el judío Joseph Roth, escritor vienés refugiado en París, en sus artículos de periódico en los que se burlaba, desde 1937, del derroche de medios y de hombres movilizados para garantizar la seguridad de los dignatarios nazis. En uno de ellos, les hacía decir: «Sí, ya ve usted, me he convertido en alguien tan importante que yo mismo me veo obligado a tener miedo; soy tan valioso que no tengo derecho a morir; creo tanto en mi buena estrella que me río del azar fatal de las estrellas de los demás. ¡Quien osa, gana! ¡Quien ha ganado tres veces ya no necesita osar!» Después, Joseph Roth dejó de burlarse de nadie porque murió en 1939, pero es posible que tal vez, al fin y al cabo, Heydrich sí hubiera leído ese artículo, aparecido en un periódico de refugiados disidentes, y elementos subversivos por tanto, cuya vigilancia debería ser competencia del SD. Lo digo porque él, el hombre de acción, el atleta, el piloto, el combatiente, tiene que explicarle una parte de su *Weltanschauung* a ese civil de manicura que es Speer: rodearse de guardias de corps es un comportamiento pequeñoburgués demasiado inelegante. Deja esa actitud para Bormann y los demás jerarcas del partido. De hecho, desmiente a Joseph Roth: antes morir que dejar creer que se tiene miedo.

Esto no impide que la primera reacción de Heydrich haya turbado a Speer: ¿por qué atentar contra la vida de Heydrich? ¡Como si no hubiera suficientes razones para matar a los jefes nazis en general y a Heydrich en particular! Speer no se deja engañar por la popularidad de los alemanes en los territorios ocupados, y piensa que Heydrich tampoco. Pero éste parece tan seguro de sí mismo, que Speer no sabe si el tono paternalista de Heydrich al hablar de «sus» checos es una fanfarronada, o si Heydrich está totalmente convencido de lo que dice. Él mismo tiene a veces reflejos pequeñoburgueses, pero en el Mercedes descapotable que se desliza por las calles de

Praga, no se siente del todo a salvo.

182

El capitán Morávek, último de los tres reyes todavía vivo y último jefe de la organización tricéfala de la Resistencia checa, sabe que no debería acudir a la cita que le ha fijado su viejo amigo René, alias del coronel Paul Tümmel, oficial del Abwehr, alias A54, el mayor espía que ha trabajado jamás para Checoslovaquia. A54 ya se lo ha advertido: él está quemado y esa cita es una trampa. Pero Morávek piensa sin duda que su propia audacia lo protege. ¿No ha salvado la vida tantas veces gracias a ella? Alguien como él, que tiene la costumbre de mandarle una postal al jefe de la Gestapo de Praga firmando cada una de sus hazañas, no se deja amedrentar por tan poco. Por la razón que sea, quiere saber a qué atenerse. Una vez que llega al parque de Praga donde han concertado la cita, identifica a su contacto, pero también a los hombres encargados de vigilarlo. Se dispone a salir pitando, cuando lo interpelan dos individuos con gabardina que surgen a su espalda. Yo personalmente jamás he asistido a un tiroteo, y me cuesta imaginar a qué puede parecerse uno en una ciudad tan apacible como lo es Praga hoy en día. Más de cincuenta disparos, no obstante, se intercambian en la persecución que se entabla. Morávek atraviesa a la carrera uno de los puentes que cruzan el Vltava (desafortunadamente ignoro por cuál) y salta a un tranvía en marcha. Pero los hombres de la Gestapo se han multiplicado, llegan por doquier como si se teletransportaran, están incluso en el vagón. Morávek salta otra vez del tranvía. Pero es alcanzado en las piernas. Cae sobre los raíles y, rodeado por todas partes, dirige su arma contra sí mismo. Es el medio más seguro de no llegar a decir nada al enemigo. Pero serán sus bolsillos quienes hablen: en su cadáver, los alemanes hallan la foto de un hombre que aún no saben que se trata de Josef Valčík.

Esta historia supone el final del último jefe de los «tres reyes», la legendaria red checa. Será igualmente una espina clavada en el pie de «Antropoide», ya que esa fecha, el 20 de marzo de 1942, Valčík está estrechamente vinculado a su suerte. Esto, asimismo, permite a Heydrich lograr un éxito añadido, en tanto protector de Bohemia-Moravia que acaba de decapitar a una de las más peligrosas organizaciones de la Resistencia aún activa, cumpliendo así con la misión para la que fue enviado, pero también en tanto jefe del SD, al desenmascarar a un superespía que además es un oficial del Abwehr, el servicio competidor de su rival y antiguo mentor Canaris. No es el primero ni será el último mal día por el que la Historia atravesará, pero este 20 de marzo de 1942 no podrá señalarse con una piedra blanca en la guerra secreta que los Aliados libran contra los alemanes.

En Londres se impacientan. Hace ya cinco meses que «Antropoide» ha sido lanzado en paracaídas y desde entonces no hay prácticamente noticias. Londres sabe, no obstante, que Gabčík y Kubiš siguen con vida, y operativos. «Libuše», nombre en clave de la única radioemisora clandestina en funcionamiento, transmite este tipo de informaciones, cuando las tiene. A través de ella, Londres decide reasignar una nueva misión a los dos agentes. De toda la vida, los patronos han estado obsesionados con el rendimiento de sus empleados. Esta misión no anula la anterior, sino que se añade a ella. Aunque de facto la suspende. Gabčík y Kubiš están furiosos. Deben ir a Pilsen y participar en una operación de sabotaje.

Pilsen es una gran ciudad industrial situada al oeste del país, bastante próxima a la frontera alemana, renombrada por su cerveza, la famosa Pilsner Urquell. Pero no es su cerveza, sin embargo, lo que le interesa a Londres sino sus fábricas Škoda. En 1942 Škoda no produce coches, sino cañones. Se ha programado una incursión aérea para la noche del 25 al 26 de abril. Lo que han de hacer los paracaidistas es encender unas hogueras de señalización en las cuatro esquinas del complejo industrial con el fin de permitir a los bombarderos ingleses identificar su objetivo.

Varios paracaidistas, por lo menos cuatro, se dirigen a Pilsen por separado, de cara a esa operación. Se reúnen en la ciudad, en un punto convenido de antemano para la cita (el restaurante Tivoli, del que me pregunto si existirá todavía) y, al caer la noche, pegan fuego a un establo y a unos fardos de paja cercanos a la fábrica.

Cuando los bombarderos llegan, sólo tienen que arrojar sus bombas entre los dos puntos luminosos. Pero finalmente se equivocan y caen a un lado. La misión es un fracaso absoluto, aunque los paracaidistas han cumplido perfectamente con la tarea encomendada.

Sin embargo, Kubiš, durante su breve estancia en Pilsen, traba conocimiento con una joven vendedora, miembro de la Resistencia, que ayuda al grupo a realizar su misión. Por donde quiera que pase, debido a su bello rostro de actor americano, algo así como el hijo de Cary Grant y Tony Curtis si hubieran tenido un niño juntos, Kubiš siempre tiene mucho éxito. Por lo menos, aunque la operación resulte un fracaso notable, él no habrá perdido el tiempo. Dos semanas más tarde, es decir, dos semanas antes del atentado, le escribirá una carta a esa joven, Marie Žilanová. De nuevo otra imprudencia, aunque ésta no vaya a más. Me habría encantado conocer el contenido de esa carta, tendría que haberla copiado en checo cuando la tuve ante mis ojos.

A su regreso en Praga, los paracaidistas están muy nerviosos. Se les ha obligado a correr muchos peligros, con el riesgo de comprometer su misión principal, su misión histórica, y todo por unos cuantos cañones. Hacen llegar a Londres un agrio mensaje en el que piden que, la próxima vez, envíen pilotos que conozcan la región.

A decir verdad, en esa misión de paréntesis que fue la de Pilsen, no estoy muy seguro de que Gabčík estuviera presente. Lo único que sé a ciencia cierta es que fueron Kubiš, Valčík y čurda.

Ahora que caigo, con excepción de una elíptica alusión en el capítulo 178, todavía no he hablado de Karel čurda, cuyo papel aquí, sin embargo, es histórica y dramáticamente esencial.

184

En toda buena historia hace falta un traidor. Y en la mía, hay uno. Se llama Karel čurda. Tiene treinta años y no sabría decir si, por las fotos de que dispongo, la traición se podía leer en su rostro. Es un paracaidista checo cuya trayectoria podría confundirse con la de Gabčík, Kubiš o Valčík. Alistado en el ejército, desmovilizado luego con la ocupación alemana, abandona el país vía Polonia y llega hasta Francia, donde se enrola en la Legión extranjera; más tarde se integra en el Ejército checoslovaco en el exilio y pasa a Inglaterra después de la caída de Francia. No obstante, a diferencia de Gabčík, Kubiš y Valčík, él no es enviado al frente durante la retirada francesa. Pero no será esto lo que le distinga fundamentalmente de los demás paracaidistas. En Inglaterra, se presenta voluntario para misiones especiales y sigue el mismo entrenamiento intensivo. Es lanzado sobre el Protectorado con otros dos compañeros de equipo la noche del 27 al 28 de marzo de 1942. Lo que pasa después, aún es demasiado pronto para contarlo.

Pero el drama comienza ya en Inglaterra, y es allí donde debería haber sido evitado: es allí donde progresivamente se revela el carácter ambiguo de Karel čurda. Bebe mucho, lo que, naturalmente, no es ningún crimen. Pero cuando ha bebido demasiado, dice cosas que espantan a sus camaradas del regimiento. Dice que admira a Hitler. Dice que lamenta haber dejado el Protectorado, que ahora viviría allí mucho mejor si se hubiera quedado. Sus camaradas se fían tan poco de él, lo encuentran tan sospechoso, que llegan a escribir una carta para indicar su comportamiento y sus comentarios al general Ingr, ministro de Defensa del gobierno checo en el exilio. Añaden que también ha intentado timar con un falso matrimonio a dos familias inglesas. Heydrich, en su tiempo, fue expulsado del ejército por mucho menos. El ministro transmite esas informaciones al coronel Moravec, jefe de los servicios secretos y responsable de las operaciones especiales. Es en ese momento cuando se sella la suerte de muchos hombres. ¿Qué hace Moravec? Nada. Se contenta con anotar en el dossier de čurda que éste es un buen deportista con gran capacidad física. En todo caso, no lo aparta de la selección de paracaidistas para misiones especiales. Y

así, en la noche del 27 al 28 de marzo de 1942, čurda, con otros dos compañeros, es lanzado sobre Moravia. Ayudado por la Resistencia local, alcanza Praga.

Después de la guerra, alguien hará esta constatación: entre las varias decenas de paracaidistas seleccionados para ser enviados en alguna misión al Protectorado, la casi totalidad había declarado sentirse motivados por un sentimiento patriótico. Sólo dos, uno de ellos čurda, declararían haberse presentado voluntarios por un afán de aventura, y los dos acabaron como traidores.

Pero el alcance de la traición del otro no es comparable en absoluto con la de Karel čurda.

185

La estación de Praga es un magnífico edificio de piedra negra, adornado con torres perfectamente inquietantes, que parece un decorado de Enki Bilal. Hoy, 20 de abril de 1942, cumpleaños del Führer, el presidente Hácha, en nombre del pueblo checo, envía un regalo a Hitler: le ofrece un tren médico. Forzosamente, la ceremonia oficial, cuyo plato fuerte es la visita del tren por Heydrich en persona, tiene lugar en la estación. Mientras Heydrich inspecciona el tren, una muchedumbre de curiosos se concentra en el exterior, en el mismo lugar en el que puede leerse en un letrero blanco clavado en el suelo: «Aquí se alzaba el memorial a Wilson, retirado por orden del Reichsprotektor, SS-Obergruppenführer Heydrich.» Me encantaría poder decir que entre la muchedumbre se encuentran Gabčík y Kubiš, pero lo desconozco, y hasta lo dudo. Ver a Heydrich en esas condiciones no tiene ningún interés práctico para ellos, ya que se trata de un acontecimiento puntual que no va a volver a producirse, y como el lugar, encima, está extremadamente protegido para la ocasión, su presencia allí los expondría a unos riesgos inútiles.

En cambio, estoy casi seguro de que el chiste que se ha extendido por toda la ciudad como un reguero de pólvora ha partido de aquí. Imagino que alguien, entre la multitud, sin duda un checo viejo de genuino espíritu checo, dijo en voz alta, para que lo oyera todo el mundo alrededor: «¡Pobre Hitler! Debe de estar muy enfermo, si necesita todo un tren para que lo atiendan...» Puro soldado Schwejk.

186

Jozef Gabčík, echado sobre su estrecho jergón, escucha fuera el chirrido del tranvía que sube hasta Karlovo náměstí, la plaza Carlos. Muy cerca de aquí, la calle

Resslova, que baja hacia el río, ignora todavía la tragedia de la que muy pronto será escenario. Algunos jirones de luz se abren paso a través de los postigos cerrados del piso que esos días acoge y oculta al paracaidista. De vez en cuando, se oye crujir el parqué en el pasillo, en el rellano o en casa de un vecino. Gabčík está al acecho, como siempre, pero tranquilo. Sus ojos fijos en el techo dibujan mentalmente mapas de Europa. En uno de ellos, Checoslovaquia ha encontrado de nuevo su sitio y sus fronteras. En otro, la peste parda ha cruzado la Mancha para agarrar a la Gran Bretaña con uno de los brazos de la cruz gamada. Gabčík, sin embargo, al igual que Kubiš, repite a quien quiera oírle que está convencido de que la guerra habrá acabado en menos de un año. Y no como los alemanes esperan, claro. Declarar la guerra a la URSS, error fatal del gran Reich. Declarar la guerra a los Estados Unidos para hacer honor a su alianza con el Japón, segundo error. Es bastante irónico que si Francia ha sido vencida en 1940 por no hacer honor a sus compromisos con Checoslovaquia en 1938, sea ahora Alemania quien vaya a perder la guerra por hacer honor a los suyos con Japón. ¡Pero un año! Visto retrospectivamente, demuestra un optimismo conmovedor.

Estoy seguro de que esas consideraciones geopolíticas ocupan el ánimo de Gabčík y de sus amigos, arrastrándolos a una discusión infinita por la noche, cuando no consiguen conciliar el sueño, cuando pueden por lo menos distenderse un poco charlando de esas cosas, y así olvidarse de la eventualidad de una visita nocturna de la Gestapo, de prestar atención al más pequeño ruido en la calle, en la escalera, en la casa, de oír en su cabeza sonidos imaginarios del timbre de la puerta sin dejar de escuchar el timbre verdadero.

Es una época distinta, en la que, a diario, la gente espera con más impaciencia las noticias del frente ruso que los resultados deportivos.

Sin embargo, el frente ruso no es la primera preocupación de Gabčík. Hoy, la cosa más importante de la guerra es su misión. ¿Cuántos lo van a creer así? Gabčík y Kubiš están convencidos. Valčík, el buen muchacho paracaidista que va a ayudarlos, también. El coronel Moravec, jefe de los servicios secretos checos en Londres, también. El presidente Beneš también, al menos por ahora. Y yo. No hay más, creo. De todos modos, el objetivo de «Antropoide» es conocido por un puñado de hombres. Pero incluso entre ellos, algunos lo desapruaban.

Es el caso de los oficiales paracaidistas que actúan en Praga, y también el de los jefes de la Resistencia interior (o del único que queda), porque temen las represalias en caso de éxito. Gabčík ha tenido hace poco una lamentable discusión con ellos. Querían persuadirlo de que renunciara a su misión, o por lo menos de que cambiara de objetivo y se orientase más bien hacia un checo colaboracionista, Emanuel Moravec, por ejemplo, en lugar de Heydrich. ¡Ese miedo al alemán! Es como un amo que pega a su perro: el perro puede negarse a obedecer a su amo algunas veces, pero

nunca llegará a volverse contra él.

El teniente Bartoš, lanzado en paracaídas por Londres para cumplir otras misiones de resistencia, quiso dar la orden de anular la operación. Es el de mayor graduación de todos los paracaidistas que hay en Praga. Pero aquí los grados no significan nada. El equipo de «Antropoide», compuesto sólo por Gabčík y Kubiš, ha recibido sus instrucciones directamente de Londres, del presidente Beneš en persona. Nadie más puede darles otra orden. Tienen que llevar a cabo su misión y punto. Puede que Gabčík y Kubiš sean sólo hombres, y todos los que se codearon con ellos han hecho hincapié en sus cualidades humanas, su generosidad, su buen humor, su entrega. Pero «Antropoide» es una máquina.

Bartoš ha llegado a pedir a Londres que mande parar «Antropoide». Como única respuesta, ha recibido un mensaje en clave indescifrable, salvo por Gabčík y Kubiš. Gabčík, echado sobre su estrecho jergón, sostiene el texto en la mano. Nadie ha hallado jamás ese documento que ha escrito la Historia. Pero en unas pocas líneas crípticas el destino ha escogido su camino: el objetivo permanece inalterable. La misión de «Antropoide» vuelve a confirmarse. Heydrich va a morir. Fuera, un tranvía se aleja con un chirrido metálico.

187

El Standartenführer SS Paul Blobel, a cargo del Sonderkommando 4a del Einsatzgruppe C, que con tanto celo llevó a cabo su tarea en Babi Yar, en Ucrania, está a punto de volverse loco. Cuando, en la noche de Kiev, pasa en coche por delante del lugar de sus crímenes y contempla a la luz de los faros el espectáculo alucinante que ofrece el barranco maldito, es como cuando Macbeth ve los fantasmas de sus víctimas. Hay que decir que los muertos de Babi Yar no se dejan olvidar fácilmente, porque la tierra que ha servido para sepultarlos está viva. Humea, saltan terrones como corchos de champán, mientras unas burbujas, producidas por el gas de los cuerpos en descomposición, salen del suelo. El olor es horrible. Blobel, agitado por una risa demente, explica a sus acompañantes: «¡Aquí es donde reposan mis treinta mil judíos!» Y hace un gesto amplio que abarca todo el barranco, ese inmenso vientre con borborismos.

Si la cosa sigue así, los muertos de Babi Yar se cobrarán su pellejo. Estando ya en las últimas, hace un viaje a Berlín para pedirle a Heydrich en persona que lo traslade a otra parte. El jefe de la RSHA lo recibe como se merece: «Así que tiene dolores de barriga, ¿eh? Es usted un blando. ¡Se ha vuelto maricón o qué! No se le puede enviar más que a una tienda de porcelana. ¡Pero le voy a meter la nariz bien hasta el

fondo...!» No sé si se trata de una expresión idiomática alemana. Sea como sea, Heydrich recupera enseguida la calma. El hombre que tiene enfrente es un pingajo empapado de sudor, se ha vuelto incapaz de garantizar por más tiempo la tarea que le ha sido confiada. Sería inútil y peligroso mantenerlo en sus funciones contra su voluntad. «Preséntese ante el Gruppenführer Müller, quien le dirá que, ya que ha pedido usted unas vacaciones, será apartado del mando de Kiev.»

188

El barrio obrero de Žižkov, situado al este de Praga, pasa por poseer la mayor concentración de bares de toda la ciudad. Contiene también muchas iglesias, como debe ser en una capital que se autodenomina «la ciudad de los cien campanarios». En una de ellas, un sacerdote recuerda que una joven pareja, «cuando florecían los tulipanes», vino a su encuentro. El hombre era de baja estatura, tenía la mirada penetrante y los labios finos. La chica era encantadora, rezumaba alegría de vivir, lo sé. Parecían estar enamorados. Querían casarse, pero no inmediatamente. Deseaban reservar una fecha concreta, pero aleatoria: «Quince días después de la guerra.»

189

Me pregunto cómo sabe Jonathan Littell que Blobel, el responsable alcohólico del Sonderkommando 4a del Einsatzgruppe C, en Ucrania, tenía un Opel. Si Blobel circulaba verdaderamente en un Opel, me inclino a sus pies. Confieso que su documentación es superior a la mía. Pero si es un bluf, eso debilita toda la obra. ¡Por completo! Es cierto que los nazis se proveían masivamente en la casa Opel, lo que hace totalmente *verosímil* que Blobel hubiera poseído, o dispuesto, de un vehículo de esa marca. Pero *verosímil* no es lo mismo que *probado*. Menuda tontería, ¿verdad? Las personas a quienes les cuento estas cosas me toman por un maniático. No ven cuál es el problema.

190

Valčík y Ata, el hijo de los Moravec, acaban de escapar milagrosamente de un control policial que se ha saldado con la muerte de dos paracaidistas. Han encontrado

refugio en la portería de la casa de los Moravec, y le han contado al portero su desventura. También yo podría contarla, pero ¿por qué hacer otra escena más de novela de espías? Las novelas modernas buscan la economía, es así y ya está, y a la mía le cuesta escapar continuamente de esa lógica mezquina. Me basta con que se sepa que no fueron arrestados, ni en consecuencia asesinados, gracias a la sangre fría de Valčík y a su perfecta valoración de la situación.

Valčík, aprovechando la gran impresión que esa aventura y él mismo le han causado al adolescente, le dice esto, para aleccionarlo:

—Ata, ¿ves esta caja de madera? Los boches podrían golpearla hasta hacerla hablar. Pero tú, en un caso parecido, no debes decir nada, nada, ¿comprendes?

Ésta, en cambio, no es una réplica gratuita en la economía narrativa de esta historia.

191

Evidentemente, habrán sospechado que la aparición del libro de Jonathan Littell, y su éxito, me han perturbado un poco. Aunque siempre puedo tranquilizarme diciéndome que no tenemos el mismo proyecto, estoy obligado a reconocer que nuestros temas son bastante cercanos. Estoy leyéndolo, y en cada página me dan ganas de hacer comentarios. Tengo que reprimir esas ganas. Mencionaré tan sólo que hay un retrato de Heydrich al principio del libro. Sólo citaré una frase: «sus manos parecían demasiado largas, como algas nerviosas sujetas a sus brazos», ya que, no sé por qué razón, me gusta esa imagen.

192

Yo digo que inventar un personaje para comprender unos hechos históricos es como falsificar las pruebas. O más bien, como dice mi hermanastro, con quien discuto de todo esto, *culpar al escenario del crimen cuando en realidad las pruebas abundan por el suelo...*

193

En 1942 flota fatalmente sobre Praga una atmósfera de foto en blanco y negro.

Los hombres por la calle llevan sombreros y trajes oscuros, mientras que las mujeres llevan esas faldas entalladas que les dan a todas un aire de secretarias. Lo veo, tengo las fotos delante de mí. Bueno, no tanto, he de confesar que exagero un poco y no todas parecen secretarias. Enfermeras también.

Los policías checos, plantados en medio de las glorietas para regular el tráfico, parecen curiosamente unos *bobbies* londinenses, con su extraño casco, máxime ahora que se acaba de adoptar la conducción por la derecha, a saber la razón...

Los tranvías que pasan y vuelven a pasar tocando su campanilla tienen la apariencia de los viejos vagones de tren rojos y blancos (¿y cómo puedo saberlo, si las fotos son en blanco y negro? Pues lo sé, ya está). Tienen unos faros redondos que son como linternas.

Las fachadas de los inmuebles en Nové Mesto lucen unos neones luminosos que sirven de reclamo para toda clase de cosas: cerveza, firmas textiles, y por supuesto Bata, el célebre fabricante de calzado, al comienzo de la plaza Wenceslao, esa plaza que es como una gran avenida, casi tan larga y ancha como los Campos Elíseos.

A decir verdad, la ciudad entera parece cubrirse de carteles, y no sólo publicitarios. Proliferan las uves por todas partes, símbolo al principio de la Resistencia checa, pero recuperado por los nazis como una exhortación a la victoria final del Reich en la guerra. Hay uves en los tranvías, en los coches, a veces hasta pintadas en el suelo, uves por todas partes, que se disputan las fuerzas ideológicas enfrentadas.

En una pared desnuda, unas pintadas: *Židi ven*, ¡judíos fuera! En los escaparates, precisiones tranquilizadoras: *čiste arijský obchod*, comercio puramente ario. Y en el bar: *Žádá se zdvorile, by se nehovorilo o politice*. Se ruega a nuestra amable clientela se abstenga de hablar de política.

Y luego los siniestros pasquines rojos, bilingües como todos los indicadores que hay por la ciudad.

No hablo ya de las banderas y demás enseñas, por supuesto. Nunca ninguna otra bandera habrá dicho tanto lo que quiere decir que esa cruz negra sobre un disco blanco con fondo rojo. Aunque alguien me hizo reparar un día en que éstos eran exactamente los colores de Darty^[4], lo que confieso que me dejó perplejo...

Cualquiera que fuese el ambiente de Praga en los años cuarenta, lo que es seguro es que, a falta de serenidad, no carece de elegancia original. Por las fotos, se podría esperar reconocer en ellas a Humphrey Bogart entre los transeúntes, o a Lida Baarová, muy bella y muy célebre actriz checa (también tengo su foto ante mis ojos, en la portada de una revista de cine), eventualmente amante de Goebbels antes de la guerra. ¡Vaya una época!

Conozco un restaurante que se llama «De los dos gatos», en la ciudad vieja, bajo unas arcadas en las que unos frescos representan dos gatos gigantes dibujados por

ambas partes de los arcos, pero en cambio ignoro dónde se encuentra, ni si todavía existe, el mesón «De los tres gatos».

Tres hombres beben allí su cerveza y no discuten de política. Discuten de horarios. Gabčík y Kubiš están sentados a la mesa frente a un carpintero. Pero este carpintero no es un carpintero cualquiera. Es el carpintero del Castillo, y, debido a ese cargo, cada día ve llegar el Mercedes de Heydrich. Y lo ve marcharse cada noche.

Quien habla con él es Kubiš, porque el carpintero es moravo, como él. Su acento lo tranquiliza. «No te preocupes, nos vas a ayudar antes, pero no durante. Cuando lo matemos, tú estarás lejos.»

¿Ah, sí? ¿Conque ése es el secreto de la operación «Antropoide»? ¿Hasta al carpintero a quien sencillamente se le pide que les pase los horarios le ponen al corriente sin andarse con remilgos! Ya había leído en alguna parte que los paracaidistas no siempre gozaban de una gran discreción. Pero por otro lado, ¿para qué ir con tanto disimulo? El carpintero debe de sospechar que esos horarios que le están pidiendo sobre Heydrich no van dirigidos a engrosar las estadísticas sobre la circulación de los Mercedes por Praga. Y encima, cuando releo el testimonio del carpintero, veo que Kubiš le ha dejado claro, con su mejor acento moravo: «¡Ni una palabra de todo esto en casa!» Bueno, después de todo, si él lo dice...

El carpintero, por tanto, deberá anotar cada día la hora de llegada y la hora de salida de Heydrich, precisando cada vez si va acompañado o no de una escolta.

194

Heydrich está en todas partes, en Praga, en Berlín y, este mes de mayo, en París.

En los salones estucados del hotel Majestic, es el mandatario supremo de la policía, el jefe del SD, comisionado por Goering, quien recibe a los principales oficiales superiores de las tropas de ocupación de la SS para hablarles del proceso en marcha que tiene a su cargo, y que ni el mundo ni sus hombres conocen todavía por el nombre de «Solución Final».

Durante ese mes de mayo, las matanzas de los Einsatzgruppen han sido consideradas definitivamente demasiado agotadoras para los soldados que participan en ellas. Progresivamente van siendo reemplazadas por las cámaras de gas móviles. Este nuevo sistema es a la vez muy simple y muy ingenioso: consiste en hacer subir a los judíos a un camión en cuyo interior han conectado el tubo de escape, y asfixiarlos, víctimas del monóxido de carbono. La ventaja es doble: de esta manera se puede matar más judíos de una sola vez, sin que se resientan los nervios de los ejecutores. Hay una curiosidad añadida que divierte a los responsables: los cuerpos se vuelven de

color rosa. El único inconveniente es que las personas, cuando se asfixian, tienen tendencia a defecar, y hay que limpiar los excrementos que alfombran el suelo del camión después de cada gaseado.

Pero esas cámaras de gas móviles, explica Heydrich, siguen siendo una técnica insuficiente. Dice: «Van a venir soluciones mayores, más perfeccionadas y que garantizan más el rendimiento.» Luego añade abruptamente, ante un auditorio pendiente de sus labios: «Se ha dictado la condena a muerte para la totalidad de los judíos de Europa.» Dado que los Einsatzgruppen han ejecutado ya a más de un millón de judíos, me pregunto quién de los asistentes seguiría sin comprender.

Es la segunda vez que sorprendo a Heydrich andándose con miramientos a la hora de formular este tipo de enunciado. Cuando informó a Eichmann, poco antes de Wannsee, de que el Führer había decidido la eliminación física de todos los judíos, ya había prolongado ese anuncio con un silencio que impresionó a su colaborador. No obstante, en los dos casos, aunque el asunto no era del todo oficial, no se puede decir que se tratara de una sorpresa. Más que el placer de dar una exclusiva, creo que Heydrich disfruta más verbalizando lo inaudito y lo impensable, como para ir dotando ya de un poco de cuerpo a la inimaginable verdad. Esto es lo que tengo que deciros, vosotros lo sabéis ya, pero me toca a mí decíroslo, y a todos nosotros hacerlo. Vértigo de la oratoria que debe tratar de lo innombrable. Ebriedad del monstruo al evocar monstruosidades que se anuncian y de las que él es el heraldo.

195

El carpintero les muestra el lugar en donde Heydrich se baja de su coche cada día. Gabčík y Kubiš miran a su alrededor. Ven una esquina detrás de una casa desde donde podrían esperarlo y abatirlo. Pero el recinto está fuertemente vigilado, como es lógico. El carpintero les asegura que no tendrían tiempo para huir ni saldrían con vida del Castillo. De acuerdo, es cierto que en un principio Gabčík y Kubiš estaban dispuestos a morir, pero ahora lo que quieren es ver cómo salir de allí. Quieren un plan que mantenga intactas sus opciones, por mínimas que sean, de salir bien librados, ya que ambos tienen proyectos para después de la guerra. Dentro de la Resistencia interior, entre todos los checos que arriesgan su vida para ayudarlos, hay valientes y hermosas jóvenes. Ignoro casi todos los detalles de la vida amorosa de mis héroes, pero el resultado de los pocos meses que han pasado en Praga en la clandestinidad es que Gabčík desea casarse con Libena, la hija de los Fafek, y Kubiš con la bella Anna Malinova de labios de frambuesa. Después de la guerra... No se hacen ilusiones. Saben que sólo tienen una oportunidad entre mil de sobrevivir a la

guerra. Pero quieren jugar esa baza. Cumplir su misión por encima de todo, por supuesto. Pero sin tener que suicidarse por ello. Una idea terrible.

Los dos hombres descienden de nuevo por la Nerudova, la larga calle con letreros de alquimistas que une el Castillo con Malá Strana. Abajo, el Mercedes tiene que dar toda una vuelta. Hay que ver eso.

196

Contrariamente a lo que piensa Heydrich, la Resistencia checa todavía se mueve. Incluso se mueve bastante. Para recoger los datos cotidianos que el carpintero suministra al equipo de «Antropoide» acerca de los horarios de Heydrich, han encontrado un piso a los pies del Castillo, una planta baja. Siempre que sea necesario (es decir, imagino que todos los días), el carpintero viene y da unos golpecitos en el cristal. Una chica abre la ventana (son dos, por turnos, y el carpintero las toma por hermanas y respectivamente novias de los dos paracaidistas, lo que es muy posible). No intercambian ninguna palabra entre ellos. El carpintero le entrega su papel y se va. Hoy ha escrito: «9-5 (sin)». Lo que equivale a: 9 horas. 17 horas. Sin escolta.

Gabčík y Kubiš se enfrentan a un problema irresoluble. No tienen manera de prever con antelación la presencia o la ausencia de una escolta. Las estadísticas efectuadas basándose en el testimonio del carpintero no permiten descubrir ninguna alternancia establecida. Unas veces sin. Otras veces con. Sin: tendrán una mínima oportunidad de librarse. Con: ninguna.

Para llevar a cabo su misión, los dos paracaidistas van a encomendarse a esa lotería atroz: elegir una fecha sin saber si sin o con. Si su misión es una misión extremadamente arriesgada o más bien es una misión suicida.

197

Curva tras curva, los dos hombres, subidos a sus bicis, hacen y rehacen una y otra vez el trayecto desde el domicilio de Heydrich hasta el Castillo. Heydrich vive en Panenské Brežany, una pequeña localidad en las afueras, a un cuarto de hora en coche del centro. Una buena parte del trayecto está particularmente aislada, es una larga línea recta sin ninguna vivienda alrededor: si consiguieran detener el vehículo, podrían disparar a Heydrich lejos de cualquier mirada. Piensan parar el Mercedes con ayuda de un cable de acero tendido de un lado a otro de la carretera. ¿Y cómo huir luego? Necesitarían ellos mismos un coche, o una moto. Pero la Resistencia checa no

dispone de ninguna de las dos cosas. No, hay que hacerlo en la ciudad, a pleno día, en medio de la multitud. Y les hace falta una curva. Los pensamientos de Gabčík y Kubiš no son más que vueltas y recodos. Sueñan con la curva ideal.

Y por fin la encuentran.

Aunque ideal no es exactamente la palabra.

198

La curva de la calle de Holešovice (*ulice v Holešovíčkach* en checo), ubicada en el barrio de Liben, tiene varias ventajas. Para empezar, es casi una horquilla y obliga al Mercedes a disminuir la marcha forzosamente. Luego, está a los pies de una elevación donde se puede apostar un vigía que avise de la llegada del Mercedes. Y por último, está situada a media distancia entre Panenské Brežany y el Hradčany, en las afueras de Praga, no en pleno centro de la ciudad, pero tampoco en medio del campo. Permite, además, posibilidades de huida.

La curva de Holešovice tiene también inconvenientes. Es una glorieta en la que se cruzan varias líneas de tranvía. Si un tranvía pasa al mismo tiempo que el Mercedes, existe el riesgo de que obstaculice la operación, ocultando el coche o exponiendo a civiles.

Jamás he cometido un asesinato, pero supongo que las condiciones ideales no existen, hay un momento en que es preciso decidirse porque, de todos modos, ya no queda tiempo para encontrar otro mejor. Será, por consiguiente, Holešovice, esa curva que hoy en día ya no existe, tragada por una vía de circunvalación y por la modernidad que se ríe de mis recuerdos.

Porque yo recuerdo. Ahora. Cada día, cada hora, el recuerdo se hace más nítido. En esa curva de la calle de Holešovice tengo la impresión de que espero desde siempre.

199

Paso unos días de vacaciones en una hermosa casa, en Toulon, y escribo un poco. Esta casa no es una casa cualquiera. Es la antigua morada de un impresor alsaciano que se codeó con Eluard y con Elsa Triolet (y con Claudel también) por razón de sus actividades profesionales. Durante la guerra, él estaba en Lyon, donde imprimía papeles falsos para los judíos y donde almacenaba los fondos de Éditions de Minuit. En el mismo momento, su propiedad de Toulon era utilizada como campamento por

el ejército alemán, pero nadie, por lo visto, llegó a habitar en la casa, que quedó tal cual está ahora. Los muebles y los libros están donde estaban, y aún continúan allí.

Su sobrina nieta, que conoce el interés que tengo en ese periodo, me muestra una delgada obra que saca de la biblioteca familiar. Es la primera edición de *El silencio del mar*, de Vercors, publicado el 25 de julio de 1943, «día de la caída del tirano de Roma», como se le menciona al final del volumen, y dedicado por el autor al tío abuelo:

*Para Madame y para Pierre Braun,
con los sentimientos que unen
a quienes
el silencio del mar
ha sumergido en los días sombríos,
y como homenaje sincero de
Vercors.*

Estoy de vacaciones y tengo un poco de Historia entre mis dedos, es una sensación muy dulce y muy agradable.

200

Circulan alarmantes rumores sobre Heydrich. Va a dejar Praga. Definitivamente. Mañana debe tomar el avión para Berlín. No se sabe si volverá. Evidentemente, sería un alivio para la población checa. Pero supondría también el fiasco de «Antropoide». Estas noticias son preocupantes para los paracaidistas, y también, aunque no sospechen nada, para... los franceses. Al parecer, se dice entre los historiadores que quizá Heydrich, considerando que ya había cumplido su misión de poner en marcha el Protectorado, habría orientado las miras hacia, como diríamos hoy, «un nuevo reto». Después de haber hecho estragos en Bohemia-Moravia con la increíble brutalidad que se ha visto, Heydrich se ocuparía de Francia.

Tiene que trasladarse a Berlín para discutir con Hitler el modo de proceder. Francia se agita, las larvas de Pétain y Laval están a punto, y si Heydrich se puede ocupar de la Resistencia francesa como se ha ocupado de la Resistencia checa, sería perfecto.

Esto no es más que una hipótesis, basada sin embargo en el viaje de Heydrich a París de hace quince días.

En este mes de mayo de 1942, en efecto, Heydrich ha pasado una semana en París. He hallado la crónica filmada de su visita en los archivos de la INA: en un extracto de las noticias de actualidad francesas de esa época, hay 59 segundos de reportaje filmado dedicados a la visita de Heydrich, cuyo comentario, pronunciado con esa voz gangosa tan típica de los años cuarenta, decía así:

París. Llegada de M. Heydrich, general de las SS, jefe de la seguridad, representante del Reich en Praga, encargado por el jefe de las SS y de la policía alemana, M. Himmler, de dar posesión en sus funciones a M. Oberg, general de división de las SS y de la policía en territorios ocupados. Como es sabido, la comisión internacional de la policía criminal tiene por presidente a M. Heydrich y Francia ha estado debidamente representada en esa comisión. El general ha aprovechado su estancia en París para recibir a M. Bousquet, secretario general de la Policía, y a M. Hilaire, secretario general de la administración. M. Heydrich ha tenido contacto, asimismo, con M. Darquier de Pellepoix, que acaba de ser nombrado comisario general para la cuestión judía, así como con M. de Brinon.

Este encuentro de Heydrich y de Bousquet siempre me ha intrigado; me habría encantado tener las actas de su conversación. Después de la guerra, Bousquet hizo creer durante mucho tiempo que se enfrentó a Heydrich. Es verdad que se negó categóricamente a ceder en un punto: que las prerrogativas de la policía francesa no fueran recortadas, prerrogativas que consistían esencialmente en detener a las personas. Sobre todo a los judíos. En realidad, Heydrich no ve ningún inconveniente en que la policía local proceda de ese modo, quitándoles trabajo así a los alemanes. Le confiesa a Oberg que, por su experiencia en el Protectorado, dar autonomía a la policía y a la administración permitirá conseguir mejores resultados. A condición, naturalmente, de que Bousquet dirija su policía «con el mismo espíritu que la policía alemana». Pero Heydrich no tiene ninguna duda de que Bousquet es el hombre indicado. Al término de su estancia en Francia, dice: «La única personalidad que posee a la vez juventud, inteligencia y autoridad es Bousquet. Con hombres como él podremos preparar la Europa de mañana, una Europa muy diferente de la que es hoy.»

Cuando Heydrich anuncia a René Bousquet la inminente deportación de los judíos apátridas (es decir, no franceses) internados en Drancy, Bousquet propone espontáneamente añadir la de los judíos apátridas internados en la zona libre. No se puede ser más servil.

Durante toda su vida, René Bousquet fue, como todo el mundo sabe, el amigo de François Mitterrand, pero no es esto lo que más se le ha reprochado.

Bousquet no es un poli como Barbie, ni un miliciano como Touvier, ni siquiera un prefecto como Papon en Burdeos. Es un político de muy alto nivel destinado a una brillante carrera, pero que escoge la vía de la colaboración y se pringa en la deportación de los judíos. Es el que se asegura de que la redada del Vél' d'Hiv' (nombre en clave: «Viento primaveral»), en julio de 1942, sea efectuada adecuadamente por la policía francesa y no por los alemanes. Por tanto, es el responsable de lo que con toda probabilidad sea la mayor infamia vinculada a la historia de la nación francesa. Que esto se llame el Estado francés no cambia para nada el asunto, evidentemente. ¿Cuántas Copas del Mundo habría que ganar para lavar una mancha semejante?

Después de la guerra, Bousquet pasa por los filtros de la Santa Depuración, pero su participación en Vichy lo aparta por completo de la carrera política a la que parecía destinado. Sin embargo, no se queda en la calle y se arrastra por varios consejos de administración, como el del *La Dépêche du Midi*, en el que marca una línea antigauillista muy dura... pero de 1959 a 1971. En resumen, se beneficia de la sempiterna gran tolerancia de las clases dirigentes con sus elementos más comprometedores. A continuación, se complace en frecuentar, imagino que no sin malicia, a Simone Veil, superviviente de Auschwitz y desconocedora de sus actividades vichystas.

Sin embargo, su pasado acaba por atraparlo en los años ochenta, y en 1991 es acusado de crímenes contra la humanidad.

La instrucción se cierra cuando, dos años más tarde, es asesinado en su domicilio por un iluminado. Me acuerdo muy bien de aquel muchacho dando una rueda de prensa justo después de haber matado a Bousquet y un poco antes de que los polis vinieran a detenerlo. Me acuerdo de su aire de satisfacción, mientras explicaba tranquilamente que había hecho aquello únicamente para que se hablara de él. A esas alturas, me parecía algo completamente gilipollesco.

Este espectacular imbécil salido directamente de una pesadilla que ni el mismísimo Debord se habría atrevido jamás a producir, nos ha privado de un proceso que habría sido diez veces más interesante que los de Papon y Barbie juntos, más interesante que los de Pétain y Laval, más interesante que el de Landru y el de Petiot, el proceso del siglo. Por este escandaloso atentado contra la Historia, el insondable cretino fue condenado a diez años, ha cumplido siete y hoy ya está en libertad. Siento una enorme repulsión y profundo desprecio por alguien como Bousquet, pero cuando pienso en la majadería de su asesino, en la inmensa pérdida que su gesto representa

para los historiadores, en las revelaciones que habrían aflorado durante el proceso y de las que nos ha privado irremediamente, me siento inundado por el odio. No ha matado inocentes, es cierto, pero es un sepulturero de la verdad. ¡Y sólo por salir tres minutos en la tele! ¡Monstruosa, estúpida excrescencia warholiana! Los únicos que podrían poseer el derecho de fiscalización moral sobre la vida y la muerte de ese hombre son sus víctimas, las vivas y las muertas, que cayeron en las garras nazis por culpa de hombres como él, pero estoy seguro de que éstas lo querrían vivo. ¡Qué decepción debió de ser la suya ante el anuncio de su absurdo asesinato! La sociedad que produce comportamientos así, alienados así, me da asco. «No me gusta la gente indiferente a la verdad», escribió Pasternak. Peores aún son las fetideces ante las que ella deja indiferente, y que actúan tan activamente contra ella. Como todos los secretos que Bousquet se ha llevado a la tumba... No puedo seguir pensando en esto o me pondré malo.

El proceso Bousquet habría debido ser el equivalente francés al de Eichmann en Jerusalén.

203

¡Y para colmo, esto otro! Doy con el testimonio de Helmut Knochen, nombrado por Heydrich, a su paso por París, jefe de los policías alemanes en Francia. Pretende revelar una confidencia que le hizo Heydrich en esa ocasión y que jamás había contado a nadie todavía. Este testimonio data de... ¡el año 2000, cincuenta y ocho años más tarde!

Según él, Heydrich le habría dicho: «Ya no podemos ganar la guerra, habrá que hallar una paz de compromiso y temo que Hitler no sea capaz de admitirlo. Hay que pensar en esto.» ¡Le habría hecho partícipe de esta reflexión en mayo de 1942, antes de Stalingrado, cuando el Reich parecía más fuerte que nunca!

Knochen ve ahí la extraordinaria clarividencia de Heydrich, a quien considera mucho más inteligente que todos los demás dignatarios nazis. También entiende que Heydrich se plantea la posibilidad de derrocar a Hitler. Y a partir de ahí, nos lanza esta insólita teoría: la eliminación de Heydrich habría constituido una prioridad absoluta para Churchill, que en ningún caso querría que se le privase de una victoria total sobre Hitler. En resumidas cuentas, los ingleses habrían apoyado a los checos porque tenían miedo de que un astuto nazi como Heydrich apartara a Hitler y salvara al régimen nazi gracias a una paz de compromiso.

Sospecho que a Knochen le interesa especialmente asociarse a la hipótesis de un complot contra Hitler, para minimizar su papel bien real en el aparato policial del

Tercer Reich. Es incluso totalmente factible que, sesenta años más tarde, él mismo esté convencido de lo que cuenta. Por mi parte, considero que todo esto carece de importancia. Pero lo refiero aquí, de todos modos.

204

He leído en un foro lo que decía un lector muy convencido a propósito del personaje de Littell: «Max Aue suena verdadero porque es el espejo de su época.» ¡No! Suena verdadero (para algunos lectores fáciles de engañar) porque es el espejo de *nuestra* época: nihilista posmoderna, por resumir. En ningún momento se ha sugerido que ese personaje se adhiriera al nazismo. Hace alarde, por el contrario, de un desapego a menudo crítico con la doctrina nacionalsocialista, y en eso no se puede decir que refleje el fanatismo delirante que reinaba en *su* época. En cambio, ese desapego del que alardea, ese aire hastiado de vuelta de todo, ese malestar permanente, ese gusto por el razonamiento filosófico, esa amoralidad asumida, ese sadismo desabrido y esa terrible frustración sexual que le revuelve sin cesar las entrañas... ¡todo eso claro que sí! ¿Cómo no había caído yo antes en la cuenta? De repente, lo veo claro: *Las benévolas* es «Houellebecq entre los nazis», así de sencillo.

205

Creo que empiezo a comprender: estoy escribiendo una *infra novela*.

206

El momento se acerca, lo presiento. El Mercedes está en camino. Llega. Flota en el aire de Praga algo que me traspasa hasta los huesos. Las revueltas de la carretera trazan el destino de un hombre, y de otro, y de otro, y de otro. Veo unas palomas que echan a volar de la cabeza de bronce de Jan Hus y, de fondo, el decorado más hermoso del mundo, Nuestra Señora de Týn, la negra catedral con sus torres afiladas, ante la que me dan ganas de caer de rodillas cada vez que puedo admirar la gris majestad de su maléfica fachada. El corazón de Praga late en mi pecho. Oigo la campanilla de los tranvías. Veo a unos hombres de uniforme verdegris cuyas botas resuenan sobre el pavimento. Estoy casi allí. Debo ir. Es preciso que vaya a Praga.

Debo estar ahí en el momento en que todo se va a producir.

Debo escribirlo allí.

Oigo el motor del Mercedes negro que enfila a toda velocidad por la carretera como una serpiente. Oigo el aliento de Gabčík ceñido en su impermeable, esperando en la acera, veo a Kubiš enfrente, y a Valčík, apostado en lo alto de la colina. Siento el bruñido helado de su espejo, dentro de un bolsillo de su abrigo. Todavía no, todavía no, *už nie, noch nicht*.

Todavía no.

Noto el viento que golpea el rostro de los dos alemanes en el coche. El chófer conduce muy rápido, lo sé, tengo mil testimonios que lo atestiguan, estoy tranquilo por ese lado. El Mercedes va a toda marcha y ésta es la parte más valiosa de mi imaginario, de la que estoy más orgulloso, la que se desliza silenciosamente tras su estela. El aire entra con fuerza, el motor ruge, el pasajero no deja de decirle al chófer, un gigante, «*schneller! schneller!*» Más rápido, más rápido. Pero ignora que el tiempo ha empezado ya a ralentizarse. Pronto el devenir del mundo va a coagularse en una curva. La tierra dejará de girar exactamente al mismo tiempo que el Mercedes.

Pero todavía no. Sé que todavía es demasiado pronto. Todo no está aún completamente en su sitio. Aún falta algo que decir. Sin duda, querría poder dar marcha atrás a ese instante eternamente, aunque todo mi ser propende hacia él con tanta intensidad.

El eslovaco, el moravo y el checo de Bohemia también esperan y yo daría lo que fuera por sentir lo que ellos están sintiendo. Pero estoy demasiado corrompido por la literatura. «Siento crecer en mí algo peligroso», dice Hamlet, e incluso en un momento parecido es de nuevo una frase de Shakespeare la que me viene a la cabeza. Que me perdonen. Que ellos me perdonen. Todo esto lo hago por ellos. Ha habido que arrancar el Mercedes negro, lo que no ha sido nada fácil. Colocar todo en su sitio, ocuparse de los preparativos, de acuerdo, tejer la tela de esta aventura, preparar la capacidad de la Resistencia, disimular el horrible rodillo de la muerte tras el telón suntuoso de la lucha. Y todo esto no es nada, evidentemente. He tenido que asociarme, a despecho de todo pudor, con hombres tan grandes que al mirar hacia abajo no habrían podido ni siquiera sospechar mi existencia de insecto.

A veces he tenido que hacer trampas y renegar de lo que creo, porque mis creencias literarias no tienen ninguna importancia con respecto a lo que se representa ahora. Lo que se va a representar en unos minutos. Aquí. Ahora. En esa curva de Praga de la calle de Holešovice, allí donde más tarde, mucho más tarde, se construirá una especie de vía de circunvalación porque las formas de una ciudad cambian más rápido, ay, que la memoria de los hombres.

Pero eso apenas si tiene importancia. Un Mercedes negro va a toda velocidad por la carretera como una serpiente, eso es en adelante lo único que cuenta. Nunca me he

sentido tan próximo a mi historia.

Praga.

Siento el metal que roza contra el cuero. Y esa ansiedad que crece en los tres hombres, y esa calma que demuestran. No es la varonil seguridad de los que saben que van a morir, porque, aunque se han preparado para ello, nunca han descartado la posibilidad de escapar con vida, lo que, en mi opinión, hace aún más insoportable la tensión psicológica. No sé qué increíble resistencia nerviosa han necesitado para dominarse. Repaso rápidamente las ocasiones en que he tenido que dar prueba de sangre fría en mi vida. ¡Qué escarnio! Una tras otra, cada vez era a cual más ridícula: una pierna rota, una noche detenido en un calabozo o un rechazo amoroso, prácticamente eso es todo lo que me he arriesgado en mi pobre existencia. ¿Cómo podría dar más que una ínfima idea de lo que vivieron esos tres hombres?

Pero ya no queda tiempo de tener este tipo de estados de ánimo. Yo también, después de todo, tengo responsabilidades, y he de afrontarlas. Quedarme bien aferrado a la estela del Mercedes. Escuchar los ruidos de la vida de aquella mañana de mayo. Sentir el viento de la Historia que se pone a soplar suavemente. Hacer que desfile la lista de todos los actores desde el amanecer de los tiempos al siglo xii y hasta nuestros días y Natacha. Y luego quedarme solo con cinco nombres: Heydrich, Klein, Valčík, Kubiš y Gabčík.

En el embudo de esta historia, esos cinco nombres empiezan a ver la luz.

207

El 26 de mayo de 1942, por la tarde, unas horas antes del concierto inaugural de la semana de música organizada en Praga al que va a asistir y para el que ha programado una obra de su padre, Heydrich da una rueda de prensa ante los periodistas del Protectorado:

Me duele constatar que las descortesías, incluso las indelicadezas por no decir las insolencias, especialmente hacia los alemanes, vuelven a estar en alza. Ya saben, señores, que yo soy generoso y que aliento todos los planes de renovación. Pero también saben que, pese a toda mi paciencia, no titubearé a la hora de golpear con el rigor más extremo, si llegara a tener el sentimiento y la impresión de que se cree débil al Reich y de que se toma su bondad de espíritu por debilidad.

Yo soy un niño. Este discurso es interesante por varios conceptos: muestra a Heydrich en la cima de su poder, seguro de su fuerza, expresarse como el monarca iluminado que cree ser, el virrey orgulloso de su gobernanza, el amo severo pero justo, como si el título de «protector» se hubiera grabado en la conciencia de quien lo

detenta, como si Heydrich se tomara verdaderamente por un «protector»; muestra a Heydrich, orgulloso de su agudo sentido de la política, manejando el palo y la zanahoria en cada uno de sus discursos; muestra a Heydrich el verdugo, a Heydrich el carnicero, en un claro ejemplo del escándalo retórico de todos los discursos totalitarios, invocando ingenuamente su generosidad y su progresismo, dominando la antífrasis con la insolencia y la pericia de los tiranos más expertos. Pero no es eso sólo lo que llama mi atención en ese discurso. Lo que llama mi atención es el término «descortesías» que emplea.

208

La tarde del 26 de mayo, Libena viene a ver a Gabčík, su novio. Pero éste ha salido para calmar los nervios porque no soporta más los aplazamientos de los miembros de la Resistencia que temen las consecuencias del atentado. La recibe Kubiš. Ella ha llevado cigarrillos. Duda un poco, pero finalmente se los entrega a Kubiš. «¡Jeniček (diminutivo afectuoso que emplea para Jan, lo que indica que conoce su verdadero nombre), ya sabes que no tienes que fumártelos todos...!» Y la chica se marcha, sin saber si volverá a ver a su novio.

209

Pienso que todo hombre al que la vida no ha reservado más que una serie de desgracias sin fin debe conocer, al menos una vez, un momento que considere, con razón o sin ella, la apoteosis de su existencia, y pienso que para Heydrich, con quien la vida se mostró muy generosa, ese momento ha llegado. Y por uno de esos jugosos azares en los que, crédulos, forjamos los destinos, ocurre la víspera del atentado.

Cuando Heydrich penetra en la iglesia del palacio Wallenstein, todos los invitados se ponen de pie. Camina solemne y sonriente, con la mirada alta, por uno de los lados de la alfombra roja que lo conduce hasta su sitio, en la primera fila. Por el otro lado, su mujer Lina, embarazada y radiante, vestida de oscuro, lo acompaña. Todas las miradas se han vuelto sobre ellos y los hombres que asisten de uniforme hacen el saludo nazi a su paso. Heydrich se deja invadir por la majestuosidad del lugar, lo leo en sus ojos, contempla con orgullo el altar, rematado por un fastuoso bajorrelieve, al pie del cual enseguida se ubicarán los músicos.

La música, como bien recuerda esa noche, si es que lo había olvidado, es toda su vida: lo acompaña desde su nacimiento y no lo ha abandonado jamás. En él, el artista

siempre ha rivalizado con el hombre de acción. El curso de las cosas es el que ha decidido su carrera por él. Pero la música lo habita en todo momento, estará ahí hasta su muerte.

Cada invitado sostiene en la mano el programa de la velada en el que se puede leer la mala prosa que el protector interino ha creído adecuado redactar a modo de introducción:

«La música es el lenguaje creativo de los que son artistas y melómanos, el medio de expresión de su vida interior. En los tiempos difíciles, aporta el alivio a quien la escucha y lo anima en los tiempos de grandeza y de combate. Pero la música es, por encima de todo, la mayor expresión de la producción cultural de la raza alemana. En este sentido, el festival de música de Praga es una contribución a la excelencia del presente, concebido como el fundamento de una vida musical vigorosa en esta región situada en el corazón del Reich por todos los años venideros.»

Heydrich no escribe tan bien como toca el violín, pero le trae sin cuidado, ya que la música es el verdadero lenguaje de las almas artísticas.

La programación es excepcional. Ha hecho venir a los más grandes músicos para interpretar la música alemana. Beethoven, Haendel, Mozart también, sin duda, y, por una vez, se les ha escapado Wagner esa noche (aunque no estoy seguro de ello, porque no he podido conseguir el programa completo). Pero cuando se alzan las notas del concierto para piano en *do* menor de Bruno Heydrich, su padre, tocadas por los antiguos alumnos del conservatorio de Halle, acompañados por un célebre pianista virtuoso llegado expresamente, es cuando Heydrich, dejando que la música fluya por él como una onda bienhechora, debe conocer ese sentimiento de apoteosis. Tengo curiosidad por escuchar esa pieza. Mientras Heydrich aplaude, al acabar, puedo leer en su rostro la orgullosa ensoñación de los grandes egocéntricos megalómanos. Heydrich disfruta su triunfo personal a través de este póstumo de su padre. Pero triunfo y apoteosis no son exactamente la misma cosa.

Gabčík ha vuelto. Ni él ni Kubiš fuman en el piso, para no molestar a la valiente familia Ogoun que los acoge, y para no levantar las sospechas de los vecinos.

Por la ventana, se puede ver la silueta del Castillo perfilada en la noche. Kubiš, absorto en la contemplación de su masa imponente, piensa en voz alta: «Me pregunto

qué pasará mañana, a esta misma hora...» La señora Ogounová pregunta: «¿Y qué debería pasar?» Quien le responde es Gabčík: «Pues nada, señora.»

211

La mañana del 27 de mayo, Gabčík y Kubiš se disponen a partir más temprano de lo habitual. El hijo de la familia Ogoun que les hospeda repasa por última vez sus exámenes, ya que hoy es el día de la prueba de bachillerato, y está muy nervioso. Kubiš le dice: «Tranquilízate, Luboš, aprobarás, debes aprobar. Y esta noche haremos todos una fiesta juntos por tu éxito...»

212

Heydrich, según su costumbre, ha tomado su desayuno mientras consultaba los periódicos del día que le traen de Praga todas las mañanas al amanecer. A las nueve, su Mercedes negro o verde oscuro ya ha llegado, conducido por su chófer, un gigantesco SS de casi dos metros que responde al nombre de Klein. Pero esta mañana lo ha hecho esperar. Ha jugado un poco con sus hijos (me pregunto a qué podría parecerse la escena de Heydrich jugando con sus hijos) y ha dado un paseo con su mujer por los amplios jardines de su propiedad. Lina ha debido de entretenerlo con las obras que están en marcha. Unos fresnos que hay que cortar, por lo visto, y el proyecto de plantar árboles frutales en su lugar. Pero me pregunto si Ivanov no se lo habrá inventado. Según él, la más pequeña, Silke, le habría dicho a su papá que un tal Herbert, desconocido en el batallón, la había enseñado a cargar un revólver. Y, sin embargo, ella tiene tres años. Aunque, bueno, en esos tiempos turbulentos ya nada me debería de sorprender.

213

Estamos en la mañana del 27 de mayo, aniversario de la muerte de Joseph Roth, fallecido por alcoholismo y tristeza tres años antes en París, observador feroz y visionario del régimen nazi en sus días de ascenso, que escribía, en 1934: «¡Qué hormigueo en este mundo, una hora antes de su fin!»

Dos hombres suben a un tranvía diciéndose que puede que ése sea su último viaje,

mientras miran ávidamente las calles de Praga desfilar por la ventanilla. Habrían podido, en cambio, optar por no ver nada, hacer el vacío en ellos, buscar su concentración abstrayéndose del mundo exterior, pero lo dudo mucho. Estar al acecho se ha convertido, desde hace tiempo, en una segunda naturaleza. Al subir al tranvía, verifican maquinalmente el comportamiento de todos los pasajeros masculinos: quién sube y quién baja, quién se pone delante de cada puerta, pueden incluso decir instantáneamente quién habla alemán, aunque esté en la otra punta del vagón. Saben qué vehículo precede al tranvía, qué vehículo lo sigue, a qué distancia, se fijan en el sidecar de la Wehrmacht que dobla por la derecha, echan una ojeada a la patrulla que sube por la acera, observan las dos gabardinas de cuero que rondan por delante del edificio de enfrente (ok, ya me paro). También Gabčík lleva una gabardina, incluso aunque brille el sol, pero todavía hace demasiado fresco a esas horas como para llamar la atención. O en tal caso, la lleva del brazo. Él y Kubiš se han puesto elegantes para el gran día, por así decir. Y los dos estrechan contra su costado una pesada cartera.

Se bajan en alguna parte de Žižkov (pronúnciese «Jijkof»), el barrio que lleva el nombre del legendario Jan Žižka, el más grande y más feroz general husita, el tuerto, el ciego que supo plantar cara durante catorce años a los ejércitos del Sacro Imperio Romano Germánico, el jefe taborita que hizo descargar la ira del cielo sobre todos los enemigos de Bohemia. Una vez allí, van a casa de un contacto para recuperar sus vehículos: dos bicis, en las que se montan. Una de las dos pertenece a la tía Moravcová. De camino a Holešovice, se paran a saludar a otra dama de la resistencia, otra madre postiza que también los ha escondido y que les hacía pasteles, una tal señora Khodlová, a la que quieren dar las gracias. ¿No habréis venido a despediros, verdad? Claro que no, mami, pasaremos pronto a verla, tal vez hoy mismo, ¿estará en su casa? Por supuesto, venid luego...

Cuando por fin llegan, Valčík ya está allí. Quizá esté también un cuarto paracaidista, el teniente Opálka, de «Out Distance», que ha ido a echarles una mano, pero su papel nunca ha quedado muy claro, ni siquiera su presencia ha sido constatada realmente, así que me atenderé sólo a lo que me consta. Aún no son las nueve, y los tres hombres, después de una breve discusión, ocupan sus puestos.

Van a dar las diez y Heydrich todavía no ha salido para su trabajo. Esa misma tarde ha de volar hasta Berlín, donde tiene cita con Hitler. Tal vez le suponga un especial cuidado preparar esa cita. Burócrata meticulado, no deja de verificar por

última vez los documentos que lleva en su cartera. Por fin a las diez en punto Heydrich ocupa su sitio en el asiento delantero del Mercedes. Klein arranca, las verjas del castillo se abren, los centinelas, con el brazo tendido, saludan al paso del protector, y el Mercedes descapotable se lanza a la carretera.

215

Mientras el Mercedes de Heydrich serpentea por el hilo anudado de su destino, mientras los tres paracaidistas están ansiosos al acecho, con los cinco sentidos en guardia, en la curva de la muerte, yo releo la historia de Jan Žižka, contada por George Sand en una obra poco conocida titulada *Jean Žižka*. Y una vez más me dejo distraer. Veo al feroz general reinar desde su montaña, ciego, con el cráneo afeitado y los bigotes trenzados al estilo galo cayéndole sobre su torso como lianas. A los pies de su improvisada fortaleza, el ejército imperial de Segismundo, dispuesto a asaltarla. Los combates, las masacres, los botines de guerra, los sitios, todo eso desfila ante mis ojos. Žižka era chambelán del rey de Praga. Dicen que se lanzó a la guerra contra la Iglesia católica por odio a los sacerdotes, porque un sacerdote había violado a su hermana. Es la época de las primeras famosas defenestraciones de Praga. No saben aún que en el hogar de Bohemia van a abrazar por más de un siglo las terribles guerras de religión, y que de las cenizas de Jan Hus va a emerger el protestantismo. Aprendo que la palabra «pistola» viene del checo *píšť'ala*. Aprendo que fue Žižka quien prácticamente inventó los combates de blindados, organizando unos batallones de carros armados pesadamente. Se cuenta que Žižka encontró al violador de su hermana y que lo castigó con enorme dureza. También se dice que Žižka es uno de los más grandes jefes guerreros de cuantos han existido, porque jamás conoció la derrota. Me disperso. Leo todas estas cosas que me alejan de la curva. Y entonces doy con esta frase de George Sand: «Pobres trabajadores o lisiados, siempre vuestra lucha es contra quienes persisten en deciros: “Trabajad mucho para vivir peor.”» ¡Más que una invitación a la digresión es una auténtica provocación! Pero concentrado en mi objetivo, no voy a distraerme más de aquí en adelante. Un Mercedes negro va a toda velocidad como una serpiente por la carretera, ya lo veo.

216

Heydrich se retrasa. Son ya las diez. La hora punta ha pasado y la presencia de Gabčík y Kubiš en la acera de Holešovice se hace más notoria. En 1942, en cualquier

lugar de Europa, dos hombres solos quietos demasiado tiempo en un mismo lugar se vuelven enseguida sospechosos.

Estoy seguro de que ellos están seguros de que todo se ha ido al garete. Cada minuto que pasa los expone al riesgo de hacerse notar y detener por una patrulla. Pero siguen esperando. Hace más de una hora que el Mercedes debería haber pasado. Según los horarios marcados por el carpintero, Heydrich no ha llegado jamás al Castillo después de las diez. Todo hace creer que ya no vendrá. Ha podido cambiar de trayecto, o bien irse directamente al aeropuerto. Tal vez ha volado para siempre.

Kubiš está apoyado en una farola, en la parte interior de la curva. Gabčík, al otro lado del cruce, pone cara de esperar el tranvía. Después de ver pasar una buena docena ha perdido la cuenta. El flujo de trabajadores checos decrece progresivamente. Los dos hombres están cada vez más terriblemente solos. Los ruidos de la ciudad se van apagando poco a poco y la tranquilidad que se apodera de la curva resuena como el eco irónico del fracaso de su misión. Heydrich no se ha retrasado jamás. Ya no vendrá.

Pero no he escrito este libro hasta aquí, por supuesto, para que Heydrich no venga.

A las 10:30, de repente, los dos hombres son sacudidos por el rayo, o más bien por el sol que desde lo alto de la colina se refleja en el pequeño espejo que Valčík ha sacado del bolsillo. Es la señal. Por tanto, es que llega. Allí está. Dentro de unos segundos estará ahí. Gabčík cruza corriendo la carretera y viene a apostarse a la salida de la curva, ocultado por ella hasta el último momento. Por el contrario, Kubiš, más adelantado (salvo si realmente está colocado detrás de Gabčík, como afirman algunas reconstrucciones de los hechos, pero me parece menos probable), no puede ver que el Mercedes que se perfila en el horizonte no lleva escolta. Apostaría a que ni lo ha pensado. Por fuerza, en ese instante sólo existe una idea que ocupa todo su cerebro en ebullición: dar en la diana. Pero percibe sin duda alguna el ruido característico de un tranvía que llega por su espalda.

De pronto surge el Mercedes. Como era de prever, frena. Pero como era de temer, en el peor momento se cruza con él un tranvía lleno de civiles: en el instante preciso en que se va a poner a la altura de Gabčík. Peor para todos. El riesgo de exponer a los civiles ha sido evaluado y han decidido correrlo. Gabčík y Kubiš son unos Justos menos escrupulosos que los de Camus, pero quizá porque su existencia se inscribe más allá o más acá de meros caracteres negros formando líneas sobre el papel.

Usted es fuerte, poderoso, está encantado consigo mismo. Ha matado a gente, y va a matar a mucha más todavía. Todo lo consigue. Nada se le resiste. En el espacio de apenas diez años, se ha convertido en «el hombre más peligroso del Tercer Reich». Nadie se ríe de usted. Ya no le llaman «la cabra», sino «la bestia rubia»: es innegable que ha cambiado de categoría en la escala de las especies animales. Hoy, todo el mundo le teme, incluso su propio jefe, que es un pequeño hámster con gafas, aunque también él sea muy peligroso.

Va usted acomodado en el asiento de su Mercedes descapotable y el viento azota su rostro. Va a su despacho, a su despacho en el castillo. Vive usted en un país en el que todos los habitantes son súbditos suyos, tiene derecho sobre la vida y la muerte de cada uno de ellos. Si así lo decidiera, podría usted matarlos a todos, hasta el último. Por otra parte, es tal vez lo que les espera.

Pero ya no estará usted aquí para verlo, porque otras aventuras lo reclaman. Tiene nuevos retos que afrontar. Dentro de poco, tendrá usted que volar y abandonar su reino. Había venido a instaurar de nuevo el orden en este país y ha cumplido brillantemente con su cometido. Ha doblado el espino de todo un pueblo, ha dirigido el Protectorado con mano férrea, ha hecho política, ha gobernado, ha reinado. Dejará usted a su sucesor la pesada tarea de perpetuar su herencia, a saber: impedir cualquier resurgimiento de la Resistencia que usted ha destrozado; mantener todo el aparato de producción checo al servicio del esfuerzo de guerra alemán; proseguir el proceso de germanización que usted ha puesto en marcha y cuyo procedimiento ha definido perfectamente.

Al pensar tanto en su pasado como en su futuro, le ha invadido un inmenso sentimiento de autosatisfacción. Aprieta su cartera de cuero entre sus rodillas. Piensa en Halle, en la marina, en la Francia que lo espera, en los judíos que van a morir, en este Reich inmortal cuyas bases usted ha hecho más sólidas y cuyas raíces ha enterrado más hondas. Pero olvida usted el presente. ¿Tan embotado está su instinto policial por las ensoñaciones que atraviesan su cerebro mientras el Mercedes corre a toda velocidad? No está viendo en ese hombre que lleva una gabardina bajo el brazo debido al caluroso día de primavera y que cruza por delante de usted la imagen de su presente que lo alcanza.

¿Qué hace ese imbécil?

Se para en mitad de la carretera.

Hace un cuarto de giro sobre sí mismo para ponerse de cara al coche.

Se cruza con su mirada.

Aparta la gabardina.

Deja al descubierto un arma automática.

Encañona el arma hacia usted.

Apunta.

Y dispara.

218

Dispara y no pasa nada. No sé cómo evitar los efectos fáciles. No pasa nada. El gatillo se atasca o, al contrario, se hunde suavemente y percute en vacío. Meses de preparación para que al final la Sten, esa mierda inglesa, se encasquille. Heydrich ahí, a quemarropa, a su merced, y el arma de Gabčík no funciona. Aprieta el gatillo y la Sten, en lugar de escupir balas, se calla. Los dedos de Gabčík se crispan sobre el tallo de metal inútil.

El coche se ha detenido y, esta vez, el tiempo también se ha detenido de verdad. El mundo entero se paraliza, no respira. Los dos hombres del coche están estupefactos. Solamente el tranvía sigue su curso como si no pasara nada, y eso que algunos pasajeros tienen ya esa misma mirada petrificada, porque han visto lo que pasaba, es decir, nada. El rechinamiento de las ruedas por el acero de los raíles desgarran el tiempo detenido. No pasa nada, salvo por la cabeza de Gabčík. Su cabeza es un torbellino, en ella todo se sucede muy rápido. Estoy absolutamente convencido de que si yo hubiera podido estar dentro de su cabeza en ese preciso instante habría tenido material para contar durante centenares de páginas. Pero no estaba dentro de su cabeza y no tengo ni la menor idea de lo que sintió, jamás podría encontrar, en mi pequeña vida, una circunstancia que me hubiera permitido aproximarme a un sentimiento, incluso muy desvaído si cabe, semejante al que lo estuvo invadiendo en aquel instante. Sorpresa, miedo, más un torrente de adrenalina que acude en tropel por las venas como si todas las válvulas de su cuerpo se hubieran abierto a la vez.

«Quienes algún día moriremos, pronunciamos el hombre inmortal en el centro del instante.» Escupo sobre Saint-John Perse pero no escupo necesariamente sobre su poesía. He escogido este verso ahora para rendir homenaje a aquellos combatientes, a sabiendas de que están muy por encima de cualquier elogio.

Hay quien ha aventurado una hipótesis: la Sten estaba escondida en una cartera que Gabčík había rellenado con hierba para ocultar el arma. ¡Vaya idea! ¿Cómo justificar, entonces, en caso de toparse con un control, que uno se pasee por la ciudad con una cartera llena de paja? Pues nada más fácil, basta con responder que es para el conejo. Muchos checos, es verdad, para contar con ciertas mejoras cotidianas, criaban conejos en sus casas e iban a los parques a proveerse de con qué alimentarlos. Sea como fuere, esa hierba se habría metido en el mecanismo del arma.

En conclusión, la Sten no dispara. Y todo el mundo se queda paralizado de estupor durante unas larguísimas décimas de segundo. Gabčík, Heydrich, Klein,

Kubiš. ¡Es tan *kitsch*, tan de western! Aquellos cuatro hombres convertidos en estatuas de piedra, todos con la mirada fija en la Sten, todos haciendo revolucionar su cerebro a una velocidad loca, a una velocidad inconcebible para la gente corriente. Al final de esta historia, sólo quedan esos cuatro hombres en esa curva. Y para colmo, hay un segundo tranvía que viene detrás del Mercedes.

219

Eso quiere decir que no tenemos todo el día. Kubiš entra en acción, y Kubiš, a quien los dos alemanes, estupefactos por la aparición de Gabčík, ni siquiera han visto a su espalda, el tranquilo y amable Kubiš, saca una bomba de su cartera.

220

Estupefacto es como también me he quedado yo tras la lectura de *Europa Central*, de William T. Vollmann, que acaba de aparecer en francés. Febril, leo por fin el libro que me habría gustado escribir a mí, y me pregunto, tras la lectura del primer capítulo, que dura y dura, cuánto tiempo va a mantener ese estilo, ese tono, esa sordina increíble. En realidad, no dura más que ocho páginas, pero son ocho páginas mágicas por las que desfilan las frases como en un sueño del que no se entiende nada y se entiende todo. La voz de la Historia resuena quizá por primera vez con exactitud y me quedo impresionado por una revelación como esta: la Historia es una pitonisa que dice «nosotros». El primer capítulo se titula «Acero en movimiento» y leo: «Dentro de un instante, el acero se pondrá en movimiento, lentamente al principio, como los trenes con tropas que salen de las estaciones, luego, más rápido y por todas partes, avanzan las férreas formaciones de hombres con cascos, flanqueadas por hileras de aviones refulgentes; y a continuación los tanques, los aviones y otros proyectiles en una progresiva aceleración irremisible.» Y más adelante: «Siempre dispuesto a despertar al sonámbulo, Goering promete que seguirán como una centella otros quinientos aviones autopropulsados. Luego corre veloz a una cita amorosa con la diva del cine Lida Baarová.» La checa. Cada vez que cite a un autor, debo poner atención en que mis citas no excedan las siete líneas. No más de siete líneas, como los espías no están más de treinta segundos al teléfono para que no los puedan localizar. «En Moscú, el mariscal Tujachevsky anuncia que *las operaciones de la próxima guerra serán parecidas a unas grandes maniobras desplegadas a escala masiva*. Muy pronto será eliminado. Y los ministros de la Europa Central, que

también serán eliminados, aparecen en unos balcones soportados por marmóreas mujeres desnudas, desde donde pronuncian unos discursos melancólicos mientras están atentos a que suene el teléfono.» En el periódico alguien me explica: es un relato de «baja intensidad», una «novela maravillosa más que histórica», cuya lectura «requiere una escucha fluctuante». Comprendo. Lo tendré en cuenta.

¿Dónde estaba?

221

Estoy exactamente ahí donde quería llegar. Un volcán de adrenalina cubre la curva de Holešovice. Es el momento justo en que la suma de microdecisiones individuales, únicamente movidas por las fuerzas del instinto y del temor, permitirá a la Historia conocer uno de sus sobresaltos, o uno de sus más sonoros hipidos.

El cuerpo de cada uno asume sus responsabilidades. Klein, el chófer, no arranca otra vez, y eso es un error.

Heydrich se levanta y desenfunda. Segundo error. Si Klein hubiera demostrado la misma vivacidad que Heydrich, o si Heydrich hubiera permanecido inmovilizado en su asiento como Klein, sin duda alguna todo habría sido diferente, y quizá yo no estaría allí para contárselo a ustedes.

El brazo de Kubiš describe un arco y la bomba vuela. Pero, decididamente, nadie hace nunca con toda precisión lo que debe hacer. Aunque Kubiš apunta antes hacia el asiento, la bomba cae junto a la rueda trasera derecha. Sin embargo, explota.

SEGUNDA PARTE

Un rumor alarmante llega de Praga.
Diario de Goebbels, 28 de mayo de 1942

La bomba explota y revienta instantáneamente las ventanillas del tranvía de enfrente. El Mercedes despega un metro del suelo. Unos pedazos golpean a Kubiš en la cara y lo proyectan hacia atrás. Una nube de humo inunda toda el área. Del tranvía surgen algunos gritos. Sobrevuela una guerrera de SS que estaba en el asiento de atrás. Durante unos segundos, los testigos medio ahogados sólo verán eso: esa chaqueta de uniforme flotando por los aires sobre una nube de polvo. Yo, en todo caso, es lo único que veo. La guerrera, como una hoja muerta, describe en el aire amplios rodeos mientras el eco de la deflagración se va tranquilamente resonando hasta Berlín y Londres. Sólo están en movimiento el sonido que se propaga y la chaqueta que revolotea. No hay ninguna otra señal de vida en la curva de Holešovice. Ahora estoy hablando de ese segundo. El segundo siguiente ya será otra cosa. Pero ahí, aquí, en esta clara mañana del miércoles 27 de mayo, el tiempo suspende su decurso por segunda vez en dos minutos, aunque de manera un poco diferente.

El Mercedes cae de nuevo sobre el asfalto con pesantez. En Berlín, Hitler no puede imaginar ni por un instante que Heydrich no honrará su cita de esta noche. En Londres, Beneš quiere creer todavía en el éxito de «Antropoide». Qué orgullo, en ambos casos. Cuando el neumático reventado de la rueda trasera derecha, último de los cuatro suspendidos en el aire, vuelve a contactar con el suelo, el tiempo vuelve a discurrir de verdad. Heydrich se lleva instintivamente la mano a su espalda, la mano derecha, en la que sostiene la pistola. Kubiš se levanta otra vez. Los pasajeros del segundo tranvía se pegan a los cristales de las ventanillas para ver qué ocurre, mientras que los del primero tosen, gritan y se atropellan para salir. Hitler duerme aún. Beneš hojea nerviosamente los informes de Moravec. Churchill está ya en su segundo whisky. Valčík observa desde lo alto de la colina la confusión que reina en la glorieta atestada por todos estos vehículos: un Mercedes, dos tranvías, dos bicis. Opálka está en la esquina de alguna parte pero no podría jurarlo. Roosevelt envía aviadores norteamericanos a Inglaterra para ayudar a los pilotos de la RAF. Lindbergh no quiere devolver la medalla que Goering le concedió en 1938. De Gaulle lucha por legitimar la Francia libre junto a los Aliados. El ejército de von Manstein sitia Sebastopol. El Afrika Korps ha empezado el ataque de Bir Hakeim desde ayer. Bousquet planifica la redada del Vél' d'Hiv'. En Bélgica, los judíos son obligados a llevar la estrella amarilla a partir de hoy. Los primeros maquis aparecen en Grecia. Doscientos sesenta aviones de la Luftwaffe están en camino para interceptar un convoy marítimo aliado que se dirige hacia la URSS tratando de rodear Noruega por el océano Ártico. Después de seis meses de bombardeos diarios, la invasión de Malta es aplazada sine die por los alemanes. La guerrera de SS acaba de posarse delicadamente sobre los hilos eléctricos del tranvía, como ropa tendida puesta a secar.

Que es como estamos. Pero Gabčík apenas se ha movido. El clic trágico de su Sten, más que la explosión, le ha dado una especie de bofetada mental. Como en un sueño, ve bajar del coche a los dos alemanes y, como si estuvieran haciendo prácticas, cubrirse mutuamente. En doble apoyo cruzado, Klein se vuelve hacia Kubiš mientras que Heydrich, titubeando, se presenta solo frente a él con el arma en la mano. Heydrich, el hombre más peligroso del Tercer Reich, el verdugo de Praga, el carnicero, la bestia rubia, la cabra, el judío Süß, el hombre de corazón de hierro, la peor criatura jamás forjada por el fuego vivo de los infiernos, el hombre más feroz jamás salido de un útero femenino, su objetivo, está frente a él, titubeante y armado. Saliendo de pronto del atenzamiento que lo había paralizado, Gabčík encuentra la agudeza necesaria para comprender inmediatamente la situación, libre de cualquier consideración mitológica o grandilocuente, y toma la decisión rápida y justa que le permite hacer exactamente lo único que puede hacer: arrojar la Sten y echar a correr. Suenan las primeras detonaciones. Los disparos provienen de Heydrich. Heydrich, el verdugo, el carnicero, la bestia rubia, etc. Pero el Reichsprotektor, campeón de todas las categorías en casi todas las disciplinas humanas, obviamente no está en las mejores condiciones. Falla una y otra vez. Por ahora. Gabčík llega a cubrirse detrás de un poste telegráfico, que debería de ser bastante grueso, porque decide quedarse allí. Desconoce, es verdad, a partir de qué momento Heydrich podrá recuperar todas sus facultades y acertar en su disparo. Entretanto, el trueno retumba. Por la otra parte, Kubiš, limpiándose la sangre que corre por su frente y le nubla la vista, distingue la silueta gigante de Klein que avanza hacia él. ¿Qué locura, o qué voluntad de lucidez suprema le recuerda la existencia de su bicicleta? Agarra el manillar y se monta. Todos los que han hecho bici saben que un ciclista, en relación con un hombre a pie, es vulnerable durante los diez, quince, pongamos veinte primeros metros de arranque, pasados los cuales se distanciará irremediabilmente. Kubiš, vista la decisión que su cerebro le obliga a tomar, debe de tener esto en la cabeza. Porque, en lugar de huir en la dirección exactamente contraria a la de Klein, como por instinto habría hecho alrededor del 99% del género humano enfrentado a una situación semejante, es decir, una situación en la que el asunto consiste en huir a toda velocidad de un nazi armado que tiene por lo menos una buena razón para querer matarte, él escoge pedalear hacia el tranvía, de donde los pasajeros medio asfixiados han empezado a salir, describiendo un ángulo inferior a 90° en la línea de Klein. No me gusta meterme en la cabeza de la gente, pero creo poder explicar el cálculo de Kubiš, que tal vez sea además doble. Por una parte, para compensar la relativa lentitud del demarraje y coger velocidad lo más rápidamente posible, sitúa su bicicleta *en el sentido de la bajada*. Ha calculado con acierto que pedalear en cuesta con un SS furioso a la espalda no sería una opción rentable. Por otra parte, para tener una oportunidad, siquiera ínfima, de salir de allí con vida, debe responder a dos exigencias

contradictorias: no exponerse ni situarse al alcance de los disparos enemigos. Pero para no estar a su alcance primero es necesario franquear una cierta distancia inevitablemente al descubierto. Kubiš hace lo contrario que Gabčík, tienta su suerte ahora. Pero no se pone exactamente en manos del azar: se servirá de ese tranvía, cuya inoportuna presencia temían los paracaidistas una vez que habían optado por la curva de Holešovice. Los pasajeros que han bajado no son demasiado numerosos para formar una multitud, pero de todos modos va a tratar de utilizarlos como escudo. Supongo que no tiene en cuenta la falta de escrúpulos de un SS a la hora de disparar a través de un grupo de civiles inocentes, pero por lo menos se reducirá su visibilidad para el disparo. Este plan de evasión me parece genial, sobre todo si se considera que el hombre que lo ha concebido acaba de ser sacudido por una deflagración, tiene la cara ensangrentada y ha dispuesto de menos de tres segundos para elaborarlo. Sin embargo, hay un momento en el que Kubiš no tiene más remedio que exponerse a la pura suerte: cuando se aparta del escudo de pasajeros aturdidos. Pero a menudo el azar, creo yo, decide distribuir equitativamente sus hipidos: Klein, conmocionado aún por la explosión, se crispa sobre su arma, el percutor, el gatillo, la culata o qué se yo, el caso es que se le atasca también. ¿El plan de Kubiš va a funcionar? No, porque el escudo de pasajeros es demasiado compacto ante él. En el montón, algunos ya se han recuperado y, bien porque sean alemanes, simpatizantes, ávidos de proezas o de recompensas, bien porque los aterrorice la idea de que se les pudiera acusar de complicidad, o bien, en otros casos, sencillamente por estar paralizados y ser incapaces de moverse ni un centímetro, no parecen dispuestos a franquearle el paso. Dudo mucho que ni siquiera uno de ellos hubiera intentado sujetarlo, aunque tal vez sí le mostrase un aire vagamente amenazante. Llegamos entonces a esa escena cómica (parece que en cada episodio tiene que haber una) en la que Kubiš, en bici, dispara al aire para abrirse camino a través de los atónitos usuarios de un tranvía. Y consigue pasar. El estúpido de Klein comprende que su presa se le escapa, se acuerda de que tiene un patrón al que proteger y se vuelve hacia Heydrich, que continúa disparando. Pero de repente, el cuerpo del Reichsprotektor gira sobre sí mismo y se derrumba. Klein corre hasta él. El silencio que sigue a la interrupción de los disparos no cae en saco roto. Gabčík decide que si ha de probar suerte, es ahora o nunca. Deja el precario abrigo de su poste telegráfico y echa a correr. Ya ha recuperado todas sus facultades y también llega a reflexionar: para darle una oportunidad a Kubiš él debe tomar una dirección diferente. De golpe, sube por la cuesta. El análisis, sin embargo, no es del todo certero porque al hacer eso, se dirige hacia el puesto de observación de Valčík. Pero Valčík, por el momento, no ha sido identificado como participante en la operación. Heydrich consigue apoyarse en su codo. A Klein, que acaba de llegar hasta él, le ladra: «¡Coge el *Schweiehund!*!» Klein consigue por fin armar su jodida pistola y entonces se inicia la persecución. Dispara hacia delante y Gabčík, provisto

de un Colt 9 mm que afortunadamente llevaba como reserva de la Sten, responde. No sé cuántos metros le saca de ventaja. Ahora que caigo, no creo que Gabčík dispare por encima del hombro, por así decir, para darle a su adversario, sino más bien para advertirle del riesgo que corre si se le acerca demasiado. A la carrera, los dos hombres dejan detrás de sí la glorieta sumida en el caos. Pero delante se perfila una figura cada vez más nítida: es la de Valčík, que va a su encuentro. Gabčík lo ve correr con el arma en la mano, detenerse para apuntar y luego desplomarse antes de haber disparado.

«*Do píči!*» En el momento en que cae, con el muslo atravesado por un violento dolor, Valčík no puede exclamar otra cosa que «¡Mierda, será cabrón!» Alcanzado por una bala del alemán, qué mala suerte. Ahora el gigantesco SS está ya a unos pocos metros. Valčík se cree perdido. No tendrá tiempo de recuperar su arma, que ha dejado caer. Pero cuando Klein llega a su altura, milagro: no se detiene. Ya porque el alemán concede a Gabčík una importancia prioritaria, ya porque, al ir demasiado concentrado en su objetivo, no ha visto que Valčík estaba armado y listo para dispararle, o ni siquiera lo ha visto *a secas*, lo cierto es que pasa por delante sin pararse ni echarle una mirada. Valčík puede considerarse afortunado, pero aun así echa pestes: se burlarían de él si llega a saberse que le ha dado *una bala perdida*. Cuando se da la vuelta, los dos hombres han desaparecido.

Abajo, la situación apenas es menos confusa. Una joven rubia, sin embargo, ha comprendido lo que ha pasado. Ella es alemana y ha reconocido a Heydrich, que yace atravesado en la carretera sujetándose la espalda. Con la autoridad que le da la convicción de pertenecer a una raza superior, para un coche y ordena a los dos ocupantes que lleven al Reichsprotector al hospital más próximo. El conductor protesta: su coche va cargado de cajas de bombones que ocupan el asiento trasero por completo. «¡Descárguelas! *Sofort!*», ladra la rubia. Nueva escena surreal, relatada por el conductor en persona: los dos checos, sin darse ninguna prisa, empiezan a descargar las cajas de bombones como a cámara lenta, mientras la joven rubia, bonita y elegante en su traje sastre, da vueltas alrededor de Heydrich en el suelo susurrándole unas frases en alemán que él parece no oír. Pero está claro que es el día de esa alemana. Aparece otro vehículo en la glorieta que, de un vistazo, considera más útil. Se trata de una pequeña furgoneta Tatra que reparte betún y cera para suelos. La rubia corre hacia ella gritando sin parar.

—¿Qué ocurre?

—¡Un atentado!

—¿Y qué quiere?

—Tiene que llevar a Herr Obergruppenführer al hospital.

—Pero... ¿por qué yo?

—Su coche está vacío.

—Pero es que ahí dentro no va a estar muy cómodo, hay cajas de betún, huele mal, no es conveniente transportar al protector en tales condiciones...

—*Schnell!*

Mala suerte para el trabajador de la Tatra, le ha tocado a él salir pitando. Un guardia que ha llegado mientras tanto lleva a Heydrich sosteniéndolo en pie. Parece que el Reichsprotektor trata de caminar recto pero no lo consigue. La sangre corre por su uniforme desgarrado. A duras penas logra poner su cuerpo en el asiento del pasajero, delante, mientras aprieta su revólver en una mano y sujeta con la otra la cartera. La furgoneta arranca y circula por la bajada. Pero entonces el conductor cae en la cuenta de que el hospital está del otro lado y tiene que dar media vuelta. La maniobra no le pasa desapercibida a Heydrich, que le grita: «*Wohin fahren wir?*» Mi flojo nivel de alemán me permite entender la pregunta: «¿Adónde vamos?» El conductor también la entiende, pero como no logra recordar cómo se dice «hospital» (*Krankenhaus*), no contesta, y en ese momento Heydrich se pone a proferir amenazas blandiendo su arma. Afortunadamente, la furgoneta ha regresado a su punto de partida. El conductor ve a la joven rubia, que todavía sigue ahí y que a su vez, al verlos llegar, corre hacia ellos. El conductor se lo explica. Pero Heydrich masculla algo a la rubia. No puede seguir en ese asiento delantero, está demasiado hundido para él. Entonces ella lo ayuda a salir, se pone en la parte de atrás, boca abajo, entre las latas de cera y las cajas de betún. Heydrich pide que le den su cartera. Se la arrojan a su lado. La Tatra se pone otra vez en marcha. Heydrich sigue sujetándose la espalda con una mano y se oculta la cara con la otra.

Mientras tanto, Gabčík no ha dejado de correr. Con la corbata al viento, el cabello despeinado, se parece a Cary Grant en *Con la muerte en los talones*, o a Belmondo en *El hombre de Río*. Pero evidentemente, Gabčík, por muy bien entrenado que esté, no tiene la resistencia prodigiosa de la que el actor francés hará alarde en su extravagante papel. Gabčík, al contrario que Belmondo, no puede correr indefinidamente. Zigzagueando por el barrio residencial de los alrededores, ha llegado a cobrar un poco de ventaja sobre su perseguidor, pero sin dejarlo atrás. Cada vez que tuerce por una calle, tiene unos segundos en los que desaparece de su campo visual. Debe sacar provecho de ello. Sin aliento, divisa una tienda abierta y se mete en su interior, exactamente durante el lapso de tiempo en que Klein no puede verlo. Desafortunadamente para él, no ha podido leer el nombre del establecimiento: carnicería Brauner. Cuando le pide jadeante al dependiente que lo ayude a esconderse, éste se precipita fuera, ve a Klein dando saltos y, sin decir ni una palabra, le señala su tienda con el dedo. No sólo este Brauner es un checo alemán, sino que para colmo tiene un hermano en la Gestapo. Muy mala baza, por tanto, para Gabčík, que se encuentra acorralado en la trastienda de una carnicería nazi. Pero Klein, durante la persecución, ha tenido que darse cuenta de que el fugitivo va armado. No

entra, se protege detrás de una maceta y se pone a disparar hacia el interior como un loco. Después de haber esperado detrás del poste telegráfico a que Heydrich dejara de dispararle, la situación de Gabčík no ha cambiado ahora gran cosa. Sin embargo, bien porque recuerde sus cualidades como tirador, bien porque un simple SS de dos metros le impresiona menos que el verdugo de Praga en persona, se siente mucho más capaz de reaccionar. Se descubre por un segundo, distingue el extremo de una silueta que sobrepasa, apunta, dispara, y Klein se derrumba, herido en la pierna. Sin más dilación, Gabčík da un brinco, pasa por delante del alemán, se lanza hacia la calle y se pone a correr. Pero se pierde en un dédalo de callejuelas. Llega a la glorieta siguiente y se queda paralizado. Al final de la calle por la que se disponía a subir, distingue el nacimiento de la curva. En su huida alocada, ha girado en redondo y está a punto de volver a su punto de partida. Parece una pesadilla de Kafa a cámara rápida. Se mete por la otra calle del cruce, que es de bajada, y se precipita hacia el río. Y yo, que cojeo por las calles de Praga y subo por Na Poričí arrastrando la pierna, lo veo alejarse.

La Tatra llega al hospital. Heydrich está amarillo, apenas si se sostiene sobre sus piernas. Lo llevan inmediatamente al quirófano y le quitan la chaqueta. Con el torso desnudo, mira con desdén a la enfermera que se marcha sin pedir más explicaciones. Se queda solo, sentado en la mesa de operaciones. Daría lo que fuera por saber cuánto tiempo exactamente dura esa breve soledad. Aparece un hombre con gabardina negra. Ve a Heydrich, abre los ojos como platos, echa una mirada circular por la habitación y sale enseguida a telefonar: «¡No, no es una falsa alarma! ¡Envíame un escuadrón de SS inmediatamente! ¡Sí, Heydrich! Repito: el Reichsprotektor está aquí y está herido. No, no sé nada más. *Schnell!*» A continuación viene un primer médico, checo. Está blanco como un lienzo pero nada más llegar empieza a examinar la herida con unas pinzas y unos algodones. Tiene ocho centímetros de largo y contiene muchos fragmentos e inmundicias. Heydrich no rechista mientras las pinzas escudriñan en la herida. Un segundo médico, este alemán, irrumpe en la sala. Pregunta qué ocurre, y ve a Heydrich. Enseguida golpea los tacones y exclama: «*Heil!*» A continuación prosiguen examinando la herida. El riñón no ha sido dañado, tampoco la columna vertebral, el diagnóstico preliminar parece alentador. Ponen a Heydrich en una silla de ruedas y lo llevan a radiografía. Por los pasillos parece que los SS han copado el hospital. Se toman las primeras medidas de seguridad: embadurnar con pintura blanca todas las ventanas que dan al exterior, con el fin de evitar a los francotiradores, y colocar nidos de ametralladoras en el tejado. Y por supuesto, poner de patitas en la calle a todos los enfermos que sobren. Heydrich se levanta de la silla y va por su propio pie a situarse delante del aparato de rayos X, haciendo grandes esfuerzos por tener un porte digno. La radiografía revela que el daño ha sido mayor. Una costilla está rota, el diafragma está perforado y la caja torácica dañada. Descubren que hay

algo alojado en el bazo, una esquirla de la bomba o un trozo de la carrocería. El médico alemán se inclina hacia el herido:

—Herr Protektor, vamos a tener que operarlo...

Heydrich, lívido, dice que no con la cabeza:

—¡Quiero un cirujano de Berlín!

—Pero su estado exige... exigiría una intervención inmediata...

Heydrich reflexiona. Comprende que está en juego su piel, que el tiempo no corre a su favor, y acepta que manden venir al mejor especialista que haya en la clínica alemana de Praga. Inmediatamente lo llevan otra vez a la sala de operaciones. Karl Hermann Frank y los primeros miembros del gobierno checo empiezan a llegar. El pequeño hospital de barrio conoce una efervescencia como nunca había conocido ni volverá a conocer jamás.

Kubiš se gira sin detenerse y ve que nadie lo persigue. Lo ha logrado. ¿Pero exactamente qué es lo que ha logrado? Matar a Heydrich no, ya que tenía toda la pinta de estar en plena forma cuando lo dejó rociando a tiros a Gabčík, y ayudar a Gabčík tampoco, porque parecía en serias dificultades con su Sten enmudecida. En cuanto a ponerse fuera de peligro, era obvio que lo había conseguido sólo de modo provisional. La batida empezará de un minuto a otro, y su descripción no será muy complicada: un hombre en bicicleta con una herida en la cara. No se le ocurre nada más fácilmente reconocible. Y queda otro dilema por resolver: la bici le permite una movilidad preciosa para alejarse rápidamente de la zona del atentado, pero lo hace mucho más expuesto ante cualquier control. Kubiš opta por deshacerse de ella. Reflexiona mientras pedalea. Bordea el lugar del atentado y va a dejar su vehículo delante de la zapatería Bata, en el barrio del viejo Liben. Habría sido preferible cambiar de sector pero cada segundo que pasa a la intemperie incrementa las posibilidades de que lo detengan. Por eso elige buscar refugio en casa de su contacto más cercano, la familia Novák. Penetra en un edificio de viviendas obreras y sube los escalones de cuatro en cuatro. Una vecina lo interpela: «¿Busca a alguien?» Se tapa torpemente la cara.

—A la señora Nováková.

—Está ausente, pero acabo de dejarla, volverá enseguida.

—La esperaré.

Kubiš sabe que la brava señora Nováková nunca cierra su puerta para que él y sus amigos puedan aparecer por allí cuando lo consideren oportuno. Entra en el piso y se arroja sobre el sofá. Primer segundo de respiro en esta larguísima y espantosa mañana.

El hospital de extrarradio Bulovka se asemeja ahora a la cancillería del Reich, al búnker de Hitler y a la sede de la Gestapo a la vez. Las fuerzas de choque de las SS dispuestas alrededor, en, sobre y debajo del edificio, están preparadas para

enfrentarse a toda una división de blindados soviéticos. Sin embargo, esperan al cirujano. Frank, el antiguo librero de Karlovy Vary, abrasa cigarrillo tras cigarrillo como si fuera a ser papá. De hecho rumia: habrá que informar a Hitler.

La ciudad está en zafarrancho de combate: en Praga, todo aquel que lleve uniforme ha sido poseído por unas irreprimibles ganas de correr en cualquier dirección. La agitación es máxima, la eficacia prácticamente nula. Si Gabčík y Kubiš hubieran querido tomar el tren en la estación de Wilson (desbautizada) para abandonar la ciudad en las dos horas que siguieron al atentado, habrían podido hacerlo con toda tranquilidad.

Curiosamente Gabčík, peor parado, tiene menos problemas: debe encontrar como sea una gabardina porque su descripción seguro que va a mencionar que carece de ella, al haber tenido que abandonar la suya a los pies del Mercedes, pero en cambio conserva toda su integridad física, no tiene ninguna herida en el cuerpo, ni visible ni invisible. A fuerza de correr, llega hasta el barrio de Žižkov. Una vez allí, recupera el aliento y la calma, compra un ramo de violetas y llama a la puerta del profesor Zelenka, miembro de Jindra, la organización de resistencia de los Sokols. Ofrece el ramo de violetas a la señora Zelenka, pide prestada una gabardina y vuelve a marcharse. O quizá pidiera prestada la gabardina en casa de los Svatoš, que le habían prestado ya la cartera, también abandonada en la curva, pero los Svatoš viven demasiado lejos, en el corazón de la ciudad, en la plaza Wenceslao; en este punto los testigos no se aclaran y me pierdo un poco. Sea como sea, él vuelve enseguida al domicilio de los Fafek, donde lo aguardan un baño caliente y su jovencísima novia, Libena. Ignoro lo que hacen y lo que dicen. Pero sabemos que Libena estaba al corriente de todo. Debió de sentirse muy feliz al verlo otra vez con vida.

Kubiš se lava la cara, la señora Novák le aplica tintura de yodo, la vecina, buena persona, le presta una camisa de su marido para que pueda cambiarse, una camisa blanca con rayas azules. Completa su disfraz con un uniforme de ferroviario, prestado por el señor Novák. Con su apariencia de obrero, su rostro hinchado atraerá menos la atención: los trabajadores son más proclives a los accidentes que los caballeros con traje, como todo el mundo sabe. Queda un problema: habría que ir a recuperar la bicicleta dejada delante de Bata. Está demasiado cerca de la curva, la policía la encontrará enseguida. Como caída del cielo, la pequeña Jindriska, la benjamina de los Novák, llega toda feliz de la escuela y está muerta de hambre, ya que se come pronto en Checoslovaquia. Mientras se dispone a hacerle la comida, su mamá le confía una misión: «Un señor que conozco ha dejado su bicicleta delante de los almacenes Bata. Ve por ella y déjala en el patio. Y si alguien te pregunta de quién es esa bicicleta, no le contestes, ha tenido un accidente y podría causarle problemas...» La chica sale a escape mientras su madre le grita: «¡Y no intentes usarla, que no sabes! ¡Pon atención a los coches...!»

Un cuarto de hora más tarde, vuelve con la bici. Una señora le ha preguntado, pero, siguiendo las instrucciones, ella no ha abierto la boca. Misión cumplida. Kubiš ya puede irse tranquilo. Aunque lo de tranquilo es una manera de hablar, evidentemente, tan tranquilo como pueda estarlo alguien que se sabe abocado a convertirse en uno de los dos hombres más buscados del Reich en las próximas horas, quizá minutos.

La situación de Valčík, en tanto que su participación en los hechos todavía no ha sido claramente establecida, es quizá un poco menos delicada. Pero pasearse por una Praga en estado de máxima alerta, cojeando y herido de bala, no permite sin duda afrontar el inmediato futuro con serenidad. Encuentra refugio en casa de un colega y amigo de Alois Moravec, empleado como él en el ferrocarril, resistente y protector de paracaidistas como él, y como él casado con una mujer totalmente leal a quienes luchan contra el ocupante. Ella es quien deja entrar a Valčík, muy pálido, a quien conoce bien por haberlo recibido, alojado y escondido a menudo, pero a quien llama Mirek porque ignora su verdadera identidad. A cambio, como por toda la ciudad corre ya el rumor, le pregunta nada más verlo: «Mirek, ¿estás al corriente de que ha habido un atentado contra Heydrich?» Valčík levanta la cabeza: «¿Ha muerto?» Todavía no, le dice, y Valčík baja la cabeza de nuevo. Pero ella no puede sustraerse de hacerle la pregunta que la está quemando en los labios: «¿Estás en el ajo?» Valčík tiene aún fuerzas para sonreír: «¡Vaya idea! Mi corazón es demasiado blando para eso.» Ella ha tenido ocasión de calibrar la pasta de la que está hecho ese hombre y, en consecuencia, sabe que está mintiendo. Valčík, por otra parte, lo hace de manera refleja y no espera que lo crea. Ella no se percata en absoluto de que está cojo, pero le pregunta si necesita alguna cosa. «Un café muy cargado, por favor.» Valčík le pregunta también si ella podría ir a dar una vuelta por la ciudad para informarle de lo que acontece. Luego él también tomará un buen baño, porque le duelen las piernas. La mujer y el marido se dicen que tal vez haya caminado demasiado. Hasta el día siguiente por la mañana, cuando encuentren rastros de sangre por las sábanas, no se darán cuenta de que lo han herido.

El cirujano llega al hospital a eso de las doce en punto y enseguida comienza la operación.

A las doce y cuarto, Frank traga saliva y llama a Hitler. Como era previsible, Hitler no está nada contento. Lo peor es cuando Frank debe confesarle que Heydrich circulaba sin escolta, en un Mercedes descapotable y encima sin blindar. Al otro extremo del hilo, para variar, aúlla. Las vociferaciones hitlerianas pueden significar dos cosas: por una parte, ese hatajo de perros que constituye el pueblo checo va a pagar cara su audacia; por otra parte, ¡cómo es posible que Heydrich, su mejor elemento, un hombre de su envergadura, de su importancia para el buen funcionamiento de todo, todo el Reich, ha podido ser tan cretino para dar pruebas de

una negligencia tan culpable, sí, culpable! La cosa es sencilla, inmediatamente hay que:

1. Fusilar a 10.000 checos.

2. Ofrecer 1.000.000 de Reichmarks a cualquiera que contribuya al arresto de los criminales.

Hitler siempre ha sido aficionado a las cifras, a ser posible redondas.

Por la tarde, Gabčík, acompañado de Libena, porque una pareja levanta menos sospechas que un hombre solo, va a comprar un sombrero tirolés para pasar por alemán, un sombrero verde con una pluma de faisán. E, inesperadamente, su disfraz funciona por encima de las expectativas: un SS de uniforme lo llama. Le pide fuego. Gabčík, ceremoniosamente, saca su encendedor y le enciende el cigarrillo.

Yo también me voy a encender uno. Me siento un poco como un grafómano neurasténico errando por Praga. Creo que voy a hacer una pequeña pausa.

Pero no hay pausa que valga. Hay que pasar este miércoles.

El comisario Pannwitz, el hombre de gabardina negra que apareció por el hospital, al que la Gestapo había enviado para obtener noticias, es el encargado de la investigación. A la luz de los indicios dejados en el lugar del crimen, una Sten y una cartera con una bomba anticarro de fabricación inglesa en su interior, el origen del atentado no es ningún misterio: lleva la firma de Londres. Hace un informe para Frank, quien llama otra vez a Hitler. No ha sido la Resistencia interior la que ha dado el golpe. Frank desaconseja las represalias masivas, que sugerirían la existencia de una fuerte oposición entre la población local. Las ejecuciones individuales de sospechosos o de cómplices, con sus familias, para dar ejemplo, llevarán el asunto a sus justas proporciones: una acción individual, organizada desde el extranjero. Se trata ante todo de conjurar ante la opinión pública la enojosa impresión de que el atentado es la expresión de una revuelta nacional. Sorprendentemente, Hitler más o menos se deja convencer de esta relativa propuesta de moderación. Las represalias masivas se suspenden provisionalmente. Sin embargo, en cuanto cuelga, Hitler escupe sapos y culebras junto a Himmler. Así que los checos no quieren a Heydrich, ¿no? ¡Pues les mandaremos a alguien peor! Para ello se impone, necesariamente, un tiempo de reflexión, porque encontrar a alguien peor que Heydrich es difícil. Hitler y Himmler se devanan los sesos. Hay algunos Waffen SS de alto rango que serían bastante indicados para organizar una carnicería, pero están todos movilizados en el frente del Este, donde, en esa primavera de 1942, tienen mucho que hacer. Finalmente se conforman con la opción de Kurt Dalüge porque oportunamente se encuentra ya en Praga por razones de salud. La ironía quiere que Dalüge, jefe de la policía regular del Reich y recientemente nombrado Oberstgruppenführer, sea un rival directo de Heydrich. Con la diferencia de que aquél está lejos de hacerle sombra a éste. Heydrich siempre se refiere a él como «el estúpido». Si se despierta, va a sentirse

francamente humillado. En cuanto se restablezca, habrá que ir pensando en cómo promocionarlo.

Y entonces se despierta. La operación ha transcurrido adecuadamente. El cirujano alemán es más bien optimista. Ha habido que proceder a extirpar el bazo, pero no ha habido ninguna complicación que destacar. La única cosa un tanto sorprendente es esa especie de mechones de pelo encontrados en la herida y dispersos por todo el cuerpo. Los doctores han dedicado un tiempo a interpretar de dónde procedía eso: por lo visto proviene del asiento de cuero del Mercedes, reventado por el impacto, que estaba relleno de crin de caballo. En la radiografía se temía que unos pequeños fragmentos de metal se hubieran alojado en los órganos vitales. Pero no es nada de eso, y el *gotha* germanopragués empieza a respirar. Lina, que no ha sido avisada hasta las 15 horas, está a su lado. Aún grogui, articula débilmente, dirigiéndose a su mujer: «Cuida de nuestros hijos.» En esos momentos no parece estar muy seguro de su futuro.

La tía Moravec está loca de alegría. Irrumpe en la portería y le pregunta al portero: «¿Se sabe algo de Heydrich?» Sí, saben algo, por la radio, no se habla de otra cosa. Pero también dan el número de serie de la segunda bicicleta abandonada en el lugar de los hechos. Su bicicleta. Olvidaron borrarlo. Su alegría decae inmediatamente y se transforma en un amargo lamento. Palidece, les reprocha a los muchachos su negligencia. Pero está dispuesta a acudir en su ayuda. Esta dama pequeña es decididamente una mujer de acción y no es momento de lamentarse. No sabe dónde pueden estar, pero tiene que encontrarlos. Incansable, vuelve a salir.

Por todas las zonas de la ciudad se pegan los habituales carteles rojos bilingües que se utilizan siempre que hay que comunicar algo a la población local, y éste, que quedará sin ninguna duda como la joya de la colección, proclama:

1. EL 27 DE MAYO DE 1942 SE HA COMETIDO EN PRAGA UN ATENTADO CONTRA EL REICHSPROTEKTOR INTERINO, SS OBERGRUPPENFÜHRER HEYDRICH.

Para el arresto de los culpables se ha previsto una recompensa de diez millones de coronas. Cualquiera que dé cobijo a esos criminales, les proporcione ayuda o, conociéndolos, no los denuncie será fusilado con toda su familia.

2. En la región del Oberlandrat de Praga se proclama el estado de sitio a partir de la lectura de esta ordenanza en la radio. Se tomarán las siguientes medidas:

- a) Se prohíbe a la población civil, sin excepción, salir a la calle desde el 27 de mayo a las 21 h. hasta el 28 de mayo a las 6 h.;
- b) Cierre absoluto de pensiones y restaurantes, cines, teatros, lugares de

recreo, y suspensión de todo el tráfico en la vía pública durante esas mismas horas;

c) Cualquiera que, despreciando esta prohibición, aparezca en la calle será fusilado si no se para al primer requerimiento;

d) Están previstas otras medidas y, en caso de que sean necesarias, serán anunciadas por la radio.

A partir de las 16:30 h, esta ordenanza es leída en la radio alemana. A partir de las 17 h, la radio checa empieza a difundirla cada media hora. A partir de las 19:40 h cada diez minutos, y desde las 20:20 h hasta las 21 h, cada cinco minutos. Supongo que quienes vivieron aquella jornada en Praga, si es que están vivos hoy en día, pueden todavía recitar de memoria el texto íntegro. A las 21:30 h, el estado de sitio se extiende por todo el Protectorado. Mientras tanto, Himmler ha vuelto a llamar a Frank para confirmar las nuevas directrices de Hitler: ejecutar inmediatamente a las cien personalidades más significativas que haya entre los rehenes encarcelados por prevención desde la llegada de Heydrich a Praga en octubre del año pasado.

En el hospital, se vacían los armarios de toda la morfina que pueda encontrarse para aliviar al gran herido.

Al caer la noche, se lleva a cabo una demente batida. 4.500 hombres de las SS, SD, NSKK, Gestapo, Kripo y demás Schupo, más tres batallones de la Wehrmacht ponen cerco a la ciudad. Con la colaboración de la policía checa, el número de hombres que participa en la operación es más de 20.000. Todas las vías de acceso son neutralizadas, los grandes ejes bloqueados, las calles cortadas, los inmuebles registrados, la gente registrada. Veo por todas partes a hombres armados saltar de camiones sin toldo, correr en formación de un edificio a otro, invadir los huecos de las escaleras con el martilleo de las botas y el ruido del acero, golpear en las puertas, gritar órdenes en alemán, sacar a la gente de su cama, poner patas arriba su piso, maltratarlos duramente y ladrarlos encima. Especialmente los SS parecen haber perdido por completo el control de sus nervios y van por las calles como locos furiosos, disparan a las ventanas que ven encendidas o que sencillamente están abiertas, porque temen en todo momento ser el blanco de francotiradores emboscados. Praga está más que en estado de sitio. Se parece a la guerra. La operación policial, tal como es ejecutada, sumerge a la ciudad en un caos indescriptible. 36.000 pisos son visitados por la noche para obtener un resultado irrisorio, en vista de los medios desplegados. Se detiene a 541 personas, entre ellas a tres o cuatro vagabundos, una prostituta, un delincuente juvenil y, eso sí, a un jefe de la Resistencia comunista pero que no tiene ninguna relación con «Antropoide». De todos ellos, se suelta enseguida a 430. Y no se encuentra ningún rastro de los paracaidistas clandestinos. O lo que es peor, no se tiene ni el menor asomo de un

principio de pista. Gabčík, Kubiš, Valčík y sus amigos han debido de pasar una extraña noche. Me pregunto si alguno de ellos llegó a dormir algo. Me sorprendería mucho. Desde luego, yo duermo fatal en este momento.

223

En la segunda planta del hospital, enteramente vacía de otros enfermos, Heydrich está echado en su cama, débil, con los sentidos embotados y el cuerpo adolorido, pero consciente. Se abre la puerta. Un guardia deja entrar a su mujer, Lina. Intenta sonreírle, está contento de que ella esté ahí. También ella se siente aliviada al ver a su marido en la cama, muy pálido, pero vivo. Ayer, cuando lo vio justo antes de la operación, inconsciente y totalmente blanco, creyó que estaba muerto; y cuando abrió los ojos, su estado no parecía ser mucho mejor. No se ha creído las palabras tranquilizadoras de los doctores. Y si los paracaidistas no han conciliado el sueño, la noche de ella tampoco ha sido muy buena que digamos.

Esta mañana le lleva una sopa caliente en un termo. Ayer víctima de un atentado, hoy ya en la piel de un convaleciente. La bestia rubia tiene la piel dura. Saldrá de ésta, como siempre.

224

La señora Moravec viene a buscar a Valčík. El valiente ferroviario en cuya casa ha dormido no quiere dejarlo marchar así como así. Le entrega un libro para que lo vaya leyendo en el tranvía y de ese modo poder ocultar su rostro: *Treinta años de periodismo*, de H. W. Steed. Valčík se lo agradece. Una vez que se ha ido, la mujer del ferroviario ordena su cuarto y, al hacer la cama, encuentra sangre en las sábanas. No conozco la gravedad de su herida, pero sé que todos los médicos del Protectorado están obligados, por mandato, a declarar a la policía cualquier herida de bala, bajo pena de muerte.

225

Gabinete de crisis tras los negros muros del palacio Petschek. El comisario Pannwitz hace un resumen: considerando los indicios recogidos en el lugar del

crimen, sus primeras conclusiones son que se trata de un atentado planeado por Londres y ejecutado por dos paracaidistas. Ésa es también la opinión de Frank. Pero Dalüge, nombrado la víspera, se teme en cambio que el atentado sea la señal de un levantamiento nacional organizado. Ordena, como medidas preventivas, fusilar sin titubeos y reunir a todos los efectivos policiales de la región para intensificar la presencia de la policía en la ciudad. Frank está verde. Es evidentísimo que el atentado lleva la firma de Beneš, pero ése no sería el caso. Políticamente, le importa un comino saber si la Resistencia interior está implicada o no: «¡Hay que borrar de la opinión mundial la impresión de que se trata de una revuelta nacional! Debemos decir que se trata tan sólo de una acción individual.» Además, con una campaña de detenciones y ejecuciones masivas se corre el riesgo de desorganizar la producción. «¿He de recordarle la importancia vital de la industria checa para el esfuerzo de guerra alemán, Herr Oberstgruppenführer?» (¿Por qué he inventado esta frase? Sin duda porque la habrá dicho de verdad.) El visir creía llegada su hora. En lugar de eso, le imponen a ese Dalüge que no tiene ninguna experiencia como hombre de Estado, que no conoce nada de los asuntos del Protectorado y que apenas si debe de saber ubicar Praga en el mapa. Frank no es contrario a una demostración de fuerza: ya sabe que hacer reinar el terror en las calles no les perjudica. Pero ha aprendido las lecciones políticas de su maestro: nunca palo sin zanahoria. La redada histórica de la noche anterior ha demostrado con creces lo inútil que es este tipo de acciones. Una buena campaña de incentivos a la delación, bien llevada, sin escatimar en gastos, dará, por el contrario, mejores resultados.

Frank abandona la reunión. Bastante tiempo ha perdido ya con Dalüge. Un avión lo aguarda para llevarlo acto seguido a Berlín, donde tiene una cita con Hitler. Confía que el genio político del Führer no ceda el paso a su rabia proverbial. Tal como fue la entrevista telefónica de ayer, más le vale ser muy convincente. En el avión, Frank prepara cuidadosamente la exposición de las medidas que preconiza. Con el fin de no pasar por un blando, recomienda invadir la ciudad de carros de combate, desplegar regimientos, cortar algunas cabezas, pero, una vez más, evitar las represalias masivas. Aconseja, antes bien, presionar a Hácha y a su gobierno con la amenaza de suprimir la autonomía del Protectorado y de poner todos los organismos checos, sea cual sea su naturaleza, bajo control alemán. Más todas las medidas de intimidación habituales, presiones, chantaje, vejaciones, etc., pero, por el momento, bajo forma de ultimátum. Lo ideal sería proceder de manera que los propios checos les entreguen a los paracaidistas.

Las preocupaciones de Pannwitz son diferentes. Su terreno es la investigación, no la política. Colabora con dos superdetectives enviados por Berlín, que todavía siguen pasmados por las «proporciones catastróficas» del caos con que se han encontrado al llegar. Delante de Dalüge se callan, pero se quejan a Pannwitz de haber precisado una

escolta para poder regresar a su hotel sanos y salvos. Sobre el comportamiento de los perros rabiosos de las SS, su diagnóstico no tiene paliativos: «Están completamente locos. No van a encontrar el camino para salir del caos que ellos mismos están creando, y menos aún van a encontrar así a los asesinos.» Hay que actuar con más método. En menos de veinticuatro horas, los tres investigadores ya han obtenido algunos resultados nada desdeñables: gracias a los testimonios recogidos, están a punto de reconstruir con bastante exactitud la evolución del atentado, y poseen, aunque todavía un tanto vaga (¡estos jodidos testigos nunca pueden ponerse de acuerdo en lo que han *visto!*), una descripción de los dos terroristas. Pero siguen sin tener ninguna pista para llegar hasta ellos. La buscan, sin embargo, lejos de la agitación de la calle, escudriñando en los dosieres de la Gestapo.

Y encuentran aquella vieja foto hallada en el cadáver del valeroso capitán Morávek, el último de los Tres Reyes, el jefe de la red, abatido en un tiroteo en un tranvía hace dos meses. En esa foto, el guapo Valčík tiene un aire inexplicablemente abotargado. Pero no cabe duda de que es Valčík. Los policías no cuentan con ningún indicio que relacione ese nombre con el atentado. Pueden pasar al dossier siguiente o decidir sacar partido de esta fotografía *a ver qué pasa*. Si fueran como Maigret, a eso se le llamaría tener olfato.

226

Hanka, joven checa y agente de enlace, llama a la puerta de los Moravec. La conducen hasta la cocina. Allí encuentra, sentado en un sillón, a Valčík, a quien conoce de cuando era camarero en Pardubice, la ciudad donde ella vive con su marido. Siempre tan afable, la sonrío a la vez que se excusa: se ha torcido el tobillo y no puede levantarse.

Hanka tiene el encargo de transmitir el informe de Valčík al grupo de Bartoš, que se ha quedado en Pardubice, para que éste pueda informar a Londres con ayuda de la «Libuše», la valiosa radioemisora. Valčík le ruega a la joven que no mencione su herida. Como responsable de «Silver A», el capitán Bartoš sigue siendo oficialmente su jefe de misión. Pero desde el principio desapruueba el atentado. En cierto modo, Valčík se ha transferido él mismo de «Silver A» a «Antropoide». Visto el cariz de los acontecimientos, considera que sólo tiene que rendir cuentas a sus dos amigos, Gabčík y Kubiš, que espera que estén a salvo, a Beneš en persona, si acaso, y tal vez a Dios (me han dicho que era creyente).

La joven vuelve corriendo a la estación. Pero antes de tomar el tren, se queda paralizada ante un nuevo cartel rojo. Telefonea inmediatamente a los Moravec:

«Deberían venir a ver una cosa interesante.» En el cartel aparece la foto de Valčík, y debajo: *100.000 coronas de recompensa*. Sigue después una descripción relativamente imprecisa del paracaidista, suerte que se añade al hecho de que la foto sea poco parecida. Se menciona su verdadero apellido, pero el nombre y la fecha de nacimiento (que lo rejuvenece cinco años) son erróneos. Una pequeña nota al final recuerda lo sabroso de los avisos de busca y captura: «La recompensa será entregada con la mayor discreción.»

227

Pero hay mejores cosas que ver que ese cartel.

Bata ha amasado su imperio antes de la guerra. Empezando con una pequeña fábrica de calzado en su ciudad, Zlín, desarrolló una inmensa empresa que cuenta con tiendas por todo el mundo y, sobre todo, en Checoslovaquia. Para huir de la ocupación alemana, emigró a América. Pero pese al exilio del dueño, los comercios continuaron abiertos. En la gran avenida Wenceslao, abajo del todo, en el número 6, se alza un inmueble que es una gigantesca tienda Bata. Esta mañana en el escaparate no hay zapatos expuestos sino otro tipo de artículos. Una bicicleta, dos carteras de piel y, sobre un perchero, una gabardina y una boina, cuerpos del delito hallados en los lugares del crimen, acompañados de una llamada a los testigos. Los transeúntes que se paran delante del escaparate pueden leer:

Considerando la recompensa prometida de diez millones de coronas por las indicaciones que lleven al arresto de los culpables y que será pagada íntegramente, conviene señalar que se busca respuesta a las cuestiones siguientes:

1. ¿Quién puede dar alguna información sobre los criminales?
2. ¿Quién se percató de su presencia en los lugares del crimen?
3. ¿A quién pertenecen los objetos descritos y, ante todo, a quién le falta esta bicicleta de señora, este abrigo, esta boina y esta cartera?

Cualquiera que pudiera suministrar la información solicitada y no la comunicara voluntariamente a la policía será fusilado con su familia, en los términos de la ordenanza del 27 de mayo sobre la proclamación del estado de sitio.

Todas las personas pueden estar tranquilas de que sus indicaciones serán recibidas de manera estrictamente confidencial.

Por otra parte, desde el 28 de mayo de 1942, los propietarios de casas,

pisos, hoteles, etc., de todo el Protectorado están obligados a declarar ante la policía a todas las personas cuya estancia todavía no haya sido anunciada en las comisarías. La infracción a esta prescripción será castigada con la muerte.

SS-Obergruppenführer
Jefe de la policía
adjunto del Reichsprotector
de Bohemia-Moravia
K. H. Frank

228

El gobierno checo en el exilio declara que el atentado perpetrado contra el monstruo Heydrich es a la vez un acto de venganza, un rechazo del yugo nazi y un símbolo para todos los pueblos oprimidos de Europa. Los golpes dados por los patriotas checos son un testimonio de solidaridad enviado a los Aliados y de fe en la victoria final que resonará en el mundo entero. Nuevas víctimas entre los checos caen ya bajo las balas de los pelotones de ejecución alemanes. Pero este nuevo ataque de furor nazi también será aniquilado por la resistencia inflexible del pueblo checo y sólo servirá para reforzar su voluntad y su determinación.

El gobierno checo en el exilio anima a la población a esconder a los héroes desconocidos y amenaza con un justo castigo para cualquiera que los traicione.

229

En su apartado de correos de Zúrich, el coronel Moravec recibe un telegrama enviado por el agente A54: «Wunderbar — Karl.» Paul Tümmel, alias A54, alias René, alias Karl, no se ha visto jamás con Gabčík ni con Kubiš y no ha participado directamente en los preparativos del atentado. Pero con esa simple palabra, tras el anuncio de la noticia, se hace eco del poderoso sentimiento de euforia experimentado por todos los combatientes contra el nazismo en el mundo.

230

Suena el timbre de la portería. Es Ata, la hija de los Moravec, que viene a buscar a Valčík. El portero no quiere que se vaya. Podría vivir en el desván, en el quinto, nadie iría a buscarlo allá arriba... A Valčík le gustan los pasteles que le hace la mujer del portero, dice que son tan buenos como los de su madre. Aquí juega a las cartas escuchando la BBC. La primera noche se tuvo que esconder en el sótano porque un agente de la Gestapo pasó por el edificio, pero se siente seguro entre estas personas. Entonces, ¿por qué no se queda?, insiste el portero. Valčík le explica que ha recibido órdenes, que es un soldado, que tiene que obedecer y que ha de reunirse con sus camaradas. El portero no tiene por qué preocuparse, ya le han encontrado un refugio seguro. Lo único es que debe de hacer bastante frío. Le harán falta mantas y ropa de abrigo. Valčík coge su gabán, se pone un par de gafas verdes sobre la nariz y sigue a Ata, que es quien debe llevarlo hasta su nuevo escondite. Olvida en casa del portero el libro que su precedente anfitrión le había prestado. En el interior del libro está escrito el nombre del propietario. Éste salvará la vida gracias a ese olvido.

231

Capitulación y servilismo son las dos tetas del petainismo, un arte en el que el viejo presidente Hácha, ni más chocho ni menos chocho que su homólogo francés, ha pasado directamente a ser un maestro. Como testimonio de su buena voluntad, decide, en nombre del gobierno fantoche que él preside, doblar la recompensa ofrecida por la captura de los asesinos. Las cabezas de Gabčík y Kubiš pasan, por tanto, a valer diez millones de coronas *cada una*.

232

Los dos hombres que se presentan a la puerta de la iglesia no vienen a misa. La iglesia ortodoxa San Carlos Borromeo, hoy rebautizada iglesia de San Cirilo y San Metodio, es un edificio macizo pegado a un lateral de la calle Resslova, calle en pendiente que sale de la plaza Carlos y baja hacia el río, en pleno corazón de Praga. El maestro de escuela Zelenka, alias «tío Hajskey» de la organización Jindra, es recibido por el padre Petrek, sacerdote ortodoxo. Le lleva un amigo. Es el séptimo. Se trata de Gabčík. Le hace penetrar por una trampilla en la cripta de la iglesia. Allí, en medio de los nichos de piedra en los que antaño se ponía a los muertos, se reencuentra con sus amigos Kubiš y Valčík, pero también con el teniente Opálka y otros tres paracaidistas, Bublík, Švarc y Hrubý. Uno por uno, Zelenka los ha reunido

aquí porque a la Gestapo, que continúa registrando sin descanso en los pisos de la ciudad, no se le ha ocurrido todavía la idea de buscar en las iglesias. Sólo queda un paracaidista de quien no se tiene ninguna noticia: Karel čurda. Es inencontrable, nadie sabe dónde está, ni si está escondido o detenido, ni siquiera si vive todavía.

La llegada de Gabčík causa sensación en la cripta. Sus camaradas corren a abrazarlo. Reconoce a Valčík, teñido de moreno, luciendo un fino bigote marrón, y a Kubiš, con el ojo hinchado y el rostro aún señalado, que le manifiestan expresivamente su alegría por volver a verlo. Gabčík, emocionado, llora, o ríe a carcajadas. Es evidente que se siente muy feliz de reencontrar a sus amigos casi sanos y salvos. Pero está desolado por el giro que han tomado los acontecimientos. Una vez terminados los saludos, Gabčík empieza una amarga letanía a la que sus amigos van a tener que habituarse: entre una mezcla de excusas y de lamentaciones, maldice a esa jodida Sten que se encasquilló en el preciso momento en que apuntaba a Heydrich. Todo es por mi culpa, dice. Lo tenía delante de mí, era hombre muerto. Y luego esa mierda de Sten... Todo es demasiado estúpido. ¿Y está herido? ¿Lo hiciste tú, Jan? ¿Gravemente? ¿Tú crees? Muchachos, estoy totalmente jodido. Todo es por mi culpa. Tendría que haberlo rematado con el Colt. Disparaba a todas partes, tuve que salir corriendo, con el otro gigante pisándome los talones... Gabčík se siente avergonzado y sus amigos no consiguen consolarlo. No es tan grave, Jozef. Lo que hemos hecho ya es enorme, ¿no te das cuenta? ¡Al mismísimo verdugo! ¡Lo habéis herido! Heydrich está herido, es verdad, él lo vio caer, pero dicen que se recupera lentamente en el hospital. De aquí a un mes, estará de nuevo trabajando, y quizá más que antes, eso seguro, las bestias como él jamás se cansan. De todos modos, los nazis siempre han tenido una suerte insultante para escapar de los atentados (me acuerdo del de Hitler, en 1939, que debe dar su discurso anual en su famosa cervecería de Múnich entre las 20 y las 22 horas pero abandona la sala a las 21:07 con el fin de no perder su tren, y la bomba explota a las 21:30, matando a ocho personas). Lamentablemente, «Antropoide» ha fracasado, no piensa en otra cosa y ha sido por su culpa. Jan no tiene nada que reprocharse. Arrojó la granada, casi no le acertó al coche pero en definitiva es quien hirió a Heydrich. Menos mal que Jan estaba allí. No han cumplido su misión, pero gracias a él han dado en el blanco. Ahora ya se sabe que Praga no es Berlín y que los alemanes no pueden comportarse aquí como en su propia casa. Aunque no se trataba de meter miedo a los alemanes, no era este el objetivo de Antropoide. Quizá, después de todo, el objetivo fuera demasiado ambicioso: jamás se ha matado a un dignatario nazi de semejante nivel. ¡Pero qué estoy diciendo! Sin esa porquería de Sten, le habría ajustado las cuentas, a ese cerdo... ¡La Sten, la Sten!... Una verdadera mierda, ya les digo.

El estado de Heydrich empeora brusca e inexplicablemente. Un fuerte acceso de fiebre se apodera del protector. Himmler ha acudido a su cabecera. El largo cuerpo de Heydrich se extiende desfallecido bajo una corta sábana blanca empapada de sudor. Los dos hombres filosofan sobre la vida y la muerte. Heydrich cita una frase sacada de la ópera de su padre: «El mundo es un organillo que Nuestro Señor toca y todos debemos bailar según su música.»

Himmler pide explicaciones a los médicos. La curación del paciente les parecía en buen camino pero de pronto se ha declarado una violenta infección. Quizá la bomba contuviera algún tipo de veneno, o sean las crines del asiento del Mercedes, que han traspasado el bazo, hay varias hipótesis, no sabrían decir cuál es la buena. Pero si, como creen, se trata de un principio de septicemia, la infección se propagará muy rápidamente y la muerte se producirá en cuarenta y ocho horas. Para salvar a Heydrich, haría falta algo que el Reich no posee en ninguna parte de todo su inmenso territorio: penicilina. Y no va a ser Inglaterra la que se la proporcione.

El 3 de junio, la radioemisora Libuše recibe este mensaje de felicitación, dirigido a «Antropoide»:

«De parte del presidente. Soy muy feliz porque han conseguido mantener el contacto. Se lo agradezco sinceramente. Constato su absoluta determinación y la de sus amigos. Lo que me demuestra que la nación entera se solidariza. Puedo asegurarles que esto dará sus frutos. Los acontecimientos de Praga tienen un gran impacto aquí y contribuyen mucho al reconocimiento de la resistencia del pueblo checo.»

Pero Beneš no sabe que lo mejor está por llegar. Y también lo peor.

Anna Maruščáková es una joven y bonita obrera a la que han despedido hoy de su trabajo. Por eso, cuando el correo de la tarde trae una carta dirigida a ella, el director de la fábrica, sin ningún miramiento, la abre y la lee:

Querida Ania,

Perdona que te escriba con tanto retraso, pero espero que lo comprenderás, pues sabes que tengo mu chas preocupaciones. Lo que quería hacer, ya lo he hecho. Cuando pasó lo del día fatal, yo dormí en čabárna. Voy bien, pasaré a verte esta semana, y luego no nos volveremos a ver nunca más.

MILAN

El dueño de la fábrica es un simpatizante nazi, o quizá no, quizá sólo es un individuo habitado por esa mentalidad innoble que siempre abunda por todas partes y se encuentra tan a sus anchas en los países ocupados. Decide que tal vez haya algo sospechoso y remite la carta a quien corresponda. En la Gestapo, la investigación está tan atascada que buscan cualquier hueso que roer. Tratan esa historia con una diligencia mucho mayor que la de los otros tres mil arrestos que no han conducido a nada serio, y descubren enseguida que se trata de un asunto amoroso: el autor de la carta es un joven casado que sin duda desea poner término a una relación extraconyugal. Los detalles de la historia no están muy claros, pero ciertamente algunas frases de la carta pueden prestarse a equívoco. Quizá incluso ese hombre quisiera dar a entender con medias palabras un alistamiento imaginario en la Resistencia, con el fin de impresionar a su amante, o tal vez pretendiera simplemente crear un clima de misterio para romper sin tener que justificarse. Sea como fuere, no tenía nada que ver, ni por asomo, con Gabčík, Kubiš y sus amigos. Ellos jamás han oído hablar de él y él jamás ha oído hablar de ellos. Pero la Gestapo tiene tan pocas pistas que opta por seguir ésta, que conduce hasta Lidice.

Lidice es un pequeño pueblo apacible y pintoresco de donde proceden dos checos que se enrolaron en la RAF. Eso es todo lo lejos que los alemanes han podido llegar con esa pista. Es evidente incluso para ellos que van tras una pista falsa. Pero la lógica nazi tiene algo de impenetrable. O quizá es más sencillo: cuando patalean, necesitan sangre.

Contemplo mucho tiempo la foto de Anna. La pobre chica posa como para un retrato de Harcourt, aunque se trata de una foto de identidad para su cartilla de trabajo. Cuanto más escruto ese retrato, más bella la encuentro. Se parece un poco a Natacha, de frente alta, boca bien perfilada, con su mismo aire de dulzura y de amor en los ojos, muy ligeramente ensombrecido tal vez por la premonición de una felicidad frustrada.

«Señores, por favor...» Frank y Dalüge se sobresaltan. En el pasillo todo está en perfecto silencio y no sé cuánto tiempo llevan dando vueltas en redondo. Entran en la habitación del hospital conteniendo el aliento. El silencio ahí todavía es más agobiante. Está Lina, hierática, descolorida. Se acercan a la cama con sigilo, como si temieran despertar a una fiera o a una serpiente. Pero el rostro de Heydrich permanece impassible. En el registro del hospital han inscrito como hora del deceso las 4:30; y como causa de la muerte, infección debida a una herida.

237

«Ya que es la ocasión la que hace no sólo al ladrón sino también al asesino, los comportamientos heroicos consistentes en circular en un coche descubierto y sin blindaje o caminar por las calles sin escolta no son más que una solemne estupidez y no sirven ni lo más mínimo a los intereses del país. Que un hombre tan irremplazable como Heydrich ponga tan inútilmente su persona en peligro, ¡es idiota y estúpido! Los hombres de la importancia de Heydrich deberían saber que son eternamente blancos de feria y que siempre hay unos cuantos que esperan la menor ocasión para abatirlos.»

Goebbels asiste a un espectáculo que habrá de contemplar cada vez con mayor frecuencia hasta el 2 de mayo de 1945: Hitler tratando de dominar su cólera mientras adopta un tono sentencioso para leerle la cartilla al planeta entero, sin conseguirlo. Himmler asiente en silencio. No tiene por costumbre contradecir a su Führer, y además él también está encolerizado contra los checos y contra Heydrich. Por supuesto, Himmler desconfiaba de la ambición de su brazo derecho. Pero sin él, privado de la capacidad de esa implacable máquina de terror y de muerte que era, se sabe más vulnerable. Con Heydrich, pierde un rival en potencia pero sobre todo un triunfo en su jugada maestra. Heydrich era su carta clave. Como dice la leyenda: cuando Lancelot abandonó el reino de Logres, fue el principio del fin.

238

Por tercera vez, Heydrich cubre solemnemente el trayecto que lo lleva al Hradchine, pero esta vez en su ataúd. Para la ocasión se ha orquestado una escenografía wagneriana. El ataúd, drapeado con un gigantesco estandarte de las SS, es depositado sobre un armón de artillería. Una procesión con antorchas sale del hospital. Una interminable fila de vehículos semiorugas avanza lentamente en la

noche. En ellos, unos Waffen-SS armados llevan en alto hachones que iluminan la carretera. En los arcones, unos soldados en posición de firmes saludan el convoy a lo largo del todo el camino. No se ha autorizado la presencia de ningún civil y, a decir verdad, nadie entre la población desea aventurarse ahí fuera. Frank, Dalüge, Böhme, Nebe, con casco y ropa de combate, forman parte de la guardia de honor que acompaña el ataúd a pie. Al cabo de un trayecto comenzado el 27 de mayo a las 10 horas, Heydrich llega por fin a su destino. Por última vez, cruza los batientes labrados, pasa bajo la estatua con la daga y penetra en las murallas del castillo de los reyes de Bohemia.

239

Me gustaría mucho pasar aquellos días con los paracaidistas en la cripta, reproducir sus discusiones, describir cómo organizan su vida cotidiana entre el frío y la humedad, lo que comen, lo que leen, qué ruidos de la ciudad escuchan, qué hacen con sus novias cuando van a visitarlos, sus proyectos, sus dudas, sus miedos, sus esperanzas, con qué sueñan, lo que piensan. Pero no es posible porque no tengo casi nada sobre eso. Ni siquiera sé cómo reaccionaron ante el anuncio de la muerte de Heydrich, cuando en realidad eso debería haber constituido uno de los momentos cumbres de mi libro. Sé que los paracaidistas tenían tanto frío en aquella cripta que al llegar la noche, algunos instalaban sus colchones en la galería superior que dominaba la nave de la iglesia donde hacía un poco más de calor. Es bastante estrecha. Sé incluso que Valčík estaba febril (sin duda a causa de su herida) y que Kubiš formaba parte de los que trataban de conciliar el sueño en la iglesia antes que en la cripta. Sé que lo intentó al menos una vez.

En cambio, dispongo de una documentación colosal sobre los funerales nacionales organizados para Heydrich, desde su salida del castillo de Praga hasta la ceremonia de Berlín, pasando por el transporte en tren. Decenas de fotos, decenas de páginas de discursos pronunciados en homenaje del gran hombre. Pero la vida es injusta, porque paso ampliamente de todo ello. No voy a copiar el elogio fúnebre de Dalüge (sabroso, a pesar de todo, porque los dos se odiaban), ni la interminable apología que Himmler hace de su subordinado. Prefiero seguir a Hitler, en su voluntad de ser breve:

Me ceñiré a unas pocas palabras para rendir homenaje al difunto. Era uno de los mejores nacionalsocialistas, uno de los más ardientes defensores de la idea del Reich alemán, uno de los mayores adversarios de todos los enemigos del Reich. Ha caído como un mártir por preservar y proteger el Reich. Como jefe del partido y *führer* del

Reich alemán, yo te concedo, mi querido camarada Heydrich, la más alta condecoración que puedo otorgar: la medalla de la orden alemana.

Mi historia está agujereada como una novela, pero en una novela normal es el novelista quien decide la ubicación de esos agujeros, derecho que aquí he rechazado por considerarme esclavo de mis escrúpulos. Hojeo las fotos del cortejo fúnebre cruzando el puente de Carlos, subiendo hasta la plaza de Wenceslao, pasando por delante del Museum. Veo cómo las hermosas estatuas de piedra que bordean el puente se inclinan sobre las esvásticas y estoy ligeramente asqueado. Prefiero ir a poner mi colchón en la galería de la iglesia, todavía queda algo de sitio.

240

Es de noche y todo está en calma. Los hombres han vuelto del trabajo y en las exiguas casas, donde las luces se apagan una tras otra, todavía se desprenden los buenos olores de los platos de la cena, mezclados de vez en cuando con tufos de repollo un poco acre. La noche cae sobre Lidice. Sus habitantes van a acostarse temprano porque mañana, como todos los días, habrá que levantarse pronto para ir a la mina o a la fábrica. Mineros y metalúrgicos duermen ya cuando empieza a oírse un ruido lejano de motores en marcha. Lentamente el ruido se va aproximando. Unos camiones entoldados avanzan en fila india por el silencio del campo. Luego los motores se callan. Y se sucede un continuo golpeteo metálico. El golpeteo recorre las calles como un líquido precipitándose por unas tuberías. Unas sombras negras se extienden por todo el pueblo. Luego, cuando las siluetas se han aglutinado en grupos compactos y cada uno ha ocupado su posición, el golpeteo metálico cesa. Una voz humana desgarrar la noche. Es una señal gritada en alemán. Entonces empieza la cosa.

Los habitantes de Lidice, sacados de su sueño, no comprenden nada de lo que ocurre, o no lo comprenden del todo. Se les arranca de sus camas, se les saca de sus casas a culatazos, se les reúne a todos en la plaza del pueblo, delante de la iglesia. Cerca de quinientos hombres, mujeres y niños, vestidos a toda prisa, se encuentran, con asombro y terror, cercados por unos hombres con el uniforme de la Schutzpolizei. No pueden saber que se trata de una unidad traída expresamente de Halle-an-der-Saale, la ciudad natal de Heydrich. Pero saben ya que mañana nadie irá al trabajo. Luego, los alemanes empiezan a efectuar lo que pronto pasará a ser su ocupación favorita: se ponen a seleccionar. Las mujeres y los niños son encerrados en la escuela. Los hombres son conducidos con dureza y apretujados en un sótano. Empieza entonces una interminable espera, y la angustia más absoluta devora sus rostros. En el interior de la escuela, los niños lloran. Fuera, los alemanes se desatan.

Pillaje y saqueos, de manera consciente y frenética, en cada una de las noventa y seis casas y en todos los edificios públicos, incluida la iglesia. Los libros y los cuadros, considerados inútiles, son arrojados por las ventanas, amontonados en la plaza y quemados. En cuanto a lo demás, se apoderan de las radios, de las bicis, de las máquinas de coser... Este trabajo les lleva varias horas, al cabo de las cuales Lidice se ha transformado en un campo de ruinas.

A las 5 de la mañana vienen a buscarlos. Los habitantes descubren el espectáculo de su pueblo puesto patas arriba y de los policías corriendo por todas partes dando gritos y llevándose consigo cuanto pueden cargar. Las mujeres y los niños son subidos a unos camiones que toman la dirección de Kladno, la ciudad vecina. Para las mujeres será una etapa previa a Ravensbrück. Los niños serán separados de sus madres y gaseados en Chelmno, excepción hecha de un puñado de ellos juzgados aptos para la germanización, que serán adoptados por familias alemanas. Los hombres son llevados delante de un muro en el que han colocado unos colchones. El más joven tiene quince años, el más viejo ochenta y cuatro. Se alinea a cinco y se les fusila. Luego a otros cinco, y así sucesivamente. Los colchones sirven para evitar que las balas reboten. Pero los hombres de la Schupo no tienen la experiencia de los Einsatzgruppen. Con las pausas, la recogida de los cuerpos y la recomposición del pelotón, la cosa se dilata, las horas pasan, durante las cuales todos esperan su turno. Para ir más rápido se decide doblar la cadencia y se los mata de diez en diez. El alcalde, encargado de identificar a los habitantes uno por uno antes de ejecutarlos, forma parte de la última tanda. Gracias a él, los alemanes apartan a nueve hombres que no son del pueblo, sino que únicamente habían ido de visita a casa de algún amigo, o fueron sorprendidos por el toque de queda, o eran invitados de alguna familia y alojados por esa noche. No obstante, serán ejecutados en Praga. Cuando diecinueve trabajadores vuelven de su turno de noche, encuentran su pueblo destrozado, sus familias desaparecidas y los cadáveres de sus amigos todavía calientes. Y como los alemanes siguen todavía allí, también ellos son inmediatamente fusilados. Hasta los perros son abatidos.

Pero esto no ha acabado. Hitler ha decidido que Lidice sea la válvula de escape catártica y simbólica de su rabia vengativa. La frustración engendrada por la incapacidad del Reich de encontrar y castigar a los asesinos de Heydrich provoca una histeria colectiva sin medida. La orden es borrar Lidice del mapa, literalmente. Se profana el cementerio, se asolan los huertos, se incendian todos los edificios y se vierte sal en la tierra para asegurarse de que nada crecerá en ella. El pueblo se convierte en una hoguera infernal. Unas apisonadoras que van de camino aplastarán las ruinas. No debe quedar ningún rastro, ni siquiera el espacio que ocupó el pueblo.

Hitler quiere dar un escarmiento por desafiar al Reich, y Lidice sirve de víctima expiatoria. Pero acaba de cometer un grave error. Como hace ya tanto tiempo que han

perdido el sentido de la medida, ni Hitler ni ningún miembro del aparato nazi han calculado qué repercusión mundial va a provocar la publicidad que voluntariamente ellos mismos han dado a la destrucción de Lidice. Hasta entonces, los nazis buscaban disimular sus crímenes con cierta desidia, pero aplicando una discreción un tanto de fachada que permitía, a quien quisiera, taparse la cara para no ver la auténtica naturaleza del régimen. Con Lidice, la máscara de la Alemania nazi cae para todo el mundo. Hitler lo comprenderá en los días siguientes. Por una vez, no son sus SS quienes van a enfurecerse, sino una entidad de la que, sin duda, él no alcanza a atisbar todo su poder: la opinión pública mundial. Los periódicos soviéticos declaran que, en adelante, la gente luchará pronunciando el nombre de Lidice. Y tiene razón. En Inglaterra, los mineros de Birmingham hacen una colecta a favor de la futura reconstrucción del pueblo e inventan un eslogan que va a dar la vuelta al mundo: «¡Lidice vivirá!» En los Estados Unidos, en México, en Cuba, en Venezuela, en Uruguay, en Brasil, se le pone el nombre de Lidice a plazas, barrios, incluso pueblos. Egipto y la India manifiestan oficialmente su solidaridad. Escritores, compositores, cineastas, dramaturgos rinden homenaje a Lidice en sus obras. Los periódicos, las radios, las televisiones toman el relevo. En Washington, el secretario de la Marina declara: «Las futuras generaciones nos preguntarán por qué hemos combatido en esta guerra, les contaremos la historia de Lidice.» En las bombas lanzadas por los Aliados sobre ciudades alemanas va pintado el nombre del pueblo mártir, y en el Este, sobre las torretas de los T34, los soldados soviéticos hacen algo parecido. Hitler, reaccionando como el vulgar psicópata que es, y no como el jefe de Estado que, sin embargo, también es, conocerá en Lidice la más extraordinaria derrota en un ámbito en el que pensaba ser el maestro: al acabar el mes, la guerra de la propaganda a nivel internacional está irremediablemente perdida.

Pero el 10 de junio de 1942, ni él ni nadie es todavía consciente de ello, y menos aún Gabčík y Kubiš. La noticia de la destrucción del pueblo hunde a los dos paracaidistas en el horror y la desesperación. La culpabilidad los corroe más que nunca. Por más que se digan que han cumplido con su misión, que la bestia ha muerto, que han librado a Checoslovaquia y al mundo entero de una de sus criaturas más maléficas, tienen la impresión de haber matado ellos mismos a los habitantes de Lidice, y también de que hasta que Hitler no sepa que ellos han muerto, las represalias continuarán indefinidamente. Encerrados en su cripta, le dan vueltas a todo esto entre quebraderos de cabeza por la tensión nerviosa y llegan a la única conclusión posible: han de entregarse. Su cerebro ardiente imagina un escenario delirante: irán a pedir que los reciba Emanuel Moravec, el Laval checo. Un vez dentro, le darán una carta en la que expliquen que son los responsables del atentado, lo matarán a él y luego se suicidarán en su despacho. Se necesita toda la paciencia, la amistad, la fuerza de persuasión, la diplomacia del teniente Opálka, de Valčík y de los

camaradas con quienes comparten la cripta para que renuncien a tan insensato proyecto. Primero, porque no es factible técnicamente. Luego, porque los alemanes desconfiarán de ellos. Y finalmente, porque, aunque llegaran a realizar su plan, el terror y las masacres habían comenzado mucho antes de la muerte de Heydrich y seguirán mucho después de la suya. No cambiaría nada. Su sacrificio sería completamente inútil. Gabčík y Kubiš lloran de rabia y de impotencia. Pero acaban por dejarse convencer. De todos modos, no llegaron nunca a persuadirse de que la muerte de Heydrich sirviera realmente para algo.

Si estoy escribiendo este libro, quizá sea para hacerles comprender que se equivocan.

241

«Polémica sobre un juego checo.

»Un sitio de Internet concebido para captar el interés de los jóvenes checos por la historia del pueblo de Lidice, destruido por completo por los nazis en junio de 1942, propone un juego interactivo consistente en “quemar Lidice en el menor tiempo posible”.»

(*Libération*, 6 de septiembre de 2006)

242

La Gestapo consigue tan pocos resultados que cualquiera diría que ha dejado de buscar a los asesinos de Heydrich. Busca cabezas de turco para justificar su fracaso y cree haber encontrado una. Se trata de un funcionario del ministerio de Trabajo que, en la noche del 27 de mayo, autorizó la salida de un tren lleno de trabajadores checos con destino a Berlín. Como los tres paracaidistas siguen sin aparecer, esta pista vale como cualquier otra, y la Gestapo ha «establecido» que los tres asesinos (sí, la investigación ha avanzado un poco y ya saben ahora que eran tres) iban a bordo. Los hombres del palacio Petschek están a punto de dar unas precisiones del todo sorprendentes: los fugitivos fueron escondidos debajo de los asientos durante el trayecto y aprovecharon una breve parada en Dresde para bajarse del tren y desaparecer por el campo. Es cierto que la idea de que los terroristas hubieran podido abandonar el país para ir a refugiarse en Alemania puede parecer ligeramente atrevida, pero se necesita algo más para hacer retroceder a la Gestapo. Por otra parte, el funcionario no acepta esa versión y se defiende cogiéndolos desprevenidos: sí,

claro que autorizó la salida del tren, pero lo hizo a petición expresa del ministro del Aire en Berlín. Que es lo mismo que decir Goering. Además, ese funcionario meticuloso había conservado copia de la autorización para circular sellada por los servicios de policía de Praga. Por tanto, si hubo un error, la Gestapo deberá asumir su parte de responsabilidad. En el palacio Petschek optan por no insistir en esta historia.

243

El comisario Pannwitz, ese viejo soldado claramente fino conocedor del alma humana, tiene una idea para desbloquear la situación. Pannwitz parte de esta premisa: el clima de terror creado a propósito desde el 27 de mayo es contraproducente. No tiene nada en contra del terror, pero supone un problema: produce un efecto absolutamente disuasorio en todos los delatores de buena voluntad. Más de dos semanas después del atentado, nadie se ha arriesgado a ir a contarle a la Gestapo que tiene alguna información pero que hasta la fecha no se atrevía a darla. Hay que prometer —y cumplir— una amnistía para todos aquellos que acudan voluntariamente a hacer alguna revelación sobre el asunto, aunque estén implicados en él.

Frank se deja convencer: decreta una amnistía para cualquiera que aporte, *en no más de cinco días*, alguna información que permita la captura de los asesinos. Después, no podrá contener la sed de sangre de Hitler y de Himmler.

Enterada de esto la señora Moravec, comprende inmediatamente lo que quiere decir: los alemanes se juegan el todo por el todo. Si de aquí a cinco días nadie denuncia a los muchachos, estarán libres de toda delación y sus posibilidades de supervivencia habrán aumentado considerablemente. En efecto, una vez expirado el plazo de la amnistía, ninguna persona se atreverá a ir a la Gestapo. Estamos a 13 de junio de 1942. Ese mismo día, un desconocido pasa por su casa, pero no hay nadie. El hombre pregunta al portero si ella ha dejado una cartera para él. Es checo pero no da la contraseña, «Jan». El portero contesta que no sabe nada al respecto. El desconocido se marcha. Karel čurda ha tenido que salir a la superficie.

244

La tía Moravec ha enviado a su familia unos días al campo pero ella sigue estando demasiado atareada en Praga. Hace la colada, plancha, se encarga de la compra, corre de aquí para allá. Para no llamar la atención, le pide ayuda a la mujer del portero. No

conviene que la vean con los brazos cargados tan a menudo. Por otra parte, el lugar donde se esconden los paracaidistas debe mantenerse en secreto. Eso hace que las dos mujeres se citen en la plaza Carlos, allí la portera le da las bolsas con provisiones entre la gente y los parterres de flores. Luego, la tía desciende por la calle Resslerova, entra en la iglesia y desaparece. Otras veces, ambas montan en el mismo tranvía pero la portera se baja dos o tres paradas antes de llegar, dejando allí sus bolsas, que la tía se encarga de recuperar. Lleva a la cripta pasteles calientes recién salidos del horno, cigarrillos, alcohol de quemar para el funcionamiento de un viejo infiernillo, y las noticias del mundo exterior. Casi todos los muchachos están un poco enfermos debido al frío pero tienen la moral algo más alta. Aunque la muerte de Heydrich no puede hacer olvidar Lidice, poco a poco van comprendiendo el alcance de lo que han hecho. Valčík recibe a la tía en una especie de bata. Es verdad que tiene el aire un poco paliducho, pero se ha dejado un fino bigote que, en mi opinión, le da un porte distinguido. Le pregunta si sabe algo de Mula, su perro. Mula está bien, los porteros se lo han confiado a una familia que tiene un jardín enorme. A Kubiš se le ha ido la hinchazón en el rostro e incluso Gabčík recupera un poco su alegría natural. La pequeña comunidad de los siete se organiza: han hecho un colador con una camiseta, les encantaría poder tomar café. La tía les promete que intentará encontrar un poco. Durante todo ese tiempo, el maestro de escuela Zelenka ha estado trabajando con la Resistencia en hipotéticos planes de huida. «Antropoide» había sido concebida como una misión suicida y nadie había imaginado de verdad que podría plantearse la cuestión del retorno. Como primera medida, habría que mandarlos a todos al campo. Pero la Gestapo no descansa, la ciudad está en estado de alerta máxima y es preciso esperar. Pronto será San Adolfo y para celebrarlo (pues, para mayor precisión, Adolf es el nombre de pila del teniente Opálka), la tía querría encontrar unos filetes de ternera. También le gustaría hacerles un caldo con higadillos. Obviamente, los muchachos ya no la llaman «tía» sino «mamá». Siete hombres superentrenados reducidos a la inacción, vulnerables como niños, enclaustrados en ese sótano húmedo, dependen exclusivamente de esta mujercita maternal. «Hay que aguantar hasta el 18», se repite ella. Estamos a 16.

Karel čurda está de pie en la acera, en lo alto de la calle Bredovska, hoy rebautizada como Růžová, la calle rosa, que los checos, como recuerdo, llaman también «la calle de los prisioneros», y que desemboca en la Estación central, ex estación Wilsonovo. Enfrente, el palacio Petschek es un imponente caserón de piedra

gris, lúgubre y perfectamente inquietante, que hace esquina. Ese inmueble macizo fue edificado después de la Primera Guerra Mundial por un banquero checo que poseía la casi totalidad de las minas de carbón de Bohemia del Norte. Quizá la antracita que recubre la fachada del edificio sea como una reminiscencia del origen carbonero de su fortuna. Pero el banquero cedió las minas y el palacio al gobierno, optando prudentemente por abandonar el país para irse a Inglaterra justo antes de la invasión alemana. Todavía hoy, el palacio Petschek es un edificio oficial que alberga el ministerio de Comercio y de Industria. Pero en 1942 es el cuartel general de la Gestapo en Bohemia-Moravia. Cerca de mil empleados trabajan allí en las más oscuras tareas, a lo largo de pasillos tan sombríos que incluso a pleno día parece que es de noche. Situado en el corazón de la capital, dotado de un equipo ultramoderno, con una imprenta, un laboratorio, un correo neumático y una central telefónica, el edificio es, desde un punto de vista funcional, absolutamente idóneo para la policía nazi. Sus numerosos subsuelos y sótanos han sido convenientemente acondicionados. Regenta la casa el doctor Geschke, un joven Standartenführer cuya única foto que he visto me hiela la sangre, con su cuchillada en la cara, su piel femenina, sus ojos de loco, sus labios crueles, su raya a un lado y su cabeza medio rapada. En resumidas cuentas, el palacio Petschek es la imagen misma del terror nazi en Praga, y el mero hecho de pararse delante del edificio ya requiere cierto valor. Karel čurda no carece de él, pero lo que le motiva son veinte millones de coronas. Porque también hace falta valor para denunciar a los propios camaradas. Hay que sopesar los pros y los contras. Nada le garantiza que los nazis mantendrán su palabra. Va a jugarse la vida al doble o nada: la fortuna o la muerte. Pero čurda es un aventurero. Por afán de aventura se alistó en las fuerzas checoslovacas libres. Ese mismo afán de aventura le hizo presentarse como voluntario para misiones especiales en el Protectorado. Sin embargo, su regreso al país no le ha gustado, la clandestinidad para él no tiene nada de atractivo. Desde el atentado vive en casa de su madre, en provincias, en la pequeña ciudad de Kolín, a 60 kilómetros al este de Praga. Antes, sin embargo, tuvo tiempo de contactar con el mayor número de personas implicadas en la Resistencia, incluidos Kubiš y Valčík, con los que participó en la operación Škoda en Pilsen, y también Gabčík y Opálka, con quienes se cruzó repetidas veces a causa de los cambios de escondites por Praga. Conoce, entre otros, el piso de los Svatoš, que suministraron una bicicleta y una cartera para el atentado. Conoce también, y sobre todo, las señas de los Moravec. No sé por qué ha pasado por casa de éstos hace tres días. ¿Tenía ya en ese momento la intención de traicionarlos? ¿O en cambio buscaba recuperar el contacto con la red de la que no tenía noticias? ¿Pero por qué regresar a Praga, si no es por la recompensa? ¿No estaba más seguro en casa de su madre, en la pintoresca pequeña ciudad de Kolín? La verdad es que no: Kolín, en 1942, es un centro administrativo alemán; allí también es donde se reagrupa a los judíos de Bohemia

Central y la estación sirve de nudo ferroviario para las deportaciones hacia Terezín. Por consiguiente, es posible que ěurda no quisiera poner por más tiempo a su familia en peligro —aparte de su madre, también su hermana vivía en Kolín— y regresara a Praga para buscar apoyo y refugio junto a sus camaradas. ¿Cómo sopesó las cosas cuando al ir a llamar a casa de los Moravec encontró la puerta cerrada? Porque la tía Moravec lo esperaba, ya que cuando el portero le habló de un misterioso visitante, ella le preguntó si venía de Kolín. Pero había salido... Nunca podemos saber qué hace que las cosas sucedan como suceden, si el azar travieso y burlón o las poderosas fuerzas de una voluntad en marcha. Sea como sea, este martes 16 de junio de 1942, Karel ěurda parece haber tomado ya su decisión. No sabe dónde se esconden sus camaradas paracaidistas. Pero sabe bastante al respecto.

Karel ěurda atraviesa la calle, se presenta al centinela que hace guardia en el pesado pórtico de madera, dice que tiene una revelación que hacer, sube los gruesos peldaños alfombrados de rojo que lo conducen hasta el amplio vestíbulo de entrada y se abisma en el vientre de piedra del palacio negro.

246

Ignoro cuándo y por qué los Moravec padre e hijo volvieron a Praga. Regresan como por arte de magia tras unos días de descanso en el campo, por la impaciencia del chico, sin duda, para ayudar a los paracaidistas o para no dejar totalmente sola a su madre. Y por el trabajo del padre, tal vez. Dicen que no estaba enterado de nada pero me cuesta creerlo. Cuando su mujer acogía a los paracaidistas en su casa, él veía perfectamente que no se trataba de *boy scouts*. Y además ha llamado varias veces a amigos suyos para conseguir un traje, una bici, un médico, un escondite... Toda la familia, por tanto, ha participado en la lucha, incluido el primogénito, refugiado en Inglaterra, piloto de la RAF, del que no tienen noticias y que morirá el 7 de junio de 1944 cuando su caza se estrelle al día siguiente del Desembarco, dentro de casi dos años, es decir, para los tiempos que corren, una eternidad.

247

ěurda ha cruzado el Rubicón pero no es recibido exactamente como un triunfador. Después de toda una noche de interrogatorio, durante la cual la Gestapo ha demostrado enseguida la importancia de su testimonio dándole una paliza en la misma proporción, aguarda prudentemente sentado en un banco de madera de uno de

aquellos pasillos sombríos a que se decida su suerte. A solas un momento con él, el intérprete militarizado le hace la siguiente pregunta:

—¿Por qué ha hecho esto?

—Porque no podía soportar más asesinatos de gente inocente.

Y también por veinte millones de coronas. Que va a cobrar.

248

Una mañana les sucede a los Moravec lo que toda familia teme esos años de hierro y de horror. Suena la puerta y es la Gestapo. Los alemanes empujan a la madre, al padre y al hijo contra la pared, y luego destrozan frenéticamente el piso. «¿Dónde están los paracaidistas?», vocifera el comisario alemán y traduce el traductor que lo acompaña. El padre responde tranquilamente que no conoce a nadie. El comisario se va a registrar por las habitaciones. La señora Moravec pregunta si puede ir al baño. Un agente de la Gestapo la abofetea. Pero nada más hacerlo, es requerido por su jefe y desaparece. Ella le insiste al traductor, que se lo autoriza. Sabe que dispone tan sólo de unos pocos segundos. Así que va rápidamente a encerrarse en el cuarto de baño. Saca su cápsula de cianuro y la muerde sin dudar. Muere al instante.

De vuelta en el salón, el comisario pregunta dónde está la mujer. El traductor se lo explica. El alemán comprende enseguida. Loco de rabia, se abalanza al cuarto de baño y derriba la puerta con un golpe del hombro. La señora Moravcová está todavía de pie, tiene una sonrisa en los labios. Luego se desploma. «*Wasser!*», grita el comisario. Sus hombres llevan agua y tratan desesperadamente de reanimarla, pero ya está muerta.

Sin embargo, su marido todavía vive. Y su hijo todavía vive. Ata ve a los hombres de la Gestapo transportar el cuerpo de su madre. El comisario se acerca a él sonriendo. Ata y su padre son detenidos y llevados en pijama.

249

Desde luego, son atrocemente torturados. Al parecer, les llevaron la cabeza de su madre flotando en un tarro de cristal. «Ves esta caja, Ata...» Las palabras de Valčík le han venido seguramente a la memoria. Pero una caja no tiene madre.

Finalmente, soy Gabčík. Como se suele decir, habito mi personaje. Me veo caminando del brazo de Libena por la Praga liberada, la gente ríe y habla en checo y me ofrecen cigarrillos. Nos hemos casado, ella espera un niño, me han ascendido a capitán, el presidente Beneš vela por la Checoslovaquia reunificada, Jan viene a vernos con Anna al volante de un Škoda último grito, lleva su gorra ladeada, vamos a beber una cerveza en una *kavárna* a la orilla del río y fumar cigarrillos ingleses, reímos a carcajadas recordando los tiempos en que nos tocó luchar. ¿Te acuerdas de la cripta? ¡Qué frío hacía allí! Es un domingo, a la ribera del río, abrazo a mi mujer, Josef viene a unirse a nosotros, y Opálka con su novia de Moravia de la que tanto nos ha hablado, y también están los Moravec, y el coronel que me ofrece un puro, y Beneš, que nos trae unas salchichas y regala flores a las chicas, quiere dar un discurso en nuestro honor, Jan y yo protestamos, no, no, más discursos no, Libena ríe, me pincha con cariño, me llama su héroe y Beneš comienza su discurso en la iglesia de Vyšehrad, hace fresco, voy vestido de novio, oigo a la gente que entra en la iglesia detrás de mí, oigo a la gente y a Nezval que recita un poema, una historia de judíos, del Golem, de Fausto en la plaza Carlos, con unas llaves de oro y los letreros de la calle Nerudova, y unos números en una pared que son los de mi fecha de nacimiento antes de que el aire se los lleve...

No sé qué hora puede ser.

No soy Gabčík y nunca lo seré. Me resisto in extremis a la tentación del monólogo interior y, al hacerlo, quizá me libre del ridículo en esos instantes decisivos. La gravedad de la situación no constituye una excusa, sé muy bien la hora que es y estoy completamente despierto.

Son las 4. No consigo dormir en los nichos de piedra reservados a los monjes fallecidos de la iglesia de San Cirilo y San Metodio.

En la calle, unas formas negras empiezan su ballet furtivo, con la diferencia de que ya no estamos en Lidice sino en el corazón de Praga. Ya es demasiado tarde para lamentarse de nada. Los camiones entoldados llegan por todas las direcciones, dibujando los brazos de una estrella cuyo núcleo central sería la iglesia. Si tuviéramos una pantalla de vigilancia veríamos las estelas luminosas de los vehículos converger lentamente hacia el objetivo pero detenerse antes de llegar a juntarse en él. Los dos principales puntos de estacionamiento son las orillas del Vltava y la plaza Carlos, en los dos extremos de la calle Resslova. Se apagan los faros y los motores. De debajo de los toldos surgen las tropas de asalto. En cada puerta cochera y en cada sumidero se apostan unos SS. Se instalan ametralladoras pesadas sobre los tejados. La noche, prudentemente, se retira. Las primeras luces del alba han empezado a blanquear el cielo porque la hora de verano no ha sido inventada todavía y Praga, aunque

ligeramente más al oeste que Viena, por ejemplo, está lo suficientemente al este como para que la frialdad de las mañanas claras la saque muy pronto de su sueño. La manzana de casas está ya rodeada cuando llega el comisario Pannwitz escoltado por un pequeño grupo de agentes. El intérprete que lo acompaña aspira el buen olor difuminado por los parterres de flores de la plaza Carlos (debe de ser muy buen intérprete, para que esté ahí todavía después de haber dejado ir al baño a la señora Moravec para suicidarse). El comisario Pannwitz está encargado del acordonamiento y la detención; es un honor pero también una enorme responsabilidad: bajo ningún concepto puede repetirse el fiasco del 28 de mayo en aquel prostíbulo inverosímil, en el que por fortuna él se mantuvo al margen. Si todo va bien, será el coronamiento de su carrera; si la operación no se salda con el arresto o la muerte de los terroristas, seguro que tendrá serios problemas. En esta historia, todo el mundo apuesta fuerte, incluso por la parte alemana, en la que la ausencia de resultados se convierte fácilmente en sabotaje a los ojos de los superiores, sobre todo si se trata de disimular sus propios errores o de aplacar su sed de víctimas (aquí los dos factores operan conjuntamente). Chivos expiatorios cueste lo que cueste, tal habría podido ser la divisa del Reich; tampoco Pannwitz escatima esfuerzos para quedar del lado bueno de la barrera, obviamente. Es un poli profesional que procede con método. Ha dado instrucciones extremadamente estrictas a sus hombres. Silencio absoluto. Varios cordones de seguridad. Estrechísimo cerco a todo el barrio. Que nadie dispare sin su autorización. Los necesitamos vivos. No les perdonarán nunca que los maten, porque un enemigo capturado vivo es la promesa de diez nuevas detenciones. Los muertos no hablan. Aunque, en cierto modo, el cadáver de la Moravcová ha sabido hallar las palabras. ¿Se ríe Pannwitz en su interior? Ahora que va a detener por fin a los asesinos de Heydrich que han puesto en ridículo a todos los policías del Reich, debe de sentir por lo menos cierto nerviosismo. Después de todo, ignora lo que le aguarda allí dentro. Prudentemente, envía a un hombre para que le abran la sacristía. Nadie puede saber en esos instantes que el silencio que cubre Praga vive sus últimos minutos. El agente llama. Transcurre un largo momento. Luego los goznes acaban por girar. Un sacristán adormilado aparece en el marco de la puerta. Es golpeado y esposado antes de que pueda abrir la boca. Hay que explicarle, no obstante, el motivo de esta visita matinal. Desean ver la iglesia. El intérprete traduce. El grupo atraviesa un pasillo, le obliga a abrir una segunda puerta y penetra en la nave. Los hombres de negro se despliegan como arañas, con la diferencia de que no suben por las paredes, pero el eco de sus pasos resuena rebotando por los altos lienzos de piedra. Buscan por todas partes pero no encuentran a nadie. Sólo queda explorar la galería superior de la nave. Pannwitz repara en una escalera de caracol que hay detrás de una reja cerrada con llave. Le pide la llave al sacristán que jura no tenerla. Pannwitz hace saltar la cerradura a culatazos. Cuando se abre la reja, un objeto esférico aunque ligeramente

oblongo rueda por la escalera, y mientras oye su entrechocar metálico por los peldaños, Pannwitz lo comprende todo, estoy seguro. Comprende que acaba de descubrir la guarida de los paracaidistas, que se han refugiado en la cámara del coro, que están armados y que no van a entregarse. La granada explota. Una nube de humo se apodera de la iglesia. Simultáneamente, unas Sten entran en acción. Uno de los agentes, el más activo de todos después del intérprete, lanza un grito. Pannwitz da inmediatamente la orden de replegarse pero sus hombres, ciegos o desorientados, echan a correr y a disparar en todos los sentidos, en medio de un fuego cruzado de arriba abajo. La batalla de la iglesia acaba de comenzar. Es obvio que los visitantes no estaban preparados. Quizá creyeran que sería algo fácil por estar acostumbrados a que sólo el olor a cuero de sus gabardinas baste para petrificar a cualquiera. El factor sorpresa ha sido favorable a los defensores. Bien que mal, la Gestapo reúne a sus heridos y consigue evacuarlos. Los disparos cesan por ambas partes. Pannwitz va a buscar un escuadrón de SS que lanza al asalto y que recibe la misma acogida. En lo alto, los invisibles tiradores hacen bien su trabajo. Perfectamente posicionados para cubrir todos los ángulos de la nave, se toman su tiempo, apuntan con cuidado, disparan con parsimonia y aciertan con frecuencia. Cada ráfaga provoca gritos del invasor. La estrecha e incómoda escalera hace de la galería un lugar tan poco accesible como la más sólida barricada. El asalto se salda con una segunda retirada. Pannwitz comprende que es ilusorio pretender cogerlos vivos. Para añadir más caos al ambiente, alguien ordena abrir fuego a las ametralladoras apostadas en el tejado de enfrente. Las MG42 vacían sus cargadores contra las vidrieras que saltan en mil pedazos.

En la galería, tres hombres son duchados por una lluvia de vidrios de colores, sólo tres: Kubiš, de «Antropoide», Opálka, de «Out Distance», y Bublík, de «Bioscope». Saben exactamente lo que tienen que hacer: atrancar el acceso a la escalera (Opálka es quien se sitúa ahí), economizar las municiones, cruzar los tiros y matar a todos los que puedan. Fuera, los asaltantes entran en una dinámica febril. Cuando las ametralladoras callan, afluyen por oleadas al asalto dentro de la nave. Se oye a Pannwitz gritar: «*Attacke! Attacke!*» Cortas ráfagas inteligentemente distribuidas bastan para rechazarlos. Los alemanes se precipitan en la iglesia y vuelven a salir lloriqueando como críos. Entre dos oleadas, las ametralladoras alemanas tabletean largas y contundentes ráfagas que carcomen la piedra y destrozan todo lo demás. Cuando tienen la palabra las pesadas ametralladoras, Kubiš y sus dos compañeros no están en condiciones de replicar y no tienen más remedio que dejar pasar la tormenta protegiéndose lo mejor que puedan detrás de unas columnas. Por fortuna para ellos, los asaltantes tampoco pueden exponerse a esos disparos de cobertura, de manera que la acción de las MG42 neutraliza tanto el ataque como la defensa. La situación es muy precaria para los tres paracaidistas, pero pasan los minutos, éstos se hacen horas

y ellos siguen aguantando.

Seguro que cuando Karl Hermann Frank llega allí, se pensaba ingenuamente que todo habría terminado ya, pero en vez de eso descubre con estupefacción el increíble caos que reina en la calle y a Pannwitz sudando bajo su ropa de civil y su corbata demasiado apretada. «*Attacke! Attacke!*» Las oleadas de asalto se estrellan una tras otra. La cara de los heridos sólo expresa alivio cuando se les saca de ese infierno para llevarlos al centro de socorro. En cambio el semblante de Frank es de enorme contrariedad. El cielo está azul, hace muy bueno, pero el atronar de las armas ha debido de despertar a toda la población. A saber qué se dirá por la ciudad. Todo esto no pinta bien. Como ha sucedido siempre siglo tras siglo, en situaciones de crisis el jefe insulta hasta la saciedad al subordinado. Exige que se neutralice a los terroristas como sea. Una hora más tarde, las balas siguen silbando por todos lados. Pannwitz insiste con mayor excitación: «*Attacke! Attacke!*» Pero los SS han comprendido que no tomarán jamás la escalera mientras no cambien de táctica. Hay que limpiar el nido desde abajo. Tiros de cobertura, asaltos, tiroteos, lanzamiento de granadas hasta que alguien más diestro o con más suerte dé en el blanco. Después de tres horas de enfrentamientos, una serie de explosiones revientan las bovedillas del coro y se hace el silencio por fin. Durante largos minutos, nadie se atreve a moverse. Finalmente, deciden ir a ver qué ha ocurrido allá arriba. El soldado designado para subir por la escalera espera con resignación no exenta de ansiedad la ráfaga que va a dejarlo tieso, pero ésta no llega. Se introduce en la galería. Cuando el humo se disipa, descubre tres cuerpos inmóviles. Uno es ya cadáver y dos están heridos pero inconscientes. Opálka ha muerto pero Bublík y Kubiš todavía respiran. Informado al punto, Pannwitz llama a una ambulancia. La ocasión es inesperada, hay que salvar a estos hombres para poder interrogarlos. Uno de ellos tiene las piernas rotas, el otro no está mucho mejor. La ambulancia vuela por las calles de Praga con la sirena puesta. Pero cuando llega al hospital, Bublík ha muerto. Veinte minutos más tarde, Kubiš sucumbe a sus heridas.

Kubiš ha muerto. Me apena tener que escribir esto. Me habría gustado mucho conocerlo. Habría deseado poder salvarlo. Parece ser que al final de la galería había, según los testimonios, una puerta condenada que comunicaba con los edificios vecinos y que habría podido permitir escapar a los tres hombres. ¿Por qué no la utilizaron! La Historia es la única verdadera fatalidad: se la puede releer en todos los sentidos pero no se la puede reescribir. Por mucho que yo haga, por mucho que yo diga no resucitaré al bravo Jan Kubiš, al heroico Jan Kubiš, al hombre que mató a Heydrich. No me ha dado ningún placer contar esta escena cuya redacción me ha costado largas y laboriosas semanas. ¿Y todo para qué? Tres páginas de idas y venidas por una iglesia y tres muertos. Kubiš, Opálka y Bublík, muertos como héroes, pero muertos al fin y al cabo. No tengo tiempo de llorar por ellos porque la Historia, esa fatalidad en marcha, nunca se detiene.

Los alemanes rebuscan entre los escombros y no encuentran nada. Depositán el cadáver del tercer hombre sobre la acera y hacen venir a čurda para la identificación. El traidor baja la cabeza y murmura: «Opálka». Pannwitz se regocija: buena pieza. Supone que los dos hombres que van en la ambulancia son los presuntos autores del atentado, cuyos nombres ha soltado čurda durante el interrogatorio, Josef Gabčík y Jan Kubiš. Ignora que Gabčík está justo bajo sus pies.

Forzosamente Gabčík ha comprendido que su amigo ha muerto cuando cesaron los disparos, porque nunca se habrían entregado vivos a la Gestapo. Ahora, junto a Valčík y a otros dos camaradas, Jan Hrubý, de «Bioscope», y Jaroslav Švarc, de «Tin», este último enviado por Londres para cometer otro atentado en la persona, esta vez sí, de Emanuel Moravec, el ministro colaboracionista, espera que los alemanes irruman en la cripta o se marchen sin desalojarlos.

Sobre ellos, sigue habiendo agitación y siguen sin hallar nada. La iglesia parece haber sido destruida por un temblor de tierra, y la trampilla que da acceso a la cripta está disimulada por una alfombra que a nadie se le ha ocurrido levantar. Cuando no se sabe lo que se busca, evidentemente, toda pesquisa se vuelve ineficaz, eso sin contar que los nervios de los policías y de los soldados han sido puestos a prueba duramente. Todo el mundo comenta que probablemente no haya nada más que hacer allí, la misión ha sido cumplida y Pannwitz va a proponer a Frank levantar el campo. Pero entonces un hombre encuentra algo y se lo lleva a su jefe: una prenda de vestir que ha recogido de un rincón, no sé si es una chaqueta, un jersey, una camisa o unos calcetines. El instinto del policía se pone enseguida alerta. Ignoro cómo decide que esa prenda de vestir no pertenece a ninguno de los tres hombres abatidos en la galería, pero lo cierto es que ordena seguir buscando.

Son las 7 pasadas cuando encuentran la trampilla.

Gabčík, Valčík y sus dos camaradas están atrapados como ratas. Su escondite pasa a ser su prisión y todo lleva a creer que será su tumba, pero mientras tanto van a convertirlo en un búnker. La trampilla se levanta. Cuando aparecen las piernas de un uniforme SS, lanzan a su vez una corta ráfaga, como firma de la sangre fría que los posee. Gritos. Las piernas desaparecen. Su situación es muy mala y desesperada, pero también bastante sólida en cierto modo, al menos a corto plazo, mucho más corto que en la galería. Kubiš y sus dos camaradas se beneficiaban de una posición superior que les permitía dominar a sus agresores. Aquí es al contrario, ya que el asaltante llega por arriba, pero la estrechez de la vía de acceso obliga a los SS a descender de uno en uno, dando tiempo a los defensores de prepararse para matarlos uno tras otro. Es algo parecido a lo que ocurrió en las Termópilas, si se quiere, salvo que la tarea llevada a cabo por Leónidas aquí ya ha sido ejecutada por Kubiš. Protegidos por los espesos muros de piedra, Gabčík, Valčík, Hrubý y Švarc disponen de un poco de tiempo, al menos para reflexionar. ¿Cómo salir de allí? Por encima de ellos oyen: «Rendíos y no

se os hará ningún daño.» El único acceso a la cripta es esa trampilla. Está también el respiradero horizontal, a unos tres metros por encima del suelo: cuentan con una escalera para alcanzarlo, pero es demasiado estrecho para que pueda pasar un hombre, y de todos modos da directamente a la calle Resslerova, invadida por centenares de SS. «Seréis tratados como prisioneros de guerra.» También hay unos escalones que conducen a una antigua puerta condenada, pero ésta, suponiendo que consiguieran derribarla, daría acceso al interior de la nave que ya es un hormiguero de alemanes. «Me dicen que os diga que debéis rendiros. Por eso os lo digo. Que no os sucederá nada malo, que os tratarán como prisioneros de guerra.» Los paracaidistas reconocen la voz del sacerdote, el padre Petrek, que los ha acogido y escondido en su iglesia. Uno de ellos responde: «¡Somos checos! ¡No nos rendiremos jamás, oís, jamás, jamás!» Sin duda no es Gabčík, porque este habría matizado: «Checos y eslovacos»; en mi opinión, es Valčík. Pero otra voz repite: «¡Jamás!» y añade una ráfaga. En eso reconozco más el estilo de Gabčík (aunque la verdad es que no sé nada en absoluto).

De una manera o de otra, la situación es de bloqueo. Nadie puede entrar ni salir de la cripta. Fuera, los altavoces repiten constantemente: «Rendíos y salid con las manos en alto. Si no os rendís, volaremos la iglesia y seréis sepultados bajo los escombros.» A cada anuncio, los ocupantes de la cripta responden con una salva. La Resistencia, por lo general desprovista de palabra, se expresa también con una maravillosa elocuencia. Fuera, se les pregunta a unos SS puestos en fila quién se ofrece voluntario para bajar a la cripta. Nadie rechista. El comandante vuelve a repetirlo, con amenazas. Unos pocos soldados, pálidos, dan un paso al frente. Los demás son designados a la fuerza. Escogen a uno para descender por la trampilla. Mismo castigo: una ráfaga en las piernas, un horrible aullido, un lisiado más entre los superhombres. Si los paracaidistas disponen de municiones suficientes, esto puede durar mucho tiempo.

La verdad es que no quiero acabar esta historia. Desearía congelar eternamente este momento en que los cuatro hombres deciden en la cripta no resignarse y excavar un túnel. Debajo de la especie de claraboya-respiradero, con no sé qué herramientas, constatan que el muro, ubicado bajo el nivel del suelo, está hecho de ladrillos que se desmenuzan y se despegan fácilmente. Tal vez, después de todo, exista una posibilidad, si podemos excavar en la piedra. Detrás del endeble muro de ladrillo, alcanzan tierra blanda que les hace redoblar los esfuerzos. ¿Cuánta puede haber hasta alguna tubería, un desagüe, un camino que lleve hasta el río? ¿Veinte metros? ¿Diez? ¿Menos? Los setecientos SS están fuera con el dedo en el gatillo, paralizados o sobreexcitados por el nerviosismo y el miedo a esos cuatro hombres, por la perspectiva de tener que desalojar a unos enemigos parapetados, decididos y nada asustados, que saben combatir y de quienes ignoran el número, como si pudiera haber batallones

enteros allí dentro (la cripta tiene quince metros de largo). Fuera, hay agitación en todos los sentidos y Pannwitz da órdenes. Dentro, excavan con la energía de la desesperación, quizá no quede más remedio que luchar por luchar y nada más, quizá nadie crea en ese plan de evasión insensato, delirante, pre-hollywoodiense, pero yo creo en él. Los cuatro hombres pican, se relevan para picar. ¿Puede ser que, mientras tanto, se oiga la sirena de los bomberos? ¿O no usan sirena? Debo consultar de nuevo el testimonio del bombero que participó en aquella terrible jornada. Gabčík se afana picando en la tierra, está sudando cuando antes tenía tanto frío desde hace varios días, estoy seguro de que la idea del túnel ha sido suya, es optimista por naturaleza, y también de que es el que más excava, no soporta la inacción ni la espera mortal de un fatal destino, eso no, al menos hay que hacer algo, intentar cualquier cosa. Kubiš no habrá muerto por nada. Ni nadie dirá que ha muerto por nada. ¿Habían empezado a excavar ya durante el asalto a la nave, aprovechando el tumulto de las explosiones para ahogar el ruido de los golpes de pico? También lo ignoro. ¿Cómo se puede saber tanto y tan poco a la vez sobre una gente, una historia, unos acontecimientos históricos con los que uno vive desde hace años? Pero en el fondo sé que van a lograrlo, lo presiento, van a salir de ese avispero, van a escapar de Pannwitz, Frank se volverá loco de rabia y harán películas sobre ellos.

¿Dónde está ese maldito testimonio del bombero?

Hoy estamos a 27 de mayo de 2008. Cuando los bomberos llegan, a eso de las 8, ven SS por todas partes y un cadáver en la acera porque nadie ha creído oportuno retirar el cuerpo de Opálka. Les explican lo que se espera de ellos. La idea luminosa ha sido de Pannwitz: ahumarlos, o si eso no funciona, ahogarlos como ratas. Ningún bombero desea encargarse de ese trabajo, incluso entre sus filas se oye a uno abuchear: «Para eso que no cuenten con nosotros.» El jefe de bomberos se atraganta: «¿Quién ha dicho eso?» Pero, ¿quién iba a hacerse bombero para encargarse de semejante trabajo? Se designa un voluntario a la fuerza para ir a echar abajo la reja que obstruye la claraboya. Ésta cae al cabo de unos pocos golpes. Frank aplaude. Una nueva batalla se entabla entonces en torno a ese orificio horizontal, de apenas un metro de largo y treinta centímetros de alto aproximadamente, agujero negro abierto a lo desconocido y a la muerte para los alemanes, rayo de luz no menos mortal para los ocupantes de la cripta. Esta lucerna se convierte en la casilla codiciada por todas las piezas que aún quedan en el tablero para obtener una ventaja posicional decisiva en una partida en que las blancas (pues aquí son las negras las que empiezan y se benefician de la iniciativa) plantearían la defensa de una contra todas.

28 de mayo de 2008. Los bomberos consiguen deslizar su manguera por el orificio del respiradero. El caño es empalmado a una boca de riego. Las bombas se activan. El agua fluye por la claraboya.

29 de mayo de 2008. El agua empieza a subir. A Gabčík, a Valčík y a sus dos

compañeros les llega por los pies. A la menor sombra que ven aparecer por la claraboya, disparan una ráfaga. Pero el agua sigue subiendo.

30 de mayo de 2008. El agua sube un poco aunque muy lentamente. Frank se impacienta. Los alemanes arrojan granadas lacrimógenas dentro de la cripta para ahumar a los ocupantes, pero eso no funciona porque las granadas caen en el agua. ¿Por qué no han intentado eso desde el principio? Misterio. No excluyo que, como tantas otras veces, procedan con desorden y precipitación. Pannwitz no tiene pinta de ser un hombre muy reflexivo, si bien supongo que no están en su mano todas las operaciones militares y, después de todo, quizá a él también le entre el pánico. Gabčík y sus camaradas tienen los pies en el agua pero a este ritmo se morirán de viejos antes que ahogados.

1.º de junio de 2008. Frank está extremadamente nervioso. Cuanto más tiempo pasa, más teme que los paracaidistas acaben encontrando un pasadizo para escapar. El agua podría incluso ayudarlos, si llegaran a descubrir el lugar de la grieta por la que se fuga, ya que es evidente que la cripta no se caracteriza por una estanquidad a toda prueba. Allí dentro están organizados. Uno se ocupa de recoger las granadas y de devolverlas a la calle. Otro se dedica intensamente al túnel que han empezado a excavar. Un tercero, subido en una escalera, expulsa la manguera hacia afuera del respiradero. El último lanza ráfagas en cuanto alguien se acerca. Al otro lado del muro de piedra, soldados y bomberos inclinados de a dos, se encargan de recoger la manguera y de volver a meterla evitando las balas.

2 de junio de 2008. Los alemanes instalan un gigantesco proyector para deslumbrar a los ocupantes de la cripta e impedirles ver afuera. Antes incluso de que lo enciendan, una ráfaga, como una puntuación irónica, ya lo deja inservible.

3 de junio de 2008. Los alemanes se obstinan en querer deslizar unos tubos en la cripta para ahogarlos con agua o con humo, pero una y otra vez los ocupantes utilizan la escalera como un brazo telescópico para expulsarlos. No comprendo por qué no podían meter los tubos por la trampilla, que hasta donde yo sé había quedado abierta en el interior de la nave. ¿Tal vez los tubos fueran demasiado cortos o el acceso por la nave impracticable para el tipo de material requerido? ¿O más bien es una improbable providencia que ofusca toda lucidez táctica a los asaltantes?

4 de junio de 2008. Los paracaidistas tienen el agua hasta las rodillas. Fuera, han mandado venir a čurda y a Ata Moravec. Ata se niega a hablar, pero čurda les grita por el hueco abierto: «¡Rendíos, muchachos! A mí me han tratado bien. Seréis prisioneros de guerra, todo irá bien.» Gabčík y Valčík reconocen la voz, saben ya quién ha sido el que los ha traicionado. Mandan su respuesta habitual: una ráfaga. Ata está con la cabeza baja, el rostro tumefacto, el aire ausente de un joven que ha entrado ya a medias en el mundo de los muertos.

5 de junio de 2008. Al cabo de unos metros, la tierra del túnel se vuelve dura.

¿Van a dejar los paracaidistas la excavación para concentrarse en disparar? Me resisto a creerlo. Se afanan aún más en la tierra. Excavarán hasta con las uñas si hace falta.

9 de junio de 2008. Frank no puede más. Pannwitz reflexiona. Tiene que haber otra entrada. Ponían a los monjes muertos en la cripta. ¿Por dónde bajaban los cuerpos? Siguen registrando la iglesia, desescombran, arrancan los tapices, destruyen el altar, sondean la piedra, buscan por todas partes.

10 de junio de 2008. Y por fin se encuentra. Debajo del altar destaca una pesada losa que suena a hueco. Pannwitz manda venir a los bomberos y les pide que rompan la losa. Un doble plano mostraría, por un lado, a los bomberos picando la piedra en la superficie, mientras por otro los paracaidistas pican la tierra del subsuelo. El cuadro se titularía: «Carrera contra la muerte de cien contra uno.»

13 de junio de 2008. Han pasado veinte minutos, durante los cuales los bomberos se han empleado a fondo en la losa. Farfullan en mal alemán a los soldados armados que están detrás de ellos que les es imposible incidir en la piedra con las herramientas que tienen. Los SS, sobrepasados, los despachan y traen dinamita. Los artificieros la ponen alrededor de la losa y luego, cuando todo está preparado, evacuan la iglesia. Fuera se manda retroceder a todo el mundo. Los paracaidistas seguramente dejan de excavar allá abajo. El silencio que sigue a todo el jaleo ha debido de alertarlos. Son fatalmente conscientes de que algo se prepara. La deflagración viene a confirmarlo. Una nube de polvo se abate sobre ellos.

16 de junio de 2008. Pannwitz ordena que se retiren los cascos. La losa se ha partido en dos. Un agente de la Gestapo mete la cabeza por el agujero abierto. Enseguida, las balas silban a su alrededor. Pannwitz sonrío con aire satisfecho. Han hallado la entrada. Mandan descender a los SS pero sigue planteándose el problema de la vía de acceso: de nuevo, una exigua escalera de madera no deja pasar a más de un hombre a la vez. Los primeros desafortunados SS son abatidos como bolos. Pero ahora los paracaidistas tienen que vigilar tres boquetes diferentes. Aprovechando que han descuidado su atención en el tragaluz, un bombero consigue hacerse con la escalera y llega a sacarla al exterior en el momento en que uno de los ocupantes volvía de repeler un tubo por enésima vez. Fuera, Frank aplaude. El bombero será recompensado por su celo (pero castigado cuando llegue la Liberación).

17 de junio de 2008. La situación se complica horriblemente. A partir de ahora, los defensores están privados de su brazo telescópico de la suerte y su búnker hace aguas por todas partes, tanto en sentido literal como figurado. Desde el momento en que los SS cuentan con dos vías de acceso, más el peligro que representa la claraboya, los paracaidistas comprenden que el final se acerca. Saben que están perdidos. Dejan de cavar, si no lo habían hecho ya, para concentrarse en los disparos. Pannwitz ordena un nuevo asalto por la entrada principal, a la vez que se lanzan granadas en la cripta y se trata de hacer bajar a otro hombre por la trampilla. Dentro,

las Sten escupen todo lo que pueden para rechazar a los agresores. La confusión es total, es el Álamo que resiste y resiste, esto no se acaba, atacan por todas partes, por la trampilla, por la escalera, por el respiradero, y mientras las granadas caigan en el agua y no exploten, los cuatro hombres vacían sus cargadores sobre todo lo que se menea.

18 de junio de 2008. Llegan a su último cargador y eso es algo de lo que uno se da cuenta muy rápido, imagino, sobre todo si está en medio de un tiroteo. Los cuatro hombres no necesitan hablar. Gabčík y su amigo Valčík intercambian una sonrisa, estoy seguro, les veo hacerlo. Saben que han luchado bien. Es ya mediodía cuando cuatro detonaciones secas perforan el tumulto de las armas, que cesa de inmediato. El silencio cae al fin sobre Praga como un sudario de polvo. Donde los SS todo el mundo se ha parado, nadie se atreve a disparar más ni a moverse. Esperan. Pannwitz está rígido. Hace una seña a un oficial SS que, titubeante, muy lejos del estatuario aplomo varonil que debería demostrar en cualquier circunstancia, pide a dos de sus hombres que vayan a ver. Descienden con precaución los primeros peldaños y se paran. Como dos chiquillos, se dan la vuelta hacia su comandante que les apremia a continuar, *weiter, weiter!* Todos los observadores presentes en la iglesia los siguen con la mirada conteniendo el aliento. Desaparecen en la cripta. Todavía transcurren unos largos segundos hasta que se oye una llamada, literalmente de ultratumba, en alemán. El oficial empuña su revólver y se precipita por la escalera. Sale de nuevo con el pantalón mojado hasta las cachas y grita: «*Fertig!*» Se acabó. Cuatro cuerpos flotan en el agua, los de Gabčík, Valčík, Švarc y Hrubý, muertos por su propia mano para no caer en las del enemigo. En la superficie del agua flotan billetes de banco rotos y documentos de identidad también hechos pedazos. Entre los objetos diseminados, un hornillo, ropa, colchones, un libro. Por las paredes, restos de sangre, en los peldaños de la escalera de madera, charcos también de sangre (ésta por lo menos es alemana). Y unos casquillos, pero sin carga: los últimos se los habían reservado para ellos.

Es mediodía, han hecho falta casi ocho horas y ochocientos SS para acabar con siete hombres.

Mi historia toca a su fin y me siento completamente vacío, no sólo vaciado sino vacío. Podría detenerme aquí, pero no, aquí la cosa no funcionaría. La gente que ha participado en esta historia no son personajes, o en todo caso, si han llegado a serlo ha sido por mi culpa, aunque no era mi intención tratarlos como tales. Con gravedad,

sin hacer literatura o al menos sin desear hacerla, he de contar lo que fue de quienes, al mediodía del 18 de junio de 1942, todavía seguían vivos.

Cuando miro las noticias de actualidad, cuando leo el periódico, cuando me encuentro con gente, cuando frecuento los círculos de amigos y conocidos, cuando veo cómo cada uno resiste y bandea como puede las sinuosidades absurdas de la vida, me digo a mí mismo que el mundo es ridículo, emocionante y cruel. Algo parecido sucede con este libro: la historia es cruel, los protagonistas emocionantes y yo soy ridículo. Pero estoy en Praga.

Y estoy en Praga, lo presiento, por última vez. Los fantasmas de piedra que pueblan la ciudad me envuelven como siempre con su presencia amenazante, benévola o indiferente. Veo pasar bajo el puente Carlos el cuerpo escultural-evanescente de una joven morena de piel blanca, con un vestido de verano muy ceñido en el vientre y los muslos, el agua brillante en su pecho desnudo y sobre sus senos, como en un cofre abierto, fórmulas mágicas a punto de borrarse. El agua del río lava el corazón de los hombres llevados por la corriente. El cementerio está ya cerrado, como de costumbre. De la calle Liliova me llega el eco de los cascos de un caballo trotando por los adoquines. En los cuentos y leyendas de la vieja Praga de los alquimistas se dice que el Golem volverá cuando la ciudad esté en peligro. El Golem no volvió para proteger a los judíos ni a los checos. El hombre de hierro, paralizado en su maldición secular, no se movió tampoco cuando abrieron Terezín, cuando mataron a la gente, cuando expoliaron, vejaron, torturaron, deportaron, fusilaron, gasearon y ejecutaron de todas las maneras posibles. Cuando Gabčík y Kubiš llegaron, ya era demasiado tarde, el desastre se había producido, sólo cabía la venganza. Ésta fue resplandeciente gracias a ellos, a sus amigos y a su querido pueblo, aunque a un precio muy alto.

Leopold Trepper, jefe de la red «Orquesta Roja», legendaria organización que operaba en Francia, había observado una cosa: cuando un resistente caía en manos del enemigo y le daban la oportunidad de cooperar, podía aceptar o no. Si aceptaba, tenía aún la posibilidad de limitar los daños y decir lo menos posible, tergiversar, dar la información con cuentagotas, ganar tiempo. Es la estrategia que él adoptó cuando lo detuvieron, y es también lo que hizo A54. Pero en ambos casos se trataba de profesionales, espías de muy alto nivel. Trepper había constatado que, en la mayor parte de los casos, el que aceptaba claudicar, aunque hasta entonces hubiera resistido a las peores torturas, en cuanto se desmoronaba, en cuanto había decidido hacerlo, a partir de ese momento —nunca olvidaré su expresión— «se revolcaba en la traición como en el barro». Karel čurda no se contentó con poner a la Gestapo tras la pista de los autores del atentado, sino que también proporcionó los nombres de todos los contactos que él tenía y de toda la gente que los había ayudado desde su regreso al país. *Vendió* a Gabčík y a Kubiš, pero *regaló* a todos los demás. Por ejemplo, nada le

obligaba a mencionar la existencia de «Libuše», la radioemisora. Puso a la Gestapo tras los pasos de los dos últimos supervivientes del grupo de Valčík, «Silver A», el capitán Bartoš y el radiotelegrafista Potůček. La pista lleva hasta Pardubice, donde Bartoš, rodeado, se suicida como sus camaradas después de una persecución a la carrera por la ciudad. En él, desafortunadamente, encuentran un pequeño cuadernillo con un montón de direcciones. Así Pannwitz puede continuar desenrollando el ovillo. El hilo pasa por un pequeñísimo pueblo llamado Ležaky, que se convierte en el Nagasaki de Lidice. El 26 de junio, el radiotelegrafista Potůček, último de los paracaidistas todavía vivo, emite el último despacho de «Libuše»: «El pueblo de Ležaky donde me encontraba con mi aparato emisor ha sido arrasado. La gente que nos había ayudado ha sido arrestada [sólo dos chicas rubias aptas para la germanización sobrevivirán]. Gracias a su apoyo, he podido salvarme y salvar la radio. Ese día, Freda [Bartoš] no estaba en Ležaky. Actualmente, yo no sé dónde está él ni él sabe dónde estoy yo. Pero espero que consigamos encontrarnos. Ahora estoy solo. Próxima emisión, el 28 de junio a las 23 horas.» Vaga por los bosques, es descubierto en otro pueblo, una vez más consigue escaparse abriéndose camino a tiros de revólver, pero acorralado, hambriento, agotado, es capturado finalmente y fusilado el 2 de julio cerca de Pardubice. He dicho que era el último paracaidista pero no es verdad: queda čurda, el traidor que cobra su dinero, cambia de nombre, se casa con una alemana de pura cepa y se convierte en agente doble a tiempo completo al servicio de sus nuevos amos. Por esa época, A54, el superagente alemán, es enviado a Mauthausen, donde consigue aplazar una y otra vez su ejecución haciendo de Sherezade. Pero no todos tienen tantas historias que contar.

Ata Moravec y su padre, Anna Malinová, la novia de Kubiš, Libena Fafek, la de Gabčík, de diecinueve años, sin duda embarazada, con toda su familia, y los Novák, los Svatoš, los Zelenka, Piskáček, Khodl, casi los olvido, el cura ortodoxo de la iglesia y toda su jerarquía, la gente de Pardubice, todos los que de cerca o de lejos fueron sospechosos de haber ayudado a los paracaidistas son detenidos, deportados, fusilados o gaseados. El maestro de escuela Zelenka tuvo tiempo de masticar su cápsula de cianuro cuando lo iban a detener. Se dice que la señora Nováková, la madre de la chica de la bicicleta, se volvió loca antes de ser llevada a la cámara de gas con sus hijos. Muy pocos consiguieron escapar del cerco, como el portero de los Moravec. Incluso se dice que Mula, el perro que Valčík le había dejado bajo su custodia, fue dejado morir de pena por haber perdido a su amo. Había acompañado a Valčík hasta cuando hacía sus localizaciones. Pero hay que añadir también a todos aquellos que no guardaban ninguna relación con el atentado, rehenes, judíos, prisioneros políticos ejecutados como represalia, pueblos enteros, Anna Maruščaková y su amante, cuya inocente correspondencia generó la masacre de Lidice, y también las familias de los paracaidistas cuyo único crimen era haberles

sido fieles, los Kubiš y los Valčík a la cabeza, todos deportados y gaseados en Mauthausen. Sólo la familia de Gabčík, su padre y sus hermanas, escaparon a la masacre gracias a su nacionalidad eslovaca, ya que Eslovaquia era un Estado satélite pero no un Estado ocupado y para preservar su aparente independencia, no estaba decidida a ejecutar a sus compatriotas, ni siquiera para complacer a su amenazante aliado. Todo esto arroja un total de miles de personas que perecieron como consecuencia del atentado. Pero se dice que quienes fueron juzgados por haber ayudado o apoyado a los paracaidistas declararon valientemente, a la cara a los nazis que los juzgaban, que no se arrepentían de nada y que se sentían muy orgullosos de morir por su país. Los Moravec no traicionaron a su portero. Los Fafek no traicionaron a la familia Ogoun, que sobrevivió igualmente. Esto es más o menos lo que yo quería decir sobre esos hombres y esas mujeres de buena voluntad, y no quería olvidarme de decirlo, con toda mi torpeza, con toda mi inherente torpeza para los homenajes o las condolencias.

Hoy Gabčík, Kubiš y Valčík son héroes de su país, donde su memoria se celebra con regularidad. Cada uno de ellos tiene una calle con su nombre en las cercanías del lugar del atentado, y existe en Eslovaquia un pueblecito llamado Gabčíkovo. Incluso fueron ascendidos a título póstumo (creo que actualmente son capitanes). Quienes los ayudaron directa o indirectamente no son tan conocidos y, agotado por el desordenado esfuerzo con que he tratado de rendir homenaje a todas esas personas, me estremezco de culpabilidad al imaginar los cientos, los miles que he dejado morir en el anonimato, pero quiero pensar que la gente existe aunque no se hable de ella.

252

El homenaje más justo que los nazis rindieron a la memoria de Heydrich no fue el discurso pronunciado por Hitler en los funerales de su celoso servidor sino probablemente éste: en julio de 1942 comienza el programa de exterminio de todos los judíos de Polonia, con la apertura de Belzec, Sobibor y Treblinka. De julio de 1942 a octubre de 1943, más de dos millones de judíos y cerca de 50.000 gitanos van a morir como resultado de ese programa. El nombre en clave dado al programa es *Aktion Reinhard*.

253

¿En qué piensa este trabajador checo al volante de su furgoneta esta mañana de

octubre de 1943? Circula por las calles sinuosas de Praga con un cigarrillo en los labios y seguro que su cabeza está rebosante de preocupaciones. Oye cómo se bambolea su carga en la parte de atrás, unas jaulas o cajas de madera que se deslizan y golpean en las paredes del vehículo en cada curva. Retrasado o apremiado por las ganas de acabar su faena para ir a beber un vaso con sus camaradas, circula muy rápido sobre el pésimo alquitrán cuarteado por la nieve. No ve la pequeña silueta rubia que corre por la acera. Cuando ésta se precipita en la carretera tan repentinamente como sólo los niños son capaces de hacer, él frena pero ya es demasiado tarde. La furgoneta golpea al niño, que rueda por el arcén. El conductor no sabe todavía que acaba de matar al pequeño Klaus, el primogénito de Reinhard y Lina Heydrich, ni que va a ser deportado por ese fatal momento de descuido.

254

Paul Tümmel, alias René, alias Karl, alias A54, ha podido sobrevivir en Terezín hasta abril del 45. Pero ahora que los Aliados están a las puertas de Praga, los nazis evacuan el país y no desean dejar testigos molestos detrás de ellos. Cuando vienen a buscarlo para ser fusilado, Paul Tümmel le pide a su compañero de celda que le transmita sus mejores saludos al coronel Moravec, si tiene ocasión. Y añade este mensaje: «Fue un auténtico placer trabajar con los servicios de información checoslovacos. Lamento que deba terminar de este modo. Mi consuelo es que todo esto no habrá sido en vano.» El mensaje llegará a su destino.

255

—¿Cómo ha sido capaz de traicionar a sus camaradas?

—Pienso que usted habría hecho lo mismo por un millón de marcos, Su Señoría.

Arrestado por la Resistencia cerca de Pilsen durante los últimos días de la guerra, Karel čurda fue juzgado y condenado a muerte. Se le ahorcó en 1947. Subió al cadalso diciéndole al verdugo bromas obscenas.

256

Mi historia se ha acabado y mi libro debería hacerlo también, pero descubro que

es imposible terminar una historia semejante. Una vez más, mi padre me llama para leerme un texto que ha copiado en el museo del Hombre, de donde salía de ver una exposición sobre Germaine Tillion, antropóloga y resistente, deportada a Ravensbrück y recientemente fallecida. El texto decía así:

Los experimentos de vivisección en 74 jóvenes reclusos constituyen una de las más siniestras particularidades de Ravensbrück. Los experimentos, realizados entre agosto del 42 y agosto del 43, consistían en operaciones muy mutiladoras con la intención de reproducir las heridas que habían costado la vida a Reinhard Heydrich, el *gauleiter* de Checoslovaquia. El profesor Gerhardt, al no haber podido salvarlo de una gangrena gaseosa, deseaba probar si con el empleo de sulfamidas habría cambiado algo. Inoculó por tanto, con toda intención, gérmenes infecciosos en algunas jóvenes, muchas de las cuales murieron.

Paso por alto lo que conozco («gauleiter», «Checoslovaquia», «gangrena gaseosa»...). Sé, no obstante, que esta historia no acabará nunca verdaderamente para mí, que seguiré siempre aprendiendo cosas nuevas relacionadas con aquel asunto, con la extraordinaria historia del atentado organizado contra Heydrich el 27 de mayo de 1942 por unos paracaidistas checoslovacos venidos de Londres. «Sobre todo, no traten de ser exhaustivos», decía Barthes. He aquí una recomendación que se me había olvidado por completo...

Un buque con el armazón oxidado navega por el Báltico como un poema de Nezval. Detrás de él, Josef Gabčík deja las sombrías costas de Polonia y algunos meses colgado por las callejuelas de Cracovia. Con él, otros fantasmas del ejército checoslovaco han conseguido por fin embarcarse para Francia. Caminan a bordo fatigados, inquietos, inseguros, pero felices ante la perspectiva de combatir de una vez contra el invasor, sin saber nada todavía de la Legión Extranjera, Argelia, la campaña francesa o la niebla de Londres. Por las estrechas crujías, se bambolean torpemente en busca de un camarote, de un cigarrillo o de un conocido. Gabčík, acodado en la borda, mira el mar, tan extraño para los que vienen de un país enclavado como el suyo. Pero su mirada no se dirige hacia el horizonte, demasiado fácil representación simbólica de su futuro, sino hacia la línea de flotación del navío, allí donde el vaivén estrella las olas contra el casco y luego las aparta, y luego las

estrella de nuevo, en un movimiento de balancín hipnótico y engañoso. «¿Tienes fuego, camarada?» Gabčík reconoce el acento moravo. Ilumina con su encendedor el rostro del compatriota. Un hoyuelo en el mentón, labios gruesos listos para fumar, y en los ojos, es sorprendente, un poco de la bondad del mundo. «Me llamo Jan», dice él. Una voluta se dispersa por el aire. Gabčík sonríe sin responder. Ya tendrán tiempo, durante la travesía, de presentarse. Otras sombras se mezclan con las sombras de los soldados de civil que pululan por el barco, viejos desorientados, damas solitarias de mirada perdida, niños obedientes que llevan a su hermanito de la mano. En el puente, una joven que se parece a Natacha se sujeta a la borda con las manos mientras su pierna doblada juguetea con el dobladillo de la falda, y también yo, sí, quizá también yo esté ahí con ella.

Notas

[1] Algunos pretenden que «comer la alfombra» es una expresión comparable en alemán a la francesa de «comerse su sombrero», y que las expresiones extranjeras equivalentes, en esa época, no acertaron a comprender el verdadero sentido de la frase, lo que le valió a Hitler ser recompensado con esa leyenda burlesca. Sin embargo, me he informado bien y no he encontrado por ninguna parte el menor rastro de esa expresión idiomática. <<

[2] MB: Muy Bien; B: Bien; BB: Bastante Bien. (*N. del t.*) <<

[3] Abreviatura de «nota de la redacción». (*N. del t.*) <<

[4] Tienda online de electrodomésticos. (*N. del t.*) <<